Manuales • Humanidades

Aproximación al mundo islámico

Desde los orígenes hasta nuestros días

Antoni Segura i Mas

EDITORIAL UOC

Aproximación al mundo islámico

EDITORIAL UOC

Primera edición: septiembre 2002
© Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Material realizado por Eurecamedia, SL
ISBN: 84-8318-971-2
Depósito legal:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Autor:

Antoni Segura i Mas
Catedrático de Historia Contemporánea de la UB y codirector del Centro de Estudios Internacionales (CEHI). Es experto en historia del mundo árabe, temática sobre la cual ha impartido distintos cursos y posgrados, ha publicado numerosos libros y artículos y ha asesorado diferentes exposiciones, como por ejemplo "El Islam y Cataluña". Es colaborador habitual de *Avui* y *El Punt*.

A Rosa,
Xavier y Núria,
por el tiempo robado

Índice

Prólogo 11

Capítulo 1. El mundo araboislámico 14

El mundo islámico 15
Las diferencias de conceptos y denominaciones 16

El mundo árabe 16
La unidad árabe y la Liga Árabe 18

La división territorial y demográfica 20
Las regiones: el Masriq, el Magreb y la cuenca del Nilo 20
La población y las ciudades 23
Las minorías étnicas y religiosas 26

Los musulmanes en el mundo 29

Conclusiones 34

Capítulo 2. El Islam 36

La figura del Profeta y el Libro Sagrado 36
La Arabia preislámica 36
Predicación y vida de Mahoma 38
El Corán 40

Los fundamentos del islam 41
Dogma y práctica religiosa 41
El *fiqh* y la sari`a o ley islámica 44

Las tendencias juridicorreligiosas del islam 46
Las ramas del islam: sunnismo, siísmo y jariyismo 46
Las escuelas jurídicas 49
La mística musulmana: el sufismo y las cofradías 51

La expansión del Islam 52
La primera expansión y el Califato Omeya 52
El Califato Abasí y los orígenes del Imperio otomano 55
La segunda expansión del Islam 60

Conclusiones 61

Capítulo 3. El Imperio otomano y el colonialismo 64

El Imperio otomano 64
La primacía turca en el Mediterráneo oriental 64
La decadencia y la pérdida del Norte de África 66
La Primera Guerra Mundial y la desmembración del Imperio otomano 68

La colonización europea 72
La colonización del Magreb 72
Los mandatos europeos en Oriente Próximo 85
La península arábiga 91

Las independencias y el legado colonial en el mundo árabe 92
La Segunda Guerra Mundial y la emancipación de los países árabes 92
La lucha por la independencia en el Magreb 94
El legado colonial en el mundo árabe 99

Conclusiones 101

Capítulo 4. El mundo araboislámico en la segunda mitad del siglo XX 104

Oriente Próximo: el Creciente Fértil 105
El conflicto araboisraelí 105

Irak: la guerra Irán-Irak y la guerra del Golfo 118
Los otros países del Creciente Fértil 123

Oriente Próximo: la península arábiga 132
Arabia Saudí 132
Los otros países de la península arábiga 135

La cuenca del Nilo 140
Egipto: Nasir y el arabismo 140
Sudán 144

Oriente Medio 148
Mustafá Kemal y la Turquía moderna 148
Irán y la revolución de Jomeinī 153
La guerra del Afganistán y los *talibán*. Al-Qaeda y el 11-S. 158

El Magreb 161
Marruecos 161
Argelia 166
El conflicto del Sáhara Occidental y la Unión del Magreb Árabe 174
Los otros países del Magreb 181

Conclusiones 187

Bibliografía 192

Prólogo

Este libro pretende introducir al lector en el mundo islámico y su contexto histórico y político. Se trata de una aproximación al conocimiento de la sociedad y la historia de unos países a los que pertenecen nuestros vecinos del Sur más inmediato, de donde proviene gran parte del contingente migratorio que se dirige hacia Europa. Conoceremos las circunstancias históricas y religiosas que posibilitaron el surgimiento del islam y también la figura mítica que catalizó el potencial político de la nueva religión, Mahoma (*Mu□ammad*). De hecho, es indispensable saber cuáles son las bases de la religión musulmana para comprender su influencia en la sociedad árabe y, posteriormente, en el mundo islámico (cabe decir, sin embargo, que la lucha por el poder en el imperio naciente ha dado lugar a evoluciones diferentes en la interpretación de la *sari`a* o ley islámica).

En el largo periodo que se extiende desde la dinastía omeya al Imperio otomano, el Islam se unió y se fragmentó varias veces. A pesar de las frecuentes disensiones, los países islámicos constituyeron una potencia primordial en el Mediterráneo y todavía ahora mantienen un cierto grado de cohesión –basada en la religión y la cultura–, que les ha llevado a desarrollar una entidad propia. Durante casi cinco siglos, el Imperio otomano fue el referente político del mundo islámico, y su enfrentamiento con los países cristianos se convirtió en una constante. Su decadencia y su desmembración en la primera mitad del siglo XX son paralelas a la colonización europea del Norte de África y de Oriente Próximo, fenómeno histórico que es fruto de la superioridad económica y militar proporcionada por la Revolución Industrial, y que ha se ha visto influido por las rivalidades entre las potencias europeas. El dirigismo económico de las metrópolis, unido a la dominación política (cada vez más férrea), motivó la aparición de un sentimiento nacionalista que llevó a los países musulmanes a luchar por su independencia.

Alcanzada la independencia de los estados islámicos, se produjeron enfrentamientos armados de diferente signo. Tanto la herencia del colonialismo como, más tarde, la política de bloques de la Guerra Fría han condicionado de manera notable el desarrollo de los países, pongamos por caso, del Creciente Fértil. En cuanto a la península arábiga, su evolución política está determinada por la presencia británica y el comercio del petróleo (aparte de la cultura tribal y el wahhabismo). Por otra parte, los dos países de la cuenca del Nilo están marcados por el constante enfrentamiento entre arabismo e islamismo y por una economía de producción poco desarrollada. Por lo que respecta al Magreb, el fracaso de la modernización y las dificultades económicas han favorecido el ascenso del islamismo, y la división entre los países magrebíes ha empeorado a causa del conflicto del Sáhara Occidental. Hay que destacar que la evolución de los países que conforman

el Oriente Medio desde su independencia ha sido casi antagónica en su orientación, pero bastante similar en cuanto al carácter radical de su aplicación.

En definitiva, nos ocuparemos del mundo islámico y del Islam, sobre todo en los países árabes, y también de la historia más inmediata de éstos (colonialismo, descolonización e independencia). No dejaremos, sin embargo, de referirnos a aspectos fundamentales como la religión y la cultura, que han configurado los rasgos esenciales de los países árabes y musulmanes a lo largo de la historia. Así pues, dedicaremos una especial atención a las diferentes formas políticas resultantes de la expansión del Islam: los califatos omeya y abasí; el Imperio otomano, y el ascenso del arabismo y del islamismo en los estados islámicos contemporáneos. En último lugar, analizaremos la situación de los países árabes y musulmanes y sus problemas particulares a comienzos del siglo XXI: las consecuencias de la descolonización; la importancia económica del comercio petrolero; las cuestiones kurda y saharaui y la aparición del Estado de Israel.

En relación con la traducción o transliteración de los términos árabes, hay que destacar que, dado que la obra se centra más en los aspectos históricos, sociopolíticos y religiosos que en los lingüísticos, sólo se han utilizado algunos criterios de publicación que pueden guiar al lector. Estos criterios son básicamente dos: 1) las transliteraciones de nombres de persona (antropónimos) y de nombres de lugar (topónimos) de origen árabe se han hecho de acuerdo con el denominado "sistema de transcripción" de la Escuela Española de Arabistas (plasmado ya en 1933 en la célebre revista "Al-Andalus"), pero suprimiendo todo tipo de signos diacríticos; 2) se han conservado, sin embargo, algunas formas consagradas por el uso (Irak y Magreb en lugar de `Iraq y Magrib, por ejemplo; y 3) el léxico común está conformado por numerosos e importantes conceptos árabes que se han traducido, incluidos –con el fin de destacar la influencia de la lengua árabe sobre la española– los arabismos que han tomado carta de naturaleza en *ella (alcazaba, Corán, musulmán, rehén,* etc.). En todos los casos, la primera vez que aparece un nombre lo suficientemente conocido se facilita la grafía transcrita (en redonda) y también la transliterada (en cursiva); a partir de la segunda vez, ambas opciones alternan indistintamente.

Este libro tiene sus orígenes en el material que me pidió hace algunos años mi amigo Isidor Marí para impartir una nueva asignatura sobre *El mundo islámico* dentro de la licenciatura de Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC). Joan Campàs veló por la adecuación de la tarea encomendada a los requisitos académicos (relación entre la extensión del texto y los créditos de la asignatura, diferentes niveles de contenido y de énfasis en las propuestas didácticas, etc.). Como suele suceder siempre en estos casos, las urgencias docentes (los alumnos cursaron por primera vez la asignatura en el curso 1999-2000) obligaron a una publicación de los textos demasiado rápida. Ahora,

con más calma, se ha podido proceder a la actualización de los datos, a una revisión más profunda de la obra y a la corrección de algunas cuestiones que tal vez habían sido expresadas de forma poco clara.

Creo que el libro ha mejorado sustancialmente con respecto a su versión original en forma de material docente y que, tal como ha quedado, constituye una obra de alta divulgación que permite al gran público, y no sólo a los universitarios, aproximarse al mundo islámico de manera comprensible pero rigurosa. Mi dedicación a la historia contemporánea justifica que haya dedicado una extensión superior al periodo más reciente, es decir, el desmantelamiento del Imperio otomano y la colonización europea, los procesos de las independencias y la evolución sociopolítica y económica de los países independientes. De la misma manera, me ha parecido oportuno conceder una atención particular a nuestros vecinos del Sur, los países del Magreb, de donde proceden muchos de los nuevos ciudadanos que llegan actualmente a nuestro país. Sin embargo, creo que eso no desmerece el conjunto de la obra y que la historia de los periodos anteriores y las cuestiones fundamentales de la religión y la cultura musulmanas también alcanzan el relieve que les corresponde.

Sin duda, buena parte de los méritos que se puedan encontrar en el texto se deben a la eficiente e inestimable colaboración de Mireia Sopena, que hizo posible la versión catalana y primera de la obra. Gloria Tusell ha hecho posible la versión castellana y, en ambos casos, el amigo Pere Balañà ha llevado a cabo una esmerada revisión y nunca tendré palabras para agradecerle lo suficiente sus observaciones y sugerencias y, sobre todo, la dedicación y paciencia que ha empleado en la transcripción de los nombres árabes a partir de criterios concisos, claros y coherentes. Las aportaciones de Balañá han mejorado notablemente el resultado final. También quiero agradecer a Dolors Bramon y a Víctor Pallejà sus comentarios. De las carencias detectables, el autor es el único responsable.

El autor
Barcelona, abril de 2002

Capítulo 1

El mundo araboislámico

El mundo islámico comprende todos aquellos países o todas aquellas comunidades donde predomina la religión islámica. Al final del siglo XX, los musulmanes representaban entre la cuarta y la quinta parte de la humanidad y vivían sobre todo en los continentes africanos y asiáticos. Ahora bien, la emigración y las conversiones han hecho que también encontremos comunidades musulmanas significativas en Europa y Estados Unidos. Los países árabes de la península arábiga constituyen un subconjunto muy importante dentro del mundo islámico, y se les reconoce una ascendencia histórica, cultural y religiosa muy superior al peso de su población. No en vano, el árabe es la lengua en que fue escrito y en que todavía se recita el Corán, que es el libro sagrado por excelencia para todos los musulmanes. En relación con esto hay que tener muy presente la diferencia entre árabe y musulmán, y entre islam e Islam.

El mundo árabe está formado por los veintidós países que ocupan un territorio limitado por los océanos Índico y Atlántico, el mar Mediterráneo y el desierto del Sáhara. Además de la adscripción a la Liga Árabe, estos países comparten mayoritariamente una historia, una lengua, una religión comunes e incluso unas características físicas y climáticas concretas. Eso hace que, a pesar del origen étnico diverso, exista un sentimiento de unidad que, en términos políticos, desapareció con la fragmentación del califato abasí a partir de los siglos IX y X.

Tres grandes conjuntos regionales conforman el mundo árabe: el Masriq, el Magreb y la cuenca del Nilo. También incluye Djibuti, Somalia y las islas Comores. El predominio del desierto explica que las densidades de población sean muy bajas –sobre todo en algunas regiones–, lo que contrasta con el rápido crecimiento de la población, especialmente en las zonas urbanas. Las ciudades reciben mucha población del campo y, en el caso de los países petroleros, del extranjero. Este fuerte crecimiento provoca problemas de infraestructura y de ocupación en las ciudades.

Por lo que respecta a las principales minorías étnicas del mundo árabe, destacamos entre éstas a los bereberes, a varias etnias africanas, a los kurdos y a los inmigrantes de

países asiáticos. Las minorías religiosas no son importantes en el Magreb, pero abundan en el Masriq y en la cuenca del Nilo. Se trata de los siítas, de los ibaditas y de diferentes comunidades cristianas y animistas.

El islam es la segunda religión más importante del mundo, puesto que de cada cinco habitantes de la Tierra, uno es musulmán. El total de musulmanes es de unos 1.200 millones, que viven sobre todo en Asia y en África –una quinta parte de los mismos reside en los países árabes. Los países más importantes, en millones de musulmanes, son: Indonesia, Pakistán, India, Bangla Desh, Irán, Egipto, Turquía, alguna exrepúblicas soviéticas y Nigeria.

El mundo islámico

Cuando hablamos de *mundo islámico* hacemos referencia al conjunto de los musulmanes y, por lo tanto, este concepto comprende todos aquellos países y comunidades que tienen como religión mayoritaria el islam. En conjunto, casi alcanza la quinta parte de la humanidad y se extiende fundamentalmente por los continentes africano y asiático, aunque los flujos migratorios han hecho que también se encuentren minorías musulmanas importantes en Europa y en América Latina. En Estados Unidos, la conversión de una parte de los descendientes de los antiguos esclavos negros al islam a partir de la década de 1930 ha dado lugar también a la existencia de una minoría musulmana importante. Por el número de creyentes, el islam es la segunda religión más importante del mundo y, sobre todo, es la que conoció un crecimiento más significativo en el siglo XX, muy particularmente en sus últimas décadas.

A partir de los datos que ofrecemos en la tabla siguiente, podemos constatar la evolución de las religiones a lo largo del siglo XX (en porcentaje de creyentes sobre el total de la población mundial) y valorar objetivamente el aumento de la religión musulmana.

Tabla 1

Religión	1900	1970	1980	1985[(a)]	2000[(a)]
Cristianismo occidental	26,9	30,6	30,0	29,7	29,9
Cristianismo ortodoxo	7,5	3,1	2,8	2,7	2,4
Islam	12,4	15,3	16,5	17,1	19,2
Sin religión	0,2	15,0	16,4	16,9	17,1
Hinduismo	12,5	12,8	13,3	13,5	13,7

Religión	1900	1970	1980	1985[a]	2000[a]
Budismo	7,8	6,4	6,3	6,2	5,7
Tradicionalismo chino	23,5	5,9	4,5	3,9	2,5
Tribal	6,6	2,4	2,1	1,9	1,6
Ateísmo	–	4,6	4,5	4,4	4,2

Fuente: D.B. Barret (1982).
[a] Estimación.

Las diferencias de conceptos y denominaciones

El mundo islámico comprende una gran diversidad de países, entre los que destacan los árabes –con cerca de 270 millones de habitantes–, que fueron el lugar de nacimiento del islam y la sede de los primeros imperios islámicos. Además, para los creyentes el árabe es la lengua sagrada, la lengua en que fue revelada la verdadera religión y en la que se transcribió y todavía se recita el texto sagrado, el Corán. Así pues, los países árabes –en especial los de la península arábiga– continúan disfrutando de una gran consideración en el conjunto del mundo islámico y de un prestigio político, cultural y religioso que no se corresponde con su población, ya que a principios del siglo XIX ésta sólo representaba una quinta parte de los musulmanes de todo el mundo.

Puesto que los árabes constituyen sólo una parte del mundo islámico, los conceptos de *musulmán* y *árabe* no son intercambiables ni equivalentes. Musulmán hace referencia a todo aquel que cree y practica el islam (con minúscula), que es la religión revelada por Alá al profeta Mahoma, mientras que árabe se utiliza para designar a los habitantes de los países árabes. Además, hay un pequeño porcentaje de árabes que no son musulmanes, sino cristianos maronitas, ortodoxos, etc. Tampoco debe confundirse el islam –la religión– con el Islam (con mayúscula), que se refiere bien al poder político instaurado en nombre de la religión islámica durante la unidad politicorreligiosa del Califato Abasí, bien al espacio musulmán, a su civilización, cultura e historia.

El mundo árabe

El mundo árabe está formado por un conjunto de veintidós países –las islas Comores fueron el último estado en adscribirse a la Liga Árabe en 1993– que forman a grandes rasgos una media luna situada entre el océano Atlántico al Oeste, el mar Mediterráneo al Norte, el océano Índico al Este y el desierto del Sáhara al Sur.

Esta disposición les confiere una cierta homogeneidad geográfica y climática dominada por el contraste entre un clima desértico en las llanuras del interior y otro más húmedo en la franja litoral, que resulta templada por la influencia del mar. A veces, las cumbres montañosas (el Pequeño Magreb, la Arabia suroccidental, Yemen y Omán) hacen de frontera entre el clima mediterráneo y el clima desértico y ofrecen una zona de transición apta para el cultivo y la ganadería, y también para la comunicación y los intercambios entre las poblaciones sedentarias del litoral y los nómadas del desierto. En ocasiones, no obstante, el desierto se aboca directamente al mar (Libia, Egipto, Magreb meridional y región oriental de la península arábiga). En general, las precipitaciones más importantes tienen lugar en invierno y son violentas, si bien inferiores a los 600mm anuales (en la región oceánica más septentrional se supera esta cantidad, pero en el desierto a duras penas se llega a los 100 o 150mm).

El diverso origen étnico de la población de los países árabes ha sido a menudo menospreciado por la arabización que acompañó –o siguió– a la conversión al islam. También en el caso de los bereberes del Magreb, que constituyen la excepción más notable ya que conservan su habla y su cultura en muchos lugares, encontramos una fuerte arabización de las costumbres. Igualmente en Irán la lengua y la cultura persas conviven con lo arabizado. De hecho, la referencia a una misma lengua, cultura, historia y, mayoritariamente, a una misma religión, suministra un sentimiento de unidad que permite hablar del mundo árabe como de un todo. Y, sin embargo, las excepciones son notables: el árabe presenta variedades dialectales importantes, aunque sigue cultivándose el árabe clásico, ya que los niños aprenden a leer con el Corán, "el texto perfecto" (Nodinot, 1992, pág. 15). Las diferencias culturales se hacen cada vez más patentes, la historia es con frecuencia un instrumento y entre el 7 y el 10% de los árabes no es musulmán:

> "La referencia a un pasado histórico común, glorioso y a menudo idealizado, constituye el primer punto de anclaje de la unidad árabe. El imaginario colectivo ha reconstruido el amanecer del islam, que transcurre en Medina, la ciudad divina, gobernada por los cuatro primeros sucesores del Profeta, los cuales instauraron allí una sociedad perfecta, equilibrada y justa. A un origen real –la ascendencia árabe (Medina en la actual Arabia Saudí) de los árabes, pero no de todos los que se reclaman árabes–, se superpone una referencia política imaginaria (la perfección del Estado de Medina) que, no obstante, ejerce también un papel: el de reforzar la relación entre religión y política y resaltar la unidad de la comunidad musulmana de Medina. En efecto, la *umma*[1] o comunidad de los creyentes constituye el segundo punto de anclaje de la unidad árabe (los árabes no musulmanes trasladan la referencia desde la comunidad de los creyentes a la comunidad de valores y de cultura). Sin embargo, es una comunidad restringida [como se utiliza en el texto no comprende a los musulmanes no árabes] que se vehicula por medio del tercer gran pilar de la unidad árabe: la lengua árabe." (Segura i Mas, 1997b, pág. 8).

1. La *umma* comprende a todos los musulmanes, pero no a los árabes no musulmanes: 6.000.000 de cristianos en Egipto, 1.000.000 en Líbano, 700.000 en Siria, 600.000 en Sudán y 500.000 en Irak. Los árabes son importantes con motivo del origen del islam, de la lengua en que fue escrito el Corán y del peregrinaje a los lugares santos, pero, como hemos dicho, sólo representan una quinta parte de los musulmanes.

La unidad árabe y la Liga Árabe

La aspiración a la unidad del mundo árabe tiene un origen reciente y choca con la concreción de los estados nación surgidos de la descolonización. La fragmentación política del Islam condujo a la formación de diferentes emiratos e incluso de diversos califatos. Los otomanos reimplantaron la unidad religiosa del califato, pero los árabes tampoco consiguieron entonces la unidad política. Por una parte, porque formaban parte de la periferia de un imperio musulmán pero no árabe y, además, se encontraban divididos en provincias. Por la otra, porque algunos países (Marruecos) y regiones árabes (el Magreb meridional) nunca formaron parte de este imperio.

Al Imperio otomano le sucedió la colonización europea, que tendió a crear nuevas divisiones territoriales según los intereses de las potencias coloniales. Los países independientes consolidaron estas divisiones territoriales y la noción de estado nación –una de las herencias coloniales más arraigadas– se impuso entre las elites dirigentes de los nuevos países. En muchos casos, ello favorecía también a las antiguas metrópolis, porque la antigua división territorial colonial seguía siendo una referencia válida y la falta de unidad de los árabes –y en algunos casos la complicidad de las clases dirigentes– jugaba a favor de la implantación de modelos neocoloniales en las ex colonias.

En definitiva, el concepto de unidad árabe ha sido a menudo un recurso retórico e ideológico, sobre todo en boca de los panarabistas más convencidos (Gamal Abdel Nasser, *Gamal ʿAbd al-Nasir*; Muammar al-Gaddafi, *Muʿammar al-Qaddafi*), pero nunca ha tenido posibilidades reales de ser llevado a la práctica, y todos los intentos parciales, como la constitución de la República Árabe Unida (RAU) (Siria, Egipto y Yemen) en 1958 o la Unión Araboafricana (Marruecos y Libia) en 1984, acabaron fracasando. La adscripción a la Liga Árabe es el único elemento realmente común que comparten totalmente los países que se denominan a sí mismos árabes. Con todo, debido a intereses políticos, figuran en esta organización países de una arabidad dudosa: las islas Comores se alejan mucho de la región que estamos considerando y su población es una mezcla de bantúes, árabes y malgaches.

La Liga Árabe tiene unas atribuciones limitadas e indicativas. El 22 de marzo de 1945, Arabia Saudí, Egipto, Siria, Irak, Líbano, Transjordania y Yemen del Norte firmaron el pacto de la Liga de los Estados Árabes, que se proponía: reforzar las relaciones con los estados miembros; coordinar las políticas para asegurar una cooperación más estrecha y para salvaguardar la independencia y la soberanía; y defender los intereses de los estados árabes y hacer de mediadora en los conflictos entre los estados miembros. Los órganos principales de la Liga Árabe son el Consejo y el Secretariado Permanente. La sede de la organización se fijó en El Cairo. Cinco años más tarde se procedía a establecer como órganos complementarios: un consejo de defensa común formado por los ministros del Interior y de Asuntos Extran-

jeros; un consejo militar permanente constituido por los jefes de los estados mayores de los respectivos ejércitos; y un consejo de asuntos económicos que reunía a los ministros de Economía.

Conviene tener presente la evolución de los estados miembros de la Liga Árabe en el transcurso de su historia con el fin de comprender el papel predominante de algunos países, especialmente de los fundadores.

Tabla 2

País	Año de adhesión	Condición
Argelia	1962	
Arabia Saudí	1945	Miembro fundador
Autoridad Nacional Palestina[(a)]	1976	
Bahrein	1971	
Comores	1993	
Djibuti	1977	
Egipto	1945	Miembro fundador
Yemen[(b)]	1945	Miembro fundador
Irak	1945	Miembro fundador
Jordania[(c)]	1945	Miembro fundador
Kuwait	1961	
Líbano	1945	Miembro fundador
Libia	1953	
Marruecos	1958	
Mauritania	1973	
Omán	1971	
Qatar	1971	
Siria	1945	Miembro fundador
Somalia	1974	
Sudán	1956	
Túnez	1958	
Unión de los Emiratos Árabes	1971	

Fuente: A. Segura i Mas (1997, pág. 13).
(a) En 1976 se adhirió a la misma la Organización para la Liberación de Palestina.
(b) Yemen del Norte fue miembro fundador de la Liga; Yemen del Sur se adhirió a ésta en 1971.
(c) Transjordania en el momento de la adhesión.

La división territorial y demográfica

Las regiones: el Masriq, el Magreb y la cuenca del Nilo

En el mundo árabe pueden distinguirse diferentes regiones en relación con la situación geográfica, el clima, la población, la historia, las culturas y las formas de vida. Se suelen identificar tres grandes regiones que se corresponden con la división tradicional: la región donde nace el sol, el levante, es decir, el Masriq, que es también de donde surgió el islam; la región donde se pone el sol, el poniente u occidente, el Magreb; y, justo en el medio, el puente entre ambos extremos, el río de la vida, cuna de civilizaciones, la cuenca del Nilo. Finalmente, la inclusión dentro del mundo árabe de dos países del Cuerno de África (nordeste del continente africano), con pocos elementos en común con el resto de los países árabes, salvo la religión y la relación histórica con la península arábiga (con Arabia, Yemen y Omán, particularmente), obliga a destacar un cuarto conjunto, que incluye Djibuti y Somalia.

La mayoría de estas regiones comprende subdivisiones que es preciso conocer. En el caso del Masriq, debemos distinguir entre Oriente Próximo o Creciente Fértil, los valles del Jordán y del Tigris y el Éufrates, donde la tradición sitúa el Paraíso –en todo caso, uno de los lugares donde apareció primero la agricultura–, y la península arábiga. En el caso del Magreb, se diferencia el Pequeño Magreb o Magreb central, que, como su nombre indica, incluye los tres países centrales y más poblados (Marruecos, Argelia y Túnez), del Gran Magreb, que incluye además los países extremos y menos poblados, es decir, Libia, Mauritania y la ex colonia española del Sáhara Occidental. Para acabar, la cuenca del Nilo y el Cuerno de África no presentan subdivisiones a causa de la homogeneidad de su territorio.

Ofrecemos a continuación datos recientes sobre la superficie, población y densidad de población de los países árabes. Los tres elementos son bastante útiles para valorar de forma adecuada algunos fenómenos sociales como la emigración o el desempleo.

El Masriq representa la cuarta parte (el 26,7%) de la superficie total del mundo árabe y se caracteriza por las fuertes desigualdades en la distribución de la población entre las dos subregiones que comprende, el Creciente Fértil y la península arábiga. En el primer caso, la acción moderadora del mar y de los valles del Jordán, Tigris y Éufrates han favorecido desde los albores de la historia la práctica de la agricultura y la sedentarización. Las tramas urbanas han motivado densidades de población elevadas en Irak, Jordania, Siria y sobre todo en Líbano y Palestina (Cisjordania y Gaza). Todo contrasta con las bajas densidades de población que observamos en aquellos países donde domina el desierto (Arabia Saudí, Omán, Unión de los Emiratos Árabes). Sólo Yemen, con el rico valle

del Hadramawt –donde se cultivan cereales, forrajes, verduras, dátiles y frutos diversos– y la acción templadora del mar y de las montañas, ha escapado históricamente al rigor del clima y ha podido sostener densidades de población más elevadas. Este fenómeno es mucho más reciente en los pequeños países petroleros (Bahrein, Kuwait, Qatar), que concentran en un territorio limitado un numeroso contingente humano –básicamente inmigrado–, empleado en el sector de los servicios y de los hidrocarburos.

Tabla 3

País	Superficie 10^3 km^2	Población 10^6 hab. (1998)	Densidad hab/km^2
Masriq	**3.728,97**	**93,9**	**25,18**
Arabia Saudí	2.149,69	20,2	9,39
Bahrein	0,68	0,6	882,35
Cisjordania y Gaza	6,26	2,5	399,36
Yemen	527,97	16,9	32,00
Irak	434,92	21,8	50,12
Jordania	89,00	6,3	70,78
Kuwait	17,81	1,8	101,06
Líbano	10,40	3,2	307,69
Omán	212,46	2,4	11,30
Qatar	11,00	0,6	54,55
Siria	185,18	15,3	82,62
Unión de los Emiratos Árabes	83,60	2,3	27,51
Magreb	**6.051,59**	**74,6**	**12,31**
Argelia	2.381,74	30,1	12,63
Libia	1.759,54	5,3	3,01
Marruecos	450,00	27,3	60,66
Mauritania	1.030,70	2,5	2,42
[Sáhara Occidental][(a)]	266,00	0,1	0,38
Túnez	163,61	9,3	56,84
Cuenca del Nilo	**3.507,26**	**94,1**	**26,83**
Egipto	1.001,45	65,9	65,80
Sudán	2.505,81	28,2	11,25

País	Superficie 10^3 km^2	Población 10^6 hab. (1998)	Densidad hab/km^2
Cuerno de África	**660,86**	**10,4**	**15,73**
Comores	2,17	0,6	276,50
Djibuti	23,2	0,6	25,86
Somalia	637,66	9,2	14,42
Mundo árabe	**13.950,85**	**273**	**19,59**

Fuentes: *L'état du monde 1998* (1997); *L'état du monde 2000* (1999). París: La Découverte.
(a) La población según el censo de 1974 era exactamente de 73.497 personas. Gobierno General del Sáhara (1975). *Censo-74*. El Aaiún (Sáhara Occidental), Editorial Gráficas Saharianas.

El Magreb, que incluye el desierto del Sáhara, es la región más extensa del mundo árabe, con una superficie de más de 6 millones de kilómetros cuadrados (el 43,4% del total). No obstante, la presencia del desierto hace que sea al mismo tiempo la región menos densamente poblada. El desierto condiciona totalmente la distribución de la población, que se concentra en la franja litoral y en las planicies prelitorales, donde el clima es más templado. En el caso del Pequeño Magreb, podemos encontrar densidades realmente elevadas en todo el litoral y el prelitoral. En esta subregión, se hallan los dos países del Magreb con más población: Argelia y Marruecos. En cambio, en Libia, Mauritania y Sáhara Occidental, donde el desierto prácticamente se adentra en el mar, se manifiesta el contraste entre las grandes extensiones y el escaso número de habitantes: las densidades de población se encuentran entre las más bajas del mundo árabe.

La cuenca del Nilo representa otra cuarta parte (el 25,1%) de la superficie total del mundo árabe. A lo largo de la historia, el río ha sido fuente de vida y de civilización y todavía hoy permite las densidades medias de población más elevadas del mundo árabe. Aun así, hay que destacar la gran diferencia existente entre Egipto, el país con más población del mundo árabe y el más densamente poblado de los que superan los 100.000 km^2 de extensión (Egipto tiene un millón), y Sudán, el país más extenso del mundo árabe y el tercero con más población, pero, al mismo tiempo, uno de los que presenta una de las densidades más bajas. Como ha sucedido siempre, la población se distribuye a lo largo del río y deja vacías las enormes superficies desérticas que lo rodean.

Por último, los dos países del Cuerno de África y las pequeñas, pero densamente pobladas, islas Comores representan en conjunto cerca del 5% de la superficie total del mundo árabe. Más del 96% de esta superficie corresponde a Somalia, país con una densidad de población muy baja.

La población y las ciudades

Según datos de 1998, el conjunto de los países árabes tenía una población total de 273 millones de habitantes. Por regiones, la cuenca del Nilo y el Maxriq concentraban más de la mitad de esta cifra (el 34,5% y el 34,4%, respectivamente) y el Magreb, un poco más de la cuarta parte (27,3%). Los países del Cuerno de África y las islas Comores representaban sólo el 3,8% del total. Por países observamos el gran peso de Egipto, con cerca de 66 millones de habitantes. A mucha distancia, pero con unos volúmenes de población importantes, seguían Argelia (30,1 millones), Sudán (28,2), Marruecos (27,3), Irak (21,8), Arabia Saudí (20,2), Yemen (16,9) y Siria (15,3).

Como hemos visto, o bien se trata de países muy extensos con densidades de población no muy elevadas (Arabia Saudí, Algeria, Sudán) o bien de países que se acercan al medio millón de kilómetros cuadrados (Marruecos, Irak y Yemen, con los extremos de Egipto, con un millón de kilómetros cuadrados, y Siria, con cerca de 200.000 km^2) y presentaban unas densidades de población bastante elevadas en el contexto del mundo árabe. La contraposición se encontraba en países relativamente grandes (Omán, Unión de los Emiratos Árabes) o muy grandes (Libia, Mauritania, Somalia), en los que la escasa población se correspondía con bajas densidades. Para acabar, destacaban una multitud de pequeños estados y microestados que a menudo no llegaban al millón de habitantes (Bahrein, Qatar, Djibuti, islas Comores) o superaban a duras penas los dos o tres millones (Cisjordania y Gaza, Kuwait, Líbano), pero que presentaban elevadas densidades de población. Una situación parecida, aunque con más extensión y población, la encontrábamos en Jordania y en Túnez.

Como hemos visto, la población urbana es un factor muy relevante dentro de la sociedad árabe. En la tabla siguiente podemos percibir este fenómeno y, al mismo tiempo, constatar los casos de países con capitales (o ciudades) macrocéfalas.

Tabla 4

País	Capital o ciudad mayor	Población capital[a] 10^6 hab. (1995)	Porcentaje población urbana (1998)
Masriq			
Arabia Saudí	Riad	2,58	84,5
Bahrein	Manama	–	91,4
Cisjordania y Gaza[b]	Gaza	–	94,5[c]
Yemen	San`a	–	36,2

País	Capital o ciudad mayor	Población capital[a] 10^6 hab. (1995)	Porcentaje población urbana (1998)
Irak	Bagdad	4,48	75,9
Jordania	Ammán	1,19	73,1
Kuwait	Kuwait City	1,09	97,4
Líbano	Beirut	–	88,8
Omán	Mascate	–	80,7
Qatar	Doha	–	92,1
Siria	Damasco	2,05	53,6
Unión de los Emiratos Árabes	Abu Dhabi	–	85,1
Magreb			
Argelia	Argel	3,70	57,9
Libia	Trípoli	3,27	86,7
Marruecos[d]	Casablanca	3,27	53,9
Mauritania	Nuakchot	–	55,1
Túnez	Túnez	2,04	64,1
Cuenca del Nilo			
Egipto	El Cairo	9,67	45,4
Sudán	Jartum	2,45	34,2
Cuerno de África			
Comores	Moroni	–	32,1
Djibuti	Djibuti	–	82,8
Somalia	Mogadiscio	–	26,7

Fuente: *L'état du monde 2000* (1999).
[a] De la capital o de la ciudad mayor. Sólo se consideran las ciudades que superan el millón de habitantes.
[b] El porcentaje de población urbana se refiere a la franja de Gaza. En Cisjordania, la discontinuidad territorial y la dispersión de la población palestina hacen que, en este caso, el porcentaje de población urbana no tenga ningún sentido.
[c] Cisjordania y Gaza, 1996
[d] La capital es Rabat, pero la mayor ciudad es Casablanca.

El rápido crecimiento de la población urbana responde a fenómenos diversos y contradictorios. En algunos casos, se trata de microestados –verdaderas ciudades estado como Bahrein, Kuwait o Qatar– importantes productores de petróleo con abundante mano de

obra inmigrada. Un modelo parecido es el de los estados petroleros más extensos, donde la población no se concentra sólo en una ciudad, sino que se reparte entre unas pocas más (Arabia Saudí y Libia). En otros casos, se trata de países con una gran tradición urbana, a veces heredada de la Antigüedad, con recursos petroleros (Irak) o sin éstos (Jordania, Líbano, Túnez). A las variables estructurales o históricas cabe añadir todavía los crecimientos descontrolados provocados por la sequía del Sahel, que ha acelerado la sedentarización (Mauritania), por la crisis económica (Marruecos, Egipto) o por una serie de crisis económicas, políticas y sociales (Argelia). En todos estos casos, la población rural emigra –o ha emigrado– precipitadamente a las ciudades, en busca de un trabajo que a menudo tampoco encontrará, lo que origina una nueva emigración al extranjero (especialmente a los países de la Unión Europea). Las malas condiciones de vida, la falta de infraestructuras y el desempleo alimentan las revueltas urbanas. Ciudades pensadas para uno o dos millones de habitantes soportan una población dos o tres veces superior, que vive en suburbios de barracas o, como en El Cairo, en las tumbas de los cementerios.

Uno de los rasgos sociodemográficos más relevantes del mundo árabe en los últimos años es el rápido crecimiento de la población urbana –que aumenta mucho más rápidamente que la población total– y, en consecuencia, de las ciudades. Como puede verse en la tabla anterior, son frecuentes los países en que la población urbana representa –o está a punto de hacerlo– las tres cuartas partes de la población total. En casos extremos (Bahrein, Cisjordania y Gaza, Kuwait, Líbano, Qatar, UEA y Libia) casi llega al 90 o prácticamente al 100%. Incluso en los países donde se dan los porcentajes más bajos, éstos se sitúan en torno al 50 o al 60% (Siria, Argelia, Marruecos, Mauritania y Túnez). Sólo unos pocos países presentan unos porcentajes realmente bajos: Somalia, el 26,7%; las islas Comores, el 32,1%; Sudán, el 34,2%, y Yemen, el 36,2%.

Detrás del fuerte crecimiento de las ciudades, en el mundo árabe detectamos un incremento de la población igualmente muy fuerte, que, en la mayoría de los casos, no parece dar signos de agotamiento. En el último quinquenio del siglo XX los incrementos de población fueron superiores al 2% anual (Argelia, Mauritania, Sudán, la Unión de los Emiratos Árabes, Irak, Siria), al 3% (Libia, Arabia Saudí, Jordania, Kuwait, Yemen, Somalia) o incluso al 4% (Omán). Esto se traduce en la existencia de una población extremamente joven que, ante la falta de puestos de trabajo, tiene que optar por la emigración o por el desempleo, lo cual condiciona la futura estabilidad política y social de estos países. El crecimiento se relaciona de manera compleja con variables sociodemográficas, políticas, económicas, históricas y culturales. En este sentido –y sin caer en un reduccionismo absurdo–, cabe destacar las elevadas tasas de fecundidad que se dan todavía en muchos países árabes y que no se pueden dejar de relacionar con los bajos niveles de escolariza-

ción y de incorporación de la mujer al mercado de trabajo, con los códigos de familia vigentes y, en general, con la situación de discriminación que sufre la mujer en algunos de estos países.

Las minorías étnicas y religiosas

El mundo árabe no es étnicamente homogéneo en su totalidad, y junto a la población árabe conviven otras minorías étnicas, de la misma manera que junto a los árabes musulmanes encontramos a árabes que practican otras religiones.

Las principales minorías étnicas se hallan en el Magreb y en los países africanos del Sur del Sáhara y del Sahel. En el Magreb, los bereberes[2], la población originaria de la región, representan todavía un porcentaje significativo de la población en Marruecos, Argelia, Mauritania y Sáhara Occidental. En rigor, la mayoría de la población magrebí es de origen bereber y, a menudo, los que se consideran de ascendencia árabe no son sino bereberes arabizados hace siglos. En cambio, en el Magreb no encontramos minorías religiosas, porque los bereberes fueron islamizados a partir del final del siglo VII y son sunnitas. En países como Mauritania, Sudán, Djibuti y Somalia se mezclan etnias africanas y, como sucede en los tres últimos países, los árabes pueden no estar representados de forma significativa. En el Masriq, las minorías étnicas más importantes son los kurdos (en Siria y, sobre todo, en Irak) y los asiáticos de diversos orígenes (iraníes, turcos, indios y de muchas otras procedencias –de Filipinas, Sri Lanka, etc.– que no se especifican siempre), los cuales trabajan en el sector de los hidrocarburos y en el sector de servicios (incluido el servicio doméstico femenino) de los países exportadores de petróleo. Junto a otras minorías tradicionales (circasianos en Jordania, armenios en Líbano) comprobamos la presencia de algunos europeos relacionados también con la industria del petróleo (Arabia Saudí y Kuwait, y asimismo Libia, en el Magreb).

En la tabla 5 hemos diferenciado las minorías étnicas y minorías religiosas que se incluyen en el mundo árabe, y hemos destacado, por una parte, en las columnas de los extremos, el porcentaje de población árabe y musulmana (sunnita y siíta, fundamentalmente) y, por la otra, en las columnas centrales, las cifras correspondientes al resto de las etnias y religiones.

2. Los bereberes, palabra que deriva del latín *barbarus* (que vive al margen del mundo romano), se autodenominan *imazighen* ('hombres libres'). Tienen una lengua (el *tamazigh*) y una cultura propias. Forman cerca de la cuarta parte de la población del Magreb y viven en Aurès, Cabilia, Hoggar y los oasis del Mzab y Gourara en Argelia; en el Rif, el Atlas y el Sous marroquíes; en la isla de Djerba en Túnez; en Mauritania y en el Sáhara Occidental.

Tabla 5

País	Árabes (en %)	Minorías étnicas (en %)	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Masriq				
Arabia Saudí	Árabes: 97	Asiáticos: 2 Europeos: 1	–	Sunnitas: 97 Siítas: 3
Bahrein	Árabes: 60	Asiáticos: 30 Iraníes: 10	–	Shiítas: 60 Siítas: 40
Yemen	Árabes: 93	Indios: 4 Somalíes: 3	Cristianos: 1 Otros: 1	Sunnitas: 58 Zaiditas: 40
Irak	Árabes: 69	Kurdos: 25 Turcos y otros: 6	Cristianos: 5 Otros: 4	Siítas: 57 Sunnitas: 34
Jordania	Árabes: 99	Circasianos: 1	Cristianos: 6	Sunnitas: 94
Kuwait	Árabes: 88	Asiáticos: 10 Europeos: 2	Cristianos: 2 Otros: 6	Sunnitas: 78 Siítas: 14
Líbano	Árabes: 94	Armenios: 4 Europeos: 1 Kurdos: 1	Maronitas: 25 Ortodoxos: 7 Católicos: 4 Otros: 6	Siítas: 31 Sunnitas: 21 Drusos: 6
Omán	Árabes: 90	Asiáticos: 10	–	Ibaditas: 60 Sunnitas: 40
Qatar	Árabes: 70	Asiáticos: 30	–	Sunnitas: 90 Siítas: 10 Sunnitas: 75
Siria	Árabes: 89	Kurdos: 8 Otros: 3	Cristianos: 10	Alauitas: 11 Drusos: 3 Ismaelitas: 1
Unión de los Emiratos Árabes	Árabes: 80	Asiáticos: 20	–	Sunnitas: 87 Siítas: 13
Magreb				
Argelia	Árabes: 79	Bereberes: 21	–	Sunnitas: 98 Ibaditas y otros: 2
Libia	Árabes: 92	Bereberes: 6 Europeos: 2	Cristianos: 4	Sunnitas: 96
Marruecos	Árabes: 66	Bereberes: 33 Otros: 1	Otros:[(a)] 2	Sunnitas: 98

País	Árabes (en %)	Minorías étnicas (en %)	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Mauritania	Árabes:[c] 29	Los *haratine*:[b] 35 Bereberes: 33 *Toucoleurs*: 8 Peuls: 4 Soninkés: 3 Wolofs: 1 Otros:[d] 1	Otros: 1	Sunnitas: 99
Túnez	Árabes: 97	Bereberes: 3	Otras:[e] 1	Sunnitas: 99
Cuenca del Nilo				
Egipto	Árabes: 99	Nubianos: 1	Coptos: 7 Otros: 2	Sunnitas: 91
Sudán	Árabes: 39	*Furs*: 13 *Dinkes*: 12 *Beges*: 6 Noubes: 6 Los nuer: 5 Nubianos: 4 Azandes: 2 Otros:[f] 13	Animistas: 20 Cristianos: 10	Sunnitas: 70
Cuerno de África				
Comores	–	–	Otros: 1	Sunnitas: 99
Djibuti	Árabes: 7	Los Issas: 50 Los afars: 37 Europeos: 6	Cristianos: 6 Otros: 34	Sunnitas: 60
Somalia	–	Somalíes: 98 Asiáticos: 1 Bantúes: 1	Animistas: 1	Sunnitas: 99

Fuente: A. Segura i Mas (1997b, págs. 322-325).

[a] Judíos y cristianos. En 1987, la comunidad judía de Marruecos casi llegaba a los 18.000 individuos.

[b] Se llaman *haratine* los descendientes de esclavos y esclavas negras que viven en las comunidades moras y que han sido asimilados culturalmente.

[c] En Mauritania, el grupo arabobereber está formado por los denominados *moros*, que pretenden una ascendencia árabe pura, cuando en realidad la práctica totalidad de la población *mora* tiene ascendentes bereberes. Por otra parte, el nombre de la mayoría de las tribus moras es de origen bereber, como lo indica el prefijo *Id* ('hijos de'), equivalente al *Aït* de las tribus bereberes del Atlas y al *Ouled* (*Awlad*) de los árabes. Los moros se llaman a sí mismos *beidanis*, es decir, 'los blancos'. Efectivamente, muchos de ellos son de piel blanca, nariz aquilina, barba fina y ojos y cabellos claros (sobre todo los *sanhaga*, que son los de ascendencia bereber más contrastada; de los *lamtuna*, fracción de la confederación de los *sanhaga*, surgió en el siglo XI el Imperio Almorávide), pero también abundan los de piel oscura y facciones negroides, fruto del mestizaje que tradicionalmente se ha practicado en la región.

[d] Otras etnias negroafricanas.

[e] Judíos y cristianos. En 1987, la comunidad judía de Túnez se componía de 3.500 individuos.

[f] Otras poblaciones nilóticas.

Las minorías religiosas son muy abundantes en la cuenca del Nilo y en el Masriq, que fueron la cuna de las tres religiones monoteístas. Entre los musulmanes, los sunnitas son la rama más representada en casi todos los países, pero encontramos comunidades siítas

importantes en Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Unión de los Emiratos Árabes y Yemen (zaiditas), Siria (alauitas) y Líbano (drusos). Los siítas constituyen la minoría confesional mayoritaria en Bahrein, en Irak y en el Líbano. Los ibaditas, la única representación viva de los jariyíes, son mayoritarios en Omán. También encontramos grupos cristianos relativamente importantes en Egipto (coptos), Líbano (maronitas, ortodoxos y católicos), Irak, Siria, Jordania, Kuwait, Sudán, Libia y Djibuti. Finalmente, los animistas constituyen una importante minoría en el Sur de Sudán y también están presentes en Somalia. En el Magreb, todos los musulmanes son sunnitas, salvo las pequeñas comunidades ibaditas de la isla de Djerba (Túnez) y la región del oasis del Mzab (Argelia); no existen otras minorías religiosas importantes si exceptuamos la pequeña comunidad judía de Marruecos.

Los musulmanes en el mundo

Los musulmanes árabes son casi 250 millones –el 92% de los árabes–, pero esta cifra sólo representa el 20% de los musulmanes de todo el mundo, que llegan casi a los 1.200 millones de personas, lo que hace del islam la segunda religión en número de creyentes. Es musulmán uno de cada cinco habitantes de la Tierra. Sin considerar los países árabes, la distribución por continentes es bastante desigual y es en Asia y en África subsahariana donde encontramos más musulmanes.

En el continente asiático viven las dos terceras partes de los musulmanes del mundo (cerca de las tres cuartas partes, si añadimos los países árabes), o sea, unos 786 millones de personas. Las comunidades más numerosas son las de Indonesia (179 millones), Pakistán (148), India (123), Bangla Desh (108), Irán (64), Turquía (58), las ex repúblicas soviéticas (52), Afganistán (21), China (17) y Malasia (11). En Afganistán, Irán, islas Maldivas y Pakistán, los musulmanes son predominantes y representan prácticamente el 100% de la población. Son también mayoritarios –en diferente medida– en Turquía, Bangla Desh e Indonesia (cerca del 87%), Brunei (75%) y Malasia (52%).

Si incluimos los países árabes, en el continente africano vive una cuarta parte de los musulmanes del mundo. Sin los países árabes, en el África subsahariana viven unos 142 millones de musulmanes, es decir, cerca del 12% del total de los musulmanes. Las comunidades mayores se encuentran en Nigeria (46 millones), Etiopía (21), Tanzania (10), Mali, Níger y Senegal (8). En términos relativos, son predominantes en Gambia, Níger y Senegal, donde representan cerca del 85% de la población, en Guinea y Mali, donde son el 70-75%, y en Nigeria y Chad, donde llegan al 43-45%.

El total de musulmanes en el continente europeo –comprendida la emigración de los últimos años– se sitúa cerca de los 15 millones de personas, que viven principalmente

en la Europa oriental (en algunos de los antiguos países del Imperio Otomano: Albania, Bosnia-Herzegovina, Bulgaria, etc.) y en Francia y Alemania. En total representan un 2% de la población de Europa y poco más del 1% de los musulmanes de todo el mundo.

Con respecto al continente americano, en Estados Unidos son 4 millones (menos del 2% de la población total) y en Canadá, 150.000 personas. En América latina encontramos apenas 3 millones de musulmanes, y las comunidades más importantes se localizan en el Caribe, Argentina y Brasil.

En Estados Unidos, la pobreza y la discriminación que sufren los guetos negros de las grandes ciudades –sobre todo en los centros industriales del Norte del país–, han favorecido la conversión de la población negra al islam. La prédica en los barrios más pobres y en las prisiones y la utilización de figuras carismáticas (Malcom X, Muḥammad ʿAlī, Cat Stevens,...) y de formas culturales de expresión de masas como el *rap* (*Public Enemy*, *Ice-T*, *Ice Cube, Sister Souljah*) permitieron a los *Black Muslims* ('musulmanes negros') una gran expansión en la segunda mitad del siglo XX. El movimiento fue fundado en Detroit al comienzo de la década de los años treinta por un misterioso personaje llamado Wallace Fard, que tuvo en Elijah Mohamed (*Iliyas Muḥammad*) (m. 1975) a su profeta y primer propagandista. Desde 1977, Louis Farrakhan lidera este movimiento religioso nacionalista que, como demostraron los disturbios de Los Ángeles de 1992, controla la población de los guetos negros del país y es respetado por ella.[3]

> "Los comienzos de la Nación del Islam se sitúan en el «Valle del Paraíso», nombre que recibía el gueto negro de Detroit, durante el periodo más terrible de la Gran Depresión [...]. En este lugar de miseria, [...] hace su aparición un personaje misterioso que va vendiendo sederías y dice a los negros, llegados de los estados del Sur en los decenios precedentes para servir de mano de obra barata en las grandes industrias, que los tejidos que les vende son sus ropas originales, las mismas que su "raza" llevaba en África antes de que el tráfico de esclavos les llevara hasta las costas de América [...]. Les enseña cómo curar las enfermedades, físicas y morales, que les abaten en estas ciudades del Norte de Estados Unidos [castigadas] por la miseria de la Gran Depresión [...]. Les dice que viene de Oriente y que su apellido es Fard (o Farrad, o incluso Ford) y que su nombre es Wallace o, en árabe, Walī [...]. Entre el 4 de julio de 1930, fecha de su aparición, y el 30 de junio de 1934, fecha de su ocultación, Fard asume la función de profeta y estructura en una comunidad emocional a unos 8.000 negros de Detroit.
>
> El nuevo culto tiene como primera función restituir a los negros su verdadera identidad, de la cual han sido expoliados por los blancos, los "caucasianos esclavistas". Eso pasa, en primer lugar, por el cambio de nombre: los discípulos ya no serán *negroes*, 'negros', 'llamados *negros*' (*so called negroes*) por sus señores, sino que se confirman como descendientes de los hombres originales, los *black*s ('negros', 'de color negro'), que pertenecen a la tribu de Šabazz: su verdadera religión es el islam y su verdadera lengua es el árabe. En Estados Unidos, representan la "Nación del Islam", "perdida y reencontrada en la barbarie de América" (*the Lost Found Nation of Islam in the Wilderness of North America*). Ha sido reencontrada por Fard, Mesías, encarnación de Alá, que proporciona a los miembros de esta nación su identidad oculta. Empieza por desposeerlos de su "nombre de esclavo" y restaurar "su

3. Louis Farrakhan, líder de la Nación del Islam (Estados Unidos), rechaza el "sistema" de los blancos, promete regenerar al pueblo "afroamericano" (organiza la juventud de los guetos para realizar tareas sociales), propone un voto comunitario y se declara antisionista. Es la versión populista y xenófoba del movimiento religioso del que fue predicador Malcom X (1952-1963) y que, desde 1983, ha dado apoyo a la candidatura de Jesse Jackson a la presidencia norteamericana.

nombre verdadero" (musulmán): John se convierte en Karīm, Richard en Muḥammad, etc." (Kepel, 1995, págs. 31-33).

En las tablas se recoge la distribución de los musulmanes en el mundo, concretamente en Asia y África, a excepción de los países árabes. Se indican también en ellas los porcentajes de las minorías religiosas de cada uno de estos países.

Tabla 6

Asia	Población (1998) 10^6 hab	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Afganistán	21,3	Otros: 1	Sunnitas: 60 Siítas: 39
Bangla Desh	124,7	Otros: 13	Sunnitas: 87
Brunei	0,3	Otros: 25	Sunnitas: 75
Ex repúblicas soviéticas	291,5	Cristianos: 36 Otros: 46	Sunnitas: 18
Filipinas	73,0	Cristianos: 95	Sunnitas: 5
India	982,2	Hindúes: 83 Otros: 4,5 Cristianos: 8,8	Sunnitas y siítas: 12,5
Indonesia	206,3	Hindúes: 2 Otros: 2,2	Sunnitas: 87
Irán	65,7	Otros: 3	Siítas: 93 Sunnitas: 4
Israel	5,9	Judíos: 80 Cristianos: 3	Sunnitas: 14 Drusos: 2
Malasia	21,4	Otros:[(a)] 48	Sunnitas: 52
Maldivas	0,3	–	Sunnitas: 100
Myanmar	44,5	Budistas: 85 Cristianos: 10 Otros: 1	Sunnitas: 4
Pakistán	148,1	–	Sunnitas: 75 Siítas: 25
Singapur	3,4	Taoístas: 29 Budistas: 27 Cristianos: 10 Otros: 17	Sunnitas: 17

Asia	Población (1998) 10^6 hab	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Sri Lanka	18,4	Budistas: 70 Hindúes: 15 Cristianos: 7	Sunnitas: 9
Tailandia	60,3	Budistas: 94 Otros: 2	Sunnitas: 4
Turquía	64,4	Otros: 10	Sunnitas: 70 Siítas: 20
China	1.255,7	Otros: 98,6	Sunnitas: 1,4
Chipre	0,7	Ortodoxos: 77 Católicos: 4	Sunnitas: 16

Tabla 7

África	Población (1998) 10^6 hab.	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Benin	5,7	Animistas: 65 Cristianos: 20	Sunnitas: 15
Burkina Faso	11,3	Animistas: 48 Cristianos: 10	Sunnitas: 42
Camerún	14,3	Animistas: 45 Cristianos: 35	Sunnitas: 20
Costa de Marfil	14,3	Animistas: 65 Cristianos: 12	Sunnitas: 23
Etiopía	59,6	Cristianos: 40 Animistas: 20 Otros: 5	Sunnitas: 35
Gabón	1,1	Cristianos: 50 Animistas: 49,5	Sunnitas: 0,5
Gambia	1,2	Otros: 15	Sunnitas: 85
Ghana	19,1	Cristianos: 43 Animistas: 38 Otros: 4	Sunnitas: 15
Guinea	7,3	Animistas: 15 Cristianos: 15	Sunnitas: 70
Guinea Bissau	1,1	Animistas: 55 Cristianos: 5 Otros: 10	Sunnitas: 30

África	Población (1998) 10^6 hab.	Minorías religiosas (en %)	Musulmanes (en %)
Kenia	29,0	Animistas: 50 Cristianos: 30 Otros: 14	Sunnitas: 6
Liberia	2,6	Animistas: 65 Cristianos: 10	Sunnitas: 25
Madagascar	15,0	Animistas: 55 Cristianos: 40	Sunnitas: 5
Malawi	10,3	Animistas: 37 Cristianos: 28 Otros: 21	Sunnitas: 14
Mali	10,7	Animistas: 24 Cristianos: 1	Sunnitas: 75
Mozambique	18,8	Animistas: 63 Cristianos: 22	Sunnitas: 15
Níger	10,0	Animistas y cristianos: 15	Sunnitas: 85
Nigeria	106,4	Cristianos: 34 Animistas: 19 Otros: 4	Sunnitas: 43
República Centroafricana	3,4	Animistas: 60 Cristianos: 35 Otros: 1	Sunnitas: 4
República Democrática del Congo (ex Zaire)	49,1	Cristianos: 95 Animistas: 3	Sunnitas: 2
Ruanda	6,6	Cristianos: 62 Animistas: 30	Sunnitas: 8
Senegal	9,0	Animistas: 7 Cristianos: 6 Otros: 3	Sunnitas: 84
Tanzania	32,1	Cristianos: 40 Animistas: 27	Sunnitas y siítas: 33
Togo	4,4	Animistas: 46 Cristianos: 37	Sunnitas: 17
Chad	7,2	Cristianos: 33 Animistas: 27	Sunnitas: 45
Uganda	20,5	Cristianos: 77 Animistas: 13	Sunnitas: 10

Fuentes: P. Balta (1996). *L'état du monde 2000* (1999).
[a] Budistas, hindúes y taoístas.

Conclusiones

El mundo islámico comprende el conjunto de países y comunidades que profesan el islam, los cuales constituyen entre la cuarta y la quinta parte de la humanidad. Se extiende por los continentes africano y asiático, aunque también encontramos comunidades importantes en otros continentes (Norteamérica, especialmente en Estados Unidos, y Europa). El islam es la segunda religión más importante del mundo y sus creyentes reciben el nombre de *musulmanes*. No hay que confundir el mundo islámico con los países árabes, cuna del islam, los cuales sólo representan una quinta parte de los musulmanes de todo el mundo, aunque conservan un prestigio histórico, cultural y religioso muy importante. Tampoco debe confundirse el nombre de la religión (islam con minúscula) con el espacio musulmán o el periodo de unidad política y religiosa del Califato Abasí (Islam con mayúscula).

El mundo árabe es un conjunto de veintidós países que ocupa una franja en forma de media luna entre los océanos Índico y Atlántico y entre el mar Mediterráneo y el desierto del Sáhara. Dichos países presentan una geografía y un clima bastante homogéneos y el predominio del desierto es su característica más relevante. En general, la población comparte una misma lengua, el árabe; mayoritariamente, una misma religión, el islam; una historia –aunque idealizada–, y una cultura. Eso hace que, a pesar del origen étnico diverso, exista un sentimiento de unidad que en términos políticos desapareció con la fragmentación del Califato Abasí. El criterio más generalizado que se utiliza para incluir un país en el mundo árabe es su adscripción a la Liga Árabe, organización fundada en 1945 para coordinar las políticas de los países árabes y defender sus intereses.

Los países del mundo árabe forman tres grandes conjuntos regionales: el Masriq, con el 27% de la superficie total y el 34% de la población, el Magreb (43% y 38%) y la cuenca del Nilo (25% y 34%). Djibuti, Somalia y las islas Comores representan en torno al 4-5% de la superficie y la población totales. Las densidades de población son muy bajas porque en estos países predomina el desierto (Magreb, península arábiga). La población –unos 273 millones en 1998– crece rápidamente, especialmente en las ciudades, las cuales reciben inmigrantes de las zonas rurales y, en el caso de los países petroleros, del extranjero. Este fuerte crecimiento provoca problemas de infraestructura y de ocupación –la población es muy joven– en las ciudades, agravados por el mantenimiento de unas elevadas tasas de fecundidad que, entre muchas otras variables, se asocian a los niveles de discriminación que sufre la mujer en algunos de estos países.

En el Magreb, las principales minorías étnicas son los bereberes, cerca de la cuarta parte de su población, y algunas etnias africanas en el Sahel y Sur del Sáhara. En el Masriq, las minorías más importantes son los kurdos (en Siria y, sobre todo, en Irak e Irán) y los in-

migrantes de países asiáticos, aparte de unos pocos europeos que trabajan en algunos países exportadores de petróleo.

Por lo que respecta a las minorías religiosas, su número es relevante en la cuenca del Nilo (coptos en Egipto, y cristianos y animistas en Sudán) y en el Masriq, donde, además de las diferentes doctrinas siítas (sobre todo en Bahrein, en Irak y en el Líbano) e ibaditas (en Omán), encontramos representadas diversas comunidades cristianas (en Líbano, Irak, Siria y Jordania). En el Magreb no existen minorías religiosas importantes, excepto una pequeña comunidad judía en Marruecos.

El islam es la segunda religión en importancia por el número de creyentes. El total de musulmanes en el mundo es de unos 1.200 millones, que viven sobre todo en Asia –casi las tres cuartas partes– y en África. En los países árabes viven unos 250 millones de musulmanes, la quinta parte del total sólo un 8% de árabes no es musulmán. Los países donde viven más musulmanes son (en millones): Indonesia (177); Pakistán (144); India (120); Bangla Desh (106); Irán (69); Egipto (59); Turquía (57); las ex repúblicas soviéticas (52); Nigeria (51); Argelia (30); Marruecos (27); Afganistán (22); Etiopía (21); Arabia Saudí (20) y Sudán (20); Irak (19); China (17); Yemen (16); Malasia (11); Somalia (10) y Tanzania (10). La mayor parte de los 4 millones de musulmanes de Estados Unidos forma el movimiento politicorreligioso nacionalista que recibe el nombre de “la Nación del Islam”.

Capítulo 2

El Islam

El islam comparte con el judaísmo y el cristianismo puntos de contacto evidentes (principios, profetas, fuentes de inspiración y textos o transmisiones orales) y constituye la tercera gran religión monoteísta. Surgió al comienzo del siglo VII en la península arábiga, donde Dios (Alá), por boca del arcángel Gabriel, reveló al profeta Mahoma (*Muḥammad*) el Libro Sagrado (Corán, *al-qur'ān*), que contiene todos los principios básicos y las enseñanzas necesarios para el creyente (*musulmán*, persona que se somete a Dios) para su salvación espiritual y la organización de la vida terrena.

Así pues, el islam es una doctrina que abarca al mismo tiempo lo que nosotros entendemos por religión y lo que entendemos por política. Es una ley, una regla de vida que compromete a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad de los creyentes (*umma*). Por esta razón, la prédica de Mahoma forjó un Estado regido por principios religiosos que muy pronto se extendió y conformó un Imperio. Éste, si bien ha perdido la cohesión política, todavía mantiene poderosos vínculos de unidad cultural y religiosa.

La figura del Profeta y el Libro Sagrado

La Arabia preislámica

En el siglo VI, la península arábiga era una inmensa región (de tres millones de kilómetros cuadrados) dominada por un desierto donde intermitentemente se abrían oasis, centros de culto y actividades urbanas y comerciales. Limitaba al Norte con los ricos valles del Jordán y sobre todo del Tigris y del Éufrates –puntos de destino y referencia obligada para el tráfico de caravanas–, donde la práctica de la agricultura y el carácter sedentario de la población habían dado lugar a la aparición de poderes centrales fuertes desde la Antigüedad. Al sudoeste se encontraban los valles del Yemen y Hadramawt –la "Arabia feliz" de los clásicos–, donde los cultivos preciosos (mirra, incienso) y el comercio a través del

mar Rojo con el Mediterráneo, la India y la Etiopía cristiana habían forjado una sociedad sedentaria y reinos con connotaciones míticas, como el de Saba.

El desierto estaba habitado fundamentalmente por tribus árabes, bien nómadas (beduinos), dedicados a la ganadería, bien sedentarios, agricultores y comerciantes que habitaban en los oasis. En momentos de escasez y de crisis, las razzias constituían una alternativa a las actividades económicas tradicionales y eran frecuentes los conflictos entre las tribus del desierto. Las relaciones tribales, basadas en la solidaridad de clanes y familias y en la defensa de la tribu (*'asabiyya*), determinaban la estructura social del desierto y, en menor medida, de los centros urbanos, donde la acción disolvente del comercio había empezado a descuartizar la solidaridad tribal. En la ciudad, las relaciones mercantiles y las desigualdades sociales derivadas del enriquecimiento que proporcionaban estos intercambios tendían a desplazar las antiguas relaciones y a configurar nuevas alianzas no basadas en el sistema tribal.

Los dos centros de población sedentaria más importantes eran la Meca y Yatrib (más tarde llamado Medina, "la Ciudad"), que continuaba siendo un verdadero oasis donde se cultivaban cereales y dátiles. En cambio, la Meca se había convertido en un importante centro comercial y en lugar de peregrinaje. La situación a caballo de dos grandes imperios en declive –Persia y Bizancio–, enfrentados por larguísimas guerras (del año 540 al año 629), que hacían impracticables las comunicaciones por el Éufrates y el mar Rojo, favoreció la ruta comercial que pasaba por la Meca y contribuyó a su desarrollo.

Los habitantes de la península arábiga del siglo VI creían en los *ginns*, potencias ocultas o genios sobrenaturales que se mezclaban estrechamente con la vida de los hombres y a los cuales convenía favorecer con sacrificios y ofrendas. También veneraban los cuerpos celestes y a diversas divinidades que a menudo se pensaba que habitaban en piedras, objeto de culto. Además, compartían centros de peregrinaje –los santuarios– e incluso un calendario en virtud del cual ciertos meses del año eran considerados sagrados y de tregua entre las tribus, y también se celebraban fiestas y ferias que convocaban a grandes masas de gente.

La alianza del comercio y la religión favorecía los intercambios y los peregrinajes, especialmente en el santuario de la Ka'ba en la Meca, el más importante y conocido de la península. Allí se veneraban la denominada Piedra Negra –pieza de origen desconocido engastada en uno de los muros de la Ka'ba– y diversas divinidades entre las cuales destacaban Hubal, señor del trueno, de la lluvia y del arco iris; al-Lat, diosa de la fecundidad; al-'Uzzà, diosa del amor y la fecundidad; y Manat, divinidad de la suerte y la felicidad que regía el destino de los hombres. La reunión de un dios originario y señor de la Ka'ba –Hubal– y de tres diosas se explica probablemente por la costumbre de añadir al dios propio el de las tribus amigas con el fin de favorecer las relaciones con ellas.

Al mismo tiempo, no obstante, diversas circunstancias auguraban cambios con respecto al fenómeno religioso: en algunos oasis vivían tribus árabes convertidas al judaísmo –en Yatṯrib y en Yemen existían comunidades de origen judío que conservaban su religión–; llegaban a las ferias mercaderes y monjes cristianos, y sobre todo el comercio había puesto en contacto a los habitantes de la península con los países circundantes, de doctrina monoteísta: Bizancio, Egipto y Etiopía, cristianos, y Persia, que conservaba la milenaria religión predicada por el mago Zaratustra entre el año 660 y el año 580 a.C. (mazdeísmo). Todo ello explica que algunos árabes, sin ser ni cristianos ni judíos, observasen ya una clara tendencia al monoteísmo. Eran los denominados *ḥanīf*.

> "El árabe de comienzos del siglo VII se nos presenta como una combinación de tradiciones antiguas y primitivas con tendencias unificadoras, tanto a escala humana como divina. Al espíritu anárquico de las tribus se opone la necesidad de aprovisionarse con el comercio que les facilita lugares de encuentro para celebrar las ferias y los cultos. A la multitud de dioses se opone la semblanza de los cultos [...]. A esto se añaden, además, las influencias extranjeras que habían provocado experimentos de organización política y habían introducido concepciones de las religiones más evolucionadas de los mundos bizantino o iraní. Era necesario que surgiera una personalidad poderosa que pudiera interpretar estas necesidades, estas tendencias [...], que supiera agruparlas en un haz convergente, para que el cambio, tan silenciosamente esperado, se convirtiera en realidad." (Gaudefroy-Demombynes, 1990, pág. 50).

Predicación y vida de Mahoma

Mahoma (*Abu-l-Qasim Muḥammad ibn 'Abd 'Allah ibn 'Abd al-Muṭṭalib ibn Hašim*) nació en la Meca en torno al año 570, al tiempo de la invasión del territorio de la ciudad por el monarca cristiano de Etiopía. Era hijo de una familia de comerciantes del clan de los hachemitas, de la poderosa tribu de los curaixitas, los cuales dominaban la ciudad y las principales rutas comerciales de la península arábiga. Su padre murió poco después de su nacimiento; su madre, cuando él tenía seis años. El pequeño huérfano fue adoptado por su abuelo, que a su vez moría dos años más tarde, y definitivamente por su tío Abu Ṭalib, quien le introdujo en el mundo del comercio y le incorporó a sus viajes junto con su hijo 'Alī (futuro yerno del Profeta).

En el transcurso de estos viajes a Siria, parece que Mahoma entró en contacto directo con las dos grandes religiones monoteístas de Oriente Próximo. Muy pronto, su capacidad y su honestidad en los negocios le convirtieron en el hombre de confianza de Abu Ṭalib y le otorgaron una merecida reputación. A los veinticinco años se casó con Ḫadīga, una viuda muy rica, quince años mayor que él, que le había confiado la gestión de sus caravanas. Corría el año 595 y, por primera vez, Mahoma, que había destacado como hombre

piadoso y preocupado por las cuestiones religiosas, disfrutaba de una posición económica confortable.

A los cuarenta años inició sus experiencias místicas retirándose a meditar y rogar en el monte Ḥīra', cercano a la Meca. De acuerdo con la tradición musulmana, allí recibió por primera vez, de boca del arcángel Gabriel, la palabra de Dios: "No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta." Mahoma confió estas primeras experiencias a su esposa y hacia el año 613 empezó su predicación en la Meca en círculos reducidos: los primeros conversos fueron sus familiares más próximos.

Mahoma predicó la falsedad de las divinidades y los ídolos venerados por los árabes, la unicidad de Dios y la solidaridad de la comunidad (*umma*) de los creyentes, que antepuso a cualquier otra solidaridad, incluida la tribal. Fundamentalmente era un mensaje dirigido a los sectores más pobres de la población, lo que irritó –y mucho– a la oligarquía de la Meca, que vio peligrar su poder (opuesto a la sumisión a Dios y a las enseñanzas de su Profeta), su estatus, el comercio y el negocio de los peregrinajes. La situación de Mahoma en la Meca se volvió cada vez más comprometida, y en el año 619 la muerte de su tío Abū Ṭālib y, en especial, la de su esposa, precipitaron su salida de la ciudad. En el año 622, Mahoma y sus discípulos se acogieron a la hospitalidad de los habitantes del oasis de Yaṯrib –los cuales habían solicitado el arbitraje del Profeta para dirimir algunas desavenencias internas–, que desde entonces sería llamada Medina,[4] "la ciudad" (*madīna*) del Profeta.

En Medina, Mahoma no sólo mostró aptitudes religiosas, sino también políticas. Así, además de proseguir la predicación de la verdad revelada, estableció alianzas con tribus judías y árabes –que a veces serían selladas con matrimonios; después de la muerte de Hadiya, Mahoma tomó hasta un total de diez esposas–, y fortaleció políticamente la solidaridad de la *umma*.

Poco a poco, la comunidad de creyentes de Medina se hizo más numerosa y, a partir del liderazgo religioso y político de Mahoma, la ciudad acabó convirtiéndose en el primer Estado musulmán. Esto supuso una creciente rivalidad con la Meca, y también con las tribus judías de diferentes oasis, las cuales rechazaron convertirse a la nueva religión y se aliaron con los notables de la Meca. Cabe decir que el rechazo de las tribus judías a convertirse a la nueva religión y su alianza con la Meca comportarían que, desde entonces, la plegaria dejara de hacerse en dirección a Jerusalén, que, no obstante, seguiría siendo la ter-

4. El establecimiento de Mahoma en Medina se conoce como la hégira (*hiǧra*, 'emigración'), y en este año empieza el calendario musulmán. Este calendario se inicia exactamente el 16 de julio de 622 (día de la hégira). Los musulmanes se rigen por el calendario lunar, que comprende doce meses de 29 o 30 días y tiene once días menos que el calendario solar gregoriano que utilizan los cristianos. Para pasar de un calendario a otro, será preciso realizar las operaciones siguientes: por una parte, del calendario musulmán al calendario gregoriano se multiplica por 0,97 (relación entre el año lunar y el año solar) y se añade 622 (1421 = [1421 × 0,97] + 622 = 2000); por la otra, del calendario gregoriano al calendario musulmán se resta 622 y se divide por 0,97 (2000 = [2000 – 622]: 0,97 = 1421). Lógicamente, este cálculo sólo es aproximado y no exacto fecha por fecha. En la actualidad, el cálculo puede efectuarse de manera precisa con un programa informático (véase M.A. Manzano Rodríguez y J. Zanón, 1995).

cera ciudad santa del Islam, después de la Meca –que fue elegida como nueva dirección de orientación de la plegaria– y Medina.

En torno al año 630, conquistada definitivamente la Meca, Mahoma se dirigió a la Ka'ba y, después de ordenar la destrucción de los diferentes ídolos, consagró el santuario como "Casa de Dios" y dio una nueva interpretación a los antiguos símbolos mientras proclamaba que "Dios es el más grande". Dos años más tarde, volvió a la Meca y visitó la Ka'ba, donde realizó toda una serie de ceremonias (hizo las abluciones de purificación, se cubrió con una túnica de ropa blanca sin costuras, que simbolizaba la igualdad de los musulmanes ante Dios, dio siete vueltas a la Ka'ba, etc.), que todavía en nuestros días forman parte de los rituales del peregrinaje (*hayy*).

Poco después, Mahoma se trasladó de nuevo a Medina, donde murió el 8 de junio del año 632, en brazos de su esposa 'Aisa, hija del combativo Abu Bakr, el cual se convirtió en el primer califa (*jalifa* = sucesor). La predicación de Mahoma había durado veinte años. A su muerte dejó una nueva religión totalmente consolidada y en rápido crecimiento y un estado musulmán que conoció una fuerte expansión después de unificar a las tribus árabes de la península arábiga.

El Corán

Después de la muerte del Profeta, el conjunto de las revelaciones que había predicado fue recogido por sus discípulos y clasificado en capítulos o suras: es el Corán ('recitación'), el libro sagrado de los musulmanes. Consta de 114 suras, encabezadas por la frase ritual "En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso". Cada una tiene un título propio, contiene el texto de una revelación y está constituida por un número variable de versículos (aleyas) que oscila entre un mínimo de 3 y un máximo de 268. El total de versículos del Corán es de 6.211 o 6.243, según las interpretaciones.

En el libro sagrado de los musulmanes, encontramos por una parte las suras correspondientes a revelaciones recibidas en la Meca (86) y, por la otra, las recibidas en Medina. Las suras de la Meca suelen ser cortas, místicas y advierten contra los peligros del paganismo. En cambio, las de Medina son bastante más largas y tratan con detalle aspectos de la Ley de Dios que hacen referencia a cuestiones espirituales y también a la forma de regular las relaciones entre los miembros de la *umma* (contratos, reparto de la herencia, convivencia familiar, consideración de la mujer, etc.) y con los enemigos de los creyentes:

> "El Corán es al mismo tiempo una suma teológica que expone el dogma, un código jurídico y social, un tratado de moral y un manual de vida cotidiana." (Balta, 1996, pág. 29).

o bien:

"[...] todo aquello que debe creer [el musulmán], los dogmas, y todo aquello que tiene que hacer, la Ley, tanto en sus relaciones con Dios como en las transacciones con los demás." (Delcambre, en Balta, 1991, pág. 36).

El texto definitivo del Corán fue establecido en la época del tercer califa, 'Utmān (644-656), en torno al año 652. Las suras, excepto la primera (denominada al-Fātiḥa, 'introducción' o 'apertura'), se ordenaron por su extensión (de la más larga a la más breve) y no por el orden cronológico en que se supone que habían sido reveladas. El texto es de una gran belleza literaria y fonética (los creyentes aprenden de memoria el Corán, siempre en árabe, y lo recitan con una particular entonación), lo cual demuestra, según los musulmanes, que es un texto literalmente dictado por Dios (Mahoma era analfabeto) y que, por lo tanto, debe recitarse siempre en árabe, porque es la palabra misma de Dios y, en consecuencia, la base fundamental e indiscutible de su religión.[5]

"El Corán también constituye la clave del arte islámico. Muchos ejemplares del Libro son grandes obras de arte, con una caligrafía árabe sublime en un papel hecho a mano, magnífico y con unas cubiertas de cuero y cierres de hierro muy decorativos. El Islam clásico prohíbe el arte figurativo, especialmente la representación de imágenes de Alá y de los profetas; el arte decorativo, sorprendentemente bello, que encontramos en muchas mezquitas se basa en gran medida en la caligrafía árabe, convertida en diseños que repiten pasajes del Libro." (Horrie y Chippindale, 1990, págs. 32-33).

De hecho, todos los dogmas del islam se fundamentan en uno esencial: creer en un solo y único Dios. La unicidad de Dios constituye el fundamento de la religión islámica, como expresa una conocida frase coránica: "No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta". La rotundidad del principio monoteísta se dirigía contra el paganismo de las tribus de la Arabia preislámica y también contra la doctrina cristiana de la Trinidad, que era considerada como una forma de politeísmo.

Los fundamentos del islam

Dogma y práctica religiosa

Como acabamos de ver, la unicidad de Dios es el primer dogma del islam y el fundamento de todos los demás. El segundo dogma hace referencia a la obligación de creer en los profetas y en los libros revelados o sagrados (Torá y Biblia). Los principales profetas son Adán –que, según la tradición, fundó el santuario de la Ka'ba–, Noé, Abraham (*Ibrāhīm*)

5. Consúltese la versión española del *Corán* realizada por Julio Cortés (Barcelona, Herder).

–que reconstruyó la Ka'ba después del Diluvio–, Moisés (*Musa*), David (*Dawud*), Salomón (*Sulaymani*), Lot, José (*Yusuf*), Jonás, Elías, Job, Juan (*Yahya*) y Jesús (*'Isa*). Lógicamente, el último y principal profeta es Mahoma, ya que fue a él a quien Dios confió la totalidad de la revelación, y el mayor de los libros revelados es el Corán, el cual contiene la revelación completa de la palabra divina.

Todo musulmán debe creer también en los ángeles y en el Juicio Final. Los ángeles más populares y conocidos son Gabriel, Miguel, Israïl –que tocará la trompeta el día del Juicio Final– y Azraïl –el arcángel de la muerte. Satanás (Saytan) es un ángel rebelde que ha desobedecido a Dios. Todo creyente es acompañado a lo largo de su vida por dos ángeles que anotan todas sus acciones. Por otra parte, Mahoma insistió repetidamente en el Juicio Final; varias suras del Corán versan sobre él. La tradición ha ido añadiendo los detalles:

> "Las criaturas se quedarán de pie en presencia de Dios, desnudas, abrasadas por un sol ardiente, empapadas de sudor, cada una con el libro de sus acciones, que serán pesadas en una balanza [...]. [Después,] tendrán que atravesar un puente suspendido entre el infierno y el paraíso [...]. [Entonces,] se producirá la intercesión de Mahoma y sólo irán al infierno aquellos que tienen que permanecer allí eternamente. El infierno es el fuego, la hoguera, el suplicio permanente. El alimento será de fuego; la bebida, de fuego; los trajes, de fuego [...]. [El] jardín [es el paraíso que] simboliza el sueño del beduino. Entre las delicias que se espera encontrar, citaremos las huríes, jóvenes de grandes ojos que se encuentran a disposición de los elegidos del paraíso y que, no obstante, ¡permanecen siempre vírgenes! Al placer de los sentidos con estas criaturas maravillosas hay que añadir el placer de la mesa: frutos suculentos, arroyos de agua con jengibre, ríos de leche, de miel purificada y vino." (Delcambre, 1990, págs. 20-21).

Las fuentes teológicas del islam no se agotan con el Corán. Las revelaciones se completan con los *hadīts* y la *Sunna*. Los *hadīts* son relatos cortos que tratan de las palabras, los hechos, los consejos y las relaciones del Profeta con sus compañeros según testimonios directos. Sin embargo, la proliferación de *hadīts* referentes a Mahoma en los años posteriores a su muerte obligó a diferenciar los auténticos de los apócrifos.[6] Por ello los ulemas, estudiosos del Corán, debieron investigar la fiabilidad de los testimonios con el fin de averiguar cuáles eran los *hadīts* verdaderos. El conjunto de recopilaciones de *hadīts* considerados correctos por los especialistas recibe el nombre de *Sunna* (tradición) y tiene un carácter normativo complementario del Corán. La *Sunna* es considerada una fuente de derecho y los *hadīts* que contiene describen –de forma idealizada– la vida del Profeta y de la comunidad de creyentes de Medina y se han convertido en una referencia de conducta y de acción social, re-

6. La proliferación de *hadīts* que siguió a la muerte del Profeta respondía a menudo a motivaciones políticas diversas. Eso ha llevado a Muammar al-Gaddafi a no reconocer la *Sunna* como una fuente básica para el islam, ya que ni la tradición ni los expertos pueden hoy día distinguir entre los *hadīts* verdaderos y los apócrifos. Para el dirigente libio, la única fuente digna de crédito es el Corán, es decir, la palabra de Alá transmitida por boca de su profeta Mahoma.

ligiosa y política para los musulmanes de todo el mundo en el transcurso de los tiempos. Destaca su recopilación, realizada por el persa al-Bu□ārī (810-870), que es una de las más veneradas y consultadas.

La Ley –emanada directamente del Corán– establece también aquello que, superada la pubertad, todo musulmán tiene que hacer para cumplir con los preceptos de su fe. Son obligaciones de carácter religioso y social conocidas como los cinco 'pilares' (*arkān al-dīn*) del islam:[7]

1) La profesión de fe *(shahāda)*. Es también un acto de conversión ("No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta")[8] que se repite ritualmente en las plegarias de la vida cotidiana y en el peregrinaje a la Meca. La profesión de fe implica la aceptación de todos los restantes dogmas del islam: los Libros Sagrados, los profetas, los ángeles y el Juicio Final.
2) La plegaria (*al-ṣalāt*). Se hace cinco veces al día (amanecer, mediodía, tarde, atardecer y noche), postrándose (descalzo y encima de una pequeña estera) en dirección a la Meca después de purificarse con agua (o con arena limpia del desierto). Va precedida de un llamamiento preceptivo a la plegaria (¡Alá es grande!) que canta el muecín desde el minarete. La oración de los viernes es comunitaria en la mezquita mayor, y en su transcurso el imam o el ulema correspondiente dirige un sermón (jutba) a los fieles.
3) El ayuno (*ṣawm*) del Ramadán (el noveno mes lunar) exige no ingerir ningún alimento (sólido o líquido, incluida el agua) ni fumar ni tener relaciones sexuales hasta que se pone el sol. Están dispensados del mismo los enfermos, los niños, los viajeros...
4) El peregrinaje a la Meca (*ḥaǧǧ*). Como mínimo, el musulmán debe viajar a la Meca una vez en la vida si dispone de los suficientes recursos económicos. Una vez llegados a la Meca, los peregrinos realizan toda una serie de ceremonias que se inspiran en el último peregrinaje del Profeta (632).
5) La limosna (*zakāt*). Más que una limosna es un tipo de sistema de solidaridad económica destinado a ayudar a los pobres de la comunidad o a financiar determinadas fundaciones de interés colectivo.

Además de los cinco *arkān al-dīn*, destaca otra obligación del islam, el *ǧihād* –término traducido a menudo de forma errónea y exclusiva como 'guerra santa'–, que significa li-

7. Las principales fiestas litúrgicas musulmanas son cuatro: la conmemoración del nacimiento del Profeta, que se celebra el duodécimo día del tercer mes del año musulmán; el mes del Ramadán, el mes noveno; la fiesta del fin del Ramadán, que se celebra el primer día del décimo mes, y la fiesta del sacrificio del cordero, el décimo día del duodécimo mes. Esta última fiesta coincide con los sacrificios de animales que hacen los peregrinos llegados a la Meca en recuerdo del cordero que sacrificó Abraham en sustitución de su hijo Isaac.
8. La traducción más fiel ("No hay más divinidad que Dios y Muhammad es enviado de Dios") se adapta mejor al contexto más inmediato del Corán. El uso del término 'divinidad' (*il·laha*), ser divino indeterminado (ídolo, astro, espíritu, etc.) confrontado a Dios (Alá), determinado y único, permite captar más estrictamente el mensaje monoteísta, que se dirige a un público acostumbrado al politeísmo y a prácticas astrolátricas o a otras culturas naturalistas.

teralmente 'esfuerzo' y se refiere en especial al afán que todo buen musulmán debe tener para vencer las pasiones interiores y las tentaciones del mundo. El creyente ha de luchar, esforzarse día a día por cumplir sus obligaciones y mantenerse en el camino que lo conducirá a la salvación: es el gran *gihad*. En cambio, el pequeño *gihad* sí que se refiere a la lucha llevada a cabo por los musulmanes contra los pueblos vecinos en los orígenes de la expansión del islam. Incluso en este caso tiene un sentido de lucha legal y defensiva, ya que se supone el deber de todo musulmán de defender el islam. Es obvio, sin embargo, que en el islam medieval el *gihad* perdió a menudo este carácter meramente defensivo y pasó a designar la conquista y la conversión de pueblos no musulmanes.

Algunos autores defienden que el *gihad* es el sexto pilar del islam en la medida en que el esfuerzo requerido para obtener la salvación también forma parte de los compromisos religiosos. De la misma manera, algunos ideólogos del islamismo más radical consideran que la lucha para la defensa y la expansión del islam es también una obligación de todo musulmán. Finalmente, hay quien considera que el *gihad* es asimismo el esfuerzo que se hace para combatir el subdesarrollo, para responder a campañas injuriosas o para mantener vivas las referencias culturales y los valores religiosos propios.

El *fiqh* y la *sari`a* o ley islámica

Como recuerda Alessandro Bausani, el derecho musulmán ya se encuentra codificado en sus aspectos fundamentales desde el siglo X y desde entonces no ha experimentado cambios sustanciales. Sin embargo, las sociedades musulmanas han variado bastante desde entonces. Por ello, cuando nuevas situaciones plantean problemas o dudas sobre la interpretación de un hecho determinado de acuerdo con la fe, se recurre a un experto en derecho y teología islámicos (alfaquí, muftí, ulema o imam, nombres que reciben según las costumbres de los diversos lugares del mundo islámico) para que señale cuál es la interpretación correcta. Normalmente este experto nunca plantea innovaciones (*bid`a*), sino que, mediante la técnica de las analogías (*qiyas*), intenta hacer explicables o aplicables a los casos nuevos las prescripciones contenidas en los tratados de derecho islámico (*fiqh*).

El *fiqh* divide el comportamiento humano en cinco categorías: lo prohibido (*haram*); lo reprobable (*makruh*); lo autorizado (*mubah*); lo recomendable (*mustahabb*), y lo obligatorio (*fard*). La obligación comprende lógicamente los cinco pilares del islam; faltar al cumplimiento de uno de estos cinco preceptos es al mismo tiempo pecado y delito en aquellos países donde está vigente la *sari`a* o ley islámica. Es también pecado y delito ante los tribunales de la *sari`a* no respetar las prohibiciones contenidas en los Diez Mandamientos y comer carne de un animal no sacrificado según el rito islámico (degollado con un cuchillo limpio y

rogando sobre el cadáver) o carne de cerdo, y beber vino (la aparición de nuevas bebidas alcohólicas ha obligado a los juristas musulmanes a aplicar la técnica de las analogías con el fin de evitar también su consumo).

Hay que advertir que las figuras del experto en derecho y teología islámicos o del imam que guía la oración y el sermón de los viernes en la mezquita no son equiparables a la del sacerdote cristiano. Es simplemente imposible: en el islam no existen sacerdotes porque no son necesarios. La Ley regula y establece las prácticas religiosas (los cinco pilares) que el creyente tiene que cumplir. El islam no es, en consecuencia, una religión impregnada de las connotaciones sacerdotales y ritualistas (los sacramentos) del cristianismo.

El muftí, el ulema, el imam o el alfaquí no son más que doctores en leyes, especialización a la cual puede aspirar en teoría cualquier creyente que esté preparado, sin necesidad de recurrir a ritos iniciáticos previos: "El imam puede ser cualquier musulmán que tenga los suficientes conocimientos coránicos, ya que el islam es una religión sin sacerdocio, o, mejor dicho, en la que todos los miembros disfrutan del mismo estatuto religioso" (Martín Muñoz; Valle Simón y López Plaza, 1996, pág. 40).

En el islam, la religión, como ya hemos señalado, comprende los conceptos de religión y política: es una regla de vida, una ley. El principio de la unicidad de Dios no sólo se aplica en su dimensión espiritual y religiosa, sino también en la esfera material y temporal (sociedad y política). Por este motivo, la figura del jurista experimentado en leyes hechas por (y para los) hombres es inconcebible sin su faceta específica de experto en derecho islámico. A diferencia de Occidente, son figuras inseparables, funciones indisolubles. La separación entre lo espiritual y lo material no tiene sentido en el islam tradicional donde la *sari`a* o ley islámica –fundamentada en el Corán y en la *Sunna*– regula al mismo tiempo el comportamiento religioso y el ordenamiento político y social.

En muchos países musulmanes, la ley islámica constituye una referencia insoslayable para regular las relaciones sociales y políticas. De todos modos, no se traslada de forma mecánica e inalterable a las leyes que rigen la vida civil de estos países (constitución y derecho civil), sobre todo en lo que concierne a sus aspectos más controvertidos: mutilación de los ladrones, flagelación de los adúlteros con cien latigazos (la lapidación practicada en algunos países no es un precepto coránico), ejecuciones públicas, etc. Casos extremos son el de Turquía, donde la *sari`a* fue derogada en 1926, y el de Arabia Saudí, donde aún se aplica con todo el rigor y sin excepciones. El Afganistán de los *talibanes* y algunas monarquías moderadas de la península arábiga (y, en según qué aspectos, Irán) también aplican –o aplicaban hasta hace poco tiempo– versiones muy severas de la ley islámica. En general, no obstante, las normas legales y de acción judicial de la mayoría de los países musulmanes tienden a equipararse con las occidentales, a pesar de la invocación formal a la *sari`a*.

Otra cuestión es la adecuación de las normas de derecho internacional al derecho musulmán. Así, por ejemplo, en 1948 fue proclamada la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que no fue firmada por Arabia Saudí. Mucho después, en 1981, el Consejo Islámico Mundial proclamaba la Declaración Islámica Universal de los Derechos Humanos. Las diferencias de contenido en comparación con la de la ONU son apreciables (la mujer no puede casarse con un no musulmán, un musulmán no puede cambiar de religión, etc.) y destaca una serie de consideraciones destinadas a poner de manifiesto la superioridad de la Ley divina sobre cualquier ley humana:

> "Dios ha dado a la humanidad, mediante las revelaciones contenidas en el Corán y la *Sunna*, un marco juridicomoral duradero que permite establecer y regular las instituciones y relaciones humanas; los derechos humanos ordenados por la Ley de Dios tienen como objetivo conferir dignidad y honor a la humanidad y están destinados a expulsar la opresión y la injusticia; en virtud de su fuente y sanción divina, estos derechos no pueden ser restringidos, derogados, ni violados por autoridades, asambleas o cualquier otra institución, ni tampoco se puede renunciar a los mismos, ni enajenarlos o cederlos." (*Declaración Islámica Universal de los Derechos Humanos*, 1981).

No obstante, en la práctica, cada vez se acepta más plenamente la referencia a normas y comportamientos de alcance internacional sancionadas por instituciones u organismos internacionales en los últimos años. Así, en la Declaración de Barcelona (noviembre de 1995), los países mediterráneos musulmanes signatarios aceptaron las referencias contenidas en el texto con relación a los derechos humanos, las libertades fundamentales, el sistema democrático, el estado de derecho y el principio de autodeterminación.

Las tendencias juridicorreligiosas del islam

Las ramas del islam: sunnismo, siísmo y jariyismo

A la muerte del Profeta, los notables de la comunidad musulmana eligieron como sucesor a Abu Bakr al-Sīddīq (632-634), uno de los primeros discípulos de Mahoma, que consolidó el Estado de Medina, dio por acabada la revelación y adoptó el título de califa (*ḫalīfa*, 'representante', 'sucesor'). Después fue elegido 'Umar ibn al-Ḫaṭṭāb (634-644), padre de Ḥafṣa, una de las esposas de Mahoma, que tomó el título de emir de los creyentes (*amīr al-mu'minīm*) e inició la expansión política del islam hasta su muerte en manos de un esclavo cristiano (644). El tercer califa fue 'Uṯmān ibn 'Affān (644-656), un importante hombre de negocios de la Meca, que fijó la versión definitiva del Corán y que fue asesinado por haber favorecido los intereses de su clan, los poderosos omeyas.

El cuarto califa fue ʻAlī ibn Abī Ṭālib (656-661), primo y yerno de Mahoma, el cual fue acusado por Muʻāwiya ibn Abū Sufyān, gobernador de Damasco y miembro del clan de los omeyas, de haber estado implicado en el asesinato de su predecesor. Sus responsabilidades fueron sometidas a un arbitraje que le resultó desfavorable y que decidió el final del periodo de unidad que, a pesar de las continuas intrigas y los asesinatos, había caracterizado a la primera época del islam, denominada de los cuatro Califas Ortodoxos o Bien Guiados (*rāšidūn*). Mediante las conquistas y los pactos con los vencidos, se había conseguido extender la nueva religión y el poder político de los califas por toda la península arábiga, Oriente Próximo, Oriente Medio y el Norte de África hasta Trípoli.

El arbitraje impuesto por Muʻāwiya ibn Abū Sufyān a ʻAlī ibn Abī Ṭālib escindió a la comunidad musulmana en tres ramas. En primer lugar, los sunnitas, que defendían la pertenencia de los califas a la tribu de los curaixitas, condición que cumplía el vencedor del arbitraje y nuevo califa, Muʻāwiya. En segundo lugar, los siítas, que consideraban que los califas debían ser descendientes o miembros de la familia del Profeta, tal como era el caso de ʻAlī ibn Abī Ṭālib. Por último, los jariyitas, que no aceptaban el arbitraje y consideraban que cualquier buen musulmán, con independencia de su ascendencia, podía ser nombrado califa. La escisión entre los seguidores de Muʻāwiya (sunnitas), los seguidores de ʻAlī ibn Abī Ṭālib (siítas) y los jariyitas fue irreversible. En el transcurso de los tres siglos siguientes, cada una de estas corrientes elaboró una doctrina propia que tendió a resaltar las diferencias con las doctrinas rivales:

1) El sunnismo englobaba en el último decenio del siglo XX entre el 85 y el 90% de los musulmanes. Los sunnitas se definen a sí mismos como la gente de la "tradición" y del "consenso", o bien de la "comunidad" y la "tradición", porque creen que, excepto el Profeta, la autoridad religiosa no recae ni se concentra en ninguna persona en especial sino en el Libro revelado y en su interpretación "comunitaria" mediante el trabajo secular de teólogos y juristas. Los fundamentos de la Ley son el Corán, la *Sunna* y el *fiqh* –que constituye su complemento indispensable–, hecho que explica la importancia de las diversas escuelas jurídicas en el sunnismo. A diferencia de lo que cree el siísmo, el sunnismo considera que el Corán no necesita ninguna clave interpretativa y que, por lo tanto, no se precisa ninguna jerarquía religiosa especializada para conservar el conocimiento de la interpretación de la verdad revelada. Todos los países musulmanes africanos son sunnitas y también lo es la mayoría de los asiáticos, excepto Irán, Bahrein, Líbano –que son de mayoría siíta– y países como Yemen, Omán, Irak, Afganistán y Pakistán –que tienen importantes minorías seguidoras de esta doctrina.

2) El siísmo considera que el Profeta designó a un sucesor (Imam) a quien transmitió la clave para interpretar sus palabras y la verdad contenida en el Libro revelado. Por este motivo, los siítas creen en el Imamato y consideran que el califa (Imam) debe ser elegido entre los descendientes directos de Fa□ima, la hija del Profeta, y de su esposo 'Alī, al cual Mahoma hizo depositario del "sentido oculto" del Corán. Por lo tanto, no reconocen a los tres primeros califas ni la sucesión sunnita posterior a 'Alī. Después del yerno de Mahoma, los siítas veneran a una sucesión de imames que, sin embargo, se interrumpe bruscamente en el séptimo Imam –según la rama minoritaria– o en el duodécimo –según la rama mayoritaria. El Imam oculto regresará al final de los tiempos para salvar a los fieles el día del Juicio Final. Apuntamos una afortunada frase de Henry Corbin respecto de la consideración del Imamato en el islam siíta: "El Corán es el Imam mudo, el Imam es el Corán hablante" (Corbin, 1971, dentro de Balta, 1996, pág. 39).

En el siísmo, la creencia en la ocultación del Imam, que reaparecerá al final de los tiempos para salvar a los fieles, ha favorecido el desarrollo de los movimientos mahdistas. El Mahdī es el elegido, el enviado de Dios, el salvador que Alá enviará al mundo poco antes del día del Juicio Final para unificar a todos los musulmanes en un solo Estado. En el sunnismo son menos frecuentes –pero no totalmente ausentes– las manifestaciones de movimientos mesiánicos.

El carácter iniciático del siísmo y la ritualización de lo oculto han favorecido el desarrollo de una jerarquía religiosa totalmente ausente en el sunnismo. De la misma manera, en el siísmo, el ulema o experto en derecho coránico puede llegar a ser un modelo al que hay que seguir si lleva una vida ejemplar: se convierte entonces en ayatolá (*a□□atu-l-La□□*, 'signo de Dios'). Los siítas veneran determinados lugares relacionados con la vida del yerno del Profeta y su familia, especialmente Naga□ –lugar donde fue enterrado 'Alī después de su asesinato en la mezquita de Kufa (661)– y Karbala (Irak) –batalla en la cual un hijo de 'Alī, al-H□usayn, y sus compañeros serían masacrados por los omeyas en el año 680. El destino trágico de la familia de 'Alī ha contribuido a desarrollar una mística del padecimiento y del martirologio que también es totalmente desconocida en el sunnismo: el décimo día del primer mes de cada año, por ejemplo, se conmemora la derrota de al-H□usayn en Karbala con procesiones donde no faltan los flagelantes.

En cuanto al dogma y la práctica religiosa, las principales diferencias con el sunnismo son la invocación a 'Alī, junto con el principio de la unicidad de Dios y Mahoma y la reducción de las plegarias diarias a tres. El siísmo[9] ha conocido varias divisiones y, además de la rama principal (duodecimanos), incluye otras ramas minoritarias muy localizadas:

9. La ciudad de Qom, en Irán, es uno de los centros de peregrinaje más importantes del siísmo. Como hito más importante acoge el mausoleo de Fatima, muy concurrido por los fieles, además de 85 mezquitas y 15 mausoleos. También es sede de un buen número de escuelas coránicas, lo que hace que allí se forme una gran parte de los futuros dirigentes islámicos.

los zaiditas que, excepto la importancia otorgada a la figura del Imam, se parecen mucho a los sunnitas y configuran una comunidad de poco más de cinco millones de personas al Norte del Yemen; los septimanos, que incluyen también a los seguidores del Aga Khan (*Aga Jan*) o ismaelitas, apenas unos 300.000 en todo el mundo, distribuidos entre India, Pakistán y África oriental; los drusos, unos 200.000, repartidos entre Líbano, Sur de Siria e Israel, y los alauitas, que viven en Líbano, Antioquía (Turquía) y Siria, donde, desde el golpe de Estado de Hafiz al-Assad (1970), ocupan el poder miembros de esta minoría, aunque sólo representan el 11% del total de la población del país.

El total de musulmanes siítas en 1997 era de unos 140 millones, sin contar India, donde el 12,5% de la población total (960,2 millones) son musulmanes (sunnitas y siítas), ni Tanzania, donde los musulmanes (sunnitas y siítas) representan el 33% de la población total (31,5 millones). En términos absolutos, las comunidades más importantes se encuentran en Irán (unos 66 millones, el 93% del total de la población); Pakistán (unos 36 millones, el 25%); Irak (unos 12 millones, el 57%); Turquía (en torno a los 10 millones, entre el 15 y el 20%); Afganistán (unos 9 millones, el 39%); Yemen (más de 6 millones, el 40%) y Siria (2,4 millones, el 16%). En términos relativos, representan una comunidad importante en países pequeños como Bahrein (el 60% del total de la población) y Líbano (el 26%). También los encontramos representados en Kuwait (el 14%); Unión de los Emiratos Árabes (el 13%); Qatar (el 10%), y Arabia Saudí (el 3%).

3) La tercera rama del islam es el jariyismo, que constituye una de las versiones más rigoristas e igualitarias y que disfrutó de una importante aceptación durante los siglos inmediatamente posteriores a la escisión del islam, en especial entre las poblaciones más pobres y desvalidas. Como hemos visto, no aceptaron el arbitraje a que fue sometido ʻAlī, pues creían que todo buen musulmán podía ser califa y, por lo tanto, no era necesario que perteneciera ni a la tribu de los curaixitas ni a la familia del Profeta. Son muy pocos y sólo se encuentran representados hoy día en la isla de Djerba (Túnez), la región del oasis del Mzab (Argelia) y Omán, donde constituyen el 60% de una población total de 2,4 millones de habitantes. Desde el siglo XIX también se conocen con el nombre de *ibaditas*.

Las escuelas jurídicas

La importancia concedida al derecho islámico por el sunnismo favoreció la aparición, entre los siglos VII y IX, de las cuatro escuelas jurídicas clásicas de la ortodoxia musulmana, las cuales deben su denominación al nombre de los juristas a quienes los primeros califas abasíes encargaron la fijación e interpretación de las leyes.

Como hemos visto, el Corán y la tradición constituían la fuente de la legislación musulmana. Sin embargo, la expansión del islam y la rápida transformación de las sociedades musulmanas dieron origen a situacion51

es no previstas por la tradición o por el Corán. Era preciso, por lo tanto, adaptar la legislación vigente y emitir leyes de acuerdo con las nuevas necesidades. Los juristas se sirvieron del consenso de los sabios coetáneos sobre una cuestión concreta (*igmā'*) a veces de utilidad pública (*istiṣlāḥ*), de su opinión personal (*ra'y*) y del razonamiento mediante la técnica de las analogías (*qiyās*) como principios fundamentales del *iǧtihād* (esfuerzo de reflexión personal en la interpretación de las fuentes sagradas).

Los resultados se concretaron en las cuatro escuelas jurídicas del islam sunnita:

1) La escuela malikita. Fundada por Mālik ibn Anas (Medina, 710-795), jurista que elaboró el primer tratado o compendio jurídico conservado, el *Kitāb al-muwaṭṭa'*. Sus razonamientos se fundamentan en los principios del *igmā'* y del *istiṣlāḥ*, pero, sobre todo, en el de la costumbre (*'urf*). Así, la escuela malikita otorga un lugar preeminente a las prácticas locales, lo cual favorece la pervivencia de las costumbres populares y de las supersticiones, según algunos autores. Se encuentra fuertemente implantada en el Magreb (donde no destaca ninguna otra escuela), África subsahariana, Alto Egipto, Sudán, Arabia Saudí, Indonesia y Malasia.

2) La escuela *safi`íta*. Fundada por Idrīs al-Šāfi'ī (767-El Cairo, 820), discípulo de Mālik ibn Anas y miembro de la tribu de los curaixitas. Las bases de sus razonamientos son la *Sunna* –a la cual da el valor de fuente de derecho–, el consenso de la comunidad –que con el paso del tiempo se ha sustituido por el consenso de los sabios– y el método analógico. Es la segunda escuela en número de adeptos y su influencia se extiende al Bajo Egipto, Arabia del Sur, África oriental, Indonesia, Malasia y algunas comunidades de la India, Vietnam, Tailandia y las islas Filipinas.

3) La escuela hanafita. Fundada por el iraní Abū Ḥanīfa (muerto en Bagdad en el año 767). Surge en la escuela de Kufa y eso la hace geográficamente más abierta y mentalmente más receptiva a las influencias de los sistemas legales no árabes. Por este hecho, algunos autores la consideran, en parte, un contrapunto al rigorismo de los árabes malikitas y es, sin duda, la doctrina menos rígida. Fruto de estos orígenes, el razonamiento de Hanifa se fundamenta en los principios de la opinión personal (*ra'y*), la elección del razonamiento jurídico (*istiḥsān*) y el *iǧtihād*, que, progresivamente, perderá su carácter innovador y dará paso a la imitación (*taqlīd*). Junto con la escuela *safi`íta*, es la que tiene más número de adeptos no araboparlantes y se halla implantada en Turquía, China, India y en los países que habían formado parte del Imperio Otomano.

4) La escuela hanbalita. Fundada por Aḥmad ibn Ḥanbal (m. 850). Fruto de una escisión de la escuela malikita, es, sin duda, la más rigorista de las cuatro escuelas jurídicas, puesto que Aḥmad ibn Ḥanbal sólo admitía como fuente de la ley islámica el Corán y, con reticencias, algunos *ḥadīts*. Fue revitalizada por el movimiento wahhabita en el siglo XVIII y sólo es seguida en Arabia, donde se ha convertido en la escuela jurídica propia del Estado saudí.

La mística musulmana: el sufismo y las cofradías

El sufismo es fruto de la dialéctica entre la práctica religiosa (plegarias, ayunos, vísperas nocturnas, etc.) y la austeridad de vida de la comunidad musulmana de los primeros años de Medina y el enriquecimiento de que hacían gala algunos musulmanes después de las conquistas que provocaron la expansión del islam (cabe decir que el sufismo no ha sido tolerado siempre por el islam: algunos de los primeros sufíes serían considerados heréticos y condenados a muerte):

> "Paralelamente al islam oficial y formalista, sobre todo el de los sunnitas, se ha desarrollado "otro" islam, un islam popular que establece entre el hombre y Dios unas relaciones más afectivas. Se trata del islam del sufismo (misticismo) y de los sufíes (de la palabra árabe *ṣūf*, que designa la lana con que se tejía la ropa modesta y basta de los ascetas; término, según otros, que expresa la pureza de quien ha sido purificado) y de las cofradías, las *ṭuruq* (singular: *ṭarīqa*)." (Balta, 1996, pág. 42).

En la generación del Profeta y las inmediatamente posteriores, el recogimiento espiritual se tradujo en prácticas individuales llevadas a cabo a imitación de los ascetas de otras religiones. Hay que remarcar en este sentido las influencias persas, hindúes, judías y cristianas que encontramos en el sufismo. Después, entre mediados del siglo VIII y mediados del siglo XI, el rechazo de la vida fácil que proporcionaba la riqueza obtenida con las conquistas cristalizó en una producción teórica e intelectual de denuncia y en un movimiento místico de purificación espiritual, especialmente en torno a la denominada Escuela de Bagdad.

Por otra parte, a finales del siglo XI aparecen las primeras cofradías, las cuales desarrollan prácticas de piedad popular siguiendo las enseñanzas o la vida de un personaje que suelen venerar como santo después de su muerte con peregrinajes a su tumba. Tienen por costumbre también reunirse para rezar según determinadas pautas: mientras un miembro canta un poema religioso, lentamente y con largas pausas, el resto de los cofrades, de pie y con los pies desnudos, se balancean al ritmo del recitado de alguna expresión que hace referencia a la presencia viva de Dios. En el siglo XIX, el movimiento de las cofradías conoció una profunda renovación e incluso aparecieron otras nuevas, especialmente en África.

Ahora bien, la ortodoxia musulmana no ve con buenos ojos a las cofradías, las cuales a menudo han sido acusadas de connivencia con el colonialismo (argumento difícilmente sostenible en el caso de la sanusiya libia, por ejemplo) y de favorecer una práctica religiosa tradicional y supersticiosa originada en la veneración a un fundador y en la obediencia a un guía, al cual se le reconoce una filiación espiritual con el fundador y cuyas instrucciones deben seguirse para llegar a la unión con Dios. No obstante, su vigencia es innegable, como lo demuestran su implantación social –sobre todo en el Magreb y en el África subsahariana–, su expansión por todo el mundo musulmán y la fuerza política, económica y financiera que tienen en algunos países, como Senegal.

De forma simultánea, también asistimos al desarrollo de una mística menos popular y más filosófica que predica la nulidad del hombre y teoriza sobre la unicidad de Dios: sólo existe Dios y el mundo procede de Dios por emanación (posición adoptada por el místico Ibn ʻArabī, nacido en Murcia en el año 1165 y muerto en Damasco en 1240). En consecuencia, el hombre no es nada y sólo le queda tomar conciencia de esta situación y venerar (contemplar y obedecer) a Dios.

La expansión del Islam

La primera expansión y el Califato Omeya

Después de la muerte del Profeta, el primer califa, Abu Bakr al-Ṣiddīq (632-634), conseguía unificar toda la península arábiga y daba inicio a la expansión del islam que, un siglo más tarde, se extendía desde los Pirineos al río Indus (Sur de Asia). Varios factores justifican la rapidez de esta expansión:

a) el desgaste de Persia y Bizancio después de décadas de guerra casi permanente por el control del Mediterráneo oriental, Oriente Próximo y Oriente Medio;
b) la ligereza y movilidad de las tropas árabes, montadas en camello y armadas con lanzas, arcos y espadas, ante la lentitud de movimientos de los ejércitos bizantino y persa;
c) el carácter igualitario y la tolerancia de la nueva religión, que facilitaban las conversiones (se concedía la manumisión a los esclavos islamizados) y permitían la pervivencia de comunidades cristianas, judías (las religiones de las "gentes del libro") y zoroastristas. Las tres comunidades eran consideradas minorías "protegidas por un pacto" (*dimmi*) y se les permitía conservar su religión a cambio del pago de impuestos. Esta política de tolerancia posibilitó la incorporación en los ejércitos árabes de los nuevos convertidos, los cuales

muy pronto, como sucedió en el caso de los bereberes y la conquista de la península ibérica, pasaron a representar el grueso de los ejércitos musulmanes.

El primer impulso de la expansión islámica fuera de la península arábiga la llevó a cabo el segundo califa, ʻUmar ibn al-Ḫaṭṭāb (634-644), el cual venció a los bizantinos (636) y a los persas (637) y conquistó Jerusalén (638) y Egipto (641). Una década después de la muerte de Mahoma, ʻUmar se había hecho con el control de Siria, dominaba la ciudad santa de Jerusalén, y sus ejércitos acampaban al Este del Golfo Pérsico y al Oeste del Nilo, donde en el año 643 fundó al-Fusṭāṭ, campamento que más tarde pasaría a ser la ciudad de El Cairo. El sucesor de ʻUmar, ʻUṯmān ibn ʻAffān (644-656), hizo avanzar a los ejércitos musulmanes hacia el Este, pero las resistencias bizantina y bereber frenaron su avance hacia el Oeste y disminuyeron el caudal de ingresos proporcionado por los botines de nuevas conquistas.

Con el cuarto califa, ʻAlī ibn ʻAlī Ṭālib (656-661), primo y yerno de Mahoma, se planteó abiertamente la cuestión sucesoria a partir de la presunta implicación de ʻAlī en la muerte de su antecesor. La batalla de Ṣiffīn (657) escindió el islam en sunnitas, siítas y jariyitas y, después del asesinato de ʻAlī (661), fue elegido nuevo califa el gobernador de Damasco, Muʻāwiya ibn Abū Sufyān (661-680), quien instauró la dinastía de los omeyas, que gobernaría en Damasco (661-750) y en Córdoba (756-1010).

Los califatos de los primeros omeyas estuvieron marcados por la guerra civil que tuvieron que librar contra siítas y jariyitas. En el año 680, Yazīd I (680-683) obtuvo una victoria decisiva en Karbala (Irak), donde perdieron la vida al-Ḥusayn, hijo de ʻAlī, y muchos de sus compañeros. Vencida la resistencia siíta, los omeyas reconquistaron la Meca y, al mismo tiempo, expulsaron a los jariyitas hacia regiones cada vez más alejadas del centro del Imperio.

La consolidación de la dinastía omeya, la primera y única totalmente árabe, permitió continuar la expansión del islam. Fue una expansión que perseguía más la construcción de un Estado dominado por los árabes que la islamización de la población. En algunas ocasiones, los omeyas preferían confiar determinadas misiones a un árabe cristiano que a un musulmán de otra etnia. De hecho, desde la conquista de Siria, Palestina e Irak, los cristianos árabes eran sus mejores aliados contra los bizantinos y los persas. Por otra parte, se ha señalado que la actitud para con los no musulmanes resultaba ambigua con motivo de los impuestos que éstos pagaban en compensación por mantener su culto, los cuales alimentaban la hacienda real y las campañas imperiales.

La estabilidad política permitió que prosiguiera la expansión, y en el año 670, atravesando el desierto, el ejército árabe llegó a Túnez, donde fundó la primera capital árabe del Magreb, Kairuán. Con los califatos de ʻAbd al-Malik (685-705) y al-Walīd I (705-715), se

llegó al cenit de la expansión omeya: al Oeste se conquistó el exarcado (circunscripción administrativa bizantina) de Cartago (698) y el litoral atlántico de Argelia y el Marruecos (705-708); también se atravesó el estrecho de Gibraltar (710). Al Este, en el año 710 las tropas árabes alcanzaron Samarcanda al Norte y el río Indus al Sur. Después de conquistar la península ibérica, los ejércitos árabes pasaron a la vertiente Norte de los Pirineos hasta que, una vez superada Tolosa, fueron derrotados por el ejército de Carlos Martel en la decisiva batalla de Poitiers (732), denominada "de la Calzada de los Mártires" (*Balat al-Xuhada'*) por los cronistas musulmanes.

Cuadro 1

Cronología de la primera expansión del islam y del califato omeya

632	Muerte de Mahoma
632-634	Califato de Abu Bakr al-Siddīq
634-644	Califato de 'Umar ibn al-Hattāb
636	Victoria sobre los bizantinos en Yarmuk (Siria)
637	Victoria sobre los persas sasánidas en Qadisiyya (Irak)
638	Conquista de Jerusalén
641	Inicio de la conquista de Egipto
644-656	Califato de 'Utmān ibn 'Affān
644	El ejército musulmán llega a Trípoli
646	Conquista de Alejandría
650	Empieza la conquista del nordeste iraní
656-661	Califato de 'Alī ibn Abī Tālib
657	Batalla de Siffīn: el islam se escinde en sunnitas, siítas y jariyitas
661	'Alī ibn Abī Tālib es asesinado por un jariyita en la mezquita de Kufa
661-680	Califato de Mu'awiya ibn Abu Sufyān
680-683	Califato de Yazīd I
680	Batalla de Karbala. Muerte de al-Husayn y victoria de los omeyas (sunnitas)
685-705	Califato de 'Abd al-Malik
698	Conquista del exarcado de Cartago
705-715	Califato de al-Walīd I
710	Conquista de Samarcanda y llegada a la península ibérica y al río Indus
732	Derrota musulmana en Poitiers (*Balat al-Xuhada'*)
750	Derrota omeya en la batalla de Zab. Final del Califato Omeya

Los omeyas construyeron el primer imperio islámico, basado en:

a) el principio de sucesión dinástica del califato; Yazīd I sucedió a su padre Mu'awiya ibn Abu Sufyan y el poder pasó de padres a hijos hasta la derrota omeya en la batalla de Zab (750);
b) una rígida administración centralizada, con capital en Damasco;
c) la organización de un sistema estructurado de impuestos y de emisión de moneda;
d) la oficialidad de la lengua árabe en todo el Imperio;
e) la fijación del estatuto de los no musulmanes, que estaban obligados a pagar unos impuestos especiales para conservar su libertad de culto.

Al mismo tiempo, no obstante, los omeyas favorecieron la aparición de una corte que vivía en la opulencia, se enriquecía con cada nueva conquista y se alejaba progresivamente de la austeridad del islam de los primeros tiempos. Las revueltas religiosas (siítas y jariyitas) se hicieron cada vez más frecuentes, y el malestar de los menos favorecidos por la fortuna o la posición social, de los conversos –a menudo considerados musulmanes de segunda y cargados de impuestos– e incluso de los musulmanes no árabes (persas, bereberes, etc.) alimentaron una oposición creciente al poder omeya. En el año 750, Abu l-'Abbas al-Saffah, descendiente de un tío del Profeta, encabezó una revuelta siíta en la provincia iraní de Corasmina, derrotó al ejército del último califa omeya, Marwan II, en la batalla de Zab y asesinó a toda la familia real. Sólo un joven príncipe, 'Abd al-Rahman, escapó a la masacre. Unos años después, tras recibir la protección de clanes tribales bereberes próximos a la familia de su madre, en el Magreb, llegaba a Alandalús, la región más alejada del Imperio, y fundaba (756) una nueva dinastía omeya, que reinaría en Córdoba hasta el año 1010.

El Califato Abasí y los orígenes del Imperio otomano

La victoria de Abu l-'Abbas al-Saffah sobre los omeyas fue posible por el malestar y el apoyo de muchos musulmanes no árabes, cansados de ser ciudadanos de segunda clase en el Imperio de Damasco. La instauración de la dinastía árabe de los abasíes descansa en el principio de que todos los musulmanes son iguales ante la ley, hecho que abrió el imperio islámico a la influencia de elites musulmanas no arábigas. La nueva capital, Bagdad, estaba fuertemente impregnada por la cultura persa y todo el Imperio se volvió mucho más cosmopolita que en la época de Damasco. El acceso de musulmanes no árabes a los órganos de poder, la transformación de la administración del Estado y el desarrollo del comercio, de las ciudades y de la cultura caracterizaron al Califato Abasí. En este pe-

riodo, se fijaron las bases de la estructura administrativa que adoptarían todas las administraciones musulmanas posteriores.

El califa abasí gobierna según los principios de la *sari`a*, que por delegación aplican los jueces (cadis), nombrados por un gran cadi del cual dependen. La administración se organiza en torno al impuesto territorial, el tesoro, el ejército y la justicia. A causa de la complejidad creciente del aparato del Estado, se adopta una figura de origen persa, la del visir (*wazīr*), que tiene por función ocuparse de las cuestiones civiles, pero que acaba convirtiéndose en la mano derecha del califa, responsable del aparato del Estado y a menudo de la dirección militar del Imperio. Con el tiempo, este cargo de visir pasará a ser hereditario.

En las provincias, la administración militar se encomienda a un gobernador, y los asuntos civiles son responsabilidad de un prefecto. El ejército se profesionaliza e incorpora mercenarios de diversas procedencias: turcos, bereberes, etc. La importancia creciente del estamento militar y la incorporación de musulmanes no árabes serían decisivas en la progresiva marginación del califa, que asumió un carácter puramente nominal, legitimador del poder en tanto que descendiente de la familia del Profeta, mientras que el poder real quedó en manos de las dinastías que controlaban el ejército y la administración imperial: los *buwáyhidas*, primero, y los seljúcidas, más tarde.

Los califas abasíes más reconocidos serían el sucesor de Abu-l-'Abbas al-Saffah, Abu Ga'far al-Mansur (754-775), que acabó de consolidar la dinastía y trasladó la capital a Bagdad; Harun al-Rasīd (766-809), que disfrutó de un gran prestigio, hasta el punto de que la leyenda lo incorporó a muchas narraciones –incluidos algunos cuentos de *Las mil y una noches*–, y fue conocido en Europa por sus relaciones diplomáticas con Irene, la emperatriz de Bizancio, y con Carlomagno, con quien intercambió embajadores, y 'Abd 'Allah al-Ma'mun (813-833), que erigió en Bagdad la Casa del Saber (*Bayt al-Hikma*), considerada la primera "Academia de Ciencias" de la historia. Este periodo de los primeros abasíes abre las puertas a la denominada *edad de oro de la civilización araboislámica*, momento en que ésta produjo las principales aportaciones culturales, arquitectónicas, científicas y técnicas.

La denominada *edad de oro del Islam* se extiende del siglo IX al XI. La destacada presencia del mundo oriental islámico medieval se reflejaba en el ámbito político, sobre todo en las fronteras. Así, durante el verano del año 940, en pleno florecimiento del califato andalusí de 'Abd al-Rahman III, su "secretario judío Hasday ibn Ishaq ibn Sabrut concertó la paz con el franco Sunyer, hijo de Wifredo, señor de Barcelona y de sus distritos, en las condiciones gratas al califa [...]. Hasday propuso a otros notables que se sometieran a la obediencia del califa y que hicieran la paz con él. Algunos de sus reyes lo aceptaron, tales como Hugo, uno de sus principales, con sede permanente en su país de Arlès, que envió a Barcelona una delegación de su parte pidiendo un salvoconducto a fin de que cualquiera de los comerciantes de su país pudiera ir a Alandalús. Así les fue

concedido [...]. Una vez resuelto todo, al final de septiembre de 940 volvió hacia 'Abd al-Rahmān III el judío Hasdāy desde Barcelona. Lo acompañaba Gotmar [entonces obispo de Gerona], mediador de Sunyer, de acuerdo con las condiciones estipuladas. La primera consistía en que dejara de ayudar a cualquier cristiano que no hubiera pactado la sumisión con el califa, y no hubiera aceptado su paz y buscado su complacencia." (Bramon, 2000, págs. 292-294).

En este momento, en el ámbito cultural, muchos sabios y pensadores de diversas culturas decidieron utilizar el árabe para transmitir sus conocimientos y se produjeron las principales aportaciones culturales, artísticas y científicas del Islam. Las ciudades más importantes (Basora, Bagdad, Córdoba, El Cairo, Alejandría) se convirtieron en centros de cultura y de saber donde se practicaban las matemáticas (especialmente la trigonometría y el álgebra, a partir de las cuales se introdujo el cero [el árabe *sifr* nos ha dado nuestra 'cifra'] y la numeración arábiga, de origen hindú), la filosofía (Avicena dio a conocer a Aristóteles), la medicina (Ibn al-Nafīs descubrió la circulación pulmonar menor siglos antes que Miguel Servet), la botánica, la alquimia, la astronomía y la astrología, la música, la poesía y la narrativa (la máxima expresión literaria y popular de la época es, sin duda, la compilación de *Las mil y una noches*).

A pesar de ser de un periodo posterior (siglo XIV), no podemos dejar tampoco de referirnos a la obra precursora de la sociología y de la historia modernas, la *Muqaddima* ('Prolegómenos') del andalusí Ibn Ḫaldūn. Los libros de viajes y la confección de mapas y atlas contribuyeron al desarrollo de la geografía y al conocimiento del mundo: al-Idrisī, por encargo del rey normando de Sicilia, Roger II, realizó un mapa del mundo donde fijó con toda exactitud la situación de las fuentes del Nilo y estableció el carácter esférico de la Tierra.

La arquitectura de carácter religioso (como las mezquitas más antiguas de Medina, Damasco y Jerusalén) y militar (como la rápita [*ribat*] de Susa, en el Túnez del siglo IX o las numerosas que acoge nuestro país) dio paso a la construcción de palacios engalanados con jardines donde el agua y las fuentes adquirían un papel indispensable. El agua se integraba en el conjunto arquitectónico (Alhambra), y proliferaron los baños (*ḥammām*), herencia de la tradición grecolatina. La decoración caligráfica cúfica y la ornamentación floral constituían los complementos artísticos idóneos de la arquitectura musulmana.

También el paisaje mediterráneo, básicamente el occidental y meridional, fue profundamente transformado durante este periodo, ya que los árabes introdujeron nuevos cultivos como el melón, la sandía, diferentes cucurbitáceas, el albaricoque, el melocotón, la alcachofa y la naranja, especies botánicas originarias de Oriente Próximo y Oriente Medio.

La muerte de Harūn al-Rasīd marcó un precedente en la evolución política posterior del Califato Abasí, porque él había decretado la división del Imperio entre dos de sus hijos, y uno de ellos, 'Abd 'Allah al-Ma'mūn, sólo consiguió imponerse después de una cruen-

ta guerra civil. Este precedente caracterizaría la lucha por el poder en el siglo X, cuando los abasíes quedaron relegados a la representación simbólica del califato, mientras que el poder real era ejercido por sucesivas dinastías no árabes que controlaban elementos tan esenciales como el ejército y el aparato del Estado: los buwáyhidas, que eran originarios de la región del mar Caspio, en el siglo X; los seljúcidas, que procedían de las estepas de Asia Menor, en los siglos XI y XII, y los mamelucos, que provenían de El Cairo, desde la destrucción de Bagdad por los mongoles (1254) hasta 1517.

La lucha por el poder y las revueltas internas provocaron la fragmentación progresiva del Imperio en territorios independientes. En el Oeste, una dinastía siíta se imponía en Ifrīqiya (la antigua África romana, Tripolitania y Túnez), con el apoyo de las tribus bereberes de la región. Se trataba de la dinastía fatimita, que en el año 908 proclamó un califato siíta en oposición al califato sunnita de Bagdad. Poco después, los fatimitas conquistaban Egipto y en el año 949 se establecían en El Cairo, que se convirtió en su capital y en la rival de Bagdad. En el año 972, construyeron la mezquita de al-Azhar, que sería la primera "universidad" de la Edad Media. Más al Oeste, 'Abd al-Rahmān III al-Nāsir (919-961) "restauraba" el Califato Omeya de Alandalús, no con la pretensión de reclamar una autoridad universal sobre la comunidad musulmana o de competir con el Califato Abasí de Bagdad, sino para preservar la independencia de sus dominios y protegerlos de la expansión fatimita. Por otra parte, los turcos se organizaban en emiratos y sultanatos, que también contribuyeron a minar el poder central.

En el siglo XI, los seljúcidas (1055-1258) sustituían a los *buwáyhidas* en Bagdad[10], al tiempo que la dinastía sunnita de los aiubidas (1171-1250), fundada por Saladino (Salāh al-Dīn; originario de Takrit, en el actual Irak), desplazaba a los fatimitas del poder. Desde las profundidades del Sáhara mauritano, los almorávides (1056-1147) progresaban hacia el Norte, fundaban Marraquesh y se hacían con el control del Magreb y de al-Andalus. Por primera vez, la región más occidental del Islam, el Magreb, alcanzaba una unidad política continuada por los almohades (1147-1269), los cuales, sin embargo, no pudieron evitar la fragmentación del Magreb en diferentes dinastías y territorios: los hafsidas (1229-1569) en Ifrīqiya; los marinidas o benimerines (1269-1465) en Marruecos, y los abdalwaditas (1235-1554) en la Argelia occidental.

10. Después de asentarse en Bagdad, los seljúcidas iniciaron una expansión hacia el Oeste y conquistaron gran parte de los territorios del Imperio Bizantino, lo que provocó una viva preocupación entre los reinos cristianos europeos y un temor creciente por la suerte de Constantinopla, paradójicamente saqueada por los mismos croatas en 1204. Poco después de este avance (1095), el papa Urbano II hacía un llamamiento a reconquistar los Lugares Santos. Era todo lo que se precisaba para dar salida a la expansión señorial feudal: la legitimidad religiosa bendecía las ansias de aventuras, de tierras, de gloria y de botín y garantizaba la remisión de los pecados y la épica del misticismo. Entre los años 1095 y 1270, tuvieron lugar ocho cruzadas que consiguieron ocupar Jerusalén en 1099 y establecer un cúmulo de pequeños reinos cristianos en Palestina, que perduraron hasta que los mamelucos reconquistaron Jerusalén (1244) y Acre (1291), que fue la última posesión de los croatas en Palestina.

Yves Lacoste nos recuerda que muchos magrebíes identifican el Imperio Almohade con la edad de oro del Magreb, porque fue "en esta época cuando aparecieron las grandes ciudades y se construyeron las mezquitas más grandes y más bellas [...] y cuando, sobre todo, las poblaciones de las diferentes regiones del Magreb [...] alcanzaron una verdadera cultura común, a la vez bereber y árabe, [que] combinaba las tradiciones ancestrales y los valores guerreros de la tribu con los refinamientos y los progresos de las grandes ciudades arabizadas" (Lacoste, 1991, pág. 70).

Los mamelucos eran un cuerpo del ejército formado por esclavos (en árabe, *mamluk* significa 'esclavo') turcomanos, mongoles y circasianos llegados a Egipto desde las estepas en época fatimita y ayyubida y que, a mediados de siglo XIII, controlaban el ejército, del cual constituían la principal fuerza de choque. En 1254 depusieron al último soberano ayyubida y tomaron el poder y el título de sultanes. Después de la destrucción de Bagdad (1258) y la conquista de Damasco por los mongoles, el sultán Baybars I (1223-1277) hizo que el último califa abasí se instalara en El Cairo, lo cual le sirvió para legitimar el poder del nuevo sultanato mameluco y para iniciar una campaña con el fin de frenar el avance de los mongoles. Desde 1260, los mamelucos controlaban Siria y Egipto.

En Anatolia, hicieron su aparición los otomanos, un pueblo de origen turco que toma su nombre de Osmán (*'Utmān*) I (1281-1326) y que había sido islamizado en los siglos IX y X en el transcurso de su itinerancia desde las estepas asiáticas hasta Anatolia, a través de Persia. Los otomanos iniciaron una expansión que resultaría decisiva para el futuro del Islam. Osmán reinaba sobre un pequeño principado de Anatolia pero, aprovechando la descomposición del Imperio Bizantino, extendió sus dominios hasta el mar de Mármara.

Entre 1324 y 1354, construyeron un pequeño imperio en Asia Menor e iniciaron la primera campaña europea (1345). Entre 1385 y 1389, ocuparon gran parte de los Balcanes (Serbia, Bosnia, Bulgaria y Grecia) y en 1453 se apoderaron de Constantinopla –que pasó a llamarse Estambul– y pusieron fin al Imperio Bizantino. Cabe decir que la consolidación otomana en Asia Menor y la primera campaña en los Balcanes tuvieron lugar poco después de la expedición de los almogávares en Oriente.[11]

11. La Gran Compañía Catalana, acaudillada por Roger de Flor –que se casó con una sobrina del emperador de Bizancio, Andrónico II, y fue nombrado megaduque y césar–, había sido requerida para combatir a los turcos que amenazaban toda Asia Menor y llegó a Constantinopla en 1303 procedente de Sicilia. La expedición almogávar llegó hasta las puertas de Cilicia, en el corazón de Anatolia. Sin embargo, los abusos y las extorsiones pecuniarias y el menosprecio de la autoridad imperial de que hicieron gala los mandos y los soldados de la Gran Compañía acabaron por alimentar el odio de sus antiguos aliados. En 1305, Roger de Flor fue asesinado en el palacio del hijo del emperador. Se desencadenó entonces la llamada "Venganza Catalana" y, durante dos años, la Compañía realizó varias razzias que llegaron a las puertas de Constantinopla. En 1311, después de un largo periplo por Macedonia y Grecia, asediada a menudo por sus enemigos y dividida por las disensiones de los altos mandos, la Compañía se hizo con el ducado de Atenas, que más tarde, en 1319, se amplió con el de Neopatria. Los ducados de Atenas y Neopatria permanecieron en manos catalanas hasta 1388-1390. La historia de la Gran Compañía Catalana en el Mediterráneo oriental, narrada con precisión por el cronista Ramon CONTINUACION NOTAS Muntaner, es la otra cara de la moneda de la expansión comercial catalana que, desde mediados del siglo XIII, había propiciado un intenso comercio y al establecimiento de consulados catalanoaragoneses por todo el Mediterráneo: Palermo, Alejandría, Famagusta (Chipre), Trípoli, Túnez, etc.

En 1517, el sultán otomano Selim I conquistó Egipto y redujo a los mamelucos a una importante aristocracia terrateniente que conservaría una gran influencia política hasta el siglo XIX. Con el fin del sultanato mameluco, la conquista de Egipto, y muy pronto del resto del Norte de África (con la excepción de Marruecos), la creación de un Protectorado sobre la Meca y el resto de las ciudades santas de Arabia y también la conquista de Belgrado (1521) y el sitio de Viena (1529), Selim I y Solimán el Magnífico (1520-1566) se consolidó el Imperio Otomano, que abarcaba todo el Mediterráneo oriental y meridional.

Todos los representantes de las diferentes dinastías que tomaron el título de sultán mantuvieron la institución del califato, vacía de poder y de contenidos, pero representada por un abasí, con el fin de no romper la tradición sunnita que exigía que el califa fuera un descendiente de la tribu de la familia del Profeta. Habría que esperar al siglo XVI, con los turcos otomanos, para encontrar una dinastía no árabe que ocupase la institución del califato.

La segunda expansión del Islam

De forma paradójica, las dificultades políticas y los embates de potencias exteriores al Islam no hicieron que la nueva religión retrocediera, sino que prosiguió su expansión a pesar de la fragmentación política y la rivalidad entre los diferentes poderes musulmanes en consolidación.

En el corazón mismo del Islam, las cruzadas constituyeron, desde 1095 hasta 1291, una amenaza y, en cierta medida, un factor de inestabilidad política. En la península ibérica, después de la derrota almohade en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) y de la ocupación de Córdoba (1236) por tropas cristianas, la presencia musulmana disminuyó hasta quedar reducida al reino de Granada, anexionado al de Castilla en 1492.

En el extremo oriental, los ejércitos mongoles de Gengis Khan (1167-1227) y de sus descendientes asestaban golpes importantes en los confines del Imperio islámico, el cual, desde el siglo X, conocía un proceso de decadencia y descomposición con la consolidación del califato fatimita en Ifrīqiya y la postergación de los califas abasíes a un papel meramente ornamental, sustituidos en el ejercicio del poder real por diferentes grupos y dinastías. Sin embargo, la última oleada mongol, encabezada por Tamerlán (1336-1405), ya era musulmana y su jefe se proclamó redentor del sunnismo. El contacto con cristianos nestorianos, con budistas, con paganos y, significativamente, con pueblos islamizados, influyó en la religiosidad mongol y favoreció la conversión al islam de las tribus occidentales. La expansión otomana también constituyó una nueva presencia musulmana que, duran-

te cuatro siglos, se convertiría en una de las principales potencias del Mediterráneo y de Europa.

La segunda expansión del Islam tuvo, por tanto, un carácter eminentemente religioso, y podemos fechar sus inicios entre los siglos IX y X, momento en que empezó la islamización de las tribus turcas procedentes de Mongolia que habitaban las estepas de Asia central. Los primeros en convertirse serían los turcos seljúcidas que, en el siglo XI, dominaron Irán, Irak y la Anatolia bizantina. Poco después, los turcos otomanos también se convirtieron al islam y, como hemos visto, consolidaron su presencia en Anatolia y los Balcanes entre los siglos XII y XIV. En el siglo XIII, los mongoles, de la misma raza y costumbres que los turcos, construyeron un vasto imperio que se extendía desde China hasta Irak y Moscú.

A partir del siglo X, las rutas de la seda abrieron las puertas del Turkestán oriental al islam, que ya estaba presente en el Norte de la India, para llegar al Norte de China siglos más tarde. De forma paralela, el comercio marítimo llevó el conocimiento del islam desde las costas de Arabia y del golfo Pérsico a las costas de Asia meridional (Sur de India, islas Maldivas, Norte de Sumatra, península de Malasia, Sur de China y archipiélago indonesio) y de África oriental (Mogadiscio, Lamu, Kilwa y Zanzíbar y, hacia el Oeste, la Nubia cristiana, que sería totalmente islamizada).

Por último, digamos que en África occidental la penetración del islam fue muy temprana. Después de la conquista y la conversión del Magreb septentrional (segunda mitad del siglo VII), las caravanas que atravesaban el Sáhara desde Trípoli (Libia) o Sijilmasa (Marruecos) para ir a buscar oro y esclavos al Sahel, hicieron llegar el islam a los confines de los ríos Senegal y Níger. El Sur del Sáhara y el Norte del Sahel se islamizaron rápidamente y se convirtieron en cuna de importantes movimientos reformistas (los almorávides en los siglos XI y XII) o en núcleos de importantes imperios musulmanes (el Imperio de Mali en los siglos XIII y XIV y el Imperio Songay en los siglos XV y XVI).

Conclusiones

El islam apareció en la península arábiga en el siglo VII, cuando las condiciones políticas (la rivalidad entre Persia y Bizancio), económicas (la ruta comercial de la Meca entre India y la región del golfo) y religiosas eran propicias a la predicación de un nuevo mensaje monoteísta entre las tribus árabes. Hacia el año 613, Mahoma empezó una prédica popular en la Meca, lo que le reportó problemas con la aristocracia local. En el año 622 tuvo que emigrar (hégira) con sus primeros discípulos a Medina –donde fundó el primer Estado musulmán en el año 630– para conquistar después la Meca, donde volvió poco antes de su muerte (632) y estableció el ritual del peregrinaje.

La religión islámica se fundamenta en el Libro Sagrado (el Corán) y en los *hadīts* (relatos sobre la vida del Profeta) y la *sunna* (recopilaciones de los *hadīts*), que son la base de la *sari`a* o ley islámica. El islam es, pues, una ley, una regla de vida que compromete a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad de los creyentes (*umma*), que basan su creencia en la unicidad de Dios y en el cumplimiento de los cinco 'pilares' del islam (la profesión de fe, la plegaria, el ayuno del Ramadán, el peregrinaje a la Meca y la limosna).

A la muerte del Profeta se sucedieron los llamados califas. Primero, los denominados Califas Ortodoxos o Bien Guiados extendieron la nueva religión por toda la península arábiga, Oriente Próximo y Oriente Medio y el Norte de África hasta Trípoli. En el año 661, no obstante, el gobernador de Damasco Mu'awiya ibn Abu Sufyan derrotó al último de estos califas, 'Alī ibn Abī Tālib, e instauró la dinastía califal omeya.

A causa de esta disputa por el poder, el islam se escindió en tres doctrinas diferentes: los sunnitas, que creían que el califa debía pertenecer a la tribu de los curaixitas; los siítas, que exigían que fuera descendiente o familiar del Profeta, y los jariyitas, que consideraban que cualquier buen musulmán podía serlo. Los siítas creen en un "sentido oculto" del Corán que Mahoma transmitió a Alá; de aquí deriva la importancia de la jerarquía religiosa en el siísmo. En cambio, la relevancia dada por el sunnismo al derecho islámico favoreció, entre los siglos VII y IX, la aparición de las cuatro escuelas jurídicas clásicas de la ortodoxia musulmana (malikita, *safi`íta*, hanafita y hanbalita). Al mismo tiempo, se denunciaba la vida fácil que proporcionaban las conquistas y se proponía la superación mística (sufismo) para alcanzar la salvación. En el ámbito popular, las prácticas místicas eran vehiculadas por las cofradías.

Consumada la escisión siíta y jariyita, Abu Sufyan fundó el califato omeya, el primer Imperio Araboislámico basado en los principios de sucesión dinástica y de centralización del Estado. Con los omeyas, la primera expansión del Islam alcanzó su máxima extensión: en el año 710, los ejércitos araboberebereres llegaron a la península Ibérica y al río Indus. Sin embargo, el malestar social y religioso se concretó en diferentes revueltas que acabaron minando el poder imperial. En el año 750, un descendiente del Profeta, Abu-l-'Abbas al-Saffah, ponía fin al poder omeya en la batalla de Zab. Escapó, no obstante, el príncipe 'Abd al-Rahman, que años después llegaba a Alandalús e instauraba una nueva dinastía omeya que perduraría hasta el año 1010.

El Califato Abasí establecido por Abu-l-'Abbas reposaba sobre el principio de que todos los musulmanes son iguales ante la ley, hecho que abrió el Imperio Islámico a la influencia de elites musulmanas no árabes. Los abasíes trasladaron la capital a Bagdad y gobernaron según los principios de la *sari`a*, suministrando al Imperio una estructura administrativa (visires, cadis, gobernadores, alcaides, prefectos) que representó el modelo de

todos los imperios musulmanes posteriores. La primera época del Califato Abasí se corresponde con la denominada *edad de oro* cultural, artística y científica del Islam.

En esta época, las necesidades imperiales obligaron a profesionalizar el ejército y a incorporar al mismo mercenarios de diversas procedencias. El control del ejército y el aparato del Estado daban la clave del poder, y así sucedió que, a partir del siglo x, los *buwáyhidas*, los seljúcidas y los mamelucos tomaron el título de sultanes y relegaron al califa abasí a un simple papel simbólico. De forma paralela, los fatimitas establecían un califato shiíta en Ifrīqiya, y en Alandalús ʻAbd al-Raḥmān III al-Nāṣir "restauraba" el Califato Omeya para protegerse de la expansión fatimita. La unidad imperial se había roto y ya se no volvería a restablecer nunca más. Entre los siglos XI y XII, los bereberes almorávides y almohades impusieron su autoridad en el Magreb, y las cruzadas y los mongoles –que destruyeron Bagdad en 1258– golpearon el corazón mismo del califato. Finalmente, entre los siglos XIV y XVI, los otomanos construyeron un nuevo imperio musulmán no árabe. A pesar de las crecientes dificultades políticas del Califato Abasí, la segunda expansión religiosa del Islam alcanzó Asia oriental y África oriental y occidental durante este periodo.

Capítulo 3

El Imperio otomano y el colonialismo

El proceso histórico de los países islámicos durante la época moderna y contemporánea está marcado por el peso de la tutela extranjera. En primer lugar, el Imperio otomano (siglos XVI-XX) abarca y domina la mayor parte del mundo árabe durante casi cuatro siglos. Después del siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX, han sido las potencias coloniales europeas –básicamente Gran Bretaña y Francia– las que han dirigido los destinos de estos países y han determinado su economía y su política exterior.

La reacción a la presencia colonial europea fue el despertar de una conciencia nacional en las diferentes regiones y países del mundo árabe. Así, el sentimiento nacionalista se volvió cada vez más intenso y supuso la inevitable búsqueda de la independencia. Sin embargo, el colonialismo dejó un lastre pesado en forma de problemas en el trazado de fronteras, de desestructuración de la política, de la cultura y de la sociedad tradicional, de falta de desarrollo y de diversificación económica y, sobre todo, de pervivencia de una concepción centralista del Estado que ha obstaculizado el desarrollo sociopolítico y de la sociedad civil.

El Imperio otomano

La primacía turca en el Mediterráneo oriental

Después de las conquistas de los siglos XIV y XV –que hemos resumido en el capítulo anterior–, el Imperio Otomano alcanza su máxima expansión con Solimán el Magnífico (1520-1566). En estos momentos, dibuja un amplio arco que abarca los Balcanes, parte de Hungría (Viena fue asediada en dos ocasiones, en 1529 y en 1683) y casi todo el mundo árabe, incluidas las regiones costeras de la península arábiga y las ciudades santas de Medina y la Meca, la Siria y la Mesopotamia históricas, y el Norte de África, salvo Marruecos. Las poblaciones musulmanas que todavía perviven hoy en Rumania, Bulgaria,

Albania, Montenegro, Bosnia, Serbia (Kosovo), Macedonia, etc., son el testimonio vivo de aquella expansión.

El Imperio tuvo que hacer frente, sin embargo, a la rivalidad de otros dos imperios que le disputaron la hegemonía política. Por una parte, el Imperio Persa Safavida (1501-1732), de obediencia siíta, minaba su poder sobre el mundo islámico, ya que se oponía al sunnismo de Estambul. Por la otra, el Imperio de Austria (1520-1699) le disputaba el control estratégico del Mediterráneo por motivos económicos y militares obvios.

La rivalidad entre turcos y españoles produjo reiterados enfrentamientos por el control del Norte de África donde, finalmente y a pesar de la derrota de Lepanto (1571), se acabaron imponiendo los otomanos. Argel, conquistada por Ḫayr al-Dīn Barbarroja en 1516, pide la protección y el vasallaje de Estambul en 1518; Trípoli está bajo dominio turco desde 1551; Bujía, desde 1555; Túnez y la Goleta, desde 1574. Sólo Orán permanecerá bajo dominio español hasta 1791. Únicamente Marruecos no formó nunca parte del dominio otomano, pero conoció la presencia española y portuguesa en algunas ciudades del litoral.

> "La consolidación del dominio otomano en el Magreb oriental se inicia en 1587 con la división en tres provincias (Argelia, Túnez y Trípoli). El control de estas provincias se encomendaba a una reducida casta militar y a un gobernador o bajá (con mandatos de tres años). La elite de la milicia, periódicamente renovada con la llegada de nuevas tropas procedentes de Turquía, se agrupaba en dos instituciones: la corporación de los corsarios y el consejo (Diván o *Dīwān*) de las tropas genízaras. Los cargos más importantes de la provincia se reservaban a los miembros más destacados de la aristocracia militar que, a menudo, los arrendaban a los notables locales (ulemas, alfaquíes, cadís, grandes comerciantes). La base económica de estos notables eran los ingresos procedentes de sus propiedades agrarias, del ejercicio de sus cargos y de la práctica del comercio y del corso, que en su momento culminante, a mediados del siglo XVII, ocupó 90 barcos de vela (70 en Argel y 20 entre Túnez y Trípoli)." (Segura, 1994, pág. 71).

En el resto del Imperio, también se adoptó la división provincial y la administración delegada en gobernadores locales (valíes, beis, bajás) que representaban al sultán. También formaban parte de la clase dirigente los funcionarios imperiales (entre los cuales figuraban muchos cristianos ortodoxos) y los ulemas, responsables de la administración pública y de la aplicación de la ley islámica, respectivamente. Es preciso mencionar igualmente el papel de los genízaros[12] en el mantenimiento del orden y de la hacienda imperiales. La organización imperial se completaba con el Diván o consejo gubernamental, dirigido por el gran visir, que se ocupaba de decidir los destinos del Imperio.

El sistema tributario era fuertemente centralizado y recibía los impuestos sobre la tierra y el comercio, los cuales constituían el grueso de las rentas de los gobernadores y del sultán, al mismo tiempo que mantenían las fundaciones piadosas y las mezquitas. Tenemos que añadir, además, los impuestos que satisfacían los súbditos no musulmanes

12. En las provincias balcánicas del Imperio, se procedía a la leva regular de niños cristianos ortodoxos, que eran islamizados y, adiestrados desde pequeños en el uso de las armas y en la obediencia ciega para con el sultán. Después de este periodo pasaban a formar parte de las tropas genízaras, una especie de guardia pretoriana del sultán.

del Imperio a cambio de mantener su estatuto personal y sus propias jurisdicciones, impuestos nada despreciables dada la importancia de esta minoría.

En el momento de máxima expansión, el Imperio Otomano alcanzaba una extensión de casi dos millones y medio de kilómetros cuadrados y albergaba aproximadamente a veinticuatro millones de habitantes. Las regiones más importantes eran Egipto, la Gran Siria (los actuales Siria, Líbano, Palestina y Jordania), Irak, el Magreb central y oriental y las costas de la península arábiga, las cuales, con la independencia del Yemen (1635) y la revolución wahhabita del siglo XVIII, serían la primera región en desmembrarse del Imperio. Había empezado la decadencia. En Europa, después del segundo asedio de Viena (1683), se perdían Bulgaria, Serbia y Transilvania, ésta última reconquistada en 1691. A finales del siglo XVIII, los rusos obtenían una salida al mar Negro y la libertad de navegación en el Mediterráneo con la conquista de Crimea (1774). La reinstauración del califato y las reformas del siglo XIX no serían suficientes para detener una decadencia que la competencia política y económica de la Europa industrial hacía irreversible.

La decadencia y la pérdida del Norte de África

En el siglo XIX, la Revolución Industrial suministró una gran capacidad tecnológica, productiva y militar a los países europeos más desarrollados. La necesidad de nuevos mercados para dar salida a los excedentes demográficos, colocar capitales y mercancías y obtener nuevos productos y materias primas, impulsó la expansión europea contemporánea. Gran Bretaña y Francia, las grandes potencias industriales del siglo XIX (Alemania no se añadirá hasta después de la unificación, en el último cuarto de siglo), fueron también las primeras naciones en construir dos grandes imperios coloniales, y las provincias otomanas no escaparon a la lógica atención de Londres y París. Así pues, Francia y Gran Bretaña trasladaron sus rivalidades más allá de las fronteras continentales, como ya hacían, desde mucho antes, sus comerciantes y sus flotas mercantes.

A lo largo del siglo XIX, el Imperio Otomano se convirtió en "el hombre enfermo de Europa", y la "cuestión de Oriente" centró el interés de las principales cancillerías europeas. Entre 1830 (conquista francesa de Argel) y 1922 (establecimiento del mandato británico en Palestina), el Imperio Otomano fue progresiva y sistemáticamente troceado, a causa del débil control sobre las provincias más alejadas de Estambul y del endeudamiento con los países industrializados. La colonización europea en el Mediterráneo oriental y meridional y Oriente Próximo originó también conflictos entre las potencias europeas, resultado de las rivalidades a la hora de extender sus zonas de influencia.

Los precedentes inmediatos de la expansión europea residen en ciertos acontecimientos militares de cariz intervencionista: la expedición de Napoleón a Egipto (1798-1802); la destrucción de las flotas corsarias de Trípoli, Argel, Túnez y Marruecos (1816-1827) por parte de los EE.UU., Gran Bretaña, Francia y Austria, respectivamente; la ayuda francesa, británica y rusa al movimiento nacionalista griego (Grecia accedía a la independencia en 1830), y, en último lugar, la destrucción de la armada turca en Navarino (1827). El desembarco de 37.000 soldados franceses en Sidi Ferruch el 14 de junio de 1830 y la posterior rendición de Argel constituyeron el tiro de salida de la colonización europea.

En el último cuarto del siglo XIX, consolidada la presencia francesa en Argelia después de cincuenta años de colonización, las potencias europeas procedieron a delimitar sus intereses en el Norte de África y en Oriente Próximo, donde la presencia comercial y financiera europea era ya muy importante. Estas regiones no pudieron escapar de la progresiva injerencia de las grandes potencias coloniales. Por otra parte, las dificultades y la evidente decadencia del Imperio Otomano –que en 1875 se declaró en quiebra económica– favorecieron la creciente intervención europea en el Norte de África, Oriente Próximo y península arábiga, donde los británicos ya disponían del Protectorado de Adén (el futuro Yemen del Sur) desde 1839.

En el congreso de Berlín (1878), Estambul cedió Chipre a Gran Bretaña y, en compensación, reconoció determinados derechos de Francia sobre Túnez, en detrimento de las aspiraciones italianas.

En 1881, el ejército francés invadió el país y dos años más tarde creó el protectorado de Túnez. En 1882, Gran Bretaña ocupó militarmente Egipto, país que, bajo la dirección de Mehmet Alí (1805-1848),[13] había iniciado el camino de la modernización. En poco tiempo, Egipto se había enfrentado victoriosamente a los wahhabitas de la península arábiga (1811-1818), había conquistado Sudán (1820) y Siria (1832) –que restituyó a los otomanos años más tarde– y, de hecho, se había declarado independiente en 1841. En 1869, la inauguración del canal de Suez se convirtió en el signo visible de la modernización del país, pero, al mismo tiempo, el esfuerzo económico necesario produjo el endeudamiento egipcio de tal manera que, desde 1875, se encontró bajo el control económico y financiero de Londres y París. La intervención británica y su victoria posterior contra el ejército francés en el incidente de Fachoda (1898) dejó muy claras las intenciones de Londres de controlar el valle del Nilo, corroboradas por el establecimiento de un condo-

13. Mehmet Alí (1769-1849) era un oficial albanés del ejército turco. Impresionado por la eficacia del ejército napoleónico, aplicó criterios europeos cuando llegó a ser gobernador de Egipto: modernizó el ejército y el país y se independizó de Estambul. En el transcurso de su mandato, llevó a cabo obras hidráulicas, impulsó la agricultura intensiva y el cultivo del algodón y también decidió la construcción del canal de Suez y de la línea de ferrocarril El Cairo-Suez.

minio angloegipcio sobre Sudán (1895-1898). En 1914, Egipto pasó a ser Protectorado británico al mismo tiempo que se consolidaba la presencia inglesa y francesa en Djibuti y Somalia.

La conferencia de Berlín (1885) dio nuevos impulsos a las pretensiones coloniales europeas en África. En diferentes ocasiones, franceses (1884) y británicos (1892) plantearon la necesidad de establecer un protectorado en Marruecos, el único país del Norte de África que nunca había formado parte del Imperio Otomano y que, con variaciones territoriales diversas, conocía una cierta tradición estatal desde el siglo VIII. Al final del siglo XIX, la opinión de las cancillerías europeas más importantes era favorable al establecimiento del protectorado, y así lo demuestra la intensa actividad diplomática francesa. París llegó a un acuerdo con Roma sobre sus intereses respectivos en Marruecos y en Libia (1900, 1902 y 1911); Londres y París pactaron la adjudicación de Egipto y Marruecos (1904) mediante un tratado que excluía la presencia alemana en Marruecos e incluía la renuncia francesa a controlar el estrecho de Gibraltar.

En consecuencia, París se vio obligado a negociar con Madrid la creación de una zona Norte del protectorado bajo tutela española, escasa compensación para el desastre colonial de 1898 que, sin embargo, sirvió al nacionalismo español más rancio para rehacer unas aspiraciones imperiales desfasadas y alejadas de la realidad. Después del acuerdo con España (Algeciras, 1906), Francia ocupó Fez en 1911 y, un año más tarde, estableció el protectorado de Marruecos. Aquel mismo año, Italia envió tropas a Trípoli y, en 1912, acordó con el sultán otomano el establecimiento de un protectorado en Libia. En suma, antes de iniciarse la Primera Guerra Mundial, el Imperio Otomano había perdido ya todas las provincias del Mediterráneo meridional y se había completado el reparto europeo del Norte de África.

La Primera Guerra Mundial y la desmembración del Imperio otomano

En 1906, Londres y San Petersburgo acordaron secretamente la división y asignación de territorios otomanos, pero la Revolución Rusa dejó sin efecto unos acuerdos que nunca llegaron a aplicarse totalmente. La Primera Guerra Mundial acabó de desmantelar el Imperio Otomano y lo redujo a la península de Anatolia, la actual Turquía. En la guerra, Estambul apoyó a Austria y Alemania, lo cual sirvió de pretexto a Francia, Gran Bretaña y Rusia para acabar de controlar las antiguas provincias otomanas de Oriente Próximo y Oriente Medio.

En 1916, Londres y París firmaron los Acuerdos Sykes-Picot, en virtud de los cuales se repartieron las provincias otomanas y la vecina Persia. Según estos acuerdos, se estableció la división siguiente:

a) Persia fue dividida en dos zonas de influencia, una rusa al Norte y otra británica al Sur. Sólo la presión de los EE.UU. y de Francia evitó la constitución de un nuevo protectorado británico (Kuwait ya lo era desde 1914).
b) El Este del Irak fue declarado zona reservada a Gran Bretaña, que ampliaba así su presencia en la región del Golfo, paso estratégico en la ruta de India, donde ya dispensaba su protección a Bahrein (1820) y a Omán (1798).
c) Transjordania, el resto de Irak y el Norte de la península arábiga fueron definidos como zonas de influencia británica. Además, Gran Bretaña controlaba la entrada al mar Rojo gracias al protectorado de Adén (1839).
d) Se reservó a Francia el Líbano, Siria y la parte de la Anatolia oriental que limitaba con estos países.
e) El resto de Siria y el Norte de Irak quedaron como zonas de influencia francesa.
f) Por último, Palestina fue considerada zona internacional a causa de su carácter estratégico como clave de la región.

Cuadro 2

Acuerdos Sykes-Picot (1916)

1) Francia y Gran Bretaña están dispuestas a reconocer y a proteger un Estado árabe independiente o una Confederación de Estados árabes, bajo la soberanía de un jefe árabe, en las zonas A y B indicadas en el mapa adjunto. Francia en la zona A y Gran Bretaña en la zona B tendrán un derecho de prioridad sobre las empresas y los empréstitos locales. Francia en la zona A y Gran Bretaña en la zona B serán las únicas en suministrar consejeros o funcionarios extranjeros, a demanda del Estado árabe o de la Confederación de Estados árabes.
2) Después de ponerse de acuerdo con el Estado árabe o con la Confederación de Estados árabes, Francia (el Líbano y la costa de Siria-Asia menor), en la zona C, y Gran Bretaña (Baja Mesopotamia), en la zona D, estarán autorizadas a establecer la administración directa o indirecta o el tipo de control que deseen y que consideren conveniente.

3) En la zona E, que cubre una gran parte de Palestina, se establecerá una administración internacional, cuya forma se decidirá después de hacer consultas con Rusia y después de llegar a un acuerdo con los otros aliados y con los representantes del jerife (*xarīf*) de la Meca.

4) Se concederá a Gran Bretaña: en primer lugar, los puertos de Haifa y Acre y, en segundo lugar, la garantía de una cantidad definida de agua del Tigris y del Éufrates de la zona A para la zona B.

Fuente: VV.AA., 1996, págs. 28-29.

Una vez empezada la guerra, Londres jugó sus cartas con calculada ambigüedad política. Por una parte, en 1915, Thomas Edward Lawrence, agente de los servicios secretos británicos, más conocido como Lawrence de Arabia, y el alto comisario británico en El Cairo, *sir* Mac Mahon, prometieron al emir hachemita de la Meca, Ḥusayn Ibn ʻAlī, el establecimiento en Oriente Próximo de una entidad árabe independiente en compensación de que los árabes se sublevaran contra Estambul. *Sir* Mac Mahon no dudó en jugar con el hecho de que el califato no estaba en manos de los árabes con el fin de predisponerlos todavía más contra Estambul. La revuelta árabe fue decisiva para la ocupación británica de Bagdad (1917) y, sobre todo, de Damasco (1918).

La correspondencia de *sir* Mac Mahon con Ḥusayn Ibn ʻAlī (1915) nos acerca al juego diplomático que desarrolló Gran Bretaña en Oriente Medio:

"Tenemos el honor de agradeceros la expresión generosa y la sinceridad de vuestros sentimientos para con Inglaterra. Nos alegramos también de que Su Alteza y vuestro pueblo estén completamente de acuerdo en constatar que los intereses de los árabes son también los de los ingleses, y los de los ingleses son los de los árabes. También os confirmamos los términos del mensaje de *lord* Kitchener, que os ha llegado por medio del intermediario Alar Effendi, y en el cual queda claramente afirmado nuestro deseo de asegurar la independencia de Arabia y de sus habitantes y también nuestra aprobación a un Califato Árabe el día que sea proclamado. Declaramos una vez más que el gobierno de Su Majestad acogerá favorablemente la recuperación del califato por un verdadero árabe de raza [carta del 30 de agosto de 1915].

[...] Los dos distritos de Mersin y de Alexandretta y la parte de Siria al Oeste del distrito de Damasco, Homs, Hama y Alepo no pueden considerarse como puramente árabes y serán excluidos de los límites y las fronteras consideradas. Con las modificaciones mencionadas [sin embargo, el texto no se acompaña de ningún mapa ni de ningún plano], y sin prestar atención a nuestros tratados con los jefes árabes, aceptamos estos límites y estas fronteras. Con respecto a los territorios situados en el interior de estas fronteras, donde Inglaterra es libre de tratar sin perjudicar los intereses de su aliado, Francia, estoy autorizado a daros, en nombre del gobierno británico, las seguridades siguientes:

1) Teniendo en cuenta la modificación mencionada antes, Gran Bretaña se dispone a reconocer y animar la independencia de los árabes en el interior de las fronteras propuestas por el jerife de la Meca.

2) Gran Bretaña garantizará los Lugares Sagrados contra cualquier agresión exterior y reconocerá su carácter inviolable.

3) Cuando la situación lo permita, Gran Bretaña dará a los árabes sus consejos y les ayudará a establecer la mejor forma de gobierno posible en las diferentes regiones.

4) Por otra parte, se entiende que los árabes han decidido no buscar ayuda más que de Inglaterra exclusivamente [...].[14]

5) Por lo que respecta a los lugares de Bagdad y Basora, los árabes reconocen que las posiciones establecidas y los intereses de los ingleses exigen acuerdos administrativos particulares [...] [carta del 24 de octubre de 1915]." (VV.AA., 1996, págs. 26-28).

Por otra parte, en noviembre de 1917, el gobierno británico, por boca del ministro de Asuntos Extranjeros, Arthur James Balfour, comunicaba a la comunidad sionista de Londres que el gobierno de Su Majestad veía con buenos ojos la creación de una patria nacional para el pueblo judío en Palestina. Un mes después, Jerusalén fue ocupada por las tropas británicas.

Cuadro 3

Declaración Balfour (1917)

Foreign Office, 2 de noviembre de 1917

Estimado *lord* Rothschild,

Tengo el honor de dirigiros, en nombre del gobierno de su Majestad, la declaración adjunta de simpatía a las aspiraciones sionistas, declaración sometida y aprobada por el gabinete.
El gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento de una patria nacional para el pueblo judío en Palestina y empleará todos sus esfuerzos para facilitar la realización de este objetivo, con la condición de que no se haga nada que pueda atentar contra los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que existen en Palestina, ni contra los derechos y el estatuto político de que disfrutan los judíos en cualquier otro país.
Os estaré muy reconocido si os parece bien hacer que esta declaración llegue al conocimiento de la federación sionista.

Arthur James Balfour

Fuente: *Israël et Palestine, un destin partagé 1897-1997* (1997, pág. 11).

14. En enero de 1919 Faysal (hijo de Husayn), representante del reino árabe de al-Higaz, y el doctor Weizmann, delegado de la Federación sionista, acordaron "trabajar para la realización de sus aspiraciones nacionales recíprocas y para establecer la más estrecha colaboración posible en el desarrollo del Estado árabe y Palestina". Sin embargo, eran dos aspiraciones irreconciliables y el acuerdo no sirvió de nada.

Al final de la guerra, la presencia británica y, en menor medida, francesa en la región se encontraba bien asentada y las disposiciones secretas de los Acuerdos Sykes-Picot fueron sancionadas por el Tratado de Sèvres (1920), que también contempló el establecimiento de un efímero estado kurdo en Kurdistán. En consecuencia, Gran Bretaña recibía Irak (incluida la parte del Kurdistán iraquí), Transjordania y, de hecho, Palestina, que nunca fue abandonada por las tropas británicas y pasó a ser protectorado suyo en 1922. Por otra parte, Francia obtenía el control de Siria y Líbano.

La colonización europea

La colonización del Magreb

La expansión colonial en el Magreb se inicia con la conquista francesa de Argelia (1830) y de Túnez (1881-1883) y prosigue con el reparto de Marruecos entre Francia y España (1912) y la conquista italiana de Libia (1912). El proceso culmina con la "pacificación" francesa de Mauritania (1905-1934) y la ocupación española del Sáhara Occidental (1904-1934).

Argelia

En el siglo XVIII, la regencia otomana de Argel se había convertido en uno de los enclaves comerciales más importantes del Mediterráneo meridional. Los mercaderes europeos iban a buscar productos orientales (seda y especias que llegaban de Oriente Próximo) y africanos (transportados por las caravanas que atravesaban el Sáhara hasta Tombuctú y los valles del Níger y del Senegal.

La presencia europea se hizo cada vez más importante y, a comienzos del siglo XIX, Francia ya poseía dos enclaves comerciales importantes (Bonna y La Calle), que serían destruidos por el dei[15] de Argel en respuesta a la ruptura de relaciones diplomáticas y al bloqueo marítimo impuesto por París a causa de unos créditos no devueltos. Era el pretexto que necesitaba el gobierno ultraconservador de Polignac para intervenir en Argelia y, de paso, detener con una acción exterior espectacular el malestar creciente de la sociedad francesa, que desembocó en la revolución de julio de 1830 y en el fin de la Restauración. El 14 de junio de 1830, 37.000 soldados franceses desembarcaron en Sidi Ferruch; el 5 de

15. El dei representaba al sultán otomano y administraba el territorio en su nombre, con el soporte de la oligarquía militar y los gobernadores (beis) de las tres regiones en las cuales fue dividido el territorio. Sin embargo, sólo controlaba las ciudades del litoral y prelitoral (una sexta parte del país), mientras que el interior permanecía insensible al dominio turco.

julio, el dei Husayn, que había esperado en balde la ayuda turca, se rindió y entregó Argel a los franceses.

La llegada de los franceses favoreció un periodo de revueltas (en 1834, 'Abd al-Qadir sometió los últimos núcleos de resistencia turca) y confusión (el soberano del Marruecos ocupó Tremecén) que acabó con la firma de un acuerdo entre los franceses y el líder argelino: Francia ocupó el litoral y 'Abd al-Qadir obtuvo la soberanía del interior, las dos terceras partes del país, donde creó un verdadero estado independiente. Era un acuerdo insostenible dada la presión francesa para obtener nuevos territorios.

En 1839, 'Abd al-Qadir declaró la guerra santa a los invasores y París decidió ocupar todo el territorio argelino. Entre 1841 y 1847, los franceses llevaron a cabo una de las "pacificaciones coloniales" más duras de toda la historia, la cual combinó las acciones militares con las razzias contra la población civil que daba apoyo al emir de los creyentes. La intervención de Marruecos en apoyo de 'Abd al-Qadir, que en 1843 se había refugiado en este país, se saldó con el bombardeo de Tánger y de Mogador y la contundente derrota de Isly. Como consecuencia de estos hechos, fue firmado el Tratado de Tánger (1845), el cual ponía fin a la intervención y fijaba las fronteras entre Marruecos y Argelia. Finalmente, 'Abd al-Qadir, que se había visto obligado a refugiarse de nuevo en Marruecos, se rindió a las tropas del sultán en 1847 y emprendió el camino del exilio a Damasco, donde murió (1883). A pesar de la derrota, la región bereber de la Cabilia resistió a las tropas francesas y preservó su independencia hasta 1857. Así pues, Argelia pasó a formar parte de Francia y se instauró una administración regida por militares. Sin embargo, los colonos y los musulmanes que, según el Senatus Consulte de 1865, renunciaran al estatuto coránico para acogerse al estatuto civil francés, podían elegir dos representantes en la Asamblea Nacional.

A partir de 1850, se favoreció la inmigración de colonos, los cuales a menudo eran individuos objeto de represión durante las revueltas producidas en la metrópoli (la insurrección obrera parisina de 1851 se saldó con el traslado forzoso de 20.000 personas a Argelia). Al mismo tiempo, las tierras de las tribus serían nacionalizadas y entregadas a los colonos, los cuales ya eran cerca de 225.000 en 1870. Entre estos colonos, queremos mencionar la presencia de grupos provenientes de territorios catalanes:[16]

> "En el caso de Argelia, hay que destacar la incorporación de Orán a los dominios catalanoaragoneses en tiempos de Fernando II (en 1509) y la permanencia española en la ciudad y su *hinterland* hasta 1791. En 1830, la escuadra francesa que lleva a cabo la conquista de Argel establece la base de ope-

16. Es conocida la ascendencia mahonesa de Albert Camus, quien hace la descripción siguiente de su abuela: "De pie, enfundada en un largo traje negro de profeta, ignorante y obstinada, al menos no había conocido nunca la resignación [...]. Educada por sus padres mahoneses en una granja del Sahel, se había casado muy joven con otro mahonés, esbelto y frágil, cuyos hermanos ya estaban instalados en Argelia desde 1848." Fuente: A. Camus (1997). *El primer home* (pág. 72). Barcelona, Empúries.

raciones en Menorca (Mahón y Es Castell). Es el inicio de la intensa emigración menorquina hacia Argel y el Oranesado en los primeros momentos de la colonización: en poco más de una década, la isla perdió una cuarta parte de sus habitantes, que pasaron de los 38.883 de 1830 a los 30.770 de 1845." (Segura, 1998b, págs. 325-326).

Como resultado de las expropiaciones de tierras, de la sequía, de las crisis de subsistencias y de las epidemias (cólera, tifus), la estructura tradicional argelina se vio severamente minada. Por otra parte, los colonos quisieron aprovechar la caída del Imperio y la guerra franco-prusiana para implantar una administración totalmente civil y, si era preciso, independizarse de Francia. Los argelinos, no obstante, temieron la intransigencia de los colonos, que consideraban más perniciosa que el régimen militar de Napoleón III, quien había prometido una posible instauración de un Estado árabe en Argelia.

En 1871, Muḥammad al-Muqranī proclamó la guerra santa contra los franceses y fue secundado por 800.000 hombres (100.000 combatientes), la tercera parte de los musulmanes de Argelia. El fin de la Comuna de París y de la guerra francoprusiana y también la proclamación del gobierno de Thiers permitieron reforzar las tropas presentes en la colonia. Las acciones militares de comienzos de 1872 pusieron fin a la vida de al-Muqranī y de su hermano, que le había sucedido, y acabaron la guerra. La represión fue de nuevo muy dura, y un millón de hectáreas de tierra pasó a manos de los colonos franceses; fue tan dura, que no se olvidó nunca y, hasta la guerra de Argelia (1954-1962), no se volvieron a producir revueltas importantes. El coste humano de la "pacificación francesa" de Argelia había sido terrible: se calcula que la población pasó de unos tres millones de habitantes en 1830 a poco más de dos millones en 1872. La muerte violenta y el exilio serían las causas básicas de esta despoblación.

El texto siguiente nos ilustra sobre las consecuencias sociales de la represión francesa: "El coste de la guerra [en forma de reparaciones de guerra y de entrega de tierras] para la población sublevada fue de casi 65 millones de francos oro [...]. Algunas tribus tardaron veinte años en liquidar la deuda. Para la mayoría fue la ruina. La población vencida, desposeída, no lo perdonó nunca" (Ageron, 1983, pág. 42).

En la década de los setenta, la administración civil sustituye a la militar y empieza la colonización del territorio a gran escala: ferrocarril, agricultura colonial destinada a la exportación, urbanización del territorio, etc. La llegada de colonos se incrementa (en 1900 representan el 15% de la población total de Argelia) y el crecimiento demográfico se dispara, sobre todo en torno a las ciudades del litoral: entre 1866 y 1906, la región de Argel pasa de 65.000 a 174.000 habitantes, la de Orán, de 34.000 a 106.000, y la de Constantina, de 35.000 a 54.000.

En cien años, la colonización transformó profundamente la organización precolonial de Argelia y sus habitantes serían forzados a la sedentarización y a la proletarización. Mien-

tras la población musulmana era abocada a la práctica de una agricultura de subsistencia de base cerealística, los colonos europeos ocuparon las mejores tierras (tres millones de hectáreas en 1930) donde cultivaban productos de exportación: cítricos, algodón, dátiles y viña.[17]

El desarrollo de la agricultura comercial comportó: "La decadencia del sector de la agricultura de subsistencia [...]. A mediados de 1930, un colono explotaba [...] de 100 a 120 hectáreas, mientras el campesino nativo (*fellah*, en árabe *fallah*) no superaba las doce hectáreas. Con respecto a la cabaña ganadera, basta con indicar que el total de ovinos pasó de doce millones de cabezas en 1860 a seis millones en 1952" (Segura, 1994, pág. 108).

La metrópoli nunca invirtió en el desarrollo industrial de la colonia, excepto en la minería y, en menor medida, en las industrias relacionadas con las necesidades más inmediatas de los colonos (el sector de la construcción y el de la elaboración y comercialización de los productos destinados a los mercados locales y a la exportación).

Así, Francia garantizó la ausencia de competencia y convirtió Argelia en un mercado reservado a las exportaciones industriales francesas. Todavía en 1956 la zona del franco francés monopolizaba el 83% de las exportaciones y el 86% de las importaciones argelinas.

Los últimos años de la colonización se caracterizaron por un crecimiento muy rápido de la población urbana, alimentado por la emigración rural y por los traslados forzados que llevó a cabo el ejército francés con el fin de dejar sin apoyo al Ejército de Liberación Nacional (ELN). Entre 1954 y 1960, la población de las ciudades aumentó el 67% en la región de Argel, el 63% en la de Constantina y el 48% en la de Orán. El aumento demográfico de las ciudades no fue acompañado, sin embargo, por un crecimiento económico equivalente, lo cual provocó el incremento del desempleo y la miseria, la precarización de la vivienda y la terciarización de la economía (la población europea de Argelia –un millón de personas– vivía en las ciudades más importantes y representaba un 10% de la población total del país; no obstante, absorbía casi las dos terceras partes de los productos de consumo producidos o importados por Argelia). Todos estos factores confluyeron en el creciente distanciamiento entre los colonos y la población musulmana.

Marruecos

Después de la guerra de 1860, las reparaciones en metálico exigidas por España y el proceso de modernización impulsado por el sultán endeudaron Marruecos con las potencias

17. La llegada de la filoxera a Francia en 1860 provocó un incremento de la superficie dedicada a la viña en Argelia: 10.000 hectáreas en 1870, 91.000 en 1889, 180.000 en 1930 y 400.000 en 1935.

europeas, al mismo tiempo que la contestación interna se hacía cada vez más acusada. El control de los ingresos de las aduanas sirvió de aval para nuevos créditos, y los extranjeros empezaron a intervenir activamente en la vida política, económica y social del reino.

En 1904, Francia obtuvo el monopolio de las aduanas marroquíes a cambio de un nuevo crédito. En 1906, la conferencia de Algeciras reconoció determinados derechos a España y Francia y autorizó la presencia francoespañola en el reino alauita. Un año más tarde, la muerte de algunos europeos en Casablanca provocó la primera intervención conjunta de los dos ejércitos en la ciudad y del ejército francés en Uxda (cerca de la frontera con Argelia). En los años siguientes empezó la explotación de las minas de hierro del Rif y el ejército español amplió su *hinterland* alrededor de Ceuta y Melilla, lo que coincidió con la penetración de tropas francesas y españolas en el interior del país.

El 30 de marzo de 1912, la Convención de Fez, firmada entre el soberano local y el gobierno de la III República francesa, instauró el protectorado de Marruecos, en el que España obtuvo una pequeña franja porque Londres no podía consentir que el Estrecho quedara sólo en manos francesas. París completó así el control del África nordoccidental y añadió ahora el protectorado de Marruecos a las colonias de Argelia y Mauritania y al protectorado de Túnez. La Convención de Fez acordó:

> "Instituir un nuevo régimen [en Marruecos] que llevará a cabo las reformas administrativas, judiciales, escolares, económicas, financieras y militares que el gobierno francés considere necesarias y útiles [aludiendo a] la salvaguardia de la situación religiosa [...] y a la organización de un Makhzen (Mahẓan) reformado." (Morales, 1976, pág. 163).

La explotación de las minas de hierro del Rif y la presencia del ejército español provocaron la oposición de las tribus de la región, que se enfrentaron a él. Cuando el gobierno español llamó a filas reservistas y reclutas, estalló una revuelta popular en las calles de Barcelona conocida como la Semana Trágica:

> "En 1909, los Beni Urriaguel y otros cabilas del Rif incrementan las acciones contra las tropas y los intereses españoles en Marruecos. El 9 de julio, un ataque al ferrocarril minero de Melilla provocó unos cuantos muertos y las tropas enviadas desde la plaza fuerte para hacer frente a los rifeños encontraron más resistencia de la habitual y se temió una rebelión generalizada: "*Ocho mañana: grupos de moros acuchillaron a varios trabajadores vías férreas. Inmediatamente salí con fuerzas cañoneando enemigo y atacando, desalojándose sucesivamente tres alturas hasta Yebel Sidi Ahmed el Hach. Combate terminó a eso de las trece, quedándome en posiciones conquistadas. Hasta ahora se conocen bajas un oficial muerto y dos heridos y unos treinta tropas entre muertos y heridos*" [telegrama del general Marina, gobernador militar de Melilla y Plazas Menores de África (Chafarinas, Alhucemas y Peñón de Vélez), al ministro de Estado sobre los hechos del día 9 de julio]. Los días 18 y 20 de julio las posiciones españolas son atacadas por los rifeños y los días 23 y 27 tienen lugar los combates más duros en los contrafuertes del Gurugú, que culminan en la tragedia del Barranco del Lobo.

> El gobierno decidió reforzar la presencia militar con el envío de más de 40.000 hombres, muchos de ellos reservistas casados y con hijos provenientes de Cataluña. Era el fin de la penetración pacífica en Marruecos y el inicio de la Semana Trágica en Barcelona, de donde salía embarcada la mayor parte de la tropa. El día 13 lo habían hecho los batallones de Mérida y Barcelona, y el día 15, los de Estella, Alfonso XII y Reus. La Semana Trágica, que empezó con la huelga general del lunes 26 de julio, fue una revuelta espontánea y caótica, que escapó al control de los líderes y de las organizaciones políticas, mezcla del antimilitarismo y del anticlericalismo tradicionales en los ambientes obreros y menestrales catalanes, y de la radical oposición a dejarse enviar hijos, maridos o padres a morir en Marruecos." (Segura, 1998a, pág. 325).

El protectorado instaurado por Francia en Marruecos difiere, sensiblemente, del de Túnez y de otras situaciones coloniales. Las causas hay que buscarlas en un volumen de población superior (unos cinco millones de habitantes hacia 1900), en la larga tradición estatal que dotaba al país de una cohesión social legitimada por la monarquía y, también, en la personalidad del primer residente general de Francia en Marruecos, el general Louis Hubert Gonzalve Lyautey. Gracias a la actitud de la monarquía (que nunca adoptó una postura claudicante para con las potencias extranjeras) y a la personal concepción del protectorado que tenía Lyautey, su gestión hizo posible que Marruecos conservara –casi intactas– las instituciones y la administración propias del reino. A pesar de la obligada colaboración con las autoridades coloniales, Marruecos mantuvo la competencia y la capacidad legislativas para buena parte de las cuestiones que afectaban a sus súbditos.

La primera misión de Lyautey consistió en pacificar el protectorado, lo que consiguió en pocos meses combinando las acciones militares con la sensibilidad y el respeto por las instituciones marroquíes y el soberano. El mandato de Lyautey (1912-1925) se caracterizó por un respeto escrupuloso a la noción de protectorado que él mismo había definido:

> "La concepción del protectorado es la de un país que conserva sus instituciones, que se gobierna y se administra él mismo, con sus propios órganos, bajo el simple control de una potencia europea que lo sustituye en la representación exterior, toma generalmente la administración de su ejército y de sus finanzas, y lo dirige en su desarrollo económico; lo que domina y caracteriza a esta concepción es la fórmula del control opuesta a la fórmula de la administración directa." (VV.AA., 1991, pág. 76).

Eso no excluye que el residente general tuviera muy claros los intereses franceses en la región y que obrara en consecuencia con el fin de consolidar la presencia francesa en Marruecos y mantenerla el máximo tiempo posible.

De forma paradójica, la buena gestión de Lyautey se vio comprometida por un asunto de origen externo. Al Norte de Marruecos, el ejército español había sido incapaz de hacer frente a la revuelta de 'Abd al-Karīm, el cual infligió a las tropas del general Silvestre una derrota sin precedentes en toda la historia colonial. Después de esta victoria, 'Abd al-

Karīm proclamó la República del Rif y extendió la rebelión a la zona francesa del protectorado, con lo que se inició una guerra a gran escala cuya primera víctima fue Lyautey. En 1925, París relevó a Lyautey de la Residencia General y encomendó el mando de las tropas francesas al mariscal Philippe Pétain. Poco después, en 1926, 'Abd al-Karīm fue vencido, a pesar de que la resistencia a la presencia francesa se mantuvo viva en las zonas más inaccesibles del centro y el Sur del país hasta 1934: en 1931 fue sometido el Atlas Medio; en 1932 fue ocupado el Tafilalt, y entre 1933 y 1934 se llevó a cabo la "pacificación" del extremo Sur del país.[18]

"El principal objetivo de Silvestre [general nombrado comandante general de Melilla en enero de 1920] en el Rif es Alhucemas, centro neurálgico del movimiento rebelde de 'Abd al-Karīm y los Beni Urriaguel. En poco más de un año, sus tropas controlan formalmente cerca de una tercera parte del territorio de la comandancia de Melilla. Son 25.700 hombres –20.600 españoles y 5.100 regulares marroquíes– distribuidos en 144 guarniciones, entre destacamentos, blocaos y pequeños fuertes, esparcidos por un área que penetra 130 km al Oeste de Melilla y con evidentes problemas logísticos y de intendencia. En junio-julio de 1921, Silvestre extiende las líneas casi a 150 km de Melilla, hasta Annual y Abarran, que se pierde, con muchas bajas, el mismo día de su ocupación (1 de junio). En el verano de 1921, 12.000 hombres, con 130 cañones, ocupaban las posiciones más avanzadas y 8.000 más se escalonaban entre Melilla y sus alrededores. El resto estaba de permiso o constituía una ficción estadística. El 17 de julio, las tropas de 'Abd al-Karim rodean Igueriben y, después de cuatro días de asedio, toman la posición: sólo sobreviven 12 hombres de un total de 271. El día 21, los rifeños atacan Annual, donde Silvestre ha concentrado el grueso de las tropas. Es el inicio del desastre más grande de toda la historia colonial, que culminó en una desesperada huida hacia Melilla, pautada por dramáticos asedios e inevitables derrotas: Dar Drius capitulaba el 23 de julio; el Batel, el 27; Tistutin, el 29; Zeluan y Nador (a 15 km de Melilla y 6 del Atalayon), el 2 de agosto, y Monte Arruit (a 35 km de Melilla), donde se había refugiado el general Navarro, el 9 de agosto. Por unos días, la presencia española en la zona de Melilla quedó reducida a las posiciones de 1893. En total, según el informe final de las Cortes, 13.192 muertos." (Segura, 1998a, págs. 326-327; véase también Sender, 2001, págs. XI-LXVII).

Después de la destitución de Lyautey, París intentó implantar un régimen de administración directa presionado por los intereses de los colonos franceses establecidos en Marruecos. Los hitos más significativos del proceso que se abrió en 1925 pueden resumirse de manera breve: publicación del *dahir* (*zahir*) bereber y pena de exilio de todos aquellos que se opusieran políticamente al mismo (1930); prohibición de cualquier manifestación pública de carácter político (1935-1936); obligación de los musulmanes de solicitar autorización previa para celebrar reuniones públicas o privadas y restricción del derecho de asociación y de publicar en árabe (1945-1947); aplicación del *dahir* de cosoberanía y de cociudadanía que desembocó en la destitución y el exilio del rey Muhammad V (1953).

18. En el momento de la colonización, Argelia, Túnez y Libia no eran independientes, ya que formaban parte del Imperio Otomano. En cambio, Marruecos se había mantenido independiente y disfrutaba de una larga tradición estatal y de una dinastía que reinaba desde el siglo XVII. Hay que recordar que las primeras menciones de un reino de Marruecos son del siglo VIII y que fue el origen de los Imperios Almorávide y Almohade.

La administración colonial francesa intentó, en todo momento, romper la cohesión de la sociedad colonizada en detrimento de la autoridad del soberano y de sus instituciones. El *dahir* de 1930 intentaba sustraer una supuesta región Siba (*Sayba*) bereber a las disposiciones del Makhzen. El *dahir* contraponía la población y el derecho consuetudinario bereber con la población y el derecho árabes y transfería la población bereber a la jurisdicción criminal francesa. Un joven e inexperto Muḥammad V (Fez, 1909) dio, inicialmente, consentimiento a la publicación del *dahir*. Al ver el error cometido, generó una profunda desconfianza para con la Residencia General, que le llevó a elegir el camino del exilio antes que firmar el *dahir* de cosoberanía en 1953.

El *dahir* del 16 de mayo de 1930 atentaba directamente contra los principios del protectorado, abolía el poder jurisdiccional del soberano sobre las tribus bereberes, institucionalizaba la antigua división entre Makhzen y Sība e, implícitamente, oponía el "buen bereber" al "árabe perverso". Sin embargo, el *dahir* sirvió para cohesionar la resistencia a la colonización y, pocos años después, las acciones de protesta del movimiento nacionalista marroquí conseguían su derogación.[19]

Tal como había sucedido en Túnez, la sustitución del protectorado por la administración directa implicaba otorgar plenos derechos a los colonos franceses y legitimar la acción de la administración colonial dotándola de las mismas atribuciones y derechos que las instituciones del Makhzen. En junio de 1947, se creó un consejo mixto (musulmán y francés) de visires y directores que debía reunirse mensualmente para estudiar los asuntos de interés general, hecho que consagraba el principio de cosoberanía y atentaba directamente contra las cláusulas del protectorado. Poco después, Muḥammad V se negó a firmar el *dahir* que establecía la cosoberanía municipal, es decir, la formación de consejos mixtos donde estarían representados a partes iguales los colonos franceses y la población musulmana. Las relaciones entre la Residencia General y el rey, que no ocultaba sus simpatías por el movimiento nacionalista (en el discurso del trono de 1947 había pedido la independencia) y que en 1952 se negaba nuevamente a firmar el *dahir*, se hicieron cada vez más tirantes y desembocaron en el arresto, la destitución y el exilio de Muḥammad V y de toda su familia en agosto de 1953. La Residencia General consiguió, finalmente, instaurar la cosoberanía gubernativa y municipal al precio, sin embargo, de acelerar el proceso de independencia de Marruecos.

En este país, el régimen de protectorado impidió una expoliación de tierra similar a la de Argelia. No obstante, muchas de las mejores tierras pasaron a los colonos franceses (por expropiación o por venta), de tal manera que, en 1928, 2.800 colonos poseían 740.000 hec-

19. En 1930 la arrogancia de la administración colonial francesa llegó al extremo de celebrar el centenario del desembarque de Sidi Ferruch en Argelia, de convocar un congreso eucarístico en Cartago (Túnez) y de aprobar el *dahir* bereber en Marruecos.

táreas (unas 260 por colono). Poco antes de la independencia, en 1953, 6.000 propietarios franceses se distribuían 1.100.000 hectáreas (unas 180 hectáreas por propietario), mientras que 1.200.000 campesinos nativos o *fellahs* se repartían solamente 3.800.000 hectáreas (unas 3 hectáreas por *fellah*).

La sociedad marroquí seguía siendo eminentemente rural en el momento de la independencia (el sector primario concentraba el 60% de la población activa), pero con porcentajes significativos de población ocupada en los sectores secundario y terciario. Sin embargo, la polarización entre colonos y población musulmana era patente. En 1954, los ingresos medios anuales de un europeo ascendían a 590.000 francos (viejos) y los de un marroquí, a 31.000 francos; por otra parte, la mitad de la población rural era pobre.

También aquí se desarrolló un sistema dual basado, por una parte, en la agricultura comercial (viña, frutales), mecanizada, intensiva (regadío, fertilizantes, mano de obra asalariada) y destinada a la exportación y, por la otra, en la agricultura de subsistencia de los *fellahs*. El incremento de las tierras de labranza (dos millones de hectáreas en 1918, cinco millones en el momento de la descolonización), fruto de la presión de la agricultura comercial practicada por los colonos, no mejoró la situación de los *fellahs*, los cuales siguieron abocados a un cultivo cerealístico en retroceso: en 1918, ocupaba el 93% del total de la superficie cultivada; en 1929, el 90%, y en 1955-56, el 82%.

Como por todas partes, el sistema dual implantado por el colonialismo provocó la pauperización de la población campesina marroquí –que fue desposeída de las mejores tierras– y una fuerte concentración de la propiedad de los colonos. Este hecho, en lugar de paliar el desempleo rural, contribuyó a acelerar el éxodo rural, con los consiguientes problemas de superpoblación, precariedad de la vivienda y desequilibrios en la distribución humana.

El crecimiento industrial se relacionó con las necesidades de consumo y de exportación de los colonos (transformación y comercialización de los productos agrícolas: industria harinera, destilerías, conservas y tratamiento de las frutas y las legumbres) y con la riqueza pesquera (primer productor mundial de sardinas en conserva) y minera del país (hierro, plomo, cinc, manganeso, hulla, gas natural, petróleo y, sobre todo, fosfatos). La explotación minera fue la que concentró una mayor inversión extranjera (los principales inversores serían la Banque de l'Union Parisienne-Mirabaud, la Banque de Paris et des Pays-Bas, la Banque Rothschild, el grupo belga Asturienne des Mines y el grupo norteamericano Morgan). Después de la Segunda Guerra Mundial, asistimos al desarrollo de la industria textil, de la industria química relacionada con el tratamiento de los fosfatos (cuya explotación era monopolio de la administración colonial) y de una incipiente industria metalúrgica (fundición, mecánica general, fabricación de alambre).

Justo en medio del Magreb y de las colonias francesas, la situación geoestratégica de Marruecos y la necesidad de dar salida a los minerales favoreció la construcción de una importante infraestructura de comunicaciones. De este modo, Marruecos concentraba las dos terceras partes de los 43.000 kilómetros de carreteras construidos en África del Norte, poseía la mejor y más extensa red ferroviaria y disponía de un número considerable de puertos atlánticos, incluyendo el tercer puerto francés del momento, Casablanca (con capacidad para 900 barcos en 1953).

Al mismo tiempo, sin embargo, el desarrollo industrial fue pensado para explotar lo más rápidamente posible los recursos minerales, decisión que generó un desequilibrio creciente de la balanza comercial marroquí. La política económica dictada por París favorecía las exportaciones de productos agrícolas y minerales (el 80% del valor total de las exportaciones). Por otra parte, la mitad de las exportaciones marroquíes iba a Francia y casi las dos terceras partes de las importaciones a Marruecos eran francesas. Después de la Segunda Guerra Mundial, las exportaciones de minerales superaron las exportaciones de productos agrícolas.

Los otros países del Magreb

Túnez

En 1881, el Tratado del Bardo estableció el protectorado de Túnez y puso la soberanía financiera, diplomática y militar del país bajo la tutela de París. La presencia francesa provocó la insurrección del Sahel (y de las ciudades de Sfax y Gabes), pero la esperada ayuda turca nunca llegó, y la "pacificación colonial" del territorio se saldó con millares de muertos, una emigración masiva (120.000 personas) hacia la vecina Tripolitania y la firma de la convención de la Marsa (1883), que autorizaba al gobierno francés a realizar las reformas administrativas, judiciales y financieras que estimara convenientes. A pesar de los acuerdos, París impulsó una administración directa basada en el principio de cosoberanía, impuesto en 1910 y que proponía una representación paritaria de franceses y tunecinos en todos los órganos de gobierno interior.

Como en el resto de los países del Magreb, los franceses impulsaron el desarrollo de una agricultura comercial destinada a la exportación (aceite de oliva, vino), basada en el reparto de las mejores tierras entre los colonos europeos (italianos, franceses y malteses) y en la mecanización. Hacia 1930, los propietarios europeos disponían de una media de 250 hectáreas de tierra por explotación, mientras que los *fellahs*, condenados a practicar una agricultura de subsistencia de base de cereales, debían conformarse con una media de seis hectáreas de tierra de la peor calidad. A partir de los datos (si bien incompletos) sobre el número de co-

lonos y sus posesiones territoriales, podemos hacernos una imagen bastante aproximada de la evolución del total de tierras en manos de propietarios europeos:

Tabla 8

Año	Colonos	Hectáreas
1906	129.000	–
1913	–	550.000
1921	156.000	–
1936	213.000	–
1939	–	750.000
1950	265.000	800.000
1956	–	850.000

Fuentes: R. Gallissot (1964, pág. 41); B. López (1989, págs. 7-9).

Todavía unos pocos datos más –complementarios de la tabla anterior– pueden ilustrar los efectos del colonialismo en el porcentaje de tierras fértiles atribuido a la población autóctona: "En el momento de la independencia, 4.000 propietarios europeos disponían de 850.000 hectáreas de tierra de la mejor calidad, es decir, la quinta parte del total de tierras cultivadas, mientras que 480.000 familias tunecinas tenían que conformarse con 3.000.000 de hectáreas de calidad inferior" (Segura, 1994, pág. 114).

Francia no favoreció el desarrollo industrial de Túnez, excepto los equipamientos portuarios y ferroviarios destinados a dar salida a las riquezas minerales del país (hierro, cinc, plomo y fosfatos, de los que era el cuarto productor mundial) y de aquellas industrias básicas para la industria francesa que estaban bajo el control de los grandes grupos financieros de la metrópoli. Túnez era un mercado reservado, y la zona del franco francés monopolizaba el 62% de las exportaciones y el 67% de las importaciones de la colonia.

Durante los últimos años de la colonización, el sector terciario (administración colonial y policía) creció de forma considerable, a la vez que la miseria impulsaba a los *fellahs* hacia las ciudades, donde apareció el problema de la superpoblación urbana con las secuelas habituales: desempleo, subempleo, barraquismo, marginación, hambre, etc. Por otra parte, la distribución de los ingresos da cuenta de la fuerte polarización entre europeos y musulmanes y, en la población tunecina, entre campesinos y ciudadanos y entre obreros (el 56% de la población urbana) y grupos acomodados (el 1%).

Libia

Libia constituyó la compensación italiana frente al acuerdo entre Francia y Gran Bretaña para repartirse el Norte de África. Roma quería hacer de Libia una zona de asenta-

miento para la emigración italiana meridional. En octubre de 1911, el ejército italiano desembarcó en Trípoli (Tarābulus al-Ġarb) y en Bengasi, capitales otomanas de las provincias de Tripolitania y Cirenaica. Después de un breve contencioso con Estambul (ofensivas militares italianas en el Mediterráneo oriental: Beirut, Rodas, fuertes de los Dardanelos), el sultán turco Mehmet V reconoció las aspiraciones italianas sobre Libia por el Tratado de Lausana. Sin embargo, la ocupación no fue fácil porque la cofradía sanusí –que ya había combatido la presencia turca– se opuso a los invasores, que sólo dominaban algunas ciudades del litoral en 1915. Finalmente, en 1917, se llegó a un compromiso: Italia mantenía la representación internacional de la Cirenaica, pero reconocía a los sanusíes la administración de la región, mientras en Misrata se proclamó la República de Tripolitania (1918). En 1919, se promulgó el Statuto, de aplicación en Tripolitania y Cirenaica, que, sin duda alguna, era más avanzado y moderno que cualquier otro estatuto colonial de la época. Un año más tarde, Muḥammad Idrīs, recibido en Roma como emir sanusí, ocupó el gobierno de la República de Misrata.

> "[Se] concede la doble nacionalidad libia e italiana a todos los autóctonos (con garantías de mantener el estatuto personal), las libertades esenciales y la instrucción primaria obligatoria, la elección de un parlamento local a razón de un diputado por cada 20.000 habitantes, el derecho a voto a todos los naturales musulmanes y judíos de sexo masculino y mayores de veinticinco años [que compartirán colegio electoral con los italianos que lleven tres años de residencia]. Las prerrogativas (ejecutivas y legislativas) de este parlamento incluyen la votación de impuestos." (Bessis, 1986, pág. 36).

En 1922, la llegada del general Volpi y del fascismo a Italia cambió la situación. El Statuto (legalmente abolido en 1927) quedó en suspenso y el ejército italiano ocupó Misrata. El emir Muḥammad Idrīs se refugió en Egipto y, en su nombre, Omar el-Mokhtar (*'Umar al-Muḫtar*) encabezó la revuelta sanusí. Entonces, los italianos llevaron a cabo una "pacificación" particularmente violenta (desarme y racionamiento de los comestibles de las tribus, deportación de los sanusíes y confiscación de sus bienes). Entre 1923 y 1925, se ocupó Tripolitania; en 1931, Omar el-Mokhtar, que entonces tendría alrededor de los ochenta años de edad, fue ejecutado públicamente en la horca y, el mismo año, Fezzan fue conquistada; en 1932, por último, cesó la resistencia en Cirenaica.

La brutalidad de la "pacificación" y las facilidades que el Estado ofrecía a la inversión privada no consiguieron, sin embargo, realizar el sueño fascista de construir una colonia de población en Libia. A diferencia de lo que sucedía en el Pequeño Magreb, en Libia el clima y la escasez de buenas tierras de labranza retrajeron la inmigración. En 1940, el total de población italiana ascendía únicamente a 120.000 personas –concentradas en Trípoli y Bengasi–, de las que sólo 42.000 eran colonos; el resto eran soldados.

Mauritania

El complejo mauritanosahariano (región natural de las grandes tribus nómadas del Sáhara Occidental y lugar de paso tradicional de las caravanas que atravesaban el desierto en busca de oro, esclavos y plumas de avestruz) fue repartido entre España y Francia a comienzos del siglo XX (1900). Por una parte, los viajes de Emilio Bonelli y el establecimiento (1884) de tres factorías en Río de Oro (Villa Cisneros), Badía o Angra de Cimtra (Puerto Badía) y Cabo Blanco (Medina Gatell) dieron los argumentos necesarios a Madrid para consolidar la presencia española en el Sáhara Occidental. Por la otra, en 1894, el ejército francés había ocupado la mítica Tombuctú (en el actual Mali) y, desde San Luis de Senegal, controlaba las rutas del Sur de Mauritania. Sin embargo, la pobreza del terreno, la dureza del clima y la falta de objetivos geoestratégicos hicieron más lenta la ocupación. Las primeras autoridades coloniales de la zona, Francisco Bens (1903-1925) en el Sáhara Occidental y Xavier Coppolani (1900-1905) en Mauritania, no pasaron de organizar expediciones exploratorias (en 1920, Bens completaba el reconocimiento de todo el litoral) y de establecer alianzas con los jefes de las tribus locales.

La ocupación militar francesa de Mauritania empezó en 1905, pero la falta de efectivos militares y la resistencia de las tribus del desierto aplazaron la ocupación definitiva de todo el territorio hasta 1934. Éste fue también el año en que el ejército español llegó a Smara, la ciudad santa de los nómadas del Sáhara Occidental, fundada por el jeque (*sayj*) Ma□al-'Aymaym, quien había denunciado la presencia francesa en Marruecos y Mauritania en 1910 y encabezado una revuelta que duró hasta 1913. Después de la Segunda Guerra Mundial, se inició la explotación de los pocos recursos minerales (hierro en Mauritania y, desde 1960, fosfatos en el Sáhara Occidental) y de la pesca a gran escala. A pesar de su escasa población, el complejo mauritanosahariano nunca pasó de la colonización militar, dada la falta de alicientes para fomentar la inmigración de colonos.

En 1960, en el contexto de la descolonización del África Occidental francesa, Mauritania accedió a la independencia sin haber desarrollado ningún proceso de liberación y de lucha contra el colonialismo similar al de los países del Pequeño Magreb o al de Libia. La dictadura franquista, insensible a las peticiones de las Naciones Unidas, mantuvo la presencia española en el Sáhara Occidental hasta la muerte del dictador en 1975, para ceder luego la administración del territorio a Marruecos y Mauritania, con lo que se traicionaron las aspiraciones legítimas de la población autóctona. En aplicación de los acuerdos de la ONU, el Frente Polisario (Frente Popular de Liberación de Saquia el Hamra y Río de Oro), creado en 1973 y representante del pueblo saharaui, pedía la realización de un referéndum de autodeterminación.

Los mandatos europeos en Oriente Próximo

La injerencia de Europa en la política de Oriente Próximo empieza con la intervención británica en Egipto (1882). Después, los Acuerdos Sykes-Picot (1916) y el Tratado de Sèvres (1920) determinarán las zonas de influencia de las dos grandes potencias: Gran Bretaña recibirá Irak, Transjordania y Palestina; Francia obtendrà Siria y Líbano.

Los mandatos británicos

La provincia otomana de Irak fue ocupada por tropas británicas en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, y en 1920, en cumplimiento del Tratado de Sèvres, pasó bajo mandato británico. Un año más tarde, Londres instauró una monarquía tutelada en la persona del rey Faysal (hijo de Husayn, el emir hachemita de la Meca),[20] que había sido expulsado de Siria por los franceses. En la vecina Anatolia, la reacción nacionalista de Mustafá Kemal había puesto fin al sueño de Kurdistán y el Tratado de Lausana (1924) ampliaba el mandato británico con la región kurda de Mosul, que era incorporada a Irak en 1925. El descubrimiento de yacimientos de petróleo en Mosul y Kirkuk desvaneció cualquier posibilidad de autonomía kurda y favoreció la creación (1929) de la Irak Petroleum Company (IPC). La presencia británica provocó algunos focos de resistencia y, especialmente, la oposición de los ulemas siítas de la región de Basora, al Sur del país. En el Norte, la primera revuelta kurda fue sofocada por la Royal Air Force (RAF), que bombardeó Sulaimaniya en 1930.

En este contexto, Londres decidió poner fin al mandato en condiciones favorables: el tratado angloiraquí de 1930 autorizaba a la IPC a explotar el subsuelo del país y concedía a los ingleses una serie de ventajas políticas y económicas. En 1932, Irak accedió a la independencia de la mano de Londres, que conservó una fuerte tutela sobre el nuevo país (mantenimiento de bases militares, libertad de tráfico para las tropas, influencia en las decisiones de la monarquía) y "nombró" a un primer ministro, Nouri As-Said (*Nuri al-Sa'id*), antiguo compañero de Lawrence de Arabia y fiel representante de los intereses británicos.

Transjordania era la región que separaba Palestina de Arabia Saudí. Los británicos la ocuparon y la segregaron de la provincia otomana de Siria en 1917. En 1923, crearon un emirato que cedieron a Abdulah (*'Abd 'Allah*) I, hermano de Faysal. Abdulah había encabezado un ejército de beduinos y nacionalistas sirios que querían restaurar a Faysal en

20. El emir Husayn, trigesimoctavo descendiente del Profeta y guardián de los Lugares Santos del islam, decretó la revuelta árabe contra los turcos en 1915. Acabada la guerra, sus hijos se proclamaron reyes: Faysal (destronado de Siria por los franceses) lo fue de Irak en 1921; 'Abd 'Allah reinó en Transjordania desde 1923, y 'Alí fue rey de al-Higaz (Arabia) hasta que, en 1924-1925, 'Abd al-'Aziz III ibn Sa`ud expulsó a los hachemitas de las ciudades santas de Medina y la Meca.

el trono de Damasco, pero, derrotado en Arabia por las tropas de Ibn Sa'ud, se benefició de la propaganda prohachemita que se respiraba en Ammán. Surgió así un nuevo estado –totalmente artificial– que impedía la proyección de la Gran Siria hacia el Sur y confinaba la presencia francesa en las regiones situadas al Norte del paralelo 33 (actuales Líbano y Siria).

El nombre del nuevo Estado, Transjordania ('tierra de más allá del Jordán') recuperaba la denominación cristiana de la época de las cruzadas, cuando era considerada como un apéndice de Palestina o de Tierra Santa. Las fronteras delimitadas resultantes serían totalmente artificiales y arbitrarias. Al Norte, los trazos rectilíneos de los Acuerdos Sykes-Picot amputaban el Sur de la provincia de Siria a Damasco, lo cual impedía que los dominios de Ibn Sa'ud limitaran con Siria (y Damasco). Además, por medio de un gran brazo desértico que se adentra hacia el Este, unían los mandatos británicos de Irak y Transjordania. Al Sur, el rey 'Alī, jerife de la Meca, hizo donación a su hermano Abdulah del nudo ferroviario de Ma'an y del puerto de Aqaba pocas semanas antes de ser expulsado de su trono por Ibn Sa'ud. Al Oeste, el Jordán fue la frontera elegida inicialmente para separar el futuro Estado de Israel y Palestina de los mandatos árabes orientales.

Como era de esperar, el carácter artificial del trazado de las fronteras ha sido objeto de interminables discusiones y rectificaciones con los países vecinos. El reino de Jordania, surgido de un cúmulo de circunstancias: "[fue uno de los últimos] avatares coloniales en el conjunto de la Gran Siria. Su creación, precaria y sin fundamentos históricos, condicionará la formación del nuevo Estado [...] en la definición de sus fronteras, en la composición de su colectividad humana y en la estabilidad del poder" (Sateh Agate, en VV.AA., 1991, pág. 338).

La creciente contestación del nuevo emirato llevó, en 1928, a la formación de un protectorado, que fue la base de la Legión Árabe, dirigida por el general inglés John Bagot Glubb, más conocido como Glubb Bajá. Desde aquel momento, Transjordania se convirtió en el centro de la defensa de los intereses británicos en la región, y la Legión Árabe en su fuerza ofensiva más destacada. Finalmente, en el año de la coronación de Abdulah I como rey (1946), Transjordania pasó a ser un país independiente. La Legión Árabe permaneció al servicio del nuevo monarca y de los intereses del nuevo país.

En 1917, los británicos conquistaron Jerusalén y, un año después, tuvo lugar la ofensiva aliada (británica y francesa) de ocupación del litoral de Palestina. Al acabar la guerra, las tropas británicas permanecieron en Palestina, que en 1922 pasó a ser mandato británico por decisión de la Sociedad de Naciones. Bajo la protección británica (que favoreció la inmigración), los colonos judíos continuaron su política de adquisición de tierras. Esta política, iniciada ya a mediados del siglo XIX (las primeras compras datan de 1869), recibió el decidido impulso del barón de Rothschild, el cual, desde 1882 (instalación de la primera

colonia agrícola en Palestina, cerca de Jaffa) hasta 1914, invirtió unos cinco millones de dólares en diecisiete colonias judías.

Durante la primera mitad del siglo XX, el territorio palestino recibió una fuerte inmigración judía que alteró la proporción entre las diferentes religiones de la población de Palestina, hasta entonces abrumadoramente favorable a los musulmanes:

Tabla 9

Año	Musulmanes	Cristianos	Judíos	Otros	Total
1914	580.000	60.000	85.000	5.000	730.000
1918	515.000	60.000	60.000	5.000	640.000
1922	486.177	71.464	83.790	7.167	649.048
1931	693.147	88.907	174.606	10.101	966.761
1941	906.551	125.413	474.102	12.881	1.518.947
1948	–	–	717.000	–	–

Fuentes: VV.AA., 1996, págs. 24, 40; *Israël et Palestine, un destin partagé 1897-1997*, 1997, pág. 11.

A medida que se incrementó el número de inmigrantes y de colonias judías, los conflictos con la comunidad árabe fueron cada vez más frecuentes. Se produjeron violentos enfrentamientos, con muertos, en Jaffa (1921), Jerusalén y otros puntos de Palestina (1929); durante este último año, los británicos tuvieron que expulsar de Palestina a diversas tribus árabes procedentes de Transjordania. Entre los meses de abril y octubre de 1936, los palestinos organizaron revueltas e incluso una huelga general para pedir el fin de la inmigración judía (un año antes Alemania había promulgado las leyes antijudías ordenando la pérdida de la ciudadanía alemana de los judíos y prohibiendo también los matrimonios y las relaciones sexuales mixtos). En 1937, la violencia de los enfrentamientos obligó a Londres a reforzar con nuevos contingentes las tropas destinadas en Palestina.

La tensión llegó a tal extremo, que Londres intentó restringir la inmigración: en 1939, se limitó la llegada de inmigrantes a 75.000 para el periodo de los siguientes cinco años; un año después se repitieron las medidas, insuficientes para detener el flujo migratorio. Con todo, estas medidas contribuyeron a exacerbar las actitudes de los sionistas más radicales en unos momentos en que los judíos eran especialmente perseguidos en Europa. En este sentido, el Irgún (organización paramilitar judía) empezó una campaña de atentados antibritánicos en 1939. Al año siguiente, Abraham Stern fundó la milicia que lleva su nombre; en 1942, Stern fue abatido a tiros por la policía británica de Tel Aviv.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el descubrimiento del horror del Holocausto y la necesidad de dar salida a los millares de desplazados y refugiados incrementaron nuevamente la inmigración judía, la cual fue objeto de nuevas medidas restrictivas en 1945 y en 1946. Por otra parte, se reprodujeron los enfrentamientos violentos entre árabes y judíos y, al mismo tiempo, se intensificaron los atentados de los paramilitares sionistas, cada vez más espectaculares: en julio de 1946, el Irgún de Menahem Begin atentaba contra el Hotel Rey David, sede de las fuerzas británicas, hecho que causó 91 muertos. Este año finalizó con la huelga general contra la presencia británica, organizada por el Consejo General Judío.

En 1947, la situación se había vuelto insostenible para Londres, que puso la cuestión de Palestina en manos de la ONU. Mientras tanto, las dos comunidades se enfrentaban violentamente y el Consejo de la Liga de los Estados Árabes decidía establecer legiones de voluntarios árabes en las fronteras de Palestina. De forma paralela, la opinión pública internacional se conmovió por el episodio del barco *Exodus*.[21] El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de Naciones Unidas, con 33 votos a favor, 13 votos en contra y 10 abstenciones, aprobó un Plan de partición de Palestina. La Resolución 181, que obtuvo el voto favorable de los países europeos y de los EE.UU. y la URSS, la abstención de Gran Bretaña y China y la oposición de los países musulmanes y de India, preveía la creación de dos Estados, uno judío y uno árabe (ambos divididos en tres unidades físicas) y el establecimiento de un régimen internacional para Jerusalén.

El Plan de partición de Naciones Unidas no apaciguó los enfrentamientos entre las dos comunidades; más bien al contrario, la situación se hizo más tensa (huelga general de los árabes de Palestina en diciembre de 1947) y se internacionalizó. Representantes de siete países árabes, reunidos en El Cairo, decidieron dar apoyo a los árabes de Palestina, y el Consejo de la Liga Árabe nombró al general iraquí Safwat comandante en jefe del Ejército de Liberación de Palestina. Contemporáneamente, Fawzī el-Kaokdjī comandaba a los voluntarios del Norte, y ʻAbd al-Qadir al-Husaynī (antiguo militante antisionista y simpatizante de la Alemania nazi), a los de la región de Jerusalén. En marzo de 1948, los combates entre judíos y árabes se intensificaron, con el resultado de más de 500 muertos. ʻAbd al-Qadir murió en los combates que se produjeron en el mes de abril en la villa de Kastel, que da acceso a la entrada occidental de Jerusalén. Poco después, las milicias Stern e Irgún provocaron masacres de civiles palestinos en las villas de Deir Yassine (254 muertos) y de Nasir-Dayr; simultáneamente las fuerzas judías ocupaban Haifa.

21. Con el nombre *Exodus 1947* fue bautizado un barco (comprado por el Mossad a la Marina Norteamericana) que embarcó en Sète (Provenza), con rumbo a Palestina, a unos 4.500 refugiados procedentes de campos de concentración alemanes. La Marina Británica lo escoltó por el Mediterráneo para asaltarlo finalmente y obligar a los refugiados a volver a Alemania. El asunto deterioró la imagen del mandato británico ante la opinión pública internacional.

Cuadro 4

Extracto del Plan de partición de las Naciones Unidas (Resolución 181)[a]

Primera parte

Constitución y gobierno futuros de Palestina

A. Fin del mandato, partición e independencia.

1. El mandato de Palestina finalizará lo antes posible y, en todo caso, antes del 1 de agosto de 1948 como muy tarde [...].

Capítulo primero. Lugares santos, edificios y emplazamientos religiosos

1) No se atentará contra los derechos existentes que conciernan a los lugares santos, edificios o emplazamientos religiosos.

2) Por lo que respecta a los lugares santos, se garantizará, conforme a los derechos existentes, la libertad de acceso, de visita y de tráfico a todos los residentes o ciudadanos de uno u otro Estado y de la ciudad de Jerusalén y también a los extranjeros, sin distinción de nacionalidad [...].

1. Las fuerzas armadas de la potencia mandataria saldrán progresivamente de Palestina; la salida se efectuará lo antes posible y, en cualquier caso, antes del 1 de agosto de 1948 como muy tarde.

La potencia mandataria hará todo lo que esté a su alcance para asegurar (en una fecha próxima y, en cualquier caso, el 1 de febrero de 1948 como muy tarde) la evacuación de una zona situada en el territorio del Estado judío y que posea un puerto marítimo y suficiente terreno interior para proporcionar las facilidades necesarias con vistas a una inmigración importante.

2. Los Estados independientes árabe y judío y también el régimen internacional particular previsto para la ciudad de Jerusalén [...], empezarán a existir en Palestina dos meses después de que haya acabado la salida de las fuerzas armadas de la potencia mandataria y, en todo caso, el 1 de octubre de 1948 como muy tarde [...].

a. Países que votaron a favor: Australia; Bélgica; Bielorrusia; Bolivia; Brasil; Canadá; Costa Rica; Dinamarca; Ecuador; Estados Unidos; Filipinas; Francia; Guatemala; Haití; Islandia; Liberia; Luxemburgo; Nicaragua; Noruega; Nueva Zelanda; Panamá; Paraguay; Perú; Países Bajos; Polonia; la República Dominicana; Suecia; Checoslovaquia; Ucrania; Unión sudafricana; la URSS; Uruguay y Venezuela.
Países que votaron en contra: Afganistán; Arabia Saudí; Cuba; Egipto; Grecia; Yemen; India; Irán; Irak; Líbano; Pakistán; Siria y Turquía.
Países que se abstuvieron: Argentina; Colombia; Etiopía; Gran Bretaña; Honduras; Yugoslavia; México; Salvador; Chile y China.

Tercera parte

A. Régimen especial de la ciudad de Jerusalén

La ciudad de Jerusalén se constituirá en *corpus separatum* a partir de un régimen internacional especial y será administrada por las Naciones Unidas. El consejo de tutela se designará para asegurar, en nombre de la Organización de las Naciones Unidas, las funciones de la autoridad encargada de la administración.

Fuentes: A. Duret (1995, págs. 41-42); *Israël et Palestine, un destin partagé 1897-1997* (1997, pág. 18).

Finalmente, el 14 de mayo de 1948, el Consejo Nacional Judío proclamó en Tel Aviv la independencia del Estado de Israel, reconocido por Washington al día siguiente y por Moscú dos días después. Acababa de empezar la primera guerra araboisraeliana (la población judía de Palestina era, en aquellos momentos, de unas 717.000 personas).

Los mandatos franceses

Al acabar la Primera Guerra Mundial, la Sociedad de Naciones concedió a Francia, según las disposiciones del Tratado de Sèvres, los mandatos de Siria y Líbano. Se consumaba así la traición al sueño árabe de construir un Estado árabe independiente con capital en Damasco, que, durante el Califato Omeya, había sido el centro de un imperio que se extendía por todo el Mediterráneo. De nada sirvió el nombramiento de Faysal, conquistador de Damasco (1918), como rey de la Gran Siria (Transjordania, Irak, Líbano y Siria) en 1920. Faysal fue expulsado de la capital al llegar los franceses e instaurar el mandato de Siria aquel mismo año.

La consolidación de un mandato del Líbano (donde los franceses tenían el apoyo de los cristianos maronitas y de algunos drusos para vencer la resistencia a la colonización) dejó la ciudad de Damasco sin salida al mar. Además, el país fue dividido en cuatro "miniestados" (Damasco, Alepo, el Gabal druso y el Estado alauita de Latakia). La reunificación definitiva no se produjo hasta 1936; pero, tres años más tarde, Francia cedió a Turquía la región de Iskenderun, que recoge las aguas que provienen de la cordillera del Tauro, cuya restitución reclama todavía hoy Damasco. Por último, en 1932, la creación del reino de Arabia Saudí acabó de aniquilar toda esperanza de rehacer la Gran Siria.

La presencia francesa en Siria y Líbano fue contestada desde sus inicios, y la derrota francesa ante la Alemania nazi (1940) no hizo sino dar alas a los movimientos nacionalistas (huelgas, manifestaciones, revueltas). En 1941, el gobierno colaboracionista de Vichy se vio obligado a hacer algunas concesiones importantes, que se concretaban en la reinstauración de un Gobierno sirio y libanés moderados y de un Parlamento consultivo. Sin

embargo, la injerencia de los alemanes (que desde los mandatos franceses daban apoyo a los nacionalistas iraquíes) provocó una intervención angloaustraliana, en la que participó una división del Ejército de la Francia Libre del general De Gaulle, que derrotó a las tropas de Vichy.

Con todo, Londres seguía oponiéndose al mantenimiento de los mandatos franceses, lo que obligó al gobierno de la Francia Libre a conceder la independencia formal a Siria y Líbano en 1943 (previamente se habían celebrado unas elecciones que fueron ganadas por los candidatos nacionalistas). No obstante, París dejó tropas destacadas en Siria, donde Londres también mantenía un contingente de tropas. En 1945, se produjeron graves enfrentamientos entre la población musulmana y la policía francesa, y el ejército francés bombardeó Damasco, acción que causó un gran número de víctimas. La agresión fue denunciada al Consejo de Seguridad de la ONU y provocó un ultimátum de Londres. En 1946, las tropas francesas y británicas abandonaban Siria simultánea y definitivamente.

El mismo año también las últimas tropas francesas dejaron definitivamente Líbano.[22] Tres años antes, un "gobierno de resistencia" había firmado el Pacto Nacional entre cristianos y musulmanes, en virtud del cual el poder era distribuido según la composición de la población y satisfacía así los intereses de las burguesías de las dos grandes comunidades maronita y sunnita. El pacto rememoraba la reunión de Antelias (8 de junio de 1840), en la que los jefes de las principales comunidades que participaron en la revuelta libanesa contra Estambul se juraron fidelidad y redactaron una proclamación política. Podemos decir, por consiguiente, que la base del sistema político comunitario del Líbano moderno fue establecida en Antelias y ratificada por el Pacto Nacional de 1943.

La península arábiga

La península arábiga constituye un caso aparte en la historia de los países islámicos, ya que su particular geografía condiciona la administración del territorio y de sus habitantes. El Imperio Otomano tan sólo consiguió un dominio efectivo del litoral y de unas pocas ciudades del interior.

Pese a todo, los beneficios estratégicos de la zona no escaparon a la atención de la incipiente política colonialista británica. Desde el siglo XVIII, Gran Bretaña buscó el con-

22. Según el censo de 1932, en Líbano vivían 785.000 personas, de las cuales el 51,2% era cristiano y el 48,8% musulmán. El primer grupo incluía maronitas (el 28,8% de la población), griegos ortodoxos (el 9,7%), griegos católicos (el 5,9%) y otras minorías cristianas (el 6,8%); el segundo grupo estaba formado por sunnitas (el 22,4%), siítas (el 19,6%) y drusos (el 6,8%).

trol de las rutas marítimas y obtuvo ciertas concesiones comerciales en Omán (1798) y Bahrein (1820) en compensación por su protección militar. En 1839, los británicos consiguieron del sultán la concesión del protectorado de Adén (que en el futuro se convertiría en Yemen del Sur), que controlaba el acceso al mar Rojo.

Se iniciaba así un periodo de intervencionismo británico en la península arábiga, que tuvo su punto álgido durante la Primera Guerra Mundial. Londres instrumentalizó al emir Husayn, emir hachemita de la Meca, con el fin de crear un nuevo frente en la retaguardia del Imperio Otomano: en 1915, el carismático Lawrence de Arabia y el alto comisario británico en El Cairo, *sir* Mac Mahon, prometieron el establecimiento de una entidad árabe independiente en Oriente Próximo a cambio de la revuelta contra Estambul. La estrategia funcionó y las tropas árabes, dirigidas por Lawrence y Faysal, fueron claves en la conquista británica de Bagdad (1917) y Damasco (1918). Al final de la guerra, Yemen del Norte obtuvo la independencia y se constituyó en imamato (1918). Poco después, la aplicación del Tratado de Sèvres borraba las esperanzas de unificar Oriente Próximo en un solo reino musulmán.

'Alī, hijo de Husayn y jerife de la Meca y de al-Higaz (Arabia), ocupó entonces un trono que parecía destinado a fortalecer el poder hachemita en la península arábiga. No obstante, su reinado fue problemático y corto y, entre 1924 y 1925, tuvo que combatir a 'Abd al-'Azīz III ibn Sa'ud, imam de los wahhabitas, quien finalmente lo derrotó y expulsó a los hachemitas de las ciudades santas de Medina y la Meca. En 1927, 'Abd al-'Azīz se proclamó rey de al-Higaz , del Nagd y Dependencias y estableció así el primer reino wahhabita de Arabia, rápidamente reconocido por la URSS, Francia y Gran Bretaña, nación que debía una compensación al esfuerzo árabe realizado durante la Primera Guerra Mundial. En 1932, el Estado tomó el nombre de Arabia Saudí.

Las independencias y el legado colonial en el mundo árabe

La Segunda Guerra Mundial y la emancipación de los países árabes

Los primeros países árabes en alcanzar la independencia fueron, en el periodo de entreguerras, Yemen del Norte (1918), Egipto (1922) y Arabia Saudí e Irak (1932). En el resto de los países árabes, el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial fue decisivo para alcanzarla.

Por una parte, el conflicto bélico motivó –por razones políticas y estratégicas– la independencia de los países de Oriente Próximo, los cuales la consiguieron en el transcurso de

la guerra (Líbano) o inmediatamente después (Jordania y Siria). Por la otra, la favorecieron también el desembarco aliado en África del Norte (1942) y la posición favorable de Estados Unidos y de la URSS (también de las Naciones Unidas, tal como establece su Carta fundacional de 1945) en la emancipación de los pueblos colonizados.

Además, la participación de millares de magrebíes en la liberación de Europa dio proyección y legitimidad a los movimientos nacionalistas de los países del Magreb, los cuales impulsaron manifiestos y movimientos de masas con el fin de alcanzar la libertad: Manifiesto del Pueblo Argelino (31.03.1943); Manifiesto del Partido Istiqlal marroquí (11.01.1944) y Manifiesto del Pueblo Tunecino (22.02.1945). Todos los países magrebíes obtuvieron la independencia entre 1951 (Libia) y 1962 (Argelia).

En la península arábiga, la falta de movimientos nacionalistas fuertes, la poca densidad de población y los intereses geoestratégicos (Guerra Fría) y petroleros aplazaron las independencias hasta 1961 (Kuwait), 1967 (Yemen del Sur) y 1971 (Bahrein, Omán, Qatar y Unión de los Emiratos Árabes).

En suma, con las excepciones de las islas Comores, Djibuti, Palestina y el Sáhara Occidental, al comienzo de la década de los setenta se había completado el proceso de descolonización del mundo árabe: habían pasado cincuenta y tres años desde la independencia de Yemen del Norte y ciento cuarenta y uno desde el desembarco francés de Sidi Ferruch. Precisamente las independencias magrebíes serían las más complejas y, en el caso de Argelia, dramáticas.

En la tabla siguiente, podemos observar, cronológicamente, el cambio en el mapa político mediante la consecución de la independencia de los países islámicos.

Tabla 10

País	Año de la independencia
Yemen del Norte	1918
Egipto	1922
Arabia Saudí	1932
Irak	1932
Líbano	1943
Jordania	1946
Siria	1946
Israel	1948
Libia	1951
Marruecos	1956

País	Año de la independencia
Sudán	1956
Túnez	1956
Mauritania	1960
Somalia	1960
Kuwait	1961
Argelia	1962
Yemen del Sur	1967
Bahrein	1971
Omán	1971
Qatar	1971
Unión de los Emiratos Árabes	1971
[Sáhara Occidental] [(a)]	1975
Comores	1976
Djibuti	1977
Autoridad Nacional Palestina (Cisjordania y Gaza) [(b)]	1993

[(a)] En 1975, España, Marruecos y Mauritania firmaron los Acuerdos Tripartitos de Madrid, que fijaban la retirada de España (febrero de 1976) y cedían la administración de la ex colonia a los dos países magrebíes. La salida de España dio paso a la constitución de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) y a una larga guerra, que acabó en 1991 con un alto el fuego y con la aplicación del Plan de paz de las Naciones Unidas, aceptado por las partes en 1988 (Mauritania había renunciado a la suya y había finalizado su participación en la guerra en 1978-1979). Todavía hoy día está pendiente de celebrarse un referéndum de autodeterminación en que la población del Sáhara Occidental podrá decidir entre su independencia o su integración en Marruecos.
[(b)] Año de la firma en Washington de los Acuerdos de Oslo entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

La lucha por la independencia en el Magreb

Durante los primeros veinte años del siglo XX, y a semejanza de Turquía, surgieron las organizaciones de los Jóvenes Tunecinos, de los Jóvenes Argelinos y de los Jóvenes Marroquíes, que intentaban asimilar los valores occidentales (la revolución burguesa) y hacerlos compatibles con la sociedad arabomusulmana. En consecuencia, reivindicaban los mismos derechos políticos y de ciudadanía que los europeos (asimilación o naturalización).

Después de la Primera Guerra Mundial, y ante la nula respuesta francesa a las peticiones de los dirigentes musulmanes, algunos sectores del nacionalismo magrebí adoptan posturas más radicales (en 1922, el emir Khaled [*Hālid*], nieto de ʻAbd al-Qādir, solicita la tutela internacional como paso previo para la independencia de Argelia). Pese a todo, la

aspiración fundamental continuaba siendo la asimilación o naturalización. Aparecieron también los primeros partidos políticos y organizaciones sindicales: en 1920 fue fundado el Partido Liberal Constitucional, que en 1936 pasó a denominarse Neo Destur (Destur significa 'Constitución'); en 1924, se creó la Confederación Tunecina del Trabajo; en 1926, grupos de trabajadores argelinos residentes en Francia fundaron la Estrella norteafricana (ENA), la primera organización que se propuso luchar claramente por la independencia y por la unidad de los tres países del Magreb central.

A pesar de su origen filocomunista, la ENA se convirtió en un movimiento populista, punto de confluencia entre nacionalismo e islamismo, como demostró la incorporación de la Asociación de Ulemas de Ben Badis (*Ibn Bādis*), creada en 1931. Esta confluencia entre reformismo religioso y nacionalismo también se encuentra en otras organizaciones nacionalistas magrebíes, como el Istiqlal de Al·lal el-Fassi (*'Allāl al-Fāsī*), profesor de árabe y de estudios islámicos en Marruecos.

La Segunda Guerra Mundial marcó un cambio definitivo en el proceso de concienciación nacional de la población de los países del Magreb, sobre todo después de comprobar la reacción de la Administración francesa a las proclamas autonomistas e independentistas del Manifiesto del Pueblo Argelino (1943), del Manifiesto del Istiqlāl (1944) y del Manifiesto del Pueblo Tunecino (1945). A la dureza de la represión, París añadió la inflexibilidad legislativa. Así, en 1946, se creó la Unión Francesa, que, en lugar de ofrecer mayor autonomía, reforzaba los vínculos de las colonias con la metrópoli e insistía en el camino de la asimilación cuando se reclamaba un proceso progresivo hacia la independencia.[23]

Después de la Segunda Guerra Mundial, el primer país en alcanzar la independencia fue Libia, ocupada por las tropas aliadas en el transcurso de la guerra. Los libios no habían olvidado la dura "pacificación" italiana y no querían volver a estar bajo el dominio de Roma. Por otra parte, la ONU quería demostrar que la voluntad descolonizadora no era sólo un formalismo de su Carta Constitucional, y envió a Libia una Comisión de expertos. La Comisión realizó una encuesta entre la población y constató el deseo de conseguir la independencia, de unificar las tres provincias y de formar parte de la Liga Árabe. El 24 de diciembre de 1951, adelantándose unos meses a la previsión de la ONU, Muḥammad Idrīs proclamaba la independencia del país más pobre de África, del que fue elegido rey.

En Marruecos, el partido nacionalista Istiqlāl y el monarca (discurso del trono de 1947) coincidieron en reivindicar la independencia. A comienzos de los años cincuenta, no obstante, la situación se hizo más tensa, hasta que el rechazo de Muḥammad V del *dahir* de co-

23. En la segunda mitad de la década de los cuarenta, ilustres exiliados magrebíes ('Abd al-Karīm y Abdel Jalek Torres, del protectorado español de Marruecos, 'Allāl al-Fāsī, del francés, Burguiba (Abū l-Raqība), de Túnez, residían en El Cairo, donde se crearon organismos unitarios para luchar contra el colonialismo y obtener la independencia. En 1947, se constituyó la Mesa del Magreb árabe y, poco más tarde, el Comité de Liberación del Magreb árabe.

soberanía (1953) provocó su expulsión y exilio a Madagascar. La reacción popular en contra del nuevo sultán impuesto por los franceses (Sīdī Muḥammad Mulay Ibn ʻArafa) no tardó mucho en provocar manifestaciones, huelgas y atentados, que no dejaban de sucederse. Entonces, París decidió llamar a Muḥammad V y pactar la independencia, que fue proclamada el 2 de marzo de 1956 (el 7 de abril en el Protectorado español).

En Túnez, la Unión General de Trabajadores Tunecinos (UGTT) de Ferhat Hached (*Farhat Ḥaǧǧād*) y el Neo Destur de Habib ibn Alí Burguiba (*Ḥabīb ibn ʻAlī Abu ul-Raqība*) protagonizaron la lucha por la independencia en la década posterior a la guerra. Después de una primera ronda de negociaciones, se firmaron las seis Convenciones franco-tunecinas, que ponían fin a la convención de la Marsa de 1883 y preveían un régimen de autonomía limitado (Francia conservaba las funciones de Defensa y Exteriores y las tres séptimas partes de los consejos municipales de las diez ciudades más importantes del país). La firma de estas convenciones provocó una disensión en el seno del Neo Destur y la expulsión de Salah Ben Yussef (*Ṣalaḥ ibn Yusuf*), su secretario general y opositor político de Burguiba. Poco después, el 20 de marzo de 1956, Túnez se independizó.[24]

Mauritania accedió a la independencia sin provocar alborotos, sin haber desarrollado un verdadero sentimiento nacionalista entre su pueblo y sin haber articulado organizaciones o movimientos políticos que reclamaran la independencia. Ésta formó parte del bloque de independencias otorgadas el año 1960 por el general Charles De Gaulle al África Occidental Francesa. El 28 de noviembre, Muqtaʻ Uld Daddah, que ya presidía la República Islámica de Mauritania (territorio autónomo de la Comunidad Francesa desde 1958), fue proclamado presidente de la nueva República.

La guerra de Argelia

El 8 de mayo de 1945, el ejército francés reaccionó brutalmente ante la aparición de algunas banderas argelinas en la manifestación que celebraba la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial y provocó lo que se conoce con el nombre de *masacre de Sétif*. Según los nacionalistas argelinos, el número de víctimas se elevó a 45.000, pero las fuentes oficiales francesas sólo admitieron 15.000. El desconcierto de los soldados musulmanes, que volvían victoriosos de Europa para encontrar a sus familias masacradas por el ejército del país que habían contribuido a liberar, marcó el inicio de la radicalización del movimiento nacionalista argelino.

24. El deterioro de la situación de Argelia a partir de la proclamación del Manifiesto Insurreccional del Frente de Liberación Nacional (FAN) en 1954 aceleró los procesos de independencia de Marruecos y Túnez. En marzo de 1956, el Quai de Orsay accedió a la independencia de estos países para concentrar sus esfuerzos y tropas en la "joya de la República".

Nueve años más tarde, el Frente de Liberación Nacional (FLN) aprovechó la derrota francesa de Dien Bien Phu (en Indochina, marzo de 1954) para llamar la atención de la opinión pública internacional con la publicación del Manifiesto Insurreccional del 1 de noviembre de 1954. Este día, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) llevó a cabo setenta acciones que causaron algunas víctimas entre los soldados y la policía musulmana. Había empezado la Guerra de Argelia, la cual se cobró millares de víctimas, puso fin a la IV República y marcó la decadencia definitiva del colonialismo francés.

En 1955, el FLN participó en la conferencia de Bandung. Entre el 20 y el 21 de agosto de aquel mismo año, en conmemoración de los dos años de la deposición del soberano de Marruecos, atacó treinta y seis centros de colonización, con el resultado de más de mil muertos (sobre todo entre los atacantes) y multitud de heridos y detenidos. Sin embargo, fue un momento decisivo en la lucha de liberación nacional, ya que, a partir de estos hechos, el movimiento nacionalista (bajo la dirección del FLN) disponía de una nómina de mártires importante y había conseguido la escisión definitiva entre musulmanes y europeos. En este momento, los intereses de los argelinos musulmanes y los de los argelinos franceses se volvieron irreconciliables.

Por otra parte, el conflicto de Argelia alcanzó por primera vez una dimensión internacional: en septiembre de aquel año, la cuestión se encontraba en el orden del día y fue discutida en la Asamblea General de la ONU. Un año más tarde, la intervención francesa en la crisis de Suez se saldó con un fracaso que proyectó una imagen de Francia de rancio sabor colonial opresor y decadente. En 1957, el deterioro progresivo de la situación y el incremento de los atentados (del FLN, pero también de organizaciones paramilitares de colonos europeos) desembocó en la denominada "Batalla de Argel".

La Batalla de Argel (enero-septiembre de 1957) fue una operación encomendada al general Massu y a las unidades de paracaidistas y tenía por objetivo eliminar los "pelotones terroristas" del FLN en la capital de la colonia con todos los medios disponibles. Durante nueve meses, el ejército francés puso asedio a la alcazaba (*qasba*) de Argel, donde vivía la población musulmana, y procedió a arrestar, interrogar y, a menudo, a torturar brutalmente a unas 80.000 personas. La red del FLN en Argel fue destruida por completo. El precio pagado fue, no obstante, elevado: la delación, la tortura y la guerra sucia mancharon la reputación del ejército francés, mientras que la represión desencadenaba nuevas oleadas de violencia y se ocasionaban continuas bajas, que debían cubrir los soldados de leva para hacer frente a las constantes acciones del FLN. Todo ello no podía dejar de tener resonancia en la opinión pública de la metrópoli que, progresivamente, se opuso a la guerra de Argelia y se afanó por encontrar una salida a esta situación.

En las zonas rurales, el ejército francés (unos 500.000 hombres a finales de 1957) llevó a cabo operaciones de reagrupamiento forzoso de la población (unos dos millones de personas se verían afectadas) con el fin de dejar sin apoyo al Ejército de Liberación Nacional (ELN). Al mismo tiempo, trató de cortar las rutas tunecinas de suministro de armas al ELN. El 8 de febrero de 1958, una de estas operaciones culminó con el ataque aéreo contra la ciudad fronteriza tunecina de Sakhiet Sidi Yussef. Las bombas provocaron 69 muertos civiles (entre ellos los 21 niños de la escuela local) y la condena internacional fue durísima. Los cuatro generales de más alta graduación destinados en Argelia (con el apoyo de la mayoría de los colonos europeos) reaccionaron violentamente ante la política de abandono del Gobierno enviando un ultimátum al presidente René Coty y provocando un golpe de Estado en la colonia, que puso fin a la IV República. El 1 de junio de 1958, el general Charles De Gaulle asumió la presidencia del Gobierno y se otorgó plenos poderes para hacer que cesara la crisis de Argelia.

Asustada, la opinión pública francesa conoció, finalmente, la dura realidad de la guerra sucia que tenía lugar en Argelia y se inclinó, progresivamente, por el abandono de la colonia: "Intelectuales [incluidos amplios sectores del pensamiento cristiano] y personalidades de izquierda [...] denunciaban la guerra sucia, la tortura y las violencias contra las poblaciones argelinas y pedían el fin de las hostilidades. Esto inducirá también a los comunistas [...] a añadirse a la campaña en favor de la independencia argelina" (Mammarella, 1990, pág. 206).

La primera acción del general De Gaulle fue viajar a la colonia y pronunciar en Argel el famoso discurso "*Je vous ai compris*" (4 de junio de 1958), que, por su calculada ambigüedad, tuvo la virtud de contentar a los colonos y de dar esperanzas a la población musulmana. Sin embargo, la resistencia argelina no se fiaba de las intenciones del general y, el 9 de septiembre de 1958, creó en El Cairo un Gobierno Provisional de la República de Argelia (GPRA). En 1959, De Gaulle puso en práctica una política basada en el aislamiento del ELN (cierre de fronteras), en un programa de fuertes inversiones destinadas a mejorar las infraestructuras de Argelia y el nivel de vida de la población musulmana (Plan Constantina), y en el reconocimiento del derecho a la autodeterminación (discurso del 16 de septiembre). En 1960, De Gaulle visitó de nuevo Argelia y los colonos –que habían creado el Frente de la Argelia Francesa (FAF), convencidos de la actitud abandonista del Gobierno–, le dispensaron agitados recibimientos en Argel y en otras ciudades de la colonia. El 10 de diciembre, la población musulmana salió a la calle para reclamar la independencia: la manifestación fue reprimida por los paracaidistas y se saldó con 120 muertos. En las postrimerías de 1960, el estallido de un violento enfrentamiento entre musulmanes y europeos parecía inminente, y De Gaulle estaba cada vez más convencido de que la única salida posible a la crisis era renunciar a Argelia y acelerar el proceso de independencia.

El 8 de enero de 1961, los franceses (el 75% de los votantes en Francia y el 69% en Argelia) aprobaron en referéndum aplicar el principio de autodeterminación en Argelia. El 21 de abril se produjo el denominado "*putsch* de los generales", respuesta del sector más duro del ejército colonial al referéndum del mes de enero. El *putsch* no tuvo éxito y acabó el día 25 con la rendición de los generales Challe y Zeller y el paso a la clandestinidad de los generales Jouhaud y Salan. Surgió entonces la Organización del Ejército Secreto (sus siglas francesas eran OAS), formada por colonos y militares radicales e impulsada por Jouhaud y Salan, que realizó varios atentados en la colonia, algunos de enorme trascendencia por su brutalidad. ¡La osadía de la OAS la llevó a atentar en Francia contra la vida del propio general De Gaulle!

El 18 de mayo de 1961 se celebró la primera conferencia de Évian, con la participación del GPRA, de Ben Bela y de otros miembros destacados del FLN encarcelados en Francia. No hubo acuerdo porque la delegación argelina (presidida por Belkacem Krim, *Abu l-Qasim Karīm*) se negó a disociar el territorio del Sáhara –donde se acababa de descubrir petróleo– de la futura Argelia independiente. En este momento, los intereses de los argelinos musulmanes y de los argelinos franceses se volvieron irreconciliables. El 17 de octubre de 1961 todavía tuvo lugar otro episodio difícilmente justificable. El jefe de policía de París, Maurice Papon, ordenó disolver una manifestación pacífica de trabajadores argelinos que reclamaban la independencia de su país. La acción policial se saldó con decenas de muertos, muchos de ellos apaleados y arrojados al Sena.

Finalmente, el 7 de marzo de 1962, se reunió la segunda conferencia de Évian: el GPRA garantizó a De Gaulle que los intereses franceses en los yacimientos de hidrocarburos descubiertos –y por descubrir– serían respetados, y el general aceptó la integración del territorio del Sáhara en el nuevo Estado argelino. El 8 de abril, el 90,7% de los franceses aprobó en referéndum los Acuerdos de Évian y en la colonia se produjo el pánico: en pocos meses, unos 800.000 europeos abandonaron Argelia para trasladarse a Francia. El 1 de julio de 1962 se celebró el referéndum de autodeterminación: el 99,7% de los argelinos votó por la independencia. El 5 de julio de 1962 fue proclamada oficialmente la independencia de Argelia, exactamente ciento treinta y dos años después de la rendición de Argel a las tropas francesas desembarcadas en Sidi Ferruch.

El legado colonial en el mundo árabe

El colonialismo ha dejado detrás de él una carga pesada y difícil de superar, sobre todo en aquellos países o regiones, como el Magreb, en que la presencia colonial se pro-

longó durante más tiempo. Entre las principales herencias de este pasado colonial destacaremos:

1) Delimitación arbitraria y artificial de fronteras. Este realidad ha derivado en conflictos entre los diferentes países árabes. Son ejemplos, al respecto, la cuestión no resuelta de la Gran Siria, que ha planeado sobre la política interior del Líbano desde su independencia (1943); la guerra de las "arenas" entre Marruecos y Argelia (1963); el tardío reconocimiento de la independencia de Mauritania (1960) por Marruecos (1969); los enfrentamientos entre Irán e Irak por la desembocadura de Shatt al-Arab (*Shatt al-'Arab*); la guerra del Sáhara (1975-1991); las reiteradas reivindicaciones de Bagdad sobre Kuwait; la intervención libia en el Chad y los problemas fronterizos con Egipto; y, sobre todo, los más de cincuenta años de conflicto araboisraelí a partir de la proclamación unilateral del Estado de Israel (1948) ante la inhibición británica.

2) Desestabilización de la sociedad tradicional: desequilibrios en la distribución de la población (despoblación de las zonas rurales y superpoblación urbana); aumento del desempleo y de la pobreza y, en consecuencia, emigraciones hacia el extranjero.

3) Desestabilización política: necesidad de construir un Estado eficaz dotado de una Administración estatal y local sólidas (el caso más extremo se dio en Mauritania, que ni siquiera tenía capital y era administrada desde San Luis de Senegal).

4) Desestabilización cultural: pérdida de identidad, esquizofrenia lingüística y cultural. Las políticas forzadas de arabización no han podido todavía resolver esta cuestión, especialmente en algunos países del Magreb.

5) Desestabilización económica: agricultura dual, centrada en producciones poco adecuadas para la sociedad musulmana; falta de desarrollo del sector secundario e hipertrofia del sector terciario; balanza comercial desequilibrada, que facilita el endeudamiento y aumenta los niveles de zpobreza; insuficiencia tecnológica para llevar a cabo la explotación eficiente de los recursos naturales propios, etc.

Además de los factores ya mencionados, el colonialismo –en particular el francés– legó otra herencia de efectos perversos y duraderos: una concepción centralista y jacobina del Estado. Ésta ha obstaculizado el desarrollo sociopolítico de las antiguas colonias: la proliferación de los regímenes de partido único, la preponderancia del ejército –cuando no directamente de las dictaduras militares– y las dificultades para efectuar la transición a un Estado de derecho y democrático manifiestan la profunda huella de esta pesada herencia.

Conclusiones

A lo largo del siglo XVI (con Solimán el Magnífico, 1520-1566), el Imperio Otomano se extendió por un amplio arco que abarcaba casi todos los países árabes y la península balcánica. Tuvo que hacer frente al Imperio Persa safavida (1501-1732) y al Imperio de los Austrias, que le disputaban, respectivamente, la hegemonía en la antigua Mesopotamia y en el Mediterráneo meridional y oriental, donde Estambul acabó imponiéndose a pesar de la derrota de Lepanto (1571). En el momento de máxima expansión, el Imperio comprendía las regiones de Egipto, la Gran Siria (los actuales Siria, Líbano, Palestina y Jordania), Irak, el Magreb central y oriental (excepto Marruecos) y las costas de la península arábiga.

El Imperio Otomano se organizó en provincias administradas por gobernadores que representaban al sultán. La organización la completaban el Diván o consejo gubernamental, presidido por el gran visir, y un amplio cuerpo de funcionarios, ulemas y, sobre todo, de tropas genízaras, que constituían la estructura básica de la Administración imperial y del sistema de recaudación de tributos. La independencia del Yemen (1635) y la revolución wahhabita del siglo XVIII marcaron el inicio de la decadencia, que se aceleró con la Revolución Industrial europea, el endeudamiento de Estambul y la progresiva pérdida de territorios al Norte de África (Argelia, Egipto, Túnez) y en los Balcanes durante el siglo XIX. Finalmente, la Primera Guerra Mundial supuso la definitiva partición del Imperio, que quedó reducido a la península de Anatolia (actual Turquía), mientras que sus provincias pasaban a ser mandatos europeos.

Durante la Primera Guerra Mundial, Londres llevó a cabo una política de calculada ambigüedad en Oriente Próximo: por una parte, Lawrence de Arabia y *sir* Mac Mahon (alto comisario británico en El Cairo) prometieron a los árabes el establecimiento de una entidad política independiente si se sublevaban contra Estambul y, por otra, se hizo pública en Londres la Declaración Balfour, que "considera favorablemente el establecimiento de una patria nacional para el pueblo judío en Palestina". Al acabar la guerra, Londres y París se repartieron el Oriente Próximo: Irak, Transjordania y Palestina quedaron en manos británicas, y Francia recibió Líbano y Siria. Más al Sur, Yemen del Norte se constituía en imamato (1918) y ʻAbd al-ʻAzīz III ibn Saʻud expulsaba a los hachemitas de la Meca y proclamaba la independencia de Arabia Saudí.

En el Magreb, la colonización europea había empezado mucho antes, con la conquista francesa de Argelia (1830), la intervención británica en Egipto (1882), la formación de los Protectorados francés en Túnez (1881-1883) y francoespañol en Marruecos (1912), la conquista italiana de Libia (1912) y las ocupaciones española del Sáhara Occidental (1904-1934) y francesa de Mauritania (1905-1934).

La conquista francesa de Argelia se saldó con dos revueltas importantes, la de ʻAbd al-Qadir (1839-1847) y la de Muḥammad al-Muqranī (1871), que serían duramente reprimidas por el ejército colonial. Se favoreció la inmigración de colonos, que pasaron a ocupar las mejores tierras del país (tres millones de hectáreas en 1930). La colonización transformó de manera profunda la organización económica y social del país mediante el establecimiento de una economía agraria de exportación y de subsistencia, con un escaso desarrollo industrial, circunstancia que originó fuertes desigualdades en la distribución territorial de la población. Además, la sedentarización y proletarización forzosa de la población musulmana derivaron en una rápida y precaria urbanización de Argelia.

Las mismas consideraciones pueden hacerse respecto de la ocupación francesa de Túnez y de Marruecos, donde, después del mandato de Lyautey (1912-1925), se intentó desvirtuar el Protectorado con la adopción de un sistema casi de administración directa (imposición de la cosoberanía). En el Protectorado español de Marruecos, las tribus de Rif hicieron frente durante mucho tiempo al ejército invasor, y la revuelta de ʻAbd al-Karīm (1921-1926) sólo pudo reprimirse gracias a la colaboración francesa. En Mauritania y el Sáhara Occidental, la consolidación de la presencia colonial fue mucho más lenta: la falta de tierras de labranza y las condiciones climáticas no aconsejaban la inmigración de colonos, y la escasez de recursos tampoco ayudó a acelerar la colonización. En Libia, por último, la llegada del fascismo a Italia se tradujo en una de las conquistas más duras y terribles de toda la historia colonial. Roma fracasó, no obstante, en su intento de hacer de Libia una región receptora de colonos emigrados del Sur de Italia.

En Oriente Próximo, el establecimiento de los mandatos europeos provocó fuertes resistencias que favorecieron una rápida descolonización. Irak fue el primer país en acceder a una independencia tutelada en 1932, aunque tuvo que mantener ciertos privilegios políticos, económicos y militares para con la metrópoli. Transjordania, que fue el centro de las operaciones británicas en Oriente Próximo y sede de la famosa Legión Árabe, pasó a ser protectorado en 1928 y Estado en 1946. Aquel mismo año, los franceses abandonaron definitivamente Siria y Líbano, que ya disfrutaba de una independencia formal desde 1943.

En Palestina, el mandato británico favoreció la inmigración y el establecimiento de colonos judíos, pero no supo evitar el enfrentamiento entre éstos y la comunidad árabe. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, el descubrimiento del horror del Holocausto y el problema de la población judía desplazada a causa de la guerra llevaron a la aprobación, por parte de las Naciones Unidas (Resolución 181, de noviembre de 1947) del Plan de Partición de Palestina en dos Estados, uno judío y otro árabe. Sin embargo, la declaración unilateral de constitución del Estado de Israel (14 de mayo de 1948) desembocó en la primera guerra araboisraeliana.

La Segunda Guerra Mundial ejerció también un papel decisivo en las correspondientes independencias del Magreb, aunque éstas se produjeron mucho más tarde que en Oriente Próximo, excepto en el caso de Libia, que no aceptó el retorno de los italianos y accedió a la independencia en 1951. Así, Marruecos y Túnez no alcanzaron la independencia hasta 1956, después de una larga lucha política –y puntualmente armada (especialmente en Marruecos después de la expulsión del monarca en 1953)– para expulsar a la potencia colonial. En cambio, Mauritania obtuvo fácilmente la independencia en 1960 en el marco de las independencias otorgadas en el África Occidental francesa. Por el contrario, en Argelia, "la joya de la República", la intransigencia francesa provocó una cruenta guerra de liberación (1954-1962) que puso fin a la IV República y vivió uno de sus episodios más trágicos en la denominada "Batalla de Argel" (1957). En último lugar, España cedió la administración del Sáhara Occidental a Marruecos y Mauritania en noviembre de 1975 (Acuerdos Tripartitos de Madrid), prescindiendo olímpicamente de la voluntad del pueblo saharaui, que se había constituido en República Árabe Saharaui Democrática. Así se originó el conflicto más largo de la historia reciente del Magreb.

Para acabar, señalemos que el periodo colonial dejó en herencia un legado que ha condicionado durante muchos años el desarrollo económico, social y político de las antiguas colonias. Fruto de este legado son el problemático trazado de las fronteras vigentes, la pérdida de cohesión de las estructuras de la sociedad tradicional (notablemente en el ámbito cultural) y la falta de desarrollo y de diversificación económicos. De todos modos, la peor herencia tal vez sea la concepción centralista y jacobina del Estado, que ha obstaculizado la evolución sociopolítica posterior de estos países.

Capítulo 4

El mundo araboislámico en la segunda mitad del siglo xx

A la hora de valorar la evolución de los diferentes países árabes e islámicos, hay que tener en cuenta su marco geopolítico. Por esta razón, los hemos dividido en cuatro bloques que, en términos generales, coinciden con las grandes regiones del Islam clásico: Oriente Próximo, que comprende el Creciente Fértil y la península Arábiga; la cuenca del Nilo; Oriente Medio, con los países musulmanes que rodean Oriente Próximo y el Magreb.

Desde su independencia, el mundo araboislámico intenta encontrar su identidad y ocupar el lugar que le corresponde en el contexto internacional. Este periodo ha estado marcado, sin embargo, por varios factores: por una parte, por la constitución del Estado de Israel en 1948; por otra, por el intervencionismo político y militar de los países occidentales y de la URSS por razones estratégicas o económicas; y, finalmente, por la aparición de tendencias políticas opuestas en el seno de los países islámicos (proceso de modernización –arabismo en algunos casos–, que se contrapone al fenómeno más reciente del islamismo político), las cuales a menudo han quedado condicionadas por los factores antes mencionados. Además, hay que considerar la compleja situación económica de estos países y las repercusiones de la revolución laica de Mustafá Kemal en Turquía, de las guerras arabo-israelianas y de la revolución islámica de Irán.

En la península arábiga y, en menor medida, en el Creciente Fértil y en Oriente Medio, la presencia británica y el comercio petrolero constituyen los factores clave de su historia contemporánea. Desde mediados del siglo xx, cabe añadir los intereses geoestratégicos y económicos de los EE.UU. en la península y la alianza entre al-Riyad y Washington, fundamentales para comprender de la evolución de la región y el mantenimiento de unos regímenes políticos sin equivalentes en el resto del mundo musulmán. A poniente, el Magreb es la región del mundo árabe más próxima a Occidente, lo que justifica que aquí le dediquemos una atención especial. Además, las características étnicas, históricas y políticas de los cinco países que lo conforman confieren homogeneidad al conjunto dentro del mundo árabe y han hecho posible la Unión del Magreb Árabe. En los últimos años, no obstante, el

ascenso del islamismo y el conflicto del Sáhara Occidental han envenenado las relaciones intermagrebíes.

Oriente Próximo: el Creciente Fértil

El conflicto araboisraelí

La proclamación del Estado de Israel (14 de mayo de 1948) daba paso a la primera guerra entre el nuevo Estado y los árabes de Palestina y los Estados árabes de la región (Egipto, Siria, Transjordania, Líbano e Irak, con el apoyo de Arabia Saudí y Yemen). El nuevo Estado disponía del apoyo logístico de EE.UU y del material de la URSS, que le había enviado armas procedentes de las factorías checas, puesto que veía en Israel "un pequeño núcleo "socialista" ubicado justo entre los "feudos" árabes y la única cabeza de puente posible en la región para la URSS" en aquellos momentos (Duret, 1995, pág. 42).

El 6 de enero de 1949, la mediación de la ONU ponía fin al conflicto. Se había completado lo que los palestinos denominan al-Nakba ('el desastre'), el desalojo de 531 localidades y el traslado forzoso de unas 800.000 personas de etnia árabe. Con la firma del armisticio, Israel obtenía la región de Acre y Nazaret y el acceso a Jerusalén, mientras que el rey Abdulah de Transjordania se anexionaba la orilla occidental del Jordán (Cisjordania) y Jerusalén Este y proclamaba el reino hachemita de Jordania. Unos 600.000 árabes de Palestina (los futuros palestinos) tomaban el camino del exilio.[25]

La consolidación del Estado de Israel intensificó de nuevo la inmigración y, en sólo cuatro años (1948-1951), llegaron 690.000 inmigrantes judíos procedentes, sobre todo, de Marruecos, Irak, Rumania, Irán, Polonia, Egipto, Yemen, Turquía y Bulgaria. La preocupación de los gobiernos laboristas de estos primeros años fue la integración de los inmigrantes, la consolidación de las instituciones y del sistema político parlamentario y, sobre todo, la creación de un ejército nacional (Zahal).[26] Este ejército debía ser moderno y profesional pero, al mismo tiempo, popular y altamente identificado con su pueblo para garantizar la integridad territorial de Israel con la ayuda de los soldados de leva y de los reservistas.

25. Israel controlaba el 78% del antiguo territorio de Palestina después de la guerra de 1948-1949, cuando el Plan de partición de la ONU sólo le otorgaba el 55%. De la proyectada Palestina árabe, sólo quedaba Gaza, administrada por Egipto, y Cisjordania, anexionada por Jordania.

26. Los padres de la patria judía, David Ben Gurion, Levi Eskhol, Ben Zvi y Golda Meir, eran miembros fundadores del Partido Laborista (Mapai), el partido de los trabajadores socialistas, y de la Federación Sindical (Histadruth). Los primeros gobiernos de Israel fueron laboristas: David Ben Gurion (1948-1953 y 1955-1963) y Moshe Sharett (1953-1955).

En la tabla siguiente podemos observar la evolución de la inmigración judía en Israel en el transcurso de su historia y constatar su papel en la consolidación del Estado de Israel:

Tabla 11

Periodo	Total	Procedencia
1948-1951	690.000	Marruecos, Irak, Irán, Egipto, Yemen, Turquía, Rumania, Polonia y Bulgaria
1952-1964	520.000	Europa occidental y África del Norte
1965-1990	600.000	URSS, EE.UU., Rumania, África y América Latina
1991-1992	600.000	URSS

Fuente: P. Lemarchand (1994, pág. 86).

En julio de 1956, Nasir nacionalizó el canal de Suez, porque el Banco Mundial le había negado la ayuda financiera que necesitaba para construir la presa de Asuán, que tenía que producir electricidad y extender el regadío a millares de hectáreas de tierras de labranza. En octubre, Israel invadió el Sinaí y tropas francobritánicas ocuparon Port Said y bloquearon la salida del canal al Mediterráneo. Era la segunda guerra araboisraeliana. En este caso, sin embargo, la acción conjunta de Israel, Francia y Gran Bretaña no obtuvo el visto bueno de los EE.UU. y, además, suscitó la oposición de la URSS, que amenazó con una acción nuclear.[27] La mediación de la ONU puso fin a las operaciones bélicas (6 de noviembre) y forzó la retirada de franceses y británicos. El ejército de Israel se retiró al este de la línea fijada por el armisticio de 1949, la cual pasó a ser controlada por los cascos azules (7 de marzo de 1957).

El ganador moral de la guerra fue Nasir, ya que, para la opinión pública mundial, Israel había sido el país agresor. Por otra parte, la "causa palestina" era un factor de cohesión entre los países árabes, capaz de suscitar acuerdos entre regímenes tan alejados como El Cairo o al-Riyad. El conflicto araboisraelí resultaba bastante complejo para Washington, que tenía aliados enfrentados en un escenario particularmente sensible. En 1956 surgía el primer embrión de al-Fatah (*al-Fattah*) entre los refugiados de Kuwait y, en 1964, después de la celebración del primer Congreso Nacional Palestino, se creaba en Jerusalén la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

27. Washington ha tenido dos objetivos prioritarios en Oriente Próximo durante la Guerra Fría: obtener la supremacía en la región para salvaguardar los intereses petroleros de sus aliados (la revolución de Jomeini le dejaba sin "el guardián del Golfo") y conseguir el reconocimiento de Israel por parte de los países árabes, sobre todo por los regímenes moderados, aliados de los EE.UU.

Después de 1956, la tensión verbal y militar entre Israel y los países árabes no dejó de incrementarse. En 1967, la petición de Nasir de retirada de los cascos azules provocó una inesperada respuesta de Tel-Aviv: el 5 de junio, sin aviso previo, el ejército israelí desencadenó una violenta ofensiva simultánea sobre diferentes frentes y, en cinco días, consiguió ocupar Gaza, el Sinaí, Cisjordania, Jerusalén Este y los Altos del Golán. Había sido la más rápida y efectiva de todas las guerras y fue bautizada como *la guerra de los Seis Días*.

> "El día 5 de junio de 1967, la aviación israelí bombardeaba los aeródromos militares de Egipto y destruía su potencial aéreo sin dejar tiempo a los aviones para elevarse. En el Este, la operación se repetía sobre los aeródromos de Siria, Jordania e Irak, que también perdieron su capacidad ofensiva aérea. Poco después, la aviación de Israel bombardeaba y ametrallaba las fuerzas egipcias estacionadas en el Sinaí que, con posterioridad, serían rodeadas y asediadas por las columnas blindadas judías. El día 8 de junio, el ejército de Israel llegaba al canal de Suez; detrás de él quedaban millares de soldados egipcios que, aislados del resto de su ejército, morirían en el desierto o caerían prisioneros. Aquel mismo día concluía la ocupación de Cisjordania y de Jerusalén Este, donde los combates se habían iniciado el día 6 de junio. Al día siguiente, el ejército israelí iniciaba la campaña del Golán y en dos días (9 y 10 de junio) conseguía avanzar quince kilómetros, hacerse con los Altos y amenazar la ruta a Damasco. El día 10 de junio, se producía el alto el fuego de acuerdo con una Resolución adoptada tres días antes por el Consejo de Seguridad de la ONU." (Segura, 1997b, pág. 27).

Poco después de acabada la guerra, la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU (22 de noviembre de 1967) reconoció el derecho a la existencia al Estado de Israel sin mencionar ningún Estado palestino. Sin embargo, denunció la adquisición de territorios por la fuerza, solicitó la retirada de Israel de los territorios ocupados e instó a solucionar el problema de los refugiados palestinos. La tercera guerra araboisraeliana tuvo efectos ambivalentes. Por una parte, comportó la aparición de los territorios ocupados (Sinaí, los Altos del Golán, Jerusalén Este, Gaza y Cisjordania), franja de seguridad para Israel frente a los países árabes vecinos; por otro lado, una nueva oleada de refugiados palestinos se dirigió, principalmente, hacia Jordania (200.000) y el Líbano (400.000). Además, los territorios ocupados incorporaban dentro del espacio controlado por Israel una población palestina muy combativa procedente de la diáspora forzada de 1948-1949.

En el mundo árabe, la derrota de 1967 contribuyó a menoscabar el carisma de Nasir y, en la misma proporción, afirmó el panislamismo moderado de Arabia Saudí. También en estos momentos de frustración surgió un discurso islamista mucho más radical y violento, que presentaba la victoria de Israel como la de un pueblo que se había mantenido fiel a su religión y creía que la derrota árabe era fruto de la adopción de valores extranjeros. El descalabro también significó el fracaso de un determinado intento de modernización del islam, el "socialismo árabe". Al mismo tiempo, la derrota favoreció la autonomía de la OLP con respecto a los diferentes regímenes árabes: la fracción de al-Fatah se hizo mayoritaria en el seno de la OLP e impuso como presidente a Yasir 'Arafat.

Poco después se establecieron las bases de un futuro Estado palestino y se optó por el enfrentamiento militar contra Israel.

Los ataques palestinos contra Israel desde Jordania y el Sur del Líbano se convirtieron en un serio peligro para la integridad de estos dos países. En 1970, el rey Hussein (Husayn) de Jordania, que veía con buenos ojos el plan de paz propuesto por el Secretario de Estado de los EE.UU., tuvo que enfrentarse a un intento de golpe de Estado protagonizado por el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), fracción comunista de la OLP fundada en 1967 por Georges Habash. La reacción de Hussein fue inmediata y decretó la expulsión del país de las organizaciones y los militantes palestinos. La acción del ejército jordano provocó millares de víctimas y fue bautizada con el nombre de "Septiembre Negro". Entonces, la llegada de nuevos refugiados palestinos al Líbano convirtió este pequeño país en el santuario de los grupos más violentos, los cuales, desde el Sur, fustigaban a Israel y practicaban el terrorismo internacional, como la masacre de atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich de 1972, que provocó la primera incursión militar de Israel en el Sur del Líbano. Era el preludio de la cuarta guerra araboisraeliana.

> "Era el 6 de octubre de 1973, y en todo Israel se celebraba la principal fiesta judía, el día del Yom Kippur o día del perdón. Las oficinas y las tiendas estaban cerradas y las calles, vacías. La gente llenaba las sinagogas y pedía perdón por sus pecados cuando, inesperadamente, los oficiales del ejército interrumpieron las plegarias para llamar a los reservistas. Al mediodía, el ejército egipcio había lanzado un ataque por sorpresa al Norte del canal de Suez, había roto la línea Bar-Lav y se había internado en el Sinaí. Al mismo tiempo, el ejército sirio rompía las defensas de los Altos del Golán e iniciaba una ofensiva que tenía por objetivo las tierras de Galilea. En aquellos confusos momentos, se pensó seriamente en utilizar la disuasión nuclear. Poco después, la radio y el aullido de las sirenas advirtiendo de alarma aérea confirmaban a la población las palabras de los oficiales: Israel volvía a estar en guerra contra los árabes sólo seis años después del último alto el fuego.
>
> Durante tres días, la situación se convirtió en crítica para Israel. Después, aun después de haber estabilizado la ofensiva y bombardeado Damasco, el Sur del Líbano y Egipto, la guerra parecía todavía decantarse en contra de Israel a medida que cazas iraquíes (el 9 de octubre) y tropas jordanas (el 13) intervenían en el conflicto; pero, finalmente, el día 15 de octubre, el ejército judío tomó la iniciativa: al Oeste, reconquistó el territorio perdido en el Sinaí, dejó atrapada detrás de él a la mitad del ejército egipcio atacante (20.000 hombres y 200 carros de combate) y, además, atravesó el canal de Suez y amenazó directamente El Cairo, lo que no había hecho nunca en ocasiones anteriores; al Norte, después del combate de carros más importante desde la Segunda Guerra Mundial, el ejército sirio se replegaba, perdía de nuevo las posiciones del Golán y Damasco quedaba al alcance del ejército judío. El día 24 de octubre, todos los beligerantes aceptaban el alto el fuego. Israel conservaba las posiciones de 1967, pero los avances árabes iniciales parecían demostrar que Israel no era invencible, y el nuevo descalabro dejaba a los dirigentes árabes un regusto menos amargo que el de siete años antes." (Segura, 1997b, pág. 31).

Durante la cuarta guerra araboisraeliana, los países árabes exportadores de petróleo decidieron utilizar los hidrocarburos como arma política, lo que motivó la primera crisis de los precios del sector. Esta crisis implicó directamente a las dos grandes superpotencias: el día 10 de octubre, la URSS establecía un puente aéreo para suministrar armamento a sus

aliados árabes y, poco después, los EE.UU. hacían lo mismo con Israel. Como consecuencia directa del desenlace del conflicto, los EE.UU. reforzaron su hegemonía en la región y, de paso, su aliado árabe más importante, Arabia Saudí, se imponía en el seno de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en detrimento de los regímenes revolucionarios y antiimperialistas de Argelia y Libia: el panislamismo moderado y prooccidental obtenía una victoria indiscutible sobre el panarabismo radical y prosoviético.

A largo plazo, la nueva derrota árabe permitió emprender el proceso de paz en los términos deseados por los EE.UU., es decir, el reconocimiento del Estado de Israel por los países árabes, cuando menos por los regímenes moderados aliados de los EE.UU. Así, en 1975, Egipto, el Estado árabe más importante del momento, rompió con la URSS, se alineó en el campo occidental y se convirtió en la garantía más firme de la seguridad de Israel. En poco más de un lustro se sucedieron varios acontecimientos primordiales en la historia de Oriente Próximo: en noviembre de 1977, el presidente Sadat (*Anwar al-Sadat*) visitaba Jerusalén y pronunciaba un trascendental discurso en el Parlamento israelí; en septiembre de 1978, los EE.UU., Israel y Egipto firmaban los Acuerdos de Camp David;[28] el 26 de marzo de 1979, Egipto e Israel firmaban un Tratado de Paz; en el año 1980, ambos países establecían relaciones diplomáticas, y, entre 1980 y 1982, Israel abandonaba progresivamente el Sinaí.

De todos modos, la paz con Egipto no varió la dura política de Israel contra los regímenes árabes más radicales y contra la OLP. Así, en diciembre de 1981, la Cámara de Diputados israelí votó la anexión del Golán sirio y, en junio del año siguiente, el ejército judío inició la invasión del Líbano (donde ya había intervenido en 1972 y en 1978), para alejar la dirección de la OLP de los territorios ocupados. Después de dos meses de asedio y de intensos bombardeos, la dirección de la OLP abandonó Beirut y se estableció en Túnez (en 1985, la aviación israelí atacó el cuartel general de la OLP en la propia capital de Túnez).

El alejamiento de la dirección de la OLP de los territorios ocupados otorgó más protagonismo a los dirigentes de Gaza y Cisjordania y obligó a modificar los planteamientos políticos. En 1986, con ocasión de la octava conferencia del Movimiento de Países No Alineados, celebrada en Harare (Zimbabue), Yasir ‘Arafat aceptó, en nombre de la OLP, la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU (1967), por la que se reconocía el derecho a la existencia del Estado de Israel y se exigía la retirada de los territorios ocupados. En diciembre de 1987, se constituyó la Dirección Nacional Unificada de la Intifada (*Intifada*), revuelta popular con que los palestinos de Gaza y Cisjordania se enfrentaron al ejército de Israel tan sólo con piedras. Aquel mismo año, Jordania renunció a

28. Con los Acuerdos de Camp David, Egipto recuperaba el control del canal de Suez –cerrado desde 1967– y los campos de petróleo del Sinaí, vitales para su economía. Por otra parte, Israel obtenía una salida al mar Rojo por el puerto de Elath y la seguridad de sus fronteras occidentales. EE.UU., finalmente, afianzaba su autoridad política en la región. En compensación, la ONU reconocía a la OLP como único representante legítimo del pueblo palestino en el año 1974.

cualquier reivindicación sobre Cisjordania y el Consejo Nacional Palestino proclamó el Estado independiente de Palestina, del cual Arafat fue nombrado presidente en 1989; la OLP abandonó definitivamente el terrorismo y aceptó las Resoluciones 181 y 242 de las Naciones Unidas. En el ámbito internacional se impuso la convicción de la salida negociada como única solución para el conflicto araboisraelí y para la situación de los palestinos y de los territorios ocupados. Se empezó a hablar del "principio de paz a cambio de territorios".

La guerra del Golfo (1990-1991) permitió a Washington redefinir el escenario político y militar de Oriente Medio. La guerra había dejado constancia de la decadencia soviética y de la supremacía militar y del liderazgo mundial de los EE.UU. Al mismo tiempo, la alianza de los regímenes árabes y las potencias occidentales y la no-intervención directa de Israel en el conflicto habían preparado el camino para una posterior negociación entre árabes y judíos en la que fuera posible intercambiar paz por territorios.

Se trataba, pues, de llegar a un acuerdo sobre varios puntos: reconocimiento progresivo del Estado de Israel por parte de los regímenes árabes moderados; delimitación de los territorios de la futura Autonomía Palestina; favorecimiento del liderazgo de Yasir 'Arafat y de las corrientes más moderadas de la OLP; solución de la crisis del Líbano e integración en el proceso de paz del Gobierno de Damasco. A partir de estos auspicios se llevó a cabo la Conferencia de Paz de Madrid.

El 30 de octubre de 1991 se inauguró en la capital española la Conferencia de Paz para Oriente Próximo, impulsada por George Bush, presidente de los EE.UU., Mijaíl Gorbachov, presidente de la URSS, y la Unión Europea (UE). Asistieron a la misma el primer ministro israelí Yitzhak Shamir, los principales dirigentes de los países árabes y los líderes palestinos de los territorios ocupados. Aunque la OLP no participó oficialmente en este encuentro, los representantes palestinos mantuvieron reuniones previas y paralelas con Yasir 'Arafat y otros miembros de la organización. Se establecieron las bases y el calendario de futuras negociaciones bilaterales y, sobre todo, el principio de negociación: paz a cambio de territorios.

En julio de 1992, la victoria de los laboristas en Israel, más predispuestos a hacer concesiones territoriales, dio el impulso definitivo al proceso de paz. Al mismo tiempo, el Gobierno de Noruega promovió negociaciones secretas en Oslo entre israelíes y palestinos (OLP), que culminaron en el denominado Acuerdo de Oslo (20 de agosto de 1993), el cual abría las puertas al reconocimiento del Estado de Israel y de la OLP, a la Autonomía de Cisjordania y Gaza y al futuro Estatuto de Jerusalén. El 13 de septiembre, Yitzhak Rabin y Yasir 'Arafat firmaron oficialmente el acuerdo en Washington.

Sin embargo, a comienzos de 1994, la masacre de Hebrón ponía de relieve uno de los problemas de más difícil resolución: la negativa de los colonos israelíes a abandonar

los asentamientos en los territorios ocupados. El retorno de 'Arafat y de la dirección de la OLP a Palestina en mayo del mismo año, el establecimiento de una primera sede en Jericó y la creación de una policía palestina ayudaron a superar las dudas sobre la viabilidad del proceso de paz surgidas a partir de la masacre de Hebrón.

En octubre de 1994, Jordania firmó un tratado de paz con Tel-Aviv y se convirtió en el segundo Estado árabe que reconocía al de Israel. Un mes después, la Conferencia Económica para el Desarrollo de Oriente Próximo y el Norte de África, celebrada en Casablanca, propuso la creación de un mercado único para toda la región y también de un banco multilateral con participación de Israel, los EE.UU. y Arabia Saudí. Al año siguiente, a pesar de los nuevos asentamientos judíos en los territorios ocupados y los atentados brutales de la Yihad Islámica y de Hamas, Rabin y 'Arafat firmaron en Washington (28 de septiembre) un nuevo acuerdo provisional (denominado de Taba o de Oslo II), que regulaba y extendía el régimen de Autonomía en Cisjordania.

El Acuerdo de Oslo II divide Cisjordania en tres zonas, de las cuales se excluye Jerusalén. La zona A queda totalmente bajo el control de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y comprende Jericó y todas las ciudades palestinas importantes (Jenine, Nabulus, Tulkarem, Kalkilya, Ramalah, Belén y Hebrón). En la zona B, que abarca una docena de regiones rurales y todas las pequeñas localidades de población palestina, la ANP ejerce los poderes civiles, pero la seguridad corresponde al ejército de Israel. La zona C, bajo el control exclusivo de Israel, incluye la mayoría de las colonias judías y comprende la mitad de Cisjordania. Hay que hacer constar que la zona C abarca las mejores áreas de tierras de labranza, como la franja del Jordán y el mar Muerto. En definitiva, inicialmente las zonas bajo control palestino no tenían continuidad territorial y las zonas de control israelí (total o mixto) las rodeaban por completo.

Además, se pretendía la elección, por sufragio universal, de un Presidente y de un Consejo de la Autonomía Palestina formado por 82 miembros (poder ejecutivo y legislativo), la derogación de los artículos de la Carta Nacional Palestina referentes a la destrucción del Estado de Israel y la liberación de los prisioneros políticos palestinos. Por último, el 4 de mayo de 1996 se eligió como fecha límite para empezar las negociaciones sobre el Estatuto final, que debía ser definitivo antes del 4 de mayo de 1999. En la práctica, este Estatuto tenía que poner fin a los numerosos problemas todavía pendientes: la situación jurídica de Jerusalén, los asentamientos y las colonias judías en Gaza y Cisjordania, la delimitación de las fronteras del futuro Estado palestino, el tema de los refugiados y el reparto de los recursos y del agua.

No obstante, el asesinato de Rabin, el 4 de noviembre de 1995, representó un golpe muy duro contra el proceso de paz, que ni la retirada del ejército israelí de las seis principales ciudades palestinas, ni la victoria de 'Arafat en las elecciones a la presidencia de

la Autoridad Nacional Palestina pudieron contrarrestar. Las primeras elecciones palestinas al Consejo de la Autonomía Palestina y a la presidencia de la ANP se celebraron el 20 de enero de 1996. A pesar del llamamiento a la abstención de Hamas, la participación fue muy elevada –el 86% del censo electoral– y la victoria de Arafat, indiscutible –el 87% de los votos– (también alcanzaron un éxito destacable los líderes nacionalistas de la Intifada). Por otra parte, en palabras de la oposición palestina, los Acuerdos de Oslo restringían y aplazaban el retorno de los exiliados y el ejercicio del derecho a la autodeterminación, y no reconocían a Jerusalén como capital de un futuro Estado palestino.

Incapaz de llenar el vacío en el liderazgo laborista dejado por Rabin, Shimon Peres dio un golpe de efecto de claras resonancias electoralistas con una intervención a gran escala en el Sur del Líbano en abril de 1996, en respuesta a los bombardeos con misiles de Hezbolá (*Hizbu-l-Lah*) sobre Galilea. La masacre de un centenar de civiles refugiados en un campo de los cascos azules en Qana desprestigió la acción de Peres, quien, presionado por los EE.UU. y Francia, se retiró del Líbano después de obtener garantías de que Hezbolá no volvería a bombardear Galilea. El 29 de mayo de aquel año, el partido derechista Likud ganó las elecciones, y Benjamin Netanyahu fue nombrado primer ministro de Israel. Con la llegada de los conservadores al Gobierno israelí, el proceso de paz se resintió: Tel-Aviv detuvo inmediatamente la salida del ejército de los territorios ocupados (la no-retirada de Hebrón se hizo emblemática) y no actuó en absoluto para impedir la instalación de nuevos asentamientos judíos, lo que generó profundas tensiones, que acabaron por paralizar totalmente el proceso.

Después de intensas mediaciones de los EE.UU. y de la UE, el encuentro de Wye Plantation (EE.UU.), celebrado el 15 de octubre de 1998, puso fin a diecinueve meses de desencuentro y de parálisis del proceso de paz. El principio básico de la negociación fue seguridad en compensación de territorios. Por una parte, el ANP se comprometió a luchar contra el terrorismo y a abolir de la Carta Nacional Palestina las cláusulas que hacían referencia a la destrucción del Estado de Israel. Por la otra, Israel prometió liberar a 750 prisioneros palestinos, retirar a su ejército del 13,1% de Cisjordania y ceder el 14,2% de la zona B a la zona A, lo cual debía permitir al ANP tener algún tipo de control (exclusivo o mixto) sobre el 40% de Cisjordania. Finalmente, el acuerdo previó la construcción de un aeropuerto y de un puerto en Gaza y también de un parque industrial, vitales para el desarrollo y el futuro de la franja.

A partir de 1999, una nueva victoria laborista (17 de mayo), un nuevo acuerdo con los palestinos (Memorándum de Sarm al-Sayj [Egipto] firmado por Ehud Barak y Yasir ‘Arafat el 5 de septiembre), las conversaciones de Camp David (julio de 2000) y las negociaciones posteriores, impulsaron con fuerza el proceso de paz que cerró la primera

etapa, y la más decisiva, con la voluntad de proclamar el Estado palestino antes de que finalizara el año 2000.

Sin embargo, el 28 de setiembre de 2000, Ariel Sharon, líder del Likud y antiguo Ministro de Defensa durante la ocupación del Líbano de 1982 y las masacres de Sabra y Chatila, visitaba la Explanada de las Mezquitas. Con su provocación dejaba claro que no respetaría lo que puedieran acordar Barak y Arafat y, sobre todo, que no reconocería una soberania palestina sobre Jerusalén Este. La población palestina, que por dos veces había pospuesto la declaración del Estado palestino (el 4 de mayo de 1999 y el 13 de setiembre de 2000), respondió a la provocación de Sharon con la Intifada de Al-Aqsa, destinada a convertirse en una desigual guerra abierta entre la juventud y los grupos radicales palestinos y el ejército de Israel. En febrero de 2001, con la participación más baja de toda la historia electoral de Israel, Barak perdió las elecciones (sólo había cumplido su promesa de retirarse del Líbano, cosa que hizo en mayo de 2000, pero no las de llegar a un acuerdo definitivo con los palestinos y elaborar una Constitución para acabar con los privilegios desmesurados de los militantes de los grupos ultrareligiosos –no pagan impuestos y sus hijos no hacen el servicio militar, que en Israel es obligatorio: tres años para los hombres y dos para las mujeres). Sharon había cimentado su victoria prometiendo seguridad. La llegada de Bush a la Casa Blanca y los brutales atentados del 11 de setiembre parecieron dar alas a Sharon para impulsar una política de hostigamiento hacia Arafat. Un año y mil muertos después de su victoria, la política de Sharon de responder con acciones desproporcionadas del Ejército a los atentados de los grupos radicales palestinos habían llevado la situación a un callejón sin salida y la paz parecía más difícil que nunca. Reconducir el proceso de paz no será fácil y, para asegurarlo, además del alto el fuego, habrá que mejorar previamente las condiciones de vida de los palestinos y de los Estados vecinos, verdadero alimento de las actitudes más radicales. Paralelamente, habrá que abrir nuevas negociaciones para resolver las numerosas cuestiones pendientes, como, sobre todo, la delimitación definitiva de las fronteras con Israel y la viabilidad del futuro Estado palestino, subordinado ahora a las discontinuidades territoriales; a los diferentes niveles de soberanía y a la falta de recursos de agua; el Estatuto definitivo de Jerusalén; al desmantelamiento de los asentamientos de colonos israelíes en Gaza y Cisjordania; a la seguridad de Israel y a la cuestión del derecho al retorno de los refugiados palestinos. La Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU del 13 de marzo de 2002 que, con el beneplácito de los EE.UU., aboga por la creación , estabilidad y seguridad de las fronteras de un Estado palestino, puede resultar decisiva para solucionar uno de los principales obstáculos, la prolongada ocupación de Gaza y Cisjordania –incluidos en la etapa Sharon territorios autónomos de la Autoridad Nacional Palestina– por el ejército israelí, que impiden encontrar una salida al largo conflicto araboisraelí.

Cuadro 5

Cronología del proceso de paz

1991

30 de octubre. Apertura en Madrid de la Conferencia de Paz sobre Oriente Próximo, que da origen a las primeras negociaciones bilaterales entre Israel y los países árabes vecinos, incluidos los palestinos.

1992

23 de junio. El Partido Laborista gana las elecciones en Israel. Yitzhak Rabin es elegido presidente del país.

1993

9-10 de septiembre. Mutuo reconocimiento de Israel y de la OLP.

13 de septiembre. Yitzhak Rabin y Yasir 'Arafat firman en Washington la Declaración de principios sobre los acuerdos provisionales de la autonomía palestina (Acuerdos de Oslo I).

1994

25 de febrero. Masacre de Hebrón: 29 palestinos muertos.

4 de mayo. Firma en El Cairo del Acuerdo Gaza-Jericó.

1 de julio. Yasir Arafat llega a Gaza.

25 de julio. El rey Hussein de Jordania, Yitzhak Rabin y el presidente de los EE.UU., Bill Clinton, firman la Declaración de Washington, que prevé el acuerdo de paz y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Israel y Jordania después de cuarenta y seis años de beligerancia.

26 de octubre. Firma del tratado de paz entre Israel y Jordania.

18 de noviembre. Enfrentamientos entre la policía palestina y manifestantes en Gaza: quince muertos y doscientos heridos.

27 de noviembre. Establecimiento de relaciones diplomáticas entre Israel y Jordania.

1995

Enero. El establecimiento de nuevas colonias judías y los atentados de la Yihad Islámica dificultan las relaciones israelianopalestinas. Yitzhak Rabin decide "bloquear" los territorios palestinos.

Abril. Yasir 'Arafat hace que sean arrestados más de doscientos cincuenta miembros y simpatizantes de la Yihad Islámica y de Hamas, con la intención de poner fin a la reciente cadena de atentados reivindicados por estas organizaciones.
24 de julio. Israel impone un bloqueo total en Gaza y Cisjordania en respuesta a un atentado suicida de Hamas contra un autobús cerca de Tel-Aviv.
28 de septiembre. El gobierno de Israel y la OLP firman en Washington un nuevo acuerdo provisional (denominado de Taba o de Oslo II), que regula y extiende el régimen de autonomía en Cisjordania.
4 de noviembre. Yitzhak Rabin es asesinado por un militante de la extrema derecha judía.
22 de noviembre. Shimon Peres forma un nuevo gobierno.
Noviembre-diciembre. En cumplimiento del acuerdo Oslo II, el ejército de Israel se retira de las seis ciudades palestinas principales. Queda pendiente la evacuación de Hebrón, donde todavía viven colonos judíos.

1996
20 de enero. El al-Fatah de Yasir 'Arafat gana las primeras elecciones al Consejo de la Autonomía y a la presidencia de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), celebradas en Gaza y Cisjordania.
10 de abril. Poco después de la cumbre internacional de Sarm al-Sayj (Egipto) contra el terrorismo en Oriente Próximo, Shimon Peres decide intervenir en el Sur del Líbano para castigar las acciones de Hezbolá.

29 de mayo. Por un margen muy estrecho, el partido conservador Likud gana las elecciones y Benjamin Netanyahu se convierte en primer ministro.
23-24 de septiembre. La apertura de un nuevo acceso al túnel de los Asmoneos ocasiona una escalada de la violencia, que provoca la muerte de 62 palestinos y de 14 soldados israelíes.

1997
15 de enero. El acuerdo de Hebrón establece que Israel se retirará del 80% de esta ciudad, que pasará a ser controlada por la ANP.
Enero-febrero. Crisis de Hebrón provocada por la lentitud y la resistencia israelíes a abandonar la ciudad, en que todavía permanecen colonos judíos.
Febrero-abril. La decisión de Netanyahu de autorizar la construcción de las primeras 2.500 viviendas del nuevo barrio judío de Har Homa (Jerusalén Este) provoca la

crisis más fuerte conocida hasta entonces por el proceso de paz y, en tan sólo un mes, se asiste a una fuerte escalada de la tensión.
Mayo. El proceso de paz queda prácticamente estancado.

1998
15-23 de noviembre. La reunión de Wye Plantation (EE.UU.), entre 'Arafat y Netanyahu, y la mediación de Clinton desbloquean el proceso de paz diecinueve meses después de su paralización.

1999
7 de febrero. Muere el rey Hussein de Jordania; le sucede su hijo Abdulah (*'Abd Al·lah*) II.
17 de mayo. El Partido Laborista gana las elecciones legislativas y el nuevo primer ministro, Ehud Barak, anuncia su predisposición a retirarse del Sur del Líbano, negociar con Damasco la retirada de los Altos del Golán, aplicar los acuerdos de Wye Plantation y acelerar el proceso de paz para llegar a acuerdos definitivos con la ANP.
5 de septiembre. Memorándum de Sarm al-Sayj (Egipto).

2000
Mayo. El ejército de Israel se retira precipitadamente del Líbano.
10 de junio. Muere el presidente sirio Hafiz al-Assad. Le sucede su hijo Basir (*Basir*).
11-24 de julio. La mediación del presidente Bill Clinton culmina en las negociaciones de Camp David entre el primer ministro israelí Barak y el presidente de la ANP. La paz parece más cerca que nunca, pero no se llega a alcanzar un acuerdo definitivo.
31 de julio. Shimon Peres pierde las elecciones a la Presidencia del Estado de Israel. El Parlamento elige a Mohse Katsav, diputado del Likud, como octavo Presidente de Israel.
28 de setiembre. Ariel Sharon visita la Explanada de las Mezquitas. Al día siguiente da comienzo la Intifada de Al-Aqsa y se producen las primeras víctimas.
16-17 de octubre. Acuerdo oral de Sarm al-Sayj, que no consigue detener la violencia.
21-22 de octubre. La cumbre extraordinaria árabe de El Cairo acusa a Israel de llevar a cabo una guerra contra el pueblo de Palestina.
28 de noviembre. El Parlamento israelí convoca elecciones anticipadas a primer ministro.

28 de diciembre. Se suspende la cumbre de Sarm al-Sayj, en la que debían participar Barak, 'Arafat, Clinton y Mubarak. Los israelíes no aceptan la soberania palestina sobre la Explanada de las Mezquitas y los palestinos no renuncían al derecho al retorno de los refugiados.

2001

4 de enero. Clinton hace un último intento, en Washington, para lograr el acuerdo entre israelíes y palestinos. Las negociaciones fracasan de nuevo.

8 de enero. Más de 100.000 israelíes se manifiestan en Jerusalén contra la división de la ciudad y a favor de mantenerla por completo bajo soberanía palestina.

21-27 de enero. Fracasan las conversaciones de Taba (Egipto).

6 de febrero. Ariel Sharon, candidato del Likud, es elegido primer ministro de Israel con el 62,5% de los votos y una participación del 62% (la más baja en la historia electoral de Israel).

7 de marzo. Ariel Sharon es investido primer ministro y forma un gobierno de unidad nacional.

2001-2002

El proceso de paz queda paralizado y los atentados suicidas de los grupos radicales palestinos y las acciones del ejército de Israel contra dirigentes palestinos y objetivos situados en territorios de la ANP desembocan, pràcticamente, en una guerra abierta, que impide reemprender el proceso de paz y que en un año habrá causado más de 1.300 víctimas. La escalada de la violencia se intensifica con la proliferación de los atentados suicidas y con la utilización de la aviación y de carros de combate por el ejército israelí. Marzo 2002. 'Arafat queda prácticamente en situación de arresto domiciliario.

Recomendamos la lectura atenta de la tabla siguiente con el fin de evidenciar las desigualdades en cuanto a población y riqueza entre Israel y los principales asentamientos palestinos de Gaza y Cisjordania:

Tabla 12

Población y riqueza	Israel	Gaza y Cisjordania
Población (millones de habitantes)	6,0	2,6
Tasa anual de crecimiento de la población (1995-2000)	2,4	3,8

Población y riqueza	Israel	Gaza y Cisjordania
Índice de fecundidad (1995-2000)	2,93	5,99
Mortalidad infantil (1995-2000)	6,3	24,0
Esperanza de vida (1995-2000)	78,3	71,4
PIB (millares de millones de dólares)	112,5	4,47
PIB per cápita (dólares)	18.440	1.432

Fuente: *L'état du monde 2002* (2001).

En cuanto a los datos poblacionales, hay que tener en cuenta la diáspora palestina, que, de 1948 a nuestros días, ha generado numerosos cambios en la composición demográfica de los países que rodean Palestina e incluso de otros muy alejados. En la tabla que ofrecemos a continuación se indica el número de palestinos y el porcentaje de refugiados censados el 1 de junio de 1999:

Tabla 13

País	Número de campos	Número de refugiados	Refugiados en campos	Porcentaje total
Jordania	10	1.541.405	277.555	1
Líbano	12	373.440	208.223	57,8
Siria	10	378.382	110.427	29,2
Palestina	27	1.384.655	598.307	43,2
Cisjordania	19	576.160	155.365	2
Gaza	8	808.495	442.942	54,8
Total	59	3.677.882	1.194.512	32,5

Fuente: A. Gresh y P. Rekacewicz (2000, págs. 16-17).

Irak: la guerra Irán-Irak y la guerra del Golfo

Para Irak, la independencia no representó el fin de la presión ni de la injerencia extranjera, codiciosa de sus reservas petroleras. La Irak Petroleum Company (IPC), compañía británica creada en 1929, estaba autorizada para explotar todo el subsuelo del país gracias al acuerdo que Londres tenía con el nuevo Gobierno iraquí. Su primer ministro, Nouri as-Sa'id (*Nūrī al-Sa'īd*) (1932-1958), era un fiel aliado de Gran Bretaña, que sobrevivió a todo tipo de insurrecciones, golpes de estado y rebeliones. El antiguo compañero de Lawrence de Arabia volvía impertérrito a hacerse cargo del país, amordazando la opo-

sición y aplicando la ley marcial siempre que los intereses británicos lo requerían. Finalmente, no obstante, el creciente descontento popular, atizado por la renovación del acuerdo con la IPC (1952), la entrada de Irak en el pacto de Bagdad (1955) y la política represiva, desembocaron en el violento Golpe de Estado de 1958, el cual puso fin a la monarquía y ejecutó al rey, al príncipe heredero y a Nouri as-Sa'id.

El Golpe de Estado del general Kassem (*Qasīm*) impuso un gobierno militar (diez de los catorce ministros lo eran), pero no pudo vencer la división existente en el ejército entre la tendencia baasista, liderada por Abdel-Salem Aref (*'Abd al-Salām 'Ārif*) (viceprimer ministro, ministro del Interior y segundo jefe de las fuerzas armadas al mismo tiempo) y el Frente Nacional Unificado, que agrupaba a comunistas, siítas y kurdos, y que el mismo Kassem había ayudado a consolidar. La tensión entre las dos tendencias y el desplazamiento de los baasistas del poder motivaron nuevas tentativas de Golpe de Estado, rebeliones (Mosul, Kirkuk) y atentados.[29] El régimen derivó inexorablemente hacia una dictadura personal con el apoyo de los comunistas, hasta que también éstos salieron del Gobierno en noviembre de 1960. A partir de entonces, el régimen de Kassem tuvo los días contados: el aislamiento internacional y la creciente oposición baasista y, sobre todo, la gran revuelta kurda de 1961, acabaron de debilitarlo. Finalmente, en febrero de 1963, triunfó un Golpe de Estado de orientación baasista, y el coronel Abdel-Salem Aref fue nombrado Presidente provisional de la República. Kassem fue juzgado y ejecutado.

Los mandatos de Abdel-Salem Aref y de su hermano y sucesor Abdel-Rahman (*'Abd al-Rahmān*) derivaron hacia un régimen presidencialista y conservador. Los baasistas, que propugnaban una unión con Siria, y los pronaserianos, partidarios de la unión con Egipto, serían apartados del poder. La continua revuelta kurda al Norte y el frustrado complot pronaseriano contra el presidente tampoco contribuyeron a la estabilidad política y, en julio de 1968, otro golpe de Estado daba de nuevo el poder al Baas. El general Ahmad Hasan al-Bakr asumió la Presidencia de la República y del Consejo de Mando de la Revolución (CMR), y Saddam Hussein al-Takriti (*Saddām Ḥusayn al-Takrītī*), la Vicepresidencia. La nueva cúpula dirigente de Irak pertenecía al grupo de oficiales sunnitas originarios de la provincia de Takrīt.

Durante una década, el binomio Bakr-Hussein dotó de estabilidad política a Irak y gobernó sin grandes cambios, salvo una nueva disidencia kurda: el histórico dirigente del Partido Democrático Kurdo (PDK), Mollah Mustafá Barzani, les acusaba de no respetar el acuerdo firmado con Aref, en 1966, de incluir los derechos nacionales de los kurdos en la Constitución. Un nuevo acuerdo puso fin a la revuelta. Por otro lado, la nacionalización de la IPC y la aproximación a la URSS permitieron ampliar la base social del régimen con

29. Un pelotón baasista en que participa un desconocido Saddam Hussein al-Takriti (*Saddām Ḥusayn al-Takrīti*) consiguió herir al general Kassem el 7 de octubre de 1959. Era la primera acción importante del futuro dictador de Bagdad.

la formación, en 1973, del Frente Nacional Progresista integrado por el Baas, el PDK y el Partido de los Comunistas Iraquíes (PCI).[30]

En política exterior, Bakr y Hussein combinaron la carta de la amistad soviética con la de un creciente pragmatismo en la resolución de los problemas fronterizos y en la aproximación a los países occidentales. Irak participó en la guerra del Yom Kippur y fue el alma del Frente de Rechazo (Libia, Argelia, Irak, Yemen del Sur, Siria y la OAP), contrario al reconocimiento de Israel por parte de Sadat. Al mismo tiempo, intensificó los intercambios comerciales con Francia, Japón, Gran Bretaña, la RFA y los EE.UU. y llegó a acuerdos con Irán en 1975 (Acuerdo de Argel) sobre la desembocadura de Satt al-Arab, y con Kuwait en 1979 sobre la soberanía de las islas Boubyan y Warba. También se produjo una aproximación a Siria (Carta de Acción Nacional Común de 1978) pero, poco después, se acusaba a Damasco de haber inspirado un intento de Golpe de Estado, y las relaciones entre los dos regímenes baasistas volvieron a romperse.

Saddam Husayn aprovechó el incidente con Siria para deshacerse de posibles oponentes a la cúpula del CCR y del Baas y, además, obtuvo la dimisión del presidente Bakr, quien no quiso justificar una depuración que había eliminado a los principales dirigentes del gobierno y del partido. Saddam Husayn había empezado su carrera en solitario y, con la eliminación de toda disidencia (baasista, comunista, kurda, chiíta), concentró progresivamente todo el poder en sus manos.

Aparte de todas estas circunstancias, hay que considerar el papel de la revolución islamista de Jomeinī en Irán en la futura evolución del régimen de Bagdad. En febrero de 1979, el ayatolá Jomeinī llegaba a Teherán y derribaba el régimen del sha (*shāh*) Mohamed Reza Pahlavi (*Muhammad Rida Pahlawī*), el principal bastión occidental en la región. Un mes más tarde se instauraba la República Islámica de Irán y, en junio, se nacionalizaban las principales empresas industriales del país, la banca y las compañías de seguros. En las postrimerías del año, se aprobaba en referéndum la constitución del régimen islámico y Jomeinī obtenía poderes absolutos. Los EE.UU. observaban con preocupación la evolución de los acontecimientos en Irán. La proximidad geográfica, la tenacidad siíta y la voluntad de exportar la revolución inquietaban a Arabia Saudí y a las monarquías moderadas del Golfo, las cuales se encontraban atrapadas en una profunda contradicción entre fe, legislación (aparentemente adecuada a la *sari`a*) y realidad (nepotismo, lujo, placeres prohibidos, alianzas con Occidente, ostentación de riqueza sin atender las necesidades de los países árabes y musulmanes pobres). Igualmente, Moscú veía con preocupación cómo el discurso de los dirigentes de la nueva república islámica, que reprobaba tanto el

30. Irak es el país más poblado del Masriq, con 21,8 millones de habitantes en 1998. La población se divide en árabes (el 69%), kurdos (el 25%) y turcos y otras minorías (el 6%). El 57% de los iraquíes es siíta, el 34% sunnita, el 5% cristiano y el 4% pertenece a otros grupos confesionales.

capitalismo como el comunismo, podía acabar por contaminar y desestabilizar las repúblicas musulmanas de la URSS.

En este contexto, no fue muy difícil unir voluntades y Saddam Husayn vio la oportunidad de consolidar su poder personal y convertirse en el nuevo hombre fuerte del Golfo. Todo el mundo estuvo interesado en poner freno a la expansión de la revolución islámica de Jomeinī: Irak suministró los soldados (un ejército de campesinos y unas pocas unidades de la Guardia Republicana, las tropas de elite de Bagdad); Arabia Saudí y las monarquías del Golfo aportaron los petrodólares para comprar el armamento; los EE.UU. y los países de la CEE (Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y España) proporcionaron las armas, incluidas las químicas (provenientes de Europa) y la información militar sobre Irán y, finalmente, la URSS, sin dejar de dotar a Irak de los recambios y las armas que necesitaba, lo dejó a un lado y se concentró en su intervención en Afganistán.

> "El 21 de septiembre de 1980, el ejército iraquí lanzaba una amplia ofensiva contra la frontera de Irán [...]. El pretexto formal era la reivindicación sobre la desembocadura de Satt al-Arab, pero el objetivo real era debilitar el régimen de Teherán y detener la expansión de la revolución islámica [...]. Durante ocho años, la región del Golfo conoció una de las guerras más cruentas (cerca de un millón de muertos) de la segunda mitad del siglo XX, y las previsiones de Saddam de una rápida victoria no se cumplieron. Al contrario, después de los primeros avances, fruto de la sorpresa, Irán consiguió detener la ofensiva, estabilizar el frente y lanzar varias contraofensivas basadas en su superioridad numérica (1981, 1982, 1983 y 1984). En diversas ocasiones, el ejército iraní penetró en territorio iraquí, y Bagdad no dudó en utilizar la guerra química para rechazar los ataques [...]. Por último, después de la guerra de las ciudades de 1985-1987 (Irak bombardeó las ciudades iraníes próximas a la frontera e Irán bombardeó Basora), que causó decenas de millares de muertos, de las ofensivas iraquíes de julio y diciembre de 1986 y de las grandes ofensivas iraníes de marzo de 1986 y de enero de 1987, se llegó a un alto el fuego motivado por la ONU (Resolución 598), que fue aceptado por las partes y que entró en vigor en agosto de 1988." (Segura, 1997, págs. 67-68).

La guerra frenó la expansión de la revolución islámica de Jomeinī, aproximó Irak a Occidente y a las monarquías moderadas del Golfo y convirtió a Saddam Husayn en "el Ra'īs ('presidente') combatiente". Sin embargo, ocho años de guerra habían arruinado al país y las dificultades internas se manifestaron muy pronto: en enero de 1990, se lanzó una brutal ofensiva contra las marismas del Sur, refugio de la oposición siíta y de los desertores del ejército.

Saddam Husayn consideró que había llegado el momento de pasar factura a los países petroleros del Golfo por los servicios prestados. La demanda iraquí incluía dos peticiones: en primer lugar, reducir la producción de crudo para provocar un alza de los precios (de 15 a 25 dólares por barril); en segundo, obtener de las monarquías del Golfo la condonación de la deuda de guerra (60.000 millones de dólares). En caso de no ver satisfechas estas demandas, se añadía una amenaza: la anexión del emirato de Kuwait, lo que permitiría a Irak obtener una salida al mar por donde podía exportar el petróleo sin depender de oleoductos ajenos.

Arabia Saudí, Kuwait y la Unión de los Emiratos Árabes no escucharon las peticiones de Saddam e incrementaron las extracciones de petróleo y el precio del barril disminuyó aún más. La respuesta de Bagdad fue contundente, y la madrugada del 2 de agosto de 1990 el ejército iraquí invadía Kuwait. La política de distensión de la URSS favoreció una rápida intervención de los EE.UU., obligados a defender a sus fieles aliados y, muy especialmente, Kuwait, que mantenía importantes inversiones en los EE.UU. y en otros países de la OCDE. Además, la guerra reforzaba la industria armamentística en un momento de crisis (fin de la Guerra Fría) y permitía a Washington demostrar su hegemonía mundial. También daba la oportunidad a los EE.UU. y a la OTAN de detener a un dictador egocéntrico y ambicioso que, insensatamente, habían contribuido a armar antes, durante y después del conflicto con Irán.

En estas circunstancias, nada podía detener la maquinaria bélica, cuyo empleo fue sancionado el 29 de noviembre de 1990 por el Consejo de Seguridad de la ONU mediante la Resolución 678. Ésta autorizaba a una coalición internacional a utilizar "los medios necesarios" para expulsar al ejército iraquí de Kuwait después del 15 de enero de 1991, día en que vencía el ultimátum internacional. Dos días más tarde, empezó la guerra del Golfo. Un mes y medio después, Irak había capitulado, pero Saddam Husayn seguía gobernando en Bagdad.

> "La noche del 17 de enero de 1991, la operación "Tormenta del Desierto" daba inicio a la guerra del Golfo: 580.000 iraquíes enfrentados a un cuerpo expedicionario de 750.000 hombres, de los cuales 510.000 eran de los EE.UU., comandados por el general Schwarzkopf; una coalición aliada de 32 países; 42 días y noches de combates aéreos, que contabilizaron 106.000 salidas; un centenar de horas de combates terrestres; el 70% de los blindados de Irak destruido; entre 50.000 y 150.000 muertos iraquíes por sólo 235 aliados; una batalla, sin precedentes, de misiles tierra-tierra SCUD y tierra-aire Patriot; la amenaza química; una guerra seguida en directo por millones de telespectadores." (Rondot, 1995, pág. 120).

Kuwait fue liberado al precio de millares de víctimas iraquíes (un número importante –nunca precisado pero muy elevado– compuesto por civiles inocentes). Para poner fin totalmente a las hostilidades, la ONU exigió a Irak la destrucción de todas las armas biológicas y químicas y de las instalaciones en que podían ser fabricadas. Sin embargo, poco después, Saddam Husayn ahogó en sangre una nueva revuelta kurda en el Norte del país y una revuelta siíta en el Sur: en total, más de 50.000 muertos y más de dos millones de refugiados. Entonces, los aliados decidieron fijar dos zonas de exclusión aérea, una al Norte del paralelo 36° (abril de 1991) y otra al Sur del paralelo 32° (agosto de 1992) con el fin de proteger a las minorías kurda y siíta. Ello no fue suficiente para impedir que el ejército iraquí llevara a cabo, en las postrimerías del otoño de 1996, dos grandes ofensivas militares contra la población siíta

de la provincia de Basora y que, al mismo tiempo, ayudara a las milicias del PDK al Norte del paralelo 36° en su enfrentamiento con las milicias de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) de Ğalāl Ṭalabānī. Los EE.UU. respondieron con diversas acciones de disuasión aeronaval contra objetivos militares iraquíes, que se reiteraron a lo largo de la década de los noventa, pero que, sin embargo, no pudieron evitar las acciones de Saddam contra las poblaciones del Norte y del Sur de Irak, ni facilitar la misión de supervisión de las Naciones Unidas sobre las fábricas de armamento iraquí o los edificios capaces de acogerlas (incluidos los palacios presidenciales). Lamentablemente, Bill Clinton utilizó a menudo las acciones contra Irak para desviar la atención del escándalo provocado en 1998 por sus relaciones, en la propia Casa Blanca, con la becaria Mónica Lewinsky.

A pesar de las dificultades internas y de la fijación de dos zonas de exclusión aérea marcadas por paralelos, el poder de Saddam no se resintió, sino que salió fortalecido del conflicto. En los últimos años, Saddam Husayn ha sobrevivido a varios atentados e intentos de Golpes de Estado. Mantiene un régimen de terror y represión (también, si es necesario, sobre su propia familia) y obstaculiza el cumplimiento de las resoluciones de la ONU periódicamente. Mientras tanto, la población se debate entre el miedo y la miseria, agravada por el embargo decretado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 1990, y que fue parcialmente levantado al final de 1996, con lo que se permitió el cambio de petróleo por alimentos.

Tras los trágicos sucesos del 11 de setiembre de 2001, el presidente americano Georges W. Bush parece dispuesto a acabar con Saddam Hussein y ha incluido a Irak entre los países denominados del "Eje del Mal". Una nueva intervención contra Bagdad podría acabar, sin duda, con el régimen dictatorial, pero, si antes no se pone fin al conflicto de Palestina de una manera justa y definitiva, tal vez se pagaría al precio de desestabilizar la región y gran parte del mundo árabe y musulmán.

Los otros países del Creciente Fértil

Al comienzo del siglo XX, Damasco aparecía como la capital natural del futuro Estado árabe prometido por los británicos; pero la herencia del colonialismo desvaneció toda esperanza de rehacer la Gran Siria. Sin embargo, desde la independencia, Damasco ha intentado ejercer un cierto liderazgo sobre los países vecinos, lo cual, en el caso del Líbano, ha dado paso a una verdadera, intensiva y reiterada injerencia.

Siria

Siria[31] llegó a la independencia con una Constitución (1943) que respondía a las aspiraciones democráticas de las clases urbanas, que protagonizaban la vida política de un país eminentemente rural. Sin embargo, los Golpes de estado se sucedieron hasta 1970, año en que llegó al poder Hafiz al-Assad. La inestabilidad política reflejaba las profundas contradicciones de un país demográficamente desequilibrado y con importantes minorías étnicas y religiosas. También eran causa de inestabilidad las tensiones que generaban los proyectos unitarios con Jordania, con Egipto o con Irak, como pretendía el partido Baas. Este último proyecto se vio sacudido por los enfrentamientos entre radicales y moderados y, finalmente, condujo a la ruptura irreconciliable entre Damasco y Bagdad.

En marzo de 1963, el Baas llegó al poder (nueve de los veinte miembros del Gobierno) gracias a un Golpe de Estado protagonizado por militares baasistas de izquierdas, naserianos e independientes. Por primera vez, altos cargos de responsabilidad política eran ejercidos por individuos pertenecientes a familias urbanas modestas y a una cepa rural que había tenido acceso a los estudios por medio de la carrera militar.

La inestabilidad, sin embargo, persistió, alimentada por la lucha por el control del partido, del ejército y del Gobierno, que enfrentaba al ala moderada del Baas con la radical y se encabalgaba con los intentos de las minorías por hacerse con los puestos clave de la administración y del ejército en detrimento de la mayoría sunnita (los ismaelitas, los drusos y, sobre todo, los alauitas del futuro presidente Hafiz al-Assad). Por último, en 1970, Hafiz al-Assad, que había quedado en minoría en el Congreso del Baas, tomó el poder y fue nombrado Presidente.

Assad hizo aprobar una Constitución formalmente socialista pero, al mismo tiempo, observó un acentuado pragmatismo en las relaciones exteriores de Siria. Así, en 1972, se firmó un acuerdo de cooperación con la URSS y, al año siguiente, el presidente Assad visitó Moscú. Además, en 1973, después de la guerra del Yom Kippur, Henry Kissinger, Secretario de Estado de los EE.UU., visitó por primera vez Damasco y, en 1975, el presidente Nixon y el rey Faysal de Arabia Saudí también fueron recibidos en la capital. En la década de los ochenta, constatado el fracaso de los planes quinquenales, Assad optó por una progresiva liberalización económica y política.

La política reformista y pragmática de Assad estuvo siempre condicionada por un objetivo de largo alcance nunca explicitado: la reconstrucción de la Gran Siria. Este eje fundamental explica los zigzags de su política exterior, la intervención en Líbano y sus

31. Siria es el segundo país más poblado del Masriq, con 15,3 millones de habitantes en 1997. La población se divide en árabes (el 89%), kurdos (el 8%) y otras minorías (el 3%). El 75% es sunnita, el 11% alauita, el 3% druso y el 1% ismaelita. También acoge a cristianos y judíos (el 10%).

contradictorias alianzas, aparte de la constante oposición a un Irak gobernado por la otra gran tendencia del Baas. En este mismo sentido hay que entender la guerra contra Israel (1973), los tratados de cooperación y amistad con la URSS (el último se firmó en 1982), las tensiones con Bagdad y el apoyo dado a Teherán y a la coalición internacional en los dos conflictos del Golfo. Todas estas decisiones respondían a la pretensión de hegemonía regional que, según la política gradualista de Damasco, sería un primer paso para la reconstrucción de la Gran Siria.

La Gran Siria fue la cruz de Assad. En primer lugar, el esfuerzo militar perjudicó la economía del país a medida que la caída de los precios del petróleo provocó que disminuyera la ayuda de los países del Golfo. En segundo lugar, forzó una alineación con Moscú que implicó la adopción de un modelo de Estado ineficaz e incapaz de crear las condiciones de base para el crecimiento económico. Finalmente, la adscripción socialista llevó a identificar Damasco como uno de los núcleos del terrorismo internacional.

En la década de los ochenta, las dificultades económicas y las restricciones políticas desembocaron en un creciente malestar social. Aparecieron nuevos signos de inestabilidad que serían ahogados en sangre: en 1980, disturbios en Alep y Hama promovidos por los Hermanos Musulmanes; en 1982, revuelta islamista en Hama, ciudad que el ejército prácticamente arrasó (12.000 muertos en cuatro días); en 1987, nuevo intento de Golpe de Estado. Y, a la postre, el hundimiento del comunismo obligó a redefinir la posición de Siria en el contexto internacional. Durante la invasión de Kuwait, Siria participó en la coalición internacional contra Irak, acción que permitió a Hafiz al-Assad iniciar la reconversión en 1991.

La aproximación a los EE.UU. y a la UE, la liberalización económica y política (liberación de presos políticos, concesión de permiso a los judíos para emigrar al extranjero) y las medidas para favorecer la inversión extranjera fueron algunos de los pasos dados por Damasco con el fin de obtener el reconocimiento internacional (y, sobre todo, la tutela sobre Líbano). Paralelamente, con el fin de revalorizar su papel de potencia entre los países árabes, mantuvo el apoyo a algunos de los grupos radicales que actuaban contra Israel en los territorios ocupados o desde el Sur del Líbano.

El 10 de junio de 2000, Hafiz al-Assad expiraba después de una larga enfermedad. La sucesión fue garantizada por su hijo Basel al-Assad, que había dejado sus prácticas de oftalmología en Londres para ocupar el lugar del primogénito Basil, muerto en un accidente de coche en 1994. Basel al-Assad, teniente coronel del ejército, fue nombrado máximo responsable del partido Baas y candidato a presidente días después de la muerte del "León de Damasco": así se consolidaba una transmisión de poder de corte dinástico en una república formalmente socialista. Los primeros pasos del nuevo presidente mostraron que cualquier

posible disidencia, incluida una hipotética amenaza de su tío Rif'at, exiliado en Europa, estaba controlada, y que el grueso del ejército y del partido único le apoyaba.

Sin embargo, el nuevo líder sirio se enfrentaba a tres cuestiones decisivas. En primer lugar, poner en marcha una profunda reforma económica, política y social para mejorar el nivel de vida del país. En segundo lugar, acabar con la corrupción, los negocios sucios y las redes de tráfico de drogas y contrabando de armamento que operaban desde el mismo entorno presidencial. Las purgas y la operación de limpieza iniciada por Basat al-Assat han contribuido a mejorar la situación y a deshacerse de importantes rivales políticos, como su tío Rif'at o el ex primer ministro y ex Presidente del Parlamento Mihmud al-Zuhbī. Por último, la paz con Israel, que choca todavía con importantes obstáculos, como el trazado de las fronteras (Damasco reclama el retorno a las del 4 de junio de 1967; Tel-Aviv propone las de 1923 –la diferencia es de 20 km^2, que dan acceso al control total del lago Tiberíades–), el control de las aguas de los Altos del Golán y la seguridad del país (Tel-Aviv reclama convertir los Altos del Golán en una zona desmilitarizada y conservar una estación de escucha en el monte Hermón de 2.814 m de altitud).

Líbano

Líbano[32] es un país pequeño (con poco más de 10 mil km^2) muy condicionado por la variada composición de su población, por los efectos directos e indirectos del enfrentamiento araboisraelí y por la política exterior de sus vecinos, muy especialmente de Siria. En 1943, tres años antes de su independencia, se había suscrito el Pacto Nacional, que diseñaba una distribución del poder ajustada a la composición de la población y que satisfacía las burguesías de las dos grandes comunidades religiosas, la maronita y la sunnita. En los años que siguieron a la independencia, el Pacto Nacional garantizó la estabilidad política a pesar de las convulsiones exteriores. Este pacto instauró un régimen de democracia comunitaria basado en el reparto de los cargos de responsabilidad entre las principales comunidades religiosas: la presidencia de la República tenía que corresponder a un cristiano maronita, el jefe del Gobierno debía ser un musulmán sunnita, y la presidencia y la vicepresidencia del Parlamento recaían en un siíta y en un griego ortodoxo, respectivamente.

La política exterior prooccidental del presidente Camille Chamoun (elegido en 1952) y los cambios en la distribución comunitaria de la población provocaron la primera crisis importante. En 1958, los enfrentamientos entre los partidarios de Chamoun y la oposición

32. Según el censo de 1932, el Líbano tenía 785.000 habitantes entre cristianos (el 51,2%) y musulmanes (el 48,8%). Por comunidades, los maronitas constituían el 28,8%; los sunnitas, el 22,4%; los siítas, el 19,6%; los ortodoxos, el 9,7%; los drusos, el 6,8%; los católicos, el 5,9% y otras minorías cristianas, el 6,8%. El *Financial Times* estimaba la población del Líbano en 1984 en 3.575.000 habitantes (sin contar unos 350.000 refugiados palestinos). La distribución había variado bastante desde el Pacto nacional: los siítas eran el 30,7%; los maronitas, el 25,2%; los sunnitas, el 21%; los ortodoxos, el 7%; los drusos, el 5,6%; los católicos, el 4,2%, y otras minorías cristianas, el 6,3%.

llevaron al país a un paso de la guerra civil. La renovación del Pacto Nacional y unas nuevas elecciones dieron paso a un periodo de estabilidad que convirtió al Líbano en un polo de atracción de los capitales regionales, originados por los beneficios de la industria petrolera. La política del nuevo gabinete del general Fu'ad Chehab (*Fu'ad Šihab*) tuvo en cuenta las legítimas aspiraciones de una comunidad musulmana que había pasado a ser mayoritaria y, en consecuencia, se aproximó a Egipto y se distanció de la Siria baasista, lo que provocó conflictos fronterizos en 1963.

La estabilidad se mantuvo hasta el comienzo de los años setenta, pero las crecientes tensiones internas y externas desembocaron en una larga y cruenta guerra civil, que estalló en 1975. Los factores desencadenantes habían sido el creciente desequilibrio entre la evolución demográfica y el reparto del poder fijado por el Pacto Nacional de 1943. La radicalización comunitaria y las dificultades económicas y financieras (crac bancario de 1966) retrajeron entonces la llegada de nuevos capitales. De forma paralela, después de la guerra de 1967, llegaron 400.000 refugiados palestinos (el 15% de la población del país), que se instalaron en campamentos de refugiados y bases militares en el Sur del país, desde donde realizaron acciones contra Israel, que, evidentemente, pretendía alejar a la OLP de su territorio.

Los primeros enfrentamientos entre el ejército libanés (y las falanges paramilitares cristianas) y los palestinos databan de 1969. En 1975, Pierre Gemayel, jefe de las falanges, denunció que la presencia palestina había acabado constituyendo un "Estado dentro del Estado". Durante la primavera, los atentados se sucedieron y, finalmente, se desató la violencia generalizada. Había empezado una larga guerra civil que enfrentaría a las falanges libanesas de Pierre Gemayel y el Partido Nacional Liberal de Camille Chamoun contra los palestinos y los musulmanes libaneses, divididos en diferentes grupos o facciones, entre las que destacaban el Partido Socialista Progresista de Kamal Jumblatt (*Kamal Ğumlaṭ*), de adscripción drusa, y las organizaciones siítas de al-A`mal (prosiria) y, en la década de los ochenta, de Hezbolá (proiraní).

La guerra se internacionalizó rápidamente. En 1976, la intervención siria (consentida por Israel, no desaprobada por los EE.UU. y la URSS y condenada por Irak y Libia) impidió la total derrota cristiana y favoreció la destrucción de los principales campamentos de refugiados palestinos. En 1978, Israel intervino en Líbano y provocó el éxodo hacia el Norte de unas 250.000 personas, en su mayoría siítas, acción que motivó la iniciativa del comandante cristiano Haddad (*Ḥaddad*) de crear un Estado libre del Líbano en el Sur del país. El Consejo de Seguridad de la ONU exigió la retirada israelí y creó una fuerza de interposición en el Sur del país.

En 1982, una nueva intervención de Israel ("Paz en Galilea") reactivó el conflicto. El ejército israelí atravesó la frontera, llegó a Beirut y rodeó las tropas palestinas dentro del

barrio oeste de la ciudad. Después de dos meses de asedio, Yasir 'Arafat, la plana mayor de la OLP y millares de combatientes palestinos abandonaron por mar la ciudad. Pocos días después, las falanges cristianas, bajo la atenta mirada de los soldados israelíes, llevaron a cabo las masacres de los campamentos de refugiados de Sabra y Chatila.

En 1983, la guerra civil alcanzó una nueva dimensión con la aparición de grupos relacionados con el islamismo radical que practicaban una violencia extremista: en octubre, conductores suicidas estrellaban dos camiones llenos de explosivos contra los cuarteles de las fuerzas francesas y norteamericanas con un balance de 58 y 219 muertos, respectivamente; en noviembre, un atentado similar causaba 61 víctimas en el cuartel general del ejército de ocupación israelí en Tiro.

La salida de las fuerzas de la ONU (1984) y del ejército de Israel (1985), el intento no logrado de insurrección contra la permanencia siria (1986), el secuestro de rehenes occidentales y los enfrentamientos de los palestinos y las fuerzas musulmanas "progresistas" contra al-A'mal y contra las fuerzas sirias culminaron, en 1987, con la ocupación de Beirut Oeste por el ejército sirio. Poco después, se produjeron enfrentamientos entre al-A'mal y Hezbolá. En 1989, la economía del país se encontraba ya totalmente malograda, y los conflictos volvían a generalizarse por todas partes entre cristianos, musulmanes, el ejército sirio y las tropas del nuevo presidente, el general Michel Aoun.

Entre el verano y el otoño de 1989, la situación del Líbano se había vuelto insostenible. La cumbre árabe de Casablanca aprobó la iniciativa de Arabia Saudí, Argelia y Marruecos de reunir en Saif (Arabia Saudí) al Parlamento libanés. El 5 de octubre, éste acordó el fin del Pacto Nacional de 1943, atribuyó el mismo número de escaños en el Parlamento a musulmanes y cristianos, decretó la representación de todas las comunidades en el Consejo de Ministros y la aprobación de las cuestiones fundamentales por una mayoría de dos tercios. Además decidió desarmar todas las milicias y pidió a las tropas sirias que se retiraran al mismo tiempo que el ejército israelí. El acuerdo de Saif y el nombramiento de un nuevo presidente, el cristiano maronita Elias Haraui (*Ilyas Harawī*), pusieron fin a la guerra civil.

En la actualidad, el principal problema que preocupa a Beirut es la paz con Israel, que depende fundamentalmente de un acuerdo previo entre Tel-Aviv y Damasco, que quiere que se reconozca su ascendencia sobre Líbano. Por otra parte, la retirada del ejército israelí del Líbano (finales de mayo de 2000) exigía previamente garantías de que Hezbolá dejara de amenazar Galilea desde sus posiciones en el Sur del país.

Jordania

En Transjordania, la larga ocupación británica había dejado como legado un cuerpo militar de elite, la Legión Árabe, la cual se convirtió en el principal apoyo de la monar-

quía de Abdulah y resultó decisiva en la guerra contra Israel (1948-1949) y en la anexión (1950) de Cisjordania y de Jerusalén Este. De la ampliación territorial surgió el nuevo reino hachemita de Jordania, cuya Constitución (1946) establecía un régimen de monarquía parlamentaria.

Abdulah fue asesinado en 1951. El reino pasó entonces a su hijo Talal (*Ṭalāl*), quien abdicó en Hussein (*Ḥusayn*) al cabo de un año por problemas de salud. No obstante, aprovechó su corto mandato para promulgar una Constitución de corte más liberal (todavía vigente) en virtud de la cual el rey compartía el poder con la Cámara de Diputados y el Senado, que ampliaban el total de sus miembros para dar cabida a los palestinos de Cisjordania.

Desde 1952 y hasta su muerte en 1999, el principal problema de Hussein fue mantener la unidad y la viabilidad de un estado de creación artificial, con una importante presencia palestina y sometido a las tensiones de los reiterados conflictos con Israel. Sin embargo, el nuevo rey se convenció pronto de que no había otra salida que la negociación y siguió los pasos de su abuelo, el cual había establecido negociaciones secretas con Tel-Aviv para llegar a un acuerdo territorial sobre Jerusalén y encontrar una alternativa a la ocupación israelí del puerto de ʻAqaba, que había cerrado la salida de Jordania al mar.

Durante los primeros años de su reinado, Hussein tuvo que hacer frente a una oposición que, espoleada por el éxito del Golpe de Estado de los Oficiales Libres en Egipto (1952), pretendía poner fin a la monarquía para instaurar la república y alinear Jordania con los regímenes de los países árabes más radicales. La oposición no aceptó el resultado de las elecciones de 1954, y los disturbios que sacudieron ʻAmmān sólo pudieron sofocarse con una contundente intervención del ejército. Poco después, Hussein se vio obligado a no adherirse al Pacto de Bagdad y a expulsar a Glubb Bajá, el histórico jefe inglés de la Legión Árabe. En 1956, a partir de la crisis de Suez y de la segunda guerra araboisraeliana, Siria desplegó su ejército por el Norte de Jordania. Los días de Hussein y de la monarquía parecían contados, y el rey optó (abril de 1957) por decretar la ley marcial, prohibir los partidos políticos, disolver el Parlamento y suspender la Constitución. Poco después, Washington suministró armas a Jordania y las tropas sirias se retiraron.

Un año más tarde, con motivo del violento Golpe de Estado del general Kassem, Londres y Washington decidieron enviar a dos batallones de paracaidistas para proteger el régimen de Amman y prevenir una posible expansión de la oleada revolucionaria. Así se puso fin a la inestabilidad en Jordania y se afianzó la vocación prooccidental de Hussein. En la consolidación del régimen y la estabilidad de la década de los sesenta, habían resultado fundamentales el apoyo angloamericano, el acuerdo tácito con los Hermanos

Musulmanes de Jordania (próximos a Arabia Saudí) y, sobre todo, la fidelidad incuestionable de las tropas beduinas. Sin embargo, la guerra de 1967 añadió un nuevo elemento de inestabilidad que desembocaría en lo que se conoce como "Septiembre Negro".

> "La guerra de los Seis Días trajo un nuevo e importante cambio en las fronteras del país y en su contingente humano. En 1967, Jordania perdió Cisjordania, que pasó a ser "territorio ocupado", y una nueva avalancha de palestinos refugiados (unos 300.000) atravesó el Jordán para establecerse en la orilla oriental, a menos de cincuenta kilómetros de la capital. Al final de los años sesenta, se calcula que el 60% de la población de Jordania era de origen palestino.
>
> El establecimiento de los mandos de la OLP en Jordania, incluido el radical Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP) del Dr. George Habache (que muy pronto incorporaría la piratería aérea y la toma de rehenes contra la indiferencia occidental ante la situación de los palestinos), constituyó una creciente fuente de preocupación para Hussein. Las acciones de los fedayines contra Israel –con el que Hussein, antes y después de la guerra de 1967, no dejó de mantener contactos secretos– comprometían el régimen de 'Ammañ [...]. En 1970, la situación empeoró rápidamente y Jordania vivió una encubierta guerra civil: reiterados atentados contra el Rey y sus ministros, enfrentamientos entre el ejército jordano y los fedayines, fusilamientos, bombardeos de los campamentos de refugiados palestinos, secuestros de aviones civiles, etc. Finalmente, en septiembre de 1970, amparándose en la fidelidad de la oficialidad y de las tropas de elite beduinas, Hussein decidió aplastar y echar del país a los fedayines, antes de que éstos lo expulsaran a él del poder. Es la operación conocida con el nombre de Septiembre Negro: el 17 de septiembre, un día después de que se instaurara la ley marcial, 55.000 soldados y 300 carros de combate (Patton y Centurión) del ejército jordano se enfrentaron a 40.000 fedayines. Al cabo de unos días, y habiendo causado millares de víctimas (incluidos 3.500 civiles), el ejército controlaba las calles de 'Ammañ y de las principales ciudades del Norte del país [...]. Un año después, los últimos combatientes palestinos abandonaban Jordania para establecerse en Líbano, Siria e Irak, que cerraron las fronteras con Jordania y, junto con otros países árabes, suspendieron las relaciones diplomáticas con 'Ammañ." (Segura, 1997b, págs. 54-55).

La participación jordana en la guerra de 1973 fue muy limitada (la frontera con Israel no llegó a ser escenario de combates importantes), pero sirvió para poner fin al aislamiento de Hussein. En las postrimerías de la década, los acuerdos de Camp David (1978) favorecieron el aislamiento de Egipto y el acercamiento entre Jordania y los palestinos: apertura de una delegación de la OLP en 'Ammañ, autorización para el establecimiento de bases de fedayines en Jordania y, en 1980, visita de 'Arafat a Hussein. A cambio, Hussein recibió la ayuda de los países del Golfo, especialmente durante la guerra Irán-Irak, en la que Jordania se convirtió en la retaguardia y la intendencia del régimen de Bagdad. Éstos serían unos años particularmente buenos para la economía jordana, que Hussein aprovechó para renovar las vacantes del Parlamento (elecciones parciales de 1984).

En 1988, el Rey anunció la renuncia a cualquier reivindicación sobre Cisjordania. La noticia desconcertó a todo el mundo (los mismos jordanos, Israel, la OLP y el resto de los países árabes) y, de rebote, incidió negativamente sobre una economía jordana ya lo suficientemente descalabrada por la disminución de las inversiones de los emigrantes

jordanos en el extranjero y por el fin de la ayuda de los países del Golfo después de la guerra que enfrentó a Irán e Irak.

El seguimiento de las recomendaciones del FMI (liberalización de los precios de algunos de los productos de primera necesidad) desencadenó una importante revuelta, que se extendió rápidamente por todo el país. La revuelta de 1989 hizo que saltaran todas las alarmas, ya que, por primera vez, los notables beduinos (la población palestina no participó en la revuelta) no habían podido contener a sus tribus y guardar así la incuestionable lealtad a la monarquía. El balance oficial de la represión de la revuelta fue de once muertos y treinta y cuatro heridos" (Segura, 1997b, pág. 57).

El Rey, en una reacción inusual y denodada, decidió cambiar el Gobierno y convocar elecciones, que no se celebraban desde 1967. Con una abstención superior al 45%, los independientes más o menos próximos a la Corona obtuvieron 36 escaños; los islamistas, 34 (los Hermanos Musulmanes, 22), y la oposición laica y de izquierdas, la gran derrotada, sólo 10. Estos comicios marcaron el inicio de un proceso de liberalización política, el cual sobrevivió a las vacilaciones y a la enfermedad del monarca.

El fin de la guerra del Golfo (Ḥusayn había intentado, hasta el último momento, encontrar una solución árabe al conflicto e impedir la intervención de la coalición internacional) dejó el país en una situación muy difícil: retorno de 700.000 emigrantes y reducción en 700 millones de dólares de las remesas correspondientes; fin de las exportaciones a Kuwait y a Irak (el 70% del total) y a Arabia Saudí que, además, cortó el suministro de petróleo; pérdida de las ayudas de los países del Golfo (más de 300 millones de dólares); un desempleo superior al 40% de la población activa; una deuda exterior que, en 1996, superaba aún los 8.000 millones de dólares (el 53% del PIB). No obstante, el balance político fue positivo: unanimidad en torno a la figura del rey, perseverancia en la apertura política y firma de un tratado de paz con Israel (1994).

Desde entonces, el régimen de ʻAmmān fue uno de los principales valedores del proceso de paz, y Ḥusayn luchó por sacarlo adelante. En octubre de 1998, su mediación fue decisiva para desbloquear la cumbre de Wye Plantation (EE.UU.), que puso fin a diecinueve meses de parálisis del proceso de paz. Su muerte (7 de febrero de 1999) dejó en manos de su hijo, Abdulah II, el difícil legado de preservar un pequeño país (poco más de cinco millones de habitantes) de los huracanes que arrasan la región, de garantizar que la democracia y la modernización de Jordania pueden superar los retos derivados de la situación geoestratégica de Jordania, y de hacer frente a las dificultades económicas y al peligro de fractura social que se deriva de las mismas.

Oriente Próximo: la península arábiga

Arabia Saudí

La actual Arabia Saudí es consecuencia de la revolución wahhabita del siglo XVIII, adoptada por la tribu de los Ibn Sa'ud, quienes extendieron esta variante del sunnismo por toda la península entre los siglos XVIII y XIX. Más recientemente, 'Abd al-'Azīz III ibn Sa'ud, imam de los wahhabitas, logró conquistar la región de al-Higaz y las ciudades santas de Medina y la Meca entre 1924 y 1925. Dos años más tarde, se creó el primer reino wahhabita de la Arabia central (al-Higaz, Nagd y dependencias), que adoptó el nombre de Arabia Saudí en 1932.

> "[El wahhabismo] constituye la religión oficial de Arabia Saudí y de otros estados de la península arábiga. Es una variante doctrinal del islam sunnita que se inspira en la reforma del jurista hanbalita Ibn Taymiyya (1263-1328) y tiene por fundador a Muhammad ibn 'Abd al-Wahhab (1703-1791), que se unió y convirtió a la tribu de los Ibn Sa'ud. Como recuerda Olivier Roy, el wahhabismo insiste en el principio de la unicidad de Dios, rechaza el culto a los "santos" (tan presente en el sufismo y en el islam popular, especialmente en el Magreb) y el peregrinaje y la oración sobre sus tumbas (en el siglo XVIII los wahhabitas destruían las tumbas de los "santos"), considera herejes a los siítas y declara infieles (no sólo pecadores) a los musulmanes que no siguen estrictamente los preceptos islámicos. También condena la música, la poesía, el tabaco, la risa, etc., rechaza cualquier interpretación del islam anterior a su revolución y sólo reconoce como fuentes sagradas el Corán y la Sunna. El wahhabismo es un islam estricto y puritano, pero políticamente no revolucionario: su futuro está unido al de una monarquía, concepto que, sin embargo, no aparece en el Corán ni en la Sunna." (Segura, 1997b, págs. 94-95).

Arabia Saudí representa la variante absolutista de lo que se denomina *tribalismo dinástico*[33] y, al mismo tiempo, es el ejemplo más claro de la importancia que reviste la industria del petróleo (es su primer productor mundial) en la configuración de la economía (paso de la ganadería nómada a la industria petroquímica) y de la sociedad (hoy más del 80% de la población beduina reside en ciudades). Un tercer factor que singulariza el caso de Arabia Saudí es el hecho de ser el "guardián" de los dos principales lugares santos del islam, la Meca y Medina, lo que convierte a todo el país en *horm* (*hurm*) ('territorio sagrado prohibido' –en principio– a los no musulmanes y al ejercicio de cualquier otro culto). Esta singularidad religiosa provocó fuertes tensiones con motivo del despliegue de las tropas de la coalición internacional durante la Guerra del Golfo.

33. El tribalismo es todavía el elemento común que define los regímenes políticos de los países de la península arábiga. Pese a esto, aún hay matices: tribalismo dinástico absoluto (Arabia Saudí, Unión de los Emiratos Árabes, Omán y Qatar), tribalismo dinástico liberalizado (Bahrein, Kuwait) y tribalismo republicano militar "nacionalista" (el antiguo Yemen del Norte) o "marxista" (el antiguo Yemen del Sur).

Desde la constitución del reino, la familia Sa'ud ha garantizado la continuidad dinástica. Sin embargo, Sa'ud ibn 'Abd al-'Azīz III, sucesor de 'Abd al-'Azīz III ibn Sa'ud, tuvo que aceptar la imposición de un príncipe heredero en la figura de su hermano, el emir Faysal, para poner fin a las pugnas entre los clanes de la familia reinante y sus aliados. Las tensiones entre ambos hermanos fuerons constantes durante el reinado de Sa'ud (1953-1964), quien, después de los problemas provocados por la mala gestión real y por la creciente oposición naserista (1958 y 1962), se vio obligado a ceder plenos poderes a su hermano Faysal. Finalmente, el 2 de noviembre de 1964, en plena crisis del Yemen del Norte y después de la escisión dinástica de los Emires Libres (jóvenes miembros de la familia real que se proclamaron republicanos y naseristas y se exiliaron a Egipto en 1963), el Consejo de Emires y el Consejo de Ulemas destituyeron a Sa'ud alegando motivos de salud y proclamaron rey a su hermano Faysal. [34]

El mandato de Faysal (1964-1975) se caracterizó por una tímida modernización del régimen (sobre todo en el ámbito de la administración), el cual continuó sin adoptar una Constitución ni abrirse a la democracia. Por otra parte, gracias a las exportaciones de petróleo y al sistema de *joint-ventures* (la inversión extranjera directa estaba prohibida y había que recurrir a establecer convenios con empresarios y negociantes del país), los grandes comerciantes y financieros, los tecnócratas y los militares estaban llamados a construir los fundamentos sociales del nuevo Estado saudita. Cuando el rey murió en un oscuro atentado, en 1975, fue sustituido por su hermano Halid, que gobernó hasta 1982 y disfrutó del segundo *boom* petrolero (el precio del barril de 34 octanos pasó de 11,65 dólares en 1974 a 34 dólares en 1981).

Las rentas del petróleo han ocultado durante mucho tiempo la miseria y la marginación legal en que viven los inmigrantes procedentes de otros países árabes (casi la cuarta parte de la población total) y el malestar de unos jóvenes sauditas, mejor educados y más urbanizados que sus padres, que no encuentran acomodación en el sistema. Los brotes de violencia y la caída de los precios del petróleo marcaron el reinado de Fahd ibn 'Abd al- 'Azīz, que sucedió a su hermano Halid en 1982. Hoy en día el rey Fahd supera los 80 añs de edad y sus graves problemas de salud le apartaron *de facto* del poder ya en 1995. Su hermanastro 'Abd 'Alah, príncipe heredero y actual hombre fuerte del régimen, tiene 78 años, y el príncipe Sultan, tercero en la línea sucesoria, 77.

Hace unos años, el malestar social se intensificó a causa del empeoramiento de la situación económica: los precios del petróleo sufrieron un fuerte descenso, la custodia de los lugares santos del islam generaba más pérdidas que beneficios y la deuda exterior su-

34. El poder de los monarcas de los regímenes de tribalismo dinástico absoluto no disfrutan de poder ilimitado, contrariamente a lo que se piensa. En Arabia Saudí, el rey debe respetar los pactos de los clanes de la familia reinante con sus aliados y las decisiones de los representantes del estamento político (Consejo de Emires) y religioso (Consejo de Ulemas).

peraba los diecisiete mil millones de dólares antes de la guerra del Golfo. En 1991, la presencia de 500.000 soldados extranjeros y no musulmanes en "tierra santa del islam" minó el poco prestigio interior y exterior que conservaba el régimen gerontocrático de los Ibn Sa'ud, acusados de acumular una gran fortuna personal.[35] Desde entonces, los atentados islamistas contra la presencia norteamericana (diecinueve muertos y centenares de heridos en junio de 1996), las manifestaciones y las protestas, sacuden la vida de un país donde se reprime duramente toda oposición, y donde el poder duda entre aceptar las consecuencias transformadoras de la mundialización y reconsiderar el papel de la mujer en la sociedad saudita o bien impedir cualquier conato de reforma.

Los recientes atentados del 11 de setiembre de 2001 pusieron de manifiesto la profunda crisis política e institucional de Arabia Saudí. La creciente competencia de las plataformas petroleras del Mar del Norte, del Golfo de México y de Nigeria han reducido el papel de la OPEP en las exportaciones de crudo y, aunque Arabia Saudí sigue siendo el principal exportador, han producido una caída de los precios en términos reales. El régimen ya no puede garantizar ni el nivel de vida ni los privilegios que venía dispensando a los saudíes. El discurso religioso fundamentalista y la contestación de la presencia de soldados norteamericanos en la península ganan adeptos entre una gran parte de la población saudí para quien Osama bin Laden se ha convertido en una referencia, en un héroe y en un mártir. La connivencia de las clases privilegiadas del reino (y de las de la Unión de Emiratos Árabes) con la organización de Bin Laden se evidenció en la investigación seguida para conocer los mecanismos de financiación de los atentados del 11 de setiembre. El hecho de que entre 13 y 15 de los 19 piratas aéreos suicidas que atentaron contra las Torres Gemelas en Nueva York y contra el Pentágono en Washington (el tercer avión se estrelló antes de alcanzar su objetivo) tuvieran pasaporte o visado saudí parece evidenciar esta estrecha relación entre determinados grupos de la clase dirigente saudí y la organicación Al Qaeda (*al-Qa`ida*). Además, la implicación del príncipe Turki bin Faysal (jefe de los servicios de inteligencia saudíes hasta agosto del 2001) en la creación, a mediados de los años ochenta, del centro de reclutamiento islamista de Peshawar, donde por primera vez hizo acto de presencia Bin Laden, apunta a la implicación del règimen saudí en la financiación de tramas islamistas que se han convertido en organizaciones terroristas que tienen por escenario de actuación el mundo entero.

35. En un libro demoledor, Jean-Michel Foulquier ha acusado a la familia real de quedarse con una comisión (30- 40%) por cada contrato de compra de armamento y ha estimado la fortuna del rey Fahd en veinte mil millones de dólares. Además, hay que añadir los doce palacios que posee en Arabia Saudí, el búnker NBC (protección contra las armas nucleares, bacteriológicas y químicas) que se hizo construir después de la Guerra del Golfo, los yates, los palacios que tiene en Cannes, Ginebra y Marbella, una extensa propiedad cerca de París y una isla artificial comunicada con la península por una autopista. Al mismo tiempo, no obstante, esta misma fortuna financia distintos movimientos islamistas de carácter religioso y la construcción de mezquitas por todo el mundo.

Los otros países de la península arábiga

República del Yemen

Excepto el futuro Yemen del Norte (1911) y Arabia Saudí (1932), los países de la península arábiga no alcanzaron la independencia hasta muy entrada la segunda mitad del siglo. El primer país en proclamarse independiente fue Kuwait (1961) a causa de las presiones de Arabia Saudí e Irak para anexionárselo. El segundo país fue Yemen del Sur (1967), donde la oposición nacionalista obligó a los británicos a abandonar el protectorado de Adén. Finalmente, la guerra de los Seis Días fue el catalizador que favoreció la independencia del resto de los países de la península (Bahrein, Omán, Qatar y la Unión de los Emiratos Árabes) en 1971. Los países independientes adoptaron regímenes monárquicos tradicionales (tribalismo dinástico absoluto o liberalizado), lo que reforzaba el liderazgo de al-Riyad y la alineación prooccidental. Las excepciones fueron Yemen del Sur, donde se proclamó una República Popular (comunista) y Yemen del Norte, donde el destronamiento de al-Badr (1962) dio paso a la República Árabe del Yemen.

En Yemen del Norte, el destronamiento del imam al-Badr y la proclamación de la República llevaron a la guerra civil (1962-1970), en que se implicaron Egipto, que dio apoyo a los republicanos, y Arabia Saudí y Gran Bretaña, que ayudaron a los partidarios del imamato. Después del conflicto, se optó por aprobar una Constitución republicana conservadora y respetuosa con los preceptos islámicos. Sin embargo, la falta de recursos económicos, la corrupción y la ineficacia administrativas, y la división del ejército favorecieron reiterados Golpes de Estado militares hasta el proceso de modernización y democratización iniciado por el presidente Ali Abdulah al-Salih (*'Alī 'Abd 'Allah al-Sālih*) en 1978.

La independencia de Yemen del Sur (1967) se tradujo en el inicio de una guerra civil entre los dos grandes movimientos que habían protagonizado la lucha armada contra la presencia británica y en el seno del Frente Nacional de Liberación (FNL). En 1970 se impuso el ala izquierdista del FNL, que proclamó la República Democrática Popular de Yemen e inició un proceso de aproximación a Moscú (Tratado de cooperación y amistad de 1979) y a los regímenes socialistas. Poco más tarde, la lucha por el poder en un país extremadamente pobre, con una sociedad mayoritariamente tradicional, pero sometida a la rígida ortodoxia marxista, comportó una nueva y cruenta guerra civil (1985-1986).

La unificación del Yemen (1990) implicó un camino largo y difícil, agravado por las tensiones generadas por el descubrimiento de petróleo (1988) en la frontera entre los dos países hermanos. La voluntad de unificación, sin embargo, muy viva entre la población yemenita, acabó imponiéndose. Por otra parte, el apoyo a Irak de parte de ambos Yemen después de la unificación supuso el retorno de un millón de emigrantes expulsados de Arabia

Saudí. Las elecciones de 1993 confirmaron la supremacía política del Norte y de ʻAlī ʻAbd ʻAllah al-Sallāh, pero originaron una nueva guerra civil (1994). En los últimos años, la corrupción y las dificultades económicas alimentan una creciente contestación frente al régimen.

Kuwait

Kuwait es un feudo de la familia al-Sabah (*al-Ṣabāḥ*), que gobierna el país desde el siglo XVII. La independencia (1961) dio paso a una experiencia constitucional y democrática efímera y limitada (el emir nombraba una Asamblea con las mínimas atribuciones, y el voto era masculino y limitado a los que podían probar su ciudadanía desde 1920), que fue restringida y sustituida por una política autoritaria en 1976. En 1981, el emir Yabar al-Ahmad al-Sabah (*Ǧābar al-Aḥmad al-Ṣabāḥ*) accedió a reinstaurar plenamente la Constitución y se celebraron elecciones al Parlamento, sin autorizar ni legalizar, no obstante, los partidos políticos.

Sin embargo, la discriminación legal de los inmigrantes árabes y musulmanes (casi los dos tercios de la población total), la creciente contestación política y la oleada de atentados de grupos extremistas contra la presencia extranjera (embajadas de Francia y de los EE.UU.) y contra el mismo emir (1985) afectaron a la sociedad kuwaití. Todo ello, y la poca vocación constitucional de la familia al-Sabah, llevaron a una nueva suspensión de la Constitución en julio de 1986. En el momento de la invasión iraquí (agosto de 1990), la Constitución continuaba en suspenso.

Las carencias constitucionales se compensaban con el elevado nivel de vida que proporcionan las exportaciones de petróleo: financiación estatal de la vivienda; uno de los mejores servicios sanitarios del mundo, que se ha traducido en una de las esperanzas de vida más elevadas (76,2 años durante el periodo 1995-2000), y un sistema educativo obligatorio y gratuito (la escolarización infantil alcanzaba el 100% en 1974), que incluye la alimentación de los escolares y las bolsas de estudios superiores en el extranjero, aunque sólo para los hombres. Por otra parte, hasta la invasión de 1990, Kuwait supo aprovechar las rentas petroleras para financiar el desarrollo de una economía sólida y relativamente diversificada. Al mismo tiempo, desde el fin de los años sesenta, se emprendió una agresiva política financiera que esparcía las inversiones kuwaitíes por todo el mundo industrializado.

El 26 de febrero de 1991, después de siete meses de ocupación iraquí, Kuwait fue liberado. Entonces, el Gobierno tuvo que enfrentarse a una tarea ingente: apagar los casi 700 pozos de petróleo incendiados y alcanzar el nivel de producción anterior a la guerra; restaurar el suministro de agua y de electricidad; rehacer las listas de ciudadanos, y desarmar

a los kuwaitíes de la resistencia y de las tribus. Todo esto debía hacerse con una población reducida por miedo a ser desbordados de nuevo por una inmigración extranjera que exigía demasiadas contraprestaciones. Tampoco se podía recurrir a las inversiones en el extranjero (unos 100 mil millones de dólares) porque, como en el caso KIO en España, habían desaparecido literalmente en adquisición de armamento y en ayudas para los más de cuatrocientos mil exiliados kuwaitíes. De forma paralela, el retorno a la legalidad constitucional se llevaba a cabo dentro del marco de la limitada Constitución de 1961.

Después de la guerra se observaron algunos cambios, aunque lentos, en la estructura política del Emirato. Las elecciones legislativas de 1992 y 1996 llevaron al Parlamento a una cualificada minoría islamista, a una mayoría liberal y a una importante representación beduina, que, a pesar de su fidelidad al emir, reclamó unas prestaciones sociales que el Estado no podía satisfacer. En las elecciones legislativas anticipadas de 1999, la oposición consiguió 36 de los 50 escaños y paralizó las leyes promulgadas por el emir (en especial la que concedía el voto a las mujeres y les daba la posibilidad de ser elegidas). Por otra parte, los problemas de salud del propio emir (76 años), del primer ministro y del príncipe heredero (72 años), enfrentado a un gobierno dominado por la oposición, y del resto de miembros de la familia real con derecho a la sucesión (todos entre los 72 y los 73 años) provocaron una crisis política y la dimisión del Gobierno en enero del año 2001. En la composición del nuevo Gobierno se dio representación a la oposición, aunque la familia real seguía conservando los ministerios claves. En los últimos años, los trabajadores egipcios han protestado por las malas condiciones de vida (revuelta de noviembre de 1999, que se saldó con varios muertos), y, con motivo de la Intifada de Al-Aqsa en Palestina, se han producido las primeras manifestaciones antiamericanas.

Omán

El segundo estado más extenso de la península arábiga, Omán, está gobernado desde el siglo XVIII por la dinastía de los Bu Sa'id (*Abu Sa'īd*), y nunca ha sido propiamente una colonia británica a pesar de la fuerte influencia de Londres en el imamato. En la segunda mitad del siglo XX, la pobreza y la rigidez politicorreligiosa provocaron un creciente descontento popular e impulsaron la revuelta armada de la región de Dhufar. Con el fin de cerrar el paso a la revolución, los servicios secretos británicos decidieron dar apoyo al Golpe de Estado que llevó a cabo el hijo del sultán, Qabus ibn Sa'īd (1970). Un año después, Omán alcanzaba la independencia.

El nuevo sultán se propuso poner fin a la revuelta de la región de Dhufar y modernizar el país. La paz llegó en 1976, pero la modernización del país todavía tardó: en 1997 se aprobaba el primer código del estatuto personal y se instituía un Consejo de Estado, un Consejo

de Omán, un Tribunal Supremo, y se separaron los ministerios de Justicia y de Asuntos Religiosos (es el único país musulmán de obediencia ibadita –el 60% de la población es jariyita–; esta particular adscripción religiosa data de un primer imamato jariyita fundado ya en el siglo VIII).

En lo que concierne a política exterior, Omán se ha caracterizado por la diferencia respecto del resto de los países de la región. Reconoció implícitamente al Estado de Israel desde su inicio y autorizó la apertura de una representación comercial israelí en el país en 1996 y, al mismo tiempo, dio apoyo a la ANP (legación diplomática en Gaza desde 1997). No rompió las relaciones con Egipto después de la firma de los acuerdos de Camp David y todavía hoy mantiene excelentes relaciones con Irán, incluso después de 1979 y de la guerra Irán-Irak. Por otra parte, no forma parte de la OPEP ni de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP).

Bahrein

Un archipiélago formado por treinta y tres pequeñas islas configura el imamato de Bahrein, el país menos extenso de la región y también el más densamente poblado (inmigrantes en una tercera parte). Fue el primer país en diversificar su economía para hacer frente al agotamiento progresivo de las reservas de petróleo (industria de refinado, producción de aluminio y de gas natural, construcción naval, servicios financieros y bancarios, turismo, sede de la Universidad del Golfo). El Parlamento y la Constitución fueron abolidos en 1975 y, desde entonces, no han cesado las reivindicaciones políticas reclamando su reinstauración y ciertas mejoras sociales (integración de los siítas, que representan entre el 15 y el 30% de la población).

La sucesión del antiguo emir (muerto en marzo de 1999) por su hijo Hamad ben Isa El Halīfa (*Ahmad ibn 'Isa al-Halīfa*), ha comportado cambios importantes en el camino de la normalización constitucional del país. Así, en febrero de 2001, se aprobó en referéndum una Constitución que prevé el restablecimiento del Parlamento y la conversión del Emirato en una monarquía constitucional.

Qatar

El wahhabismo es la religión oficial del país menos poblado de la península arábiga, Qatar, paradigma de emirato petrolero. En 1974, el Estado tomó el control total de los yacimientos y de las compañías petroleras que operaban en el país y, con las rentas del petróleo, financió la modernización económica (refinado de petróleo, industria petroquímica) y social (educación, sanidad, transportes). Sin embargo, el conservadurismo reli-

gioso y político que caracterizan al país no pudo ser modificado ni por la tímida reforma política de 1979 ni por la revuelta de palacio de 1995, en la que el jeque Ḫalīfa ibn ʻAlī al-Ṯānī fue sustituido por su primogénito, el jeque Aḥmad ben Ḫalīfa.

Con todo, no parece que se haya desarrollado un movimiento opositor importante y, como en otros países productores de petróleo, sólo el problema de una mano de obra inmigrante bastante marginada proyecta una sombra de incertidumbre sobre la futura estabilidad del país.[36] También podrían aparecer nuevos problemas a causa de las disputas fronterizas (terrestres o de los fondos marinos) con Arabia Saudí, la Unión de los Emiratos Árabes, Irán o Bahrein (tensiones en 1986 y en 1991), aunque, en marzo de 2001, el emirato aceptó la decisión de la Corte Internacional de Justícia que concedía la soberanía de las islas Hawar a Bahrein. El nuevo jeque, Aḥmad ben Ḫalīfa, impulsó un proceso de liberalización política (se comenzó a redactar un proyecto de Constitución) y económica (apertura del país a las inversiones extranjeras). Al mismo tiempo, dejó total libertad de expresión a la cadena privada de televisión Al-Yazira que, a pesar de las protestas de muchos países vecinos, introdujo un tipo de programación diferente y crítica en relación con los poderes establecidos y los regímenes, y que jugó un papel trascendental a la hora de poder constrastar la información sobre lo que sucedía en Afganistan tras la crisis abierta por los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Unión de los Emiratos Árabes

La Unión de los Emiratos Árabes es una federación de emiratos que abarca 83.000 km^2, con 2,4 millones de habitantes. Los emiratos más importantes son Abu Dhabi (*Abū Ẓabī*) (87% del territorio, 41% de la población y 60% de la riqueza), Dubai (5%, 26% y 25%) y al-Šāriqa (3%, 17% y 12%).

Los jeques de Abu Ẓabī y de Dubai pasaron a ser Presidente y Vicepresidente de la Unión de los Emiratos Árabes, federación que se constituyó en Estado independiente en 1971. Se adoptó una Constitución (todavía vigente en la actualidad) que preveía la división de cargos según la importancia y la riqueza de los dos emiratos principales. La evolución de la Federación va estrechamente vinculada a los recursos petroleros, que han permitido la diversificación de la economía (agricultura intensiva desarrollada en invernaderos, industria de refinado, producción de aluminio), la creación de una moderna infraestructura de comunicaciones y la ampliación de los servicios sociales.

36. Al comienzo de la década de los noventa, "con una población estimada de unos 350.000 habitantes, la población extranjera se aproximaba al 70% del total y al 90% de la población activa: 75.000 paquistaníes; 35.000 hindúes; 20.000 iraníes; 18.000 de Bangla Desh; 30.000 palestinos; 15.000 jordanos, libaneses, egipcios y sudaneses y 10.000 europeos (incluidos 8.000 británicos)" (Segura, 1997b, pág. 120).

No obstante, el petróleo ha transformado también las estructuras demográficas de los emiratos: entre 1964 y 1978, las necesidades de mano de obra fueron tan acusadas, que la inmigración aumentó la población total de 85.000 a 861.700 habitantes. En 1993, se llegaba a 1.710.000 habitantes y, al final de la década, se habían superado ya los 2.400.000, más de la mitad inmigrantes (árabes y, sobre todo, indopakistaníes).

La cuenca del Nilo

Egipto: Nasir y el arabismo

Egipto accedió a la independencia en 1922 y adoptó rápidamente como forma de Estado la monarquía Constitucional (1924). Las primeras elecciones legislativas fueron ganadas por el partido nacionalista Wafd, del primer ministro y abogado Zaġlul Bajá. Sin embargo, la independencia no puso fin a la presencia extranjera, y los disturbios y desórdenes de carácter nacionalista y antibritánico se convirtieron en una constante durante todo el periodo de entreguerras, hasta que, en 1936, se firmó el tratado angloegipcio que establecía la retirada progresiva del ejército imperial. Aquel mismo año murió el rey Fu'ad I y fue sucedido por su hijo Faruq.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los Hermanos Musulmanes (asociación reformista religiosa y educativa creada por Hasan al-Banna en 1928 en Ismailía) emprendieron una campaña de atentados contra la presencia británica, mientras El Cairo pedía a la ONU la retirada definitiva británica de Egipto y de Sudán. Al mismo tiempo, la humillante derrota ante Israel en 1949 –de la cual se hizo responsable a la Monarquía y al Gobierno por su sumisión a los intereses extranjeros– alentó un creciente sentimiento nacionalista que desembocó en el Golpe de Estado de los Oficiales Libres, el 23 de julio de 1952. La monarquía fue abolida y se proclamó la República. Gamal 'Abd al-Nasir fue nombrado como primer Presidente (*ra'īs*) en 1954. Nasir implantó un régimen de carácter presidencialista, estatalista y de partido único (la Unión Nacional) y, en el contexto de la guerra fría, optó claramente por el bloque del Este.

Después de participar en la conferencia de Bandung (1955), donde, a pesar de su evidente aproximación a la URSS, defendió el "neutralismo activo" de los países afroasiáticos, Nasir impulsó la creación (1958) de la República Árabe Unida (RAU), encabezada por Egipto, como respuesta de los países socialistas al pacto de Bagdad (1955). La salida de Siria de la organización (1961) puso fin al proyecto panarabista. En este contexto de guerra fría, tuvo lugar la segunda guerra araboisraeliana, que concedió un enorme prestigio a Nasir a pesar de la derrota real.

Los orígenes de la segunda guerra araboisraeliana hay que buscarlos, en última instancia, en la decisión del Banco Mundial de negar la ayuda financiera solicitada por Egipto para construir la presa de Asuán. La negativa llevó a Nasir a nacionalizar la Compañía del Canal de Suez y, entonces, Francia y Gran Bretaña (principales accionistas) decidieron intervenir militarmente, con el apoyo de Israel. El 29 de octubre de 1956, Israel iniciaba la guerra con la ocupación del Sinaí y, días más tarde, la aviación francobritánica bombardeaba los aeródromos y otras posiciones egipcias. La acción fue condenada por la opinión pública internacional, y los EE.UU. y la URSS solicitaron la intervención de los cascos azules de la ONU como fuerza de interposición.

En suma, a pesar de la derrota, Egipto y Nasir serían considerados como los vencedores morales, puesto que habían resistido ante una coalición de fuerzas agresoras en la que figuraban las dos principales potencias coloniales del momento. Así, la guerra de 1956 consagró durante una década el carisma de Nasir y la admiración de todo el mundo árabe por el socialismo egipcio. Serían los años de los cambios: nacionalización de la economía (banca, seguros, compañías de navegación, industrias pesadas), consolidación de la hegemonía del partido único (la Unión Socialista Árabe, a partir de 1962) y creación de la RAU.

"En 1952, el golpe de estado de los Oficiales Libres en Egipto y, dos años más tarde, la llegada al poder de Nasir significaban el triunfo del arabismo en el país más importante y de más prestigio del mundo árabe por su historia y por su potencial demográfico. Durante más de una década, el liderazgo de Nasir y del arabismo serían indiscutibles, sobre todo después de la victoria moral obtenida en la guerra contra Israel (y contra Francia y Gran Bretaña), en 1956. Dos años más tarde, la unión de Egipto y Siria para formar la República Árabe Unida (RAU) provocó que aumentaran el arabismo y el prestigio de Nâ.sir, que ya había salido muy fortalecido de la conferencia de Bandung. La independencia de Argelia y la victoria del Frente de Liberación Nacional (1962), la llegada al poder del Baas en Siria (1963) y en Irak (1968), y de Gaddafi en Libia (1969) marcaron el cenit de la expansión y de la credibilidad del arabismo político. En cambio, las derrotas de 1967 y 1973 anunciaron su final y apuntaron a un progresivo descrédito de su discurso entre las masas árabes.

El nacionalismo árabe –arabismo– se vio atrapado desde el principio en una doble contradicción que, a la larga, determinó el fracaso y limitó la capacidad de respuesta ante la doble acometida política del islam radical (en concreto, de los Hermanos Musulmanes y, más adelante, del Frente Islámico de Salvación en Argelia) y, también, de forma algo solapada, de las monarquías conservadoras del Golfo (especialmente de Arabia Saudí). Por una parte, en las versiones más elaboradas del arabismo, se proclamaba un panarabismo que, a la hora de la verdad, resultaba limitado por unas fronteras heredadas del colonialismo (pero, al mismo tiempo, sancionadas por las luchas nacionales de liberación), por las diferentes realidades sociales, económicas y políticas que se habían acabado configurando en los diferentes países árabes e, incluso, por el artículo 3 de la Carta de la Organización para la Unidad Africana (OUA), que insta a respetar "la intangibilidad de las fronteras coloniales". La guerra fría y la adhesión a uno de los dos bloques todavía establecían más diferencias, al mismo tiempo que, con frecuencia, atizaban conflictos entre los diferentes países árabes. Para hacer frente a la actuación de todos estos elementos centrífugos, ni siquiera quedaba el recurso retórico a la *umma* o comunidad de los creyentes, ya que el carácter laico del arabismo y la diversidad religiosa lo impedían. Por otra parte, los intentos de modernización del arabismo toparon con las dificultades inherentes a la dependencia económica del exterior (incluidas la URSS y la Europa del Este) y al subdesarrollo y, sobre todo, toparon con resistencias y problemas a la hora de conseguir una distribución más justa de los recursos. De este modo, la mayoría de los regímenes de partido único basados en el arabismo se dis-

tanció progresivamente de su base social en la medida en que la mayor parte de la población (que continuaba siendo profundamente religiosa y adoptaba actitudes y comportamientos nada "modernos") participaba a duras penas de los beneficios económicos (ni siquiera en los países donde las exportaciones y los elevados precios del petróleo entre 1973 y 1986 proporcionaban elevadas rentas). En definitiva, el supuesto enfrentamiento entre modernidad y tradición ha sido, a menudo, irreal y falso, ya que la modernidad sólo ha beneficiado a unos cuantos, muy pocos (la clase política y militar, los funcionarios de la Administración del Estado, la elite financiera y las profesiones liberales), mientras que la tradición se convertía en el refugio de los pobres y de los desheredados.

En conclusión, el islam político puede acusar hoy, como ha sucedido dramáticamente en Argelia, el arabismo y los regímenes políticos que lo hicieron suyo, de haber provocado la ruptura de la *umma* –la afirmación del estado nación, consustancial al régimen de partido único, separa más que une– y de haber traicionado, con una modernidad importada de Occidente y basada en sus valores culturales y religiosos, los principios básicos del islam. Especialmente duras fueron –y son todavía– las críticas dirigidas a la figura y al papel de Nasir en todo este proceso de aculturación y sumisión del islam a la modernidad occidental. El raís egipcio es acusado de haber engañado a la comunidad de los creyentes al reducir la *umma* sólo a la arabidad, y de haber ocultado así su islamidad, que es la que constituye su carácter fundamental. "Es el islam el que ha dado fuerza a los árabes y no al contrario", precisa [el islamista moderado marroquí] Abdesalam Yasín." (Segura, 1997b, págs. 245-247).

En 1967, la guerra de los Seis Días (5-10 de junio) representó un nuevo revés para Egipto y el régimen panarabista de Nasir: la aviación fue destruida antes de elevarse de los aeródromos militares, el ejército quedó rodeado en el Sinaí y, en sólo cuatro días, las tropas israelíes llegaron al canal de Suez. De forma paralela, Nasir debía hacer frente a la creciente contestación de los Hermanos Musulmanes, quienes habían intentado poner fin a la vida del presidente en 1955 y en 1965. Esta asociación islamista fue revitalizada por los discursos y la obra innovadora de Sayid Qotb (*Sayyīd Qutb*), cuya ejecución fue decretada, finalmente, por Nasir en 1966.[37]

En 1970, murió el raís y Anwar al-Sadat ocupó la presidencia. El nuevo presidente inició un proceso de distanciamiento de la URSS (expulsión de los 15.000 asesores soviéticos) y de aproximación a los EE.UU. No obstante, en 1973 empezaba la cuarta guerra araboisraeliana, el último enfrentamiento entre Egipto e Israel. En los primeros días, Egipto llevó la iniciativa, penetró en el Sinaí y recuperó una parte del prestigio perdido, de manera que, a pesar de la contraofensiva israelí (el ejército de Israel atravesó el canal de

37. Sayyīd Qutb fue el principal opositor islamista al régimen de Nasir y el gran ideólogo de los Hermanos Musulmanes en la década de los sesenta. El pensador egipcio consideraba que el mundo había pasado a ser todo él *ğāhiliya*, es decir, 'ignorancia' y 'barbarie', como la Arabia anterior a la predicación del Profeta. La característica de esta nueva *ğāhiliya* es la idolatría, ya que "los hombres ya no adoran al Dios único (Alá), sino a uno parecido a ellos, que ha usurpado la soberanía divina, garante de la justicia sobre la tierra: el déspota, el Faraón. Éste gobierna siguiendo sus caprichos, ignorando los mandamientos del Libro revelado, y encarna la injusticia". Así pues, el buen musulmán debe "romper" con el mundo, porque "ya no existe ninguna sociedad musulmana". El buen musulmán debe "luchar por acabar con la barbarie y construir sobre sus escombros el Estado islámico". La obra de Qutb se convirtió en fuente de inspiración de la mayor parte del islam radical y del ayatolá Jomeinī y fue completada con las aportaciones del ingeniero egipcio 'Abd al-Salam Faraǧ, que rescató el concepto de *ğihād* o "guerra santa" para combatir la corrupción y la barbarie: "el combate os está prescrito" (*Corán*, sura II, versículo 216). Para Faraǧ, en el mundo de hoy, la guerra santa ("el combate perpetuo para transformar el mundo no musulmán en musulmán") sólo puede adoptar la forma de lucha armada contra los malos gobernantes musulmanes. En cambio, para el marroquí Yasīn la *ğihād* es "un combate único en dos frentes, la educación y la política, con el fin de cambiar las relaciones del hombre con Dios, con los otros hombres y con la naturaleza; con el fin de cambiar las mentalidades, los sentimientos y las estructuras políticas, sociales y económicas".

Suez y amenazó El Cairo), la derrota no tuvo el carácter humillante y amargo de la de 1967.

Después de la guerra, Sadat rompió los últimos vínculos con la URSS, completó la aproximación a los EE.UU. y pasó a ser el principal garante del Estado de Israel.[38] Como muestra de ello, visitó Jerusalén y pronunció un discurso histórico ante el Parlamento israelí en 1977. En los dos años siguientes, Egipto e Israel firmaron los Acuerdos de Camp David y el Tratado de paz de Washington, que favoreció el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países en 1980 y comportó la expulsión de Egipto de la Liga Árabe (1980-1987). Sin embargo, Israel abandonó el Sinaí (1980-1982) y Egipto recuperó los yacimientos de petróleo y el control del canal de Suez, que se abrió de nuevo a la navegación.

El proceso de aproximación a los EE.UU. pasó por una liberalización económica y política que incluyó la adopción de un plan de austeridad (1976) y la sustitución formal del régimen de partido único por un multipartidismo limitado (1976). Sadat implantó, no obstante, un régimen muy personalista que favoreció el nepotismo y la corrupción. Los disturbios y las revueltas se hicieron frecuentes (1971, 1972, 1975, 1976 y 1977) y alimentaron la oposición de los Hermanos Musulmanes y la multiplicación de grupos del islam radical. Uno de ellos asesinaba a Sadat en octubre de 1981.

Hosni Mubarak (*Ḥusnī Mubārak*), el sucesor de Sadat, recibía un país en plena recesión, con más de cuarenta millones de habitantes de mayoría musulmana, pero con una importante minoría copta (seis millones de habitantes, mil iglesias y seis monasterios en las postrimerías de los ochenta). El ritmo de crecimiento anual se acercaba a las novecientas mil personas y la población urbana, alimentada por un intenso éxodo rural, crecía mucho más rápidamente que la población total (constituía el 50% de ésta). Las ciudades (especialmente el Gran Cairo, donde vivía entre la tercera y la cuarta parte del total de habitantes) presentaban problemas evidentes de déficits infraestructurales: falta de viviendas, de agua corriente, de alcantarillado, de escuelas y de centros asistenciales, etc. Al comienzo de la década de los noventa, el 18% de los hogares populares no disponía de electricidad, el 30% no tenía agua corriente, el índice de escolarización del país sólo llegaba al 55% y la tasa de alfabetización de adultos, al 49%. La numerosa emigración (unos tres millones de personas, que trabajaban preferentemente en los países exportadores de petróleo de la península arábiga) se había convertido en una de las principales fuentes de obtención de divisas junto con el canal de Suez (éste aportaba mil millones de dólares anuales, mientras que las remesas de los emigrantes ascendían ya a más de tres mil millones de dólares).

38. Se ha especulado mucho sobre los hilos ocultos de la guerra del Yom Kippur. En el inicial avance egipcio, fundamental para recuperar el prestigio perdido, y en las consecuencias a medio plazo del conflicto, se ha visto la mano del Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, quien, de esta forma, apartaba Egipto de la URSS y generaba el reconocimiento de Israel.

Mubarak ha proseguido la liberalización política y económica iniciada por Sadat. En el ámbito político, la ley electoral de 1983 recoge, parcialmente, las aspiraciones de la oposición y establece un sistema proporcional de representación. Sin embargo, para obtener representación parlamentaria hay que superar un listón del 8% a escala nacional, lo cual ha favorecido al Partido Nacional Democrático (PND) de los militares de graduación y del presidente Mubarak. En las elecciones de 1984, se impuso el PND (400 escaños) y el Partido Socialista del Trabajo (PST), que había obtenido el 7,07% de los votos, se quedó a 50.000 papeletas de la representación parlamentaria. Periódicamente, se han celebrado elecciones (1987, 1990, 1995 y 2000) con nuevas y contestadas victorias del PND. Además, Mubarak fue confirmado en la presidencia en las elecciones de 1987, 1993 y 1999.

En los últimos años, Egipto se ha enfrentado a crecientes problemas económicos (en 1988 la deuda externa alcanzaba los cincuenta mil millones de dólares, el 143% del PIB) y a los atentados de los grupos islámicos radicales, que han costado la vida a centenares de personas (incluidas personalidades destacadas de la vida política y cultural del país) y han hecho que disminuyera la principal fuente de entrada de divisas, el turismo (62 muertos en Luxor en noviembre de 1997). La persistencia de los atentados contra el turismo ha acercado al Gobierno y a los ulemas con el fin de obtener el apoyo de éstos en la lucha y la represión de los grupos islamistas más radicales (en este sentido, los Hermanos Musulmanes, a pesar de no estar autorizados a constituirse en partido, son tolerados y pueden concurrir a las elecciones en las listas de otros partidos). La participación de Egipto en la Guerra del Golfo provocó nuevas tensiones internas; pero, al mismo tiempo, sirvió para obtener la condonación del 30% de la deuda (en 1996 ascendía a 31.407 millones de dólares, el 19% del PIB).

De forma paralela, las relaciones con Sudán se hicieron cada vez más difíciles, ya que El Cairo acusaba al régimen islamista militar de Jartum de dar apoyo a los terroristas que actuaban en el país y de subvencionarlos. Sin embargo, desde 1997, las relaciones con el vecino país del Sur parece que han mejorado en la medida en que Egipto ve conexiones iraníes en la violencia que sacude al país.

Sudán

El principal problema de Sudán ha sido el enfrentamiento entre dos comunidades confesionales y étnicas claramente definidas: un Norte, árabe y musulmán, y un Sur, negro, animista y cristiano, que se han enfrentado en una larga e inacabada guerra civil. Además, desde la independencia (1956), la estabilidad del país siempre se ha visto comprometida por los conflictos tribales (sobre todo en la región de Darfur, al Oeste), por el

enfrentamiento entre partidarios y detractores de una aproximación a Egipto y por la creciente implicación de Sudán en las guerras y los conflictos de los países vecinos.

El primer régimen independiente de Sudán fue la dictadura militar del mariscal Ibrahim Abboud (*Ibrahīm 'Abbud*) (1958-1964), que abolió los partidos políticos y disolvió el Parlamento. Le sucedió un régimen civil (1964-1969), que fue incapaz de superar los tradicionales enfrentamientos sociales y étnicos por la vía democrática y avivó las tensiones en el Sur del país (imposición del árabe, expulsión de los misioneros y nacionalización de las escuelas cristianas, masacre de Juba en 1965). Estos hechos motivaron el Golpe de Estado del general Yafar al-Numeyri (*Ga'far al-Numayrī*), inspirado en el de los Oficiales Libres de Egipto, que contaba con el apoyo de los oficiales progresistas y del partido comunista y proclamaba una vía sudanesa hacia el socialismo con la instauración de un régimen de partido único, la Unión Socialista Sudanesa. Esto supuso la disolución y prohibición de la oposición mahdista, la Umma, continuadora del islamismo conservador creado por el *mahdī* en las postrimerías del siglo XIX.

A comienzos del siglo XX, se afirmaron dos movimientos politicorreligiosos: los ansares, partidarios del mahdismo y de la independencia, y los katmiyas, ortodoxos y favorables a la unión con Egipto. Su poder se perpetuó después de la independencia, a pesar del progreso de la izquierda y de los Golpes de Estado militares. El mahdismo y el katmiyismo suministrarían la base de los dos principales partidos políticos, el partido Umma y el Partido Unionista Democrático, los cuales, junto con el Partido Comunista Sudanés (uno de los más importantes de África), protagonizaron luego la vida política del Sudán independiente.[39]

En 1972, se firmó un acuerdo con los jefes de la rebelión del Sur para tratar de poner fin a un conflicto que había ocasionado ya más de quinientas mil víctimas y un millón y medio de desplazados. Este acuerdo preveía una amplia autonomía y la constitución de una Asamblea y de un Gobierno regionales. Al mismo tiempo, Numeyri se acercó a los EE.UU., a Egipto (tratado de defensa mutua de 1976) y a Arabia Saudí. A pesar de ello, las connotaciones dictatoriales y personalistas del régimen militar se acentuaron: Numeyri nombraba todos los cargos importantes y podía legislar y disolver el Parlamento.

Desde 1978, se produjo un acercamiento a los islamistas moderados, y Hasan al-Turabī, el miembro más cualificado de los Hermanos Musulmanes, formó parte del gabinete político del partido único y, posteriormente, fue nombrado ministro de Justicia. Sin embargo, ni esta relajación del régimen ni las reelecciones presidenciales (1977 y 1983) serían

39. El jeque Muhammad Ahmad ibn 'Abd 'Allah se proclamó *mahdī* en 1881 y declaró la guerra santa contra egipcios y británicos y ocupó Jartum en 1884. La revuelta nacionalista no fue sofocada hasta 1898, un año antes del condominio angloegipcio sobre Sudán. Su carisma fue tal que, una vez vencida la revuelta, los ingleses robaron los restos del jeque para echarlos al Nilo.

suficientes para contener la creciente contestación social y política contra la dictadura. En la década de los ochenta, las dificultades económicas y el endeudamiento (2.540 millones de dólares en 1979; 3.097 en 1980; 4.590 en 1981 y 10.000 en 1985) se añadieron a la crisis política, social, militar e ideológica provocada por la evolución autoritaria de Numeyri. En 1983, instauró la *sari`a* en todo el país con el propósito de conseguir el apoyo incondicional de los Hermanos Musulmanes y frenar así la progresiva contestación política. La reacción del Sur fue inmediata y, en poco tiempo, la guerra civil se extendía por todo el país, agravada por los conflictos con el Chad y Libia, la presencia de quinientos mil refugiados etíopes y la agitación social provocada por el plan de ajuste estructural aconsejado por el FMI.

En 1985, un Golpe de Estado militar ponía fin a la dictadura de Numeyri y, en 1986, se celebraban elecciones democráticas con una participación superior al 70%, a pesar del boicot defendido por el Movimiento de Liberación del Pueblo Sudanés (MLPS) de John Garang. Podemos ver el resultado de estas elecciones en la tabla siguiente:

Tabla 14

Partido	**Número de escaños**
Umma (cofradía de los mahdistas de Sadiq al-Mahdi)	99
Partido Democrático Unionista (cofradía de los katmiyas de 'Utman al Mirgani)	63
Frente Nacional Islámico (antiguos Hermanos Musulmanes de Hasan al-Turabi)	51
Partido Nacional Sudanés (próximo al MLPS)	8
Partido Comunista Sudanés	3
Otros	42

Fuente: A. Segura (1997b, pág. 150).

Las elecciones de 1986 dieron paso a un gobierno de coalición de centro-derecha (Umma y Partido Democrático Unionista) presidido por Sadiq al-Mahdī, quien, muy pronto tuvo que enfrentarse a la evolución económica negativa, a los problemas derivados de la llegada de nuevos refugiados del Chad y de Etiopía y a la continuación de la guerra civil en el Sur del país. La entrada de los islamistas en el Gobierno (1988) y su posterior expulsión (1989) contribuyeron a empeorar la situación a pesar de la apertura de negociaciones y el alto el fuego acordado con el MLPS, la principal organización política del Sur.

El 30 de junio de 1989, tomó el poder el denominado Consejo de Mando de la Revolución de Salvación Nacional, presidido por el general Omar Hamed Beshir (*'Umar Hāmid Bashīr*). Sus primeras acciones fueron suspender la Constitución y todas las libertades, prohibir toda asociación política, decretar "el estado de urgencia " y encarcelar a los principales responsables políticos del país. Los EE.UU., que desde el comienzo del año habían suspendido toda ayuda humanitaria a Sudán, hacían llegar por boca del presidente Bush "sus felicitaciones y su apoyo" al nuevo régimen de Jartum.

Al final, el general 'Umar Hāmid Bashīr impuso una dictadura militar islámica, que contaba con el apoyo de Hasan al-Turabī y del Frente Nacional Islámico, y extendió la *sari`a* a todo el país, lo que suponía rechazar los acuerdos a los que se había llegado con el MLPS de John Garang y reactivar la guerra civil en el Sur, que adquirió un carácter de "limpieza étnica" a partir de 1992. La presión internacional y las amenazas de los EE.UU. consiguieron detener la eliminación física de los disidentes, pero no la política de *apartheid* impuesta en el Sur del país. El apoyo de Jartum a Irak durante la guerra del Golfo deterioró las relaciones de Sudán con Egipto y Arabia Saudí, mientras que la aproximación a Teherán hacía de la capital sudanesa un centro de refugio y de encuentro de los militantes del islam radical, lo que no impidió el mantenimiento de unas ambiguas relaciones con Francia.[40]

En el ámbito político, Jartum ha intentado normalizar las relaciones con El Cairo en los últimos años. No obstante, la oposición es todavía fuerte y dispone de la ayuda de Eritrea y, especialmente, de los EE.UU. En las postrimerías de 1997, John Garang, líder del MLPS, se entrevistó con la secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, en Kampala (Uganda), y el 20 de agosto de 1998 la aviación de los EE.UU. bombardeaba varias instalaciones de Sudán como supuesta respuesta a los atentados de Kenia y Tanzania (7 de agosto de 1998).

Al mismo tiempo, el presidente Beshir, reelegido sin dificultades en diciembre de 2000, rompió con Hasan al-Turabi, quien, en mayo de 2000, fue expulsado del partido único, el Congreso Nacional, y creó su propio partido: el Congreso Nacional Popular. La sociedad sudanesa se modernizó y rechazó el islamismo de al-Turabi, que acabaría estableciendo una alianza táctica con el líder del Sur, John Garang, lo que le llevaría a la cárcel en febrero de 2001.

En lo que concierne a la economía del país, a pesar de una evidente mejora (reducción de la inflación y de la deuda externa a 21.000 millones de dólares en 1997, crecimiento

40. La colaboración entre Francia y Sudán ha sido desmentida por París y Jartum pero, según parece, incluiría desde ayuda militar francesa hasta asesoramiento de la DVT (Dirección de Vigilancia del Territorio) para reconstruir los servicios secretos sudaneses. La extradición de Carlos (Ilitch Ramírez Sánchez, uno de los terroristas internacionales de los años setenta más buscados, que fue entregado por Jartum a las autoridades francesas en agosto de 1995) y una fracasada mediación de Sudán en Argelia serían la contraprestación de la ayuda y del asesoramiento franceses. No muy lejos de Carlos, vivía en un discreto exilio dorado Osama bin Laden (Usama ibn Ladin), que aprovechó su estancia en el Sudán para extender su propia organización.

del PIB, principal productor africano de azúcar), la guerra y la sequía han ocasionado una grave falta de recursos en el Sur, lo que ha hecho necesaria la ayuda humanitaria de la ONU.

Oriente Medio

Mustafá Kemal y la Turquía moderna

La mutilación del Imperio y de la Anatolia occidental provocó una intensa reacción nacionalista encabezada por el general Mustafá Kemal,[41] quien se negó a reconocer los términos del Tratado de Sèvres. Después de expulsar a los griegos (1922), obtuvo la restitución de los límites de la actual Turquía en el Tratado de Lausana (1922-1923). Mustafá Kemal, jefe del Partido Republicano del Pueblo (PRP), formación demócrata, laica y populista, que fue el único partido hasta 1945, abolió el sultanato (noviembre de 1922) y trasladó la capital a Ankara. Poco después instauró la República (octubre de 1923), de la cual fue nombrado Presidente, y puso fin al tradicional Califato (3 de marzo de 1924). Con este pliego de medidas, emprendió la secularización de la sociedad turca, hizo que desaparecieran las escuelas y los tribunales musulmanes y adoptó un código civil.

La designación (632) de Abu Bakr como sucesor del Profeta había inaugurado la institución del Califato. A las funciones religiosas de jefe espiritual de la comunidad musulmana, el califa acumulaba las de jefe temporal de esta comunidad. Después de la conquista de Egipto por los otomanos (1517), éstos adoptaron el título califal, que no implicaba necesariamente una línea de sucesión directa con el Profeta. A mediados del siglo XVIII, el título se revalorizó no sólo como una manifestación de autoridad espiritual, sino también como factor de cohesión de la comunidad musulmana ante la creciente fuerza de las potencias cristianas. Esta recuperación fue acompañada de una serie de reformas administrativas y políticas destinadas a no perder terreno con respecto a los europeos. En definitiva, cuando Mustafá Kemal suprimió el Califato, dejó por primera vez a los musulmanes sunnitas sin un jefe espiritual visible, hecho relevante a pesar de la falta de unidad de la comunidad arabomusulmana, de la decadencia de la institución con los últimos califas y del ascenso del arabismo político. El sentimiento de pérdida fue –y es– tan fuerte, que los Hermanos Musulmanes, la organización fundada por Hasan al-Banna en 1928, propuso la restauración del Califato y el retorno a la comunidad islámica unida políticamente y con vigor internacional.

41. Mustafá Kemal fue el impulsor de la Turquía contemporánea e inició un proceso de modernización y de transformación de la sociedad turca. En 1934 recibió el título de Atatürk, 'padre de los turcos'.

El mandato de Atatürk (1923-1938) se caracterizó por las profundas transformaciones sociales y económicas que dieron lugar a la formación de la Turquía moderna. Tuvo la colaboración inestimable del ejército y las elites urbanas, poco conocedoras de la realidad miserable de las zonas rurales e insensibles a la persecución (kurdos) o al genocidio (armenios, en 1915) de las minorías nacionales que pugnaban por conservar su identidad. Entre 1925 y 1935, Kemal definió los fundamentos de la nueva República:

a) abolición de la poligamia e instauración de los nuevos códigos civil, comercial, criminal y matrimonial (1925);
b) abolición del artículo de la Constitución que declaraba el islam como religión del Estado e introducción del alfabeto latino (1928);
c) supresión progresiva de las concesiones extranjeras y adopción de una política aduanera proteccionista para estimular el desarrollo de una industria nacional turca (1929);
d) establecimiento del voto femenino y adopción de un plan de cuatro años para desarrollar la industria paralelamente a la expansión de la red ferroviaria (1934);
e) adopción del sistema de apellidos (1935).

A la muerte de Kemal (1938), Ismet Ineunu, su compañero de armas en la denominada *guerra de la independencia* (1920-1922), fue nombrado nuevo Presidente de la República. El Gobierno de Ineunu mantuvo Turquía al margen de la Segunda Guerra Mundial (no declaró la guerra a Japón y a Alemania hasta febrero de 1945) y participó en la fundación de las Naciones Unidas. En 1948, Turquía reconoció al Estado de Israel y optó por una clara aproximación a Occidente (particularmente a los EE.UU.). En 1951, se convirtió en miembro de la OTAN, al mismo tiempo que Grecia.

En 1945, se fundó el Partido Demócrata (PD), que ganó las elecciones de 1954 e impulsó una política liberal (privatización de algunas industrias, atracción de la inversión extranjera) y de apoyo al campesinado. Sin embargo, el deterioro de la situación económica provocó un Golpe de Estado en mayo de 1960 y el retorno al gobierno del PRP. Cinco años más tarde, el Partido de la Justicia (PJ), que agrupaba a los antiguos demócratas, ganó las elecciones e impuso una política nacionalista (apoyo a los turcochipriotas) y conservadora, la cual provocó un nuevo deterioro de la situación económica, un acusado estancamiento social y la crítica de los medios de izquierdas. Una vez más, intervino el ejército e impuso un Gobierno represivo. En las elecciones de 1973, el PRP obtuvo una victoria insuficiente, que lo obligó a gobernar en coalición con el proconfesional Partido de Salvación Nacional (PSN). Entre 1974 y 1980, los gobiernos sucesivos fueron incapaces de encontrar una solución al callejón sin salida económico y social que vivía Turquía, y la situación económica se degradó. Incluso hubo una oleada de atentados terroristas. Ante esta situación, el 12 de

septiembre de 1980, el ejército intervino de manera autoritaria e impuso una represión brutal. Se consiguió poner fin al terrorismo y frenar la inflación, pero no mejoraron las relaciones con los griegos, muy tensas desde la crisis de Chipre.

Cuadro 6

Chipre: de la independencia a la división comunitaria

1878
Acuerdo entre Estambul y Londres. La isla pasa a ser una posesión británica.

1955
Londres anuncia su intención de dotar a la isla de una Constitución. Campaña terrorista a favor de la *enôsis* (anexión a Grecia).

1960
16 de agosto. Independencia de la isla y proclamación de la república, gobernada por un presidente griego, Makarios, y por un vicepresidente turco, Fazil Kücük.

1964
Las Naciones Unidas envían un contingente de 7.000 hombres para poner fin a los enfrentamientos entre las dos comunidades de la isla.

1974
15 de julio. Golpe de Estado de la guardia nacional, que destituye a Makarios e instaura un Gobierno partidario de la *enôsis*. A petición del dirigente chipriota Rauf Denktash, el ejército turco interviene y ocupa rápidamente el Norte de la isla. En diciembre, Makarios vuelve a la presidencia después de la desaparición del régimen de los coroneles en Grecia.

1975
En la zona ocupada por las tropas turcas, los chipriotas turcos proclaman un Estado federado.

1983
Después de haber puesto fin a las negociaciones intercomunitarias, Rauf Denktash proclama la República turca de Chipre del Norte.

El ejército se consideró depositario del legado de Kemal y no dudó en intervenir cuando lo consideró amenazado, como en el caso de los Golpes de Estado de 1960, 1971 y 1980. Sin embargo, este legado presentaba algunas grietas poco defendibles. Por una parte, el litigio no resuelto entre una mayoría de población musulmana pobre, anclada en la tradición y sensible al discurso islamista, y unas elites prooccidentales que practicaban un tipo de fundamentalismo laico que tendía a radicalizar las posiciones. Por otra parte, una concepción autoritaria del poder, abocada a las exclusiones y a las acciones de fuerza, y que, en ocasiones, como hicieron los militares en la primera mitad de la década de los ochenta, da alas y apoyo a las organizaciones islamistas moderadas, para enfrentarlas a los militantes de izquierdas y hacer que enmudecieran sus críticas. Finalmente, la defensa de un nacionalismo turco a ultranza dificultó las relaciones con los vecinos más próximos (conflicto de las aguas jurisdiccionales y de Chipre con Grecia) y condujo a dirigir campañas de exterminio contra los militantes del Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) y sus bases al Norte de Irak (intervenciones de 1995, 1997 y 1998).

En los últimos años, Turquía se ha enfrentado a la compleja elección entre islamismo y república laica.[42] En 1982, fue aprobada una nueva Constitución y, en 1983, se celebraron elecciones con una participación limitada de los partidos políticos (no podían concurrir a las mismas los antiguos dirigentes). El centro-derechista Partido de la Madre Patria (PMP) de Tugut Ozal obtuvo la mayoría (que renovó en 1987), pese a las crecientes divisiones internas entre liberales, nacionalistas e islamistas. A la muerte de Ozal (1993), le sucedió Süleyman Demirel, del Partido de la Justa Vía (PJV), quien había pasado a ser primer ministro en 1991. De junio de 1993 a septiembre de 1995, Turquía conoció una relativa estabilidad gracias a la coalición formada por el PJV (con Tansu Çiller como primer ministro) y el PRP, de centro-izquierda.

En 1995, se celebraron nuevas elecciones y el Partido de la Prosperidad (Refah) del islamista moderado Necmettin Erbakan, partido que ya controlaba las ciudades principales del país desde las elecciones municipales de 1994, obtuvo 158 escaños. El PMP, dirigido por Mesut Yilmaz, obtuvo 132; el PJV, 135; el Partido Democrático de la Izquierda (DSP), liderado por Bülent Ecevit, 76, y el PRP, 49. Yilmaz y Çiller llegaron a un acuerdo y pactaron su alternancia en el Gobierno, pero la rivalidad personal precipitó la dimisión de Yilmaz (mayo de 1996). El presidente Demirel ofreció entonces el cargo a Erbakan, que recibió el apoyo de Çiller a cambio del ministerio de Asuntos Extranjeros. Erbakan pasó a ser primer ministro y el Refah propuso una nueva justicia social fundamentada en los valores islámicos y una reorientación de Turquía para con el mundo musulmán. Las protestas del

42. El fundamentalismo laico turco remachaba un poco más el clavo de la intolerancia. El 22 de febrero de 1998 el Tribunal Constitucional, bajo la presión del ejército, ilegalizaba el Refah e inhabilitaba a su líder, el ex primer ministro Necmettin Erbakan, para ejercer cualquier cargo político durante cinco años. La sentencia consideraba probado que el Refah había atentado contra la laicidad del Estado.

ejército y de los sectores laicos no se hicieron esperar y, al cabo de un año (junio de 1997), Erbakan dimitió (el Refah fue ilegalizado en febrero de 1998), y Yilmaz formó un Gobierno de unidad sin los islamistas ni Çiller. Las elecciones de abril de 1999 dieron la victoria al DSP y Bülent Ecevit formó un nuevo Gobierno con el apoyo de una coalición integrada por el PMP, el ultraderechista Partido de Acción Nacionalista (PAN) y el mismo DSP. En el nuevo Parlamento, el movimiento islamista está representado por el Partido de la Virtud (el Fazilet) que, como su antecesor (el Refah), está amenazado de ser declarado ilegal por los tribunales sensibles a la presión y la intolerancia del ejército, mientras que el país intenta que prosperen las reformas estructurales económicas, puestas en marcha con vistas a la adhesión a la Unión Europea.

La tragedia kurda

El pueblo kurdo, diseminado entre por Turquía, Irak, Irán y Siria, ha sufrido constantemente la violación de sus derechos nacionales. La opresión que ejercen estos Estados (sobre todo, Turquía e Irak) ha generado un movimiento de resistencia a favor de la creación de un Estado kurdo: el Kurdistán. Las reivindicaciones del pueblo kurdo, sin embargo, no sólo topan con el afán nacionalista de aquellos países, sino que viven, desde una óptica externa, una división territorial y, desde la interna, una gran fragmentación ideológica y organizativa:

"El kurdo es un pueblo de origen indoeuropeo que probablemente desciende de los medas y que fue islamizado por los árabes en el siglo VII, por lo tanto, hoy son musulmanes sunnitas. Viven en Kurdistán, un territorio bastante extenso (530.000 km^2) y de difícil acceso, ya que está formado por elevadas montañas (la altitud puede superar a menudo los 3.500 m) y estrechos valles, lo que ha contribuido a mantener viva la lengua, las costumbres, la ganadería nómada, las relaciones tribales y el sentimiento de pertenencia a un pueblo común. Las cifras de la población kurda no son fáciles de determinar, puesto que las migraciones, voluntarias o forzadas, llevan a márgenes de las estimaciones variables entre los 12 y los 25 millones de habitantes que, como el mismo Kurdistán, se distribuyen desigualmente por cinco estados: Turquía (del 31 al 43%), Irak (del 20 al 31%), Irán (el 30%), Siria (del 6 al 7%) y Armenia (menos del 2%).

El Tratado de Sèvres (1920) preveía la formación de un Estado kurdo que debía comprender la zona de habla kurda de Turquía y la región de Mosul. La reacción nacionalista turca de Mustafá Kemal lo impidió y el Tratado de Lausana de 1923 consolidaba el *statu quo* vigente: Turquía mantenía los territorios de Anatolia, donde pronto desencadenó una fuerte represión contra los kurdos, que protagonizaron diez revueltas entre 1925 y 1938 (desde entonces y hasta nuestros días, el traslado forzoso de la población kurda hacia las regiones del Oeste de Anatolia ha sido una constante), y el mandato británico de Irak recibía la región de Mosul en 1925. Poco después, el descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo en la región de Mosul y Kirkuk acababa de desvanecer el sueño de una patria kurda y, en 1930, se sofocaba la primera revuelta bombardeando Sulaimaniya. Dos años más tarde, el líder kurdo Ahmed Barzani y su sobrino Mustafá Barzani encabezaban una nueva revuelta, que provocaría una nueva intervención de la Royal Air Force. En 1943, la rebelión se extendió otra vez por Kurdistán, hasta que el ejército de peshmergas de Mustafá Barzani fue obligado a refugiarse en la efímera República kurda de Mehat, que impulsaba la URSS. Finalmente, el ejército iraní puso tam-

bién fin a la experiencia de Mehat y Mollah Mustafá Barzani, con su ejército, se exilió a la URSS, de donde volvió trece años más tarde, cuando el presidente Kassem de Irak autorizó las actividades del Partido Democrático Kurdo (PDK).

El entendimiento entre Kassem y Barzani duró poco, y una nueva revuelta kurda estalló en 1961. Cinco años más tarde, el general Aref puso fin a la gran revuelta que sacudía el Norte de Irak con un acuerdo que reconocía los derechos lingüísticos y la autonomía de los kurdos. En 1970, el tándem Bakr-Hussein tuvo que sofocar una nueva rebelión firmando un nuevo acuerdo con los kurdos e incluyendo cinco ministros kurdos en el Gobierno.

En 1974, la discrepancia con el régimen autónomo implantado por Bagdad dio origen al levantamiento kurdo más importante: 60.000 peshmergas se enfrentaron al ejército iraquí hasta que fueron obligados a replegarse hacia Irán. La guerra entre Bagdad y Teherán (1980-1988) provocó nuevas revueltas; pero contribuyó a dividir el movimiento kurdo entre el PDK de los hijos de Barzani y la Unión Patriótica de Kurdistán (UPK) de Yalal Talabani, que apoyaban a Irán, y los aliados de Bagdad. Esta vez, Saddam Hussein no dudó en utilizar armas químicas contra el Kurdistán sublevado: a los millares de muertos se añadieron los deportados y los que tuvieron que exiliarse a Irán o a Turquía, donde el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) había optado por la lucha armada desde 1984. La posterior amnistía (1990), que incluso incluía a los militantes de la UPK, no pudo hacer que se olvidara la política de tierra quemada practicada por el dictador de Bagdad.

Después de la guerra del Golfo, Saddam Hussein ahogó en sangre una nueva revuelta kurda, lo que provocó una nueva huida masiva hacia Irán y Turquía. En abril de 1991, la fijación de una línea de exclusión aérea al Norte del paralelo 36 permitió la construcción de una "zona de seguridad kurda" (casi todo el Kurdistán iraquí) que fue reconocida por la ONU aquel mismo año. En 1992, se formaba un Gobierno autónomo que no pudo impedir las tensiones entre los dos principales partidos kurdos y la injerencia de los países vecinos, nada predispuestos a aceptar un Estado federado kurdo independiente. Al final de 1994, las luchas entre el PDK y la UPK, también enfrentada al Movimiento Islámico de Kurdistán (MIK), condujeron a la guerra civil: el PDK controlaba el Norte, y la UPK el Sur y las principales ciudades (Arbil, Sulaimanya). En marzo de 1995, la indiferencia internacional hizo posible la entrada del ejército turco en la zona de exclusión para destruir las bases del PKK (en 1997 y en 1998 tendrían lugar nuevas incursiones). En agosto de 1996, el PDK conquistaba las principales ciudades del territorio con la decisiva ayuda del ejército de Saddam Hussein. Dos meses más tarde, era el UPK, con el apoyo iraní, el que recuperaba posiciones. Finalmente, se impuso un alto el fuego y, con la mediación norteamericana, se iniciaron negociaciones en Ankara con el fin de alcanzar un proceso de paz que permitiera la celebración de elecciones libres en el Kurdistán iraquí." (Segura, 1997b, págs. 86-89).

Irán y la revolución de Jomeinī

En 1941, británicos y soviéticos invadieron Irán para evitar que cayera en la órbita de Berlín. El sha Reza Mirza Jan (*Rida Mirza Jan*), que simpatizaba con la Alemania nazi, fue obligado a abdicar en su hijo Muhammad Rida Pahlavi. Al acabar la guerra, Irán era gobernado por un joven inexperto que debía su poder a los aliados, los cuales disponían del país y de su petróleo (primer productor mundial del momento) según les convenía.

Después de la salida de soviéticos y británicos (1946), el malestar social y la presión popular obligaron al Sha a nombrar primer ministro a Mohamed Mossadegh (*Muhammad Musaddiq*), destacado nacionalista que se oponía a cualquier injerencia extranjera y que disfrutaba del apoyo de los principales dirigentes siítas. Su primera medida fue nacionalizar

el petróleo y, en febrero de 1953, obtuvo la abdicación del Sha, que partió hacia el exilio. Era todo lo que necesitaban británicos y norteamericanos para justificar un Golpe de Estado que reforzó todavía más la fidelidad del Sha restituido hacia los EE.UU.: "Debo mi trono a Dios, a mi pueblo, a mi ejército... y a ustedes" [refiriéndose a los aliados]. En los veinticinco años siguientes, Reza Pahlavi satisfizo los intereses de sus aliados, los cuales alimentaban su megalomanía. Como ejemplo más paradigmático, la celebración en Persépolis de los dos mil quinientos años de "Imperio" en 1971 se prolongó durante varios días y costó 300 millones de dólares. Llegaron a la misma invitados de todo el mundo, pero la población fue alejada cien kilómetros a la redonda y la oposición, encarcelada.

Desde 1960, Irán mantuvo relaciones con Israel, dispuso de una de las más siniestras policías secretas y preconizó una "revolución desde el trono", pero en realidad era uno de los regímenes más corruptos e injustos que han existido nunca. En 1973, Reza Pahlavi anunció un alza de los precios del petróleo que cuadruplicó su fortuna personal, mientras que mantenía al país en la miseria, el hambre y el analfabetismo. Sólo Teherán, con el 10% de la población total, la mitad de la industria y el monopolio de los recursos sanitarios, educativos y administrativos, escapaba parcialmente a esta situación. Al mismo tiempo, prometió convertir el país en la quinta potencia militar del mundo. Su aliados menospreciaban, sin embargo, las injusticias de un régimen que amordazaba las voces de la oposición con una sangrienta represión. Entre estas voces destacó, muy pronto, la del líder espiritual del siísmo iraní, el ayatolá Jomeini, quien denunció el régimen despótico de Reza Pahlavi. El ayatolá Jomeini comparaba a Reza Pahlavi con Atila el Sanguinario, merecido símil, puesto que, en 1962, Reza Pahlavi había hecho que enmudeciera la agitación de la ciudad santa de Qom con una dura represión que se saldó con 15.000 muertos.

A mediados de la década de los setenta, los desórdenes sociales, los disturbios y las protestas políticas se hicieron cada vez más frecuentes ante la creciente corrupción del régimen. En 1978, la oposición se había estructurado en tres bloques: los partidos revolucionarios de izquierdas (que desde el comienzo de la década habían optado por la lucha armada), el Frente Nacional de Mossadeg (donde militaban los intelectuales occidentalizados y liberales) y un imponente movimiento religioso siíta, muy extendido entre las masas desheredadas de la población, que oscilaba entre el Frente Nacional y la izquierda revolucionaria. En 1978, los acontecimientos se precipitaron: en enero, el movimiento revolucionario se inició en la ciudad santa de Qom; en febrero, una insurrección popular en Tabriz fue ahogada en sangre; en septiembre, centenares de millares de personas pidieron el retorno de Jomeini (exiliado en París) y el fin del régimen en Teherán; entre octubre y noviembre, se paralizó la economía (huelga de los trabajadores del petróleo) y se convocó una huelga general.

Al comienzo de 1979, el régimen del sha se hundía rápidamente ante las multitudinarias manifestaciones que recorrían el país, y el 16 de enero Reza Pahlavi abandonó Irán. El 1 de febrero, Jomeinī volvía del exilio y era recibido triunfalmente después de tres días de lucha por las calles de Teherán, las "Tres Gloriosas" (9-12 de febrero). A mediados de febrero, la suerte de los Pahlavi estaba decidida: el ejército había dudado, pero finalmente había optado por la revolución, y el último primer ministro del Sha, Shapur Baktiar (*Šāpur Baktiyār*), era sustituido por Mehdi Bazargan (*Mahdī Bazargān*). La revolución islámica iraní, el movimiento popular más importante de Oriente Medio, significó la confluencia de la deslegitimización del régimen del Sha (que se consideraba vendido a los intereses extranjeros), de una rápida occidentalización técnica y de una lenta occidentalización cultural, que provocó el divorcio entre la burguesía adepta al régimen y las masas populares. Además, es preciso destacar la capacidad organizativa y de liderazgo del movimiento siíta y del propio Jomeinī.

El 1 de abril de 1979, se proclamó en referéndum la República Islámica de Irán. En noviembre de aquel mismo año empezó la crisis de los rehenes (estudiantes iraníes secuestraron a 53 diplomáticos norteamericanos) y Bazargan fue sustituido por Bani Sadr (*Banī Ṣadr*), que en febrero de 1980 fue nombrado jefe de las fuerzas armadas por Jomeinī.

> "En el primer periodo de la revolución iraní, los actores fueron diversos y el espacio político quedó muy repartido entre el clero, los liberales y la izquierda (Fedayines del Pueblo, Muŷāhidīnes del Pueblo y Partido Comunista Tudeh). Todos ellos, junto con el ejército, fueron los principales representantes de la revolución. El carisma de Jomeinī, el apoyo a la tendencia religiosa de la gran masa de iraníes pobres (que había generado la disparidad económica del régimen del Sha), la debilidad de la burguesía liberal y la división de la izquierda acabaron convirtiendo al sector religioso en el verdadero señor de la situación." (Martín Muñoz et al., 1996, pág. 211).

Los nuevos dirigentes siítas de la revolución eran partidarios de extender los preceptos coránicos a la vida política cotidiana (la *sari`a* debía regir la sociedad y la política en los países musulmanes). La revolución se definía como antiimperialista y antisionista, enemiga del marxismo y del capitalismo (nacionalización de la banca y de la industria en 1979). Por otra parte, la revolución introducía importantes cambios geoestratégicos en la región, ya que ponía fin a un largo periodo de intromisiones extranjeras y de sumisión de los intereses iraníes a los designios de las grandes potencias. La revolución podía comprometer la estabilidad de las monarquías moderadas del Golfo y de las repúblicas musulmanas de la URSS, y los EE.UU. perdían al aliado más importante de la zona y el control del Golfo.

Entre 1979 y 1989 (año de la muerte de Jomeinī), la oposición entre Teherán y Washington fue total y se vio agravada con el intento no logrado de liberar a los rehenes norteamericanos en abril de 1980 (los rehenes serían finalmente liberados en enero de 1981,

después de la toma de posesión del presidente Ronald Reagan). Poco después, el inicio de la guerra iranoiraquí (1980-1988) enturbió todavía más las relaciones y alimentó la hostilidad iraní contra los EE.UU., mientras que la revolución iraní era demonizada en Occidente.

> "Las luchas internas continuaron en Irán durante todo el tiempo que duró la guerra con Irak. En junio de 1981, el parlamento decretó la inhabilitación del primer ministro Bani Sadr. La destitución provocó sangientos incidentes entre los seguidores de Sadr, los Muŷahidines del Pueblo y los Guardianes de la Revolución de Jomeinī. Bani Sadr consiguió asilo político en Francia en julio de este año. En 1984, fue disuelto el Tudeh y sus militantes sufrieron una dura represión. El imam Jomeinī intentó garantizar la continuidad del régimen: en 1987, disolvió el Partido de la Revolución Islámica, antigua punta de lanza de la revolución; en junio de 1988, nombró a Hachemi Rafsandjani comandante provisional de las fuerzas armadas; en marzo de 1989, destituyó a su sucesor electo, el ayatolá Montazeri. Después de su muerte (en junio de 1989), se produjo un reparto del poder: Alí Khamenei, jefe de Estado desde 1981, fue nombrado "Guía de la Revolución"; Hachemi Rafsandjani fue elegido jefe de Estado. A pesar del asesinato (París, agosto de 1991) del antiguo primer ministro del Sha, Shapur Baktiar, y del mantenimiento (hasta 1998) de la *fatwa* contra el escritor Salman Rushdie (en febrero de 1989, Jomeinî decretó la condena a muerte del escritor británico de origen hindú a raíz de la publicación de su obra *Los versos satánicos*), Rafsandjani se aproximó lentamente a Occidente y a los países árabes moderados. " (Duret, 1995, pág. 121).

Las tendencias apuntadas por Rafsandjani (*Rafsanŷānī*) después de la muerte de Jomeinī se confirmaron durante la Guerra del Golfo. Sin participar en ella, Irán mantuvo una posición similar a la de algunos de los países árabes que formaron parte de la coalición internacional, lo que contribuyó a aproximarlo a Occidente. Al mismo tiempo, demostró que, como importante potencia regional, se debía contar con Irán para mantener el equilibrio en la zona. Desde entonces, se han producido importantes cambios internos reflejados en el relativo acercamiento a los EE.UU. y a Europa.

Casi dos décadas después de la revolución, el régimen iraní vive en perpetua tensión entre unos sectores religiosos muy radicalizados y unos dirigentes políticos, necesariamente más pragmáticos y moderados, que confían en la liberalización económica y en el acercamiento a Occidente para superar la difícil situación económica que conoce el país: una deuda exterior de más de 30.000 millones de dólares, el embargo comercial decretado por los EE.UU. por las supuestas conexiones de Teherán con el terrorismo internacional, la falta de inversiones y la pérdida de poder adquisitivo. La cooperación de la UE (acuerdo de explotación de un campo de petróleo y gas en el golfo Pérsico con la compañía francesa Total) resulta indispensable para que prospere la política de liberalización.

Por otra parte, la imposibilidad constitucional de Rafsandjani de acceder a un nuevo mandato en las elecciones de 1997, la incierta posición mantenida por Alí Khamenei y la creciente contestación interna han radicalizado el discurso de algunos sectores religiosos, sometidos a la presión del triunfo de los talibán en Kabul, que encarnan una ver-

sión más radical e integrista del islam. Cabe decir, sin embargo, que, en la Guerra del Golfo (1990-1991), Teherán mantuvo una neutralidad favorable a la coalición internacional, ya que el desesperado gesto de Saddam Husayn (aceptación de las fronteras de Xatt al-'Arab fijadas en Argel en 1975 y firma de la paz) no fue suficiente para que se olvidaran los centenares de millares de víctimas de la guerra contra Irak (1980-1988). Desde entonces, la política exterior iraní se ha caracterizado por el pragmatismo de sus relaciones con Occidente.

En los últimos años, la evolución política y el proceso de liberalización y de acercamiento a Occidente se han confirmado. En las elecciones legislativas de marzo y abril de 1996, la elección de cincuenta diputados de la denominada izquierda y de setenta diputados partidarios de Rafsanjani (los Servidores de la Reconstrucción o Reconstructores) impidió que la denominada mayoría de derechas, que representa a los sectores más nostálgicos y conservadores del clero y de la sociedad, tuviera la mayoría absoluta en el nuevo Parlamento. La verdadera sorpresa se produjo, no obstante, en las elecciones presidenciales de mayo de 1997: Mohamed Khatami (*Muhammad Jatami*), que tenía el apoyo de Rafsanjani (nombrado jefe de la Asamblea para la Defensa de la Razón de Estado de marzo de 1997 por el Guía de la Revolución, el ayatolá Alí Khamenei) y de la izquierda, obtenía una cómoda mayoría (el 69% de los votos con una participación del 89%) y era nombrado presidente de la República:

> "En mayo de 1997, los electores iraníes sorprendían al mundo y, todavía más, a ellos mismos llevando a la presidencia de la República, con una confortable mayoría, a Muhammad Jatami [...]. El que había decidido ser candidato muy tarde, y que aparecía como un *outsider*, ganó gracias a la movilización masiva de sus partidarios, empezando por las mujeres, los jóvenes e, incluso, los niños, que daban, a veces, un aire carnavalesco a la consulta." (Abdelkhah, 1998, pág. 9).

Sin embargo, la lucha por el poder continuó y nada parecía decidido: en 1998, la derecha consiguió el procesamiento del popular alcalde de Teherán (uno de los que encabezaban el movimiento de los Reconstructores) y la destitución del ministro del Interior, Abdulah Nouri (*'Abd 'Allah Nuri*). Al mismo tiempo, sin embargo, la normalización económica (reducción de las importaciones y de la deuda, liberalización y privatización de las empresas, multiplicación de las cooperativas y del crédito islámico, etc.) ha avanzado al compás de los intercambios con el extranjero y del acercamiento a las monarquías moderadas del Golfo y a los países occidentales.

La oleada de asesinatos de intelectuales y de políticos liberales (1998-1999) probaba que el pulso entre los sectores más inmovilistas del régimen y los partidarios de Jatami (la izquierda, los reformistas y los ayatolás más progresistas) no estaba decidida. Las protestas de los estudiantes universitarios (julio de 1999) demostraron que una mayoría de la población aspiraba a mejorar el nivel de vida y conseguir nuevas cotas de libertad.

La abrumadora victoria de los reformistas en las elecciones legislativas de febrero de 2000, en las que obtuvieron una cómoda mayoría en el nuevo Parlamento y 29 de los 30 escaños correspondientes a Teherán (el otro fue para el ex presidente Rafsandjani, que se presentaba con la corriente conservadora), ampliaron el apoyo popular del presidente Ḫattamī y legitimaron su política de reformas, que obtuvo también indirectamente el apoyo de Washington en forma de levantamiento de una parte de las sanciones económicas que mantenía contra Irán.

En junio de 2001, Ḫattamī renovó su presidencia con el 77% de los votos emitidos (frente al 69% de 1997). Los reformistas obtenían así un nuevo espaldarazo a su política de liberalización económica, de transición política y de aproximación a Occidente. Sin embargo, la inclusión de Iran en el denominado "Eje del Mal" diseñado por el presidente norteamericano Bush tras los atentados del 11 de setiembre dio alas a los sectores más conservadores y supuso un duro golpe para la política de los reformistas.

La guerra del Afganistán y los talibán. Al-Qaeda y el 11-S.

Casi al mismo tiempo que se produjo la revolución iraní, empezó la intervención soviética en Afganistán, que acabaría por convertirse en el Vietnam de la URSS. Al final de 1979, Breznev decidió la invasión de Afganistán para dar apoyo a un régimen comunista rechazado por la mayoría de la población. Era la primera intervención soviética directa en Asia, ya que la oposición a los intereses geoestratégicos de los EE.UU. o de China siempre se había ejecutado por medio de sus aliados (Vietnam) o de países no alineados (India). Ahora se trataba, sin embargo, de un país comunista fronterizo con las repúblicas musulmanas de la URSS y que estaba a punto de caer en manos de la oposición anticomunista, islamista y prooccidental, que recibía el apoyo de Islamabad y de Teherán.

Durante una década (1979-1989), el ejército soviético se desgastó en una guerra cruel, sucia y poco gloriosa en la que, ante la imposibilidad de golpear a un enemigo invisible, se quemaban las cosechas, se reagrupaba forzosamente a la población y se controlaban ciudades y ejes de comunicaciones con métodos brutales.

> "El heroico Ejército Rojo de la Segunda Guerra Mundial no es más que un ejército imperialista en Afganistán que [...] pierde el poco honor y prestigio que le quedaba en las permutas ilegales de los soldados por armas y carburantes [...]. [Diez años más tarde,] el retorno de un Ejército Rojo no victorioso, desmoralizado y embrutecido es el catalizador definitivo [...] del derrumbe del comunismo en la URSS." (Aracil et al., 1998, pág. 578).

Después de la retirada soviética, Afganistán se sumió en una verdadera guerra civil entre las diferentes opciones islamistas que luchaban contra el régimen comunista mientras se

disputaban mutuamente el poder. En abril de 1992, la presión de las guerrillas sobre Kabul forzó la dimisión de Nayibullah (*Nagīb 'Al·lah*) y puso fin al régimen comunista. Sin embargo, la ocupación de Kabul, la proclamación de un gobierno islámico y el nombramiento de un nuevo presidente, Burhanuddin Rabbani (*Burhān al-Dīn Rabbānī*), no serían suficientes para poner fin a la guerra civil entre los distintos grupos guerrilleros, que acabó provocando la desintegración del Estado.

En 1996, los talibán se hicieron progresivamente con el poder y eliminaron o neutralizaron al resto de los grupos y guerrilleros islamistas. Eran una de las múltiples guerrillas que actuaban en la guerra civil afgana. Fundada en 1994 por el *mulá* Mohamed Omar (*Muhammad 'Umar*), estaba formada por estudiantes radicales sunnitas –*talibán*, 'estudiosos de la teología islámica de etnia pashtún'–).

En septiembre de aquel año, tuvo lugar la entrada de los talibán en Kabul y la ejecución pública del ex presidente comunista Nayibullah. Los talibán, representantes del sunnismo radical que mantienen una encarnizada lucha contra el radicalismo siíta de Teherán, impusieron un régimen islamista muy estricto (con una aplicación literal y arcaica de la *sari`a*), particularmente duro y discriminatorio con las mujeres, las cuales fueron excluidas del trabajo público y de cualquier clase de enseñanza, tenían dificultades para recibir asistencia sanitaria y eran obligadas a utilizar el chador y el *txadri* o *burka* (vestido que cubre todo el cuerpo y la cabeza y que tan sólo dispone de una pequeña rejilla a la altura de los ojos). En octubre de 1997, los talibán proclamaban el Emirato de Afganistán en sustitución de la antigua República de Afganistán, con el fin de dejar constancia de la naturaleza estrictamente islámica de su poder.

La victoria de los talibán, sin embargo, no fue total, y su intransigencia étnica, política y religiosa alimentó la alianza de los derrotados y de los excluidos, que controlaban una tercera parte del territorio. La oposición armada al régimen de los talibán fue numerosa: las tropas leales al derrocado presidente Burhanuddin Rabbani, al mando de Ahmed Sha Massud (*Ahmad Shāh Mas'ud*); las huestes uzbekas del general Abdul Raixid Dostam (*'Abd al-Rasīd Dustam*) y de Abdoul Malik (*'Abd al-Malik*); las fuerzas del líder de los siítas proiraníes, Abdul Karim Khalili (*'Abd al-Karim Khalīlī*), y la minoría siíta kházara del denominado "emir del sudoeste", el general Ismail Khan (*Isma'īl Khan*), que, como Massud, había luchado activamente contra la ocupación soviética. Además, el ex presidente Rabbani disfrutaba del reconocimiento de la ONU, mientras que el Emirato de Afganistán sólo era reconocido por Arabia Saudí, la Unión de los Emiratos Árabes y Pakistán.

Entre agosto y octubre de 1998, los talibán desencadenaron una ofensiva contra las tropas de Massud y sus aliados, que perdieron terreno y fueron arrinconadas en la frontera con Uzbekistán y Tadjikistán. Por otra parte, el conflicto se internacionalizó: Moscú acusó al ejército de Pakistán de haber participado en la ofensiva de los talibán e Irán cul-

paba a éstos de la muerte de diez diplomáticos y un periodista iraníes que se encontraban en una de las ciudades conquistadas por los talibán en agosto.

Los brutales atentados del 11 de setiembre de 2001 pusieron al descubierto la estrecha alianza entre el régimen talibán y la organización Al-Qaeda de Ossama bin Laden (*Usama ibn Ladin*), que, dos días antes de los atentados, asesinaba, mediante una acción suicida, a Massud, el líder militar de la Alianza del Norte (nombre adoptado por la coalición de fuerzas fieles al presidente Rabbani, que seguían oponiéndose al régimen talibán). La negativa de los talibán a entregar a Ossama bin Laden desencadenó la intervención militar de EE.UU.en Afganistán. Tras un mes de intensos bombardeos, que ocasionaron importantes "daños colaterales" (víctimas civiles), el 13 de noviembre de 2001, las tropas de la Alianza del Norte entraban, casi sin oposición, en Kabul y, unos días después, y tras duros combates, en Kunduz y Kandahar; los soldados pashtús, aliados de EE.UU., ocuparon Kandahar y Jalalabad. El régimen talibán se había desmoronado y todo el país había quedado bajo control. Paradójicamente nada se supo ni de Ossama bin Laden ni de los principales dirigentes de Al-Qaeda y del régimen talibán que, en el momento de redactar estas páginas, continúan en paradero desconocido o tal vez bajo los escombros de los túneles de Tora Bora bombardeados una y otra vez por la aviación de EE.UU. (bombas termobáricas). Como solución política de recambio se pactó un Gobierno provisional, al mando del pashtún y prooccidental Hamid Karzai, para intentar restablecer la normalidad en el país. La crisis de Afganistán ha puesto también de relieve el apoyo prestado, en su momento, por Arabia Saudí, Pakistán y EE.UU. a la formación de la internacional islamista de Peshawar en los años ochenta y las alianzas perversas que se habían establecido durante la Guerra Fría. Queda fuera de dudas que dichas alianzas, con el apoyo de al-Riyad e Islamabad a los talibán y de éstos a Al-Qaeda, se tornaron, a finales de los noventa y principios del siglo XXI, contra sus promotores.

En la actualidad, las organizaciones extremistas islámicas de orientación sunnita, y a menudo de adscripción wahhabita, extienden sus contactos en forma de redes a todo el mundo. La internacional islamista de Peshawar y otras organizaciones extremistas islámicas como Al-Qaeda o la Jamaa Islamiya se han desterritorializado, se han desnacionalizado y los *yihadistas* (combatientes de la guerra santa) atentan contra los que consideran sus enemigo, los EE.UU. y sus aliados y todos aquellos que combaten contra pueblos musulmanes, en cualquier lugar del planeta. Sus militantes encuentran refugio y pretexto para participar en la guerra santa en Bosnia, en Chechenia, en Egipto, en Yemen, en Somalia, en Uzbekistán, en Pakistán, donde se han incrementado los atentados contra iglesias cristinas, en la disputada región de Cachemira, en Filipinas de la mano de la organización nacionalista islámica Abu Sayyaf o, como el 11-S, incluso en EE.UU.

El Magreb

Marruecos

Marruecos es el único país del Magreb que tenía una tradición estatal anterior a la colonización y que llegó a su independencia (1956) con una doble legitimidad. Por una parte, el rey Muḥammad V, que se había enfrentado a los franceses, se convirtió en el símbolo de la independencia y de la continuidad política del Estado (sucesión dinástica desde el siglo XVII) y en el garante de la religión (emir de los creyentes). Por la otra, el partido nacionalista marroquí Istiqlal había obtenido un gran apoyo popular en la lucha contra el colonialismo.

Esta doble legitimidad caracterizó la lucha política de los primeros años, en los que se impuso finalmente la monarquía, que utilizó las redes de clientelas locales para obtener la fidelidad rural e impulsó partidos "oficialistas" para oponerlos al Istiqlal en el seno de un Gobierno de Unidad Nacional. El Istiqlal pagó muy caros su pugna con la Corona y el paso por el Gobierno (1956-1963). Desde entonces, el partido se escindió entre los partidarios de participar en el Gobierno y avalar indirectamente las decisiones del monarca y los defensores de mantenerse en la oposición, aun perdiendo apoyo popular y sufriendo represión. En 1959, la tendencia más radical del Istiqlal, liderada por Ben Barka (*Ibn Barka*), creaba la Unión Nacional de Fuerzas Populares (UNFP).

En 1962 se aprobó en referéndum una Constitución que concedía plenos poderes a la Corona. Tres años más tarde, Ḥasan II (1961), sucesor de Muḥammad V, proclamó el estado de excepción y endureció todavía más la represión contra la oposición. A resultas de ello, el líder opositor Mehdi Ben Barka fue secuestrado y asesinado en París, y el Gobierno francés responsabilizó de la operación al general Oufkir (*Ufkīr*), ministro del Interior y hombre de confianza del rey. De forma paralela, en la década de los años sesenta, el crecimiento de la población (3,6% anual) superaba el crecimiento económico (2,3% anual), aunque el alza de los precios de los fosfatos mejoró la situación económica en las postrimerías de la década. Entonces, el rey decidió reinstaurar la legalidad constitucional: el 24 de julio de 1970 se aprobaba en referéndum una nueva Constitución que institucionalizaba el absolutismo real a pesar del rechazo de la oposición.

Al comienzo de los años setenta, el contraste económico entre el fastuoso entorno real (enriquecido con la corrupción y la malversación de fondos públicos) y la pobreza creciente de la mayoría de la población distanciaron al monarca de los dos pilares tradicionales de la Corona: el ejército y el campesinado. En un año, destacados militares atentaron contra el rey en el palacio de Skirat (10 de julio de 1971) e intentaron abatir el Boeing 727 real (16 de agosto de 1972), acción en la cual se hallaba implicado el general Oufkir, que se

suicidó. Hasan II reaccionó y fue aprobada una nueva Constitución en 1972, que establecía nítidamente la separación de poderes y el sufragio universal para la elección de los dos tercios de la Cámara. La nueva Constitución estaría en vigencia hasta 1992.

Desde mediados de los años setenta hasta el fin de los ochenta, las medidas populistas (ayudas a la agricultura, construcción de viviendas populares, inauguración de la Gran Mezquita de Casablanca, etc.) y el conflicto del Sáhara desviaron la atención de la opinión pública de los problemas interiores y contrarrestaron una hipotética amenaza islamista. En noviembre de 1975, la Marcha Verde y la firma de los Acuerdos tripartitos de Madrid dieron a Hasan II el consenso necesario para hacer de la reivindicación de la marroquinidad del Sáhara Occidental el punto central de la política exterior del reino, de tal manera que consiguió "el consenso en torno al trono". En 1988, la aceptación del Plan de paz de la ONU y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Argelia dieron un giro a la cuestión del Sáhara. A partir de entonces, Hasan II revalorizó su imagen internacional y pasó a ser el gran mediador entre árabes e israelíes. Mientras tanto, el tiempo jugaba a su favor en los confines del desierto.

En política interior, las principales preocupaciones del monarca se concentraron en la evolución económica y la integración de la oposición. Las recomendaciones del FMI y del Banco Mundial permitieron superar la recesión de los años ochenta al precio de una creciente contestación social (revueltas del hambre de 1981, en 1984 y en 1990) agravada por la elevada tasa de desempleo (el 18% de la población) y las deficiencias estructurales de unas ciudades superpobladas (la población urbana representaba el 47% del total). No obstante, las remesas de los emigrantes, los créditos y las inversiones europeas y los beneficios del turismo compensaron el lento crecimiento económico, la caída de los precios de los fosfatos y los efectos negativos de la incorporación de España y Portugal a la UE. Por otra parte, la cohesión en torno a la figura del rey restó fuerza a la oposición, que obtenía los peores resultados de su historia en 1984. Sin embargo, para garantizar una sucesión que se preveía compleja, resultaba necesario comprometer e integrar a la oposición en el futuro político del país.

Cuadro 7

Cronología del proceso de transición política en Marruecos (1.ª fase: 1988-1993)

1988

Constitución de la Organización Marroquí de los Derechos Humanos y publicación de un primer dossier muy crítico en 1989.

1993

Junio-septiembre. Celebración de elecciones legislativas con una victoria relativa (91 escaños de 222) de la Kutla (coalición de toda la oposición)[a] en la primera vuelta, correspondiente al sufragio universal directo y secreto. Perdió la segunda vuelta, correspondiente al tercio de la cámara votado por sufragio indirecto. Esto puso de manifiesto, una vez más, las insuficiencias constitucionales e imposibilitó la negociación entre la Corona y la Kutla.

Noviembre. Nuevo gobierno oficialista encabezado por un tecnócrata, Karim Lamrani (*Karīm al-'Amrānī*), que ya había ocupado el cargo de primer ministro en tres ocasiones anteriores (1971-1972, 1982-1986 y 1992-1993). Lamrani aceptó incluir en su gobierno a los tres hombres de confianza de Hasan II: Dris Basri (*Idrīs Basrī*) en el ministerio de Interior e Información, Abdelatif Filali (*'Abd al-Latīf Filālī*) en el de Asuntos Extranjeros y Ahmed Alaui (*Ahmad 'Alawī*) en el de Estado.

a. La Kutla o Bloque Democrático era una coalición formada por la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP), el Istiqlal (PI) y el Partido del Progreso y del Socialismo (PPS), que gozaba del apoyo de los sindicatos y de otras organizaciones de izquierdas. En 1993 obtuvo 91 escaños sobre 222. Cuatro años más tarde se convirtió en la principal minoría parlamentaria con 102 escaños (USFP, 57; PI, 32; PPS, 9, y otros, 4).

Entre el verano y el otoño de 1995, el deterioro del estado de salud del rey (ingresado de urgencia en Nueva York durante la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la creación de la ONU) y un informe muy negativo del Banco Mundial sobre la economía, la Administración y el sistema educativo del reino, plantearon de nuevo la necesidad de una transición controlada. De hecho, el entorno real, la oposición y un sector significativo del empresariado (interesado en las oportunidades de cooperación económica y de deslocalización industrial que abría la Declaración de Barcelona de 1995) coincidieron, aunque por motivos diferentes, en la necesidad y la utilidad de instaurar un verdadero Estado de derecho para encontrar una salida.

El 15 de septiembre, a petición del rey, el Banco Mundial hacía llegar a Rabat una nota sobre la situación económica de Marruecos y dos informes sobre el sistema educativo y la Administración. Poco después, cinco ministros de la confianza del monarca elaboraban un Libro Blanco sobre la situación del país. Ambos documentos trazaban un horizonte muy incierto para el año 2000 y un balance bastante negativo: Marruecos no disponía de una estrategia de desarrollo coherente y global, y esto hacía que perdiera terreno con respecto al exterior en unos momentos de globalización económica y que los avances de los últimos años fueran inferiores a los de otras economías emergentes con las que quería competir. Las medidas para salir de esta situación no eran fáciles. Para mantener el desempleo en unos ni-

veles tolerables (por debajo del 20%), era preciso alcanzar una inversión del 27% del PIB, capaz de situar el crecimiento económico anual cerca del 7%. Esto suponía:

a) incrementar el ahorro mediante una reforma financiera que repercutiría sobre el sistema de pensiones y de seguros;
b) liberalizar el comercio exterior (principalmente con la Unión Europea) y favorecer las inversiones extranjeras;
c) mejorar las infraestructuras, sobre todo en las zonas rurales;
d) reformar el mercado de trabajo e incrementar la movilidad de la ocupación;
e) modernizar la Administración y el sistema educativo y adaptar los programas de formación profesional a las nuevas condiciones del mercado.

Desde 1995, se esforzó en mejorar la imagen del reino mediante la concesión de indultos y de amnistías, el retorno de exiliados y una más rigurosa persecución del fraude aduanero y fiscal y del tráfico de drogas. Por otra parte, Marruecos intentó aprovechar las inversiones europeas (básicamente francesas y españolas, entre las cuales destacaba la catalana) en los sectores textil, agroalimentario y turístico. Al final de 1998, Abderraman Yousoufi (‘Abd al-Rahmān Yusufī) presentó un programa de Gobierno reformista que acataba las recomendaciones del Banco Mundial. El futuro de Marruecos dependía, en buena parte, de la viabilidad de este programa.

Cuadro 8

Cronología del proceso de transición política en Marruecos (2.ª fase: 1996-1998)

1996
Septiembre. Referéndum constitucional: voto a los veinte años; sufragio universal directo y secreto para elegir la cámara de representantes (*Maǧlis al-Nuwwāb*) que inviste y controla al primer ministro.

1997
Febrero. Once partidos políticos (incluidos cinco de la oposición) firmaron en Rabat una carta política con el ministro del Interior, Dris Basri (*Idrīs Basrī*) en la que se comprometían “a la consolidación del régimen democrático asentado en la monarquía”, a desarrollar una campaña electoral limpia y a respetar sus resultados.

Abril. Ley de la organización de la región: elaborado proyecto de descentralización administrativa desvirtuado por la división e inclusión del Sáhara Occidental (soberanía discutida y pendiente de resolución) y de las regiones históricas en dieciséis regiones administrativas.
Junio. Elecciones municipales. Jornada electoral sin incidentes y con una participación (75,7%) similar a la de las municipales de 1992. El PI (17% de los votos) se configuró como la primera fuerza en los ayuntamientos.
Noviembre. Elecciones legislativas con victoria del USFP (18% de los votos). La Kutla (102 escaños) se convirtió en la principal fuerza del nuevo Parlamento.

1998
Marzo. Después de intensas negociaciones con el rey, con el resto de los partidos de la coalición y con los partidos de centro, ʻAbd al-Rahmān Yusufī (74 años), líder de la USFP, presentó un Gobierno con hombres de confianza de Hasan II (Basri, Filali, etc.) en los ministerios clave (Interior, Asuntos Extranjeros, Justicia, Asuntos Islámicos).

La situación política dio un vuelco espectacular con la desaparición de Hasan II en julio de 1999. Su hijo y sucesor, Muhammad VI, reiteró la voluntad real de culminar el proceso de transición política y renovó la confianza en el primer ministro. El retorno del militante de la oposición marxista leninista Abraham Serfatī (septiembre de 1999), después de ocho años de exilio forzoso y diecisiete años de prisión, y de la familia de Ben Barka, el fin del arresto domiciliario del líder islamista ʻAbd al-Salām Yasīn (mayo de 2000) y, sobre todo, la destitución (noviembre de 1999) de Dris Basri, el hombre fuerte del régimen de Hasan II y máximo responsable hasta entonces del ministerio del Interior, del dossier del Sáhara, de la represión, de los pucherazos electorales y de los problemas de corrupción y malversación de fondos que asolaban la administración marroquí, significaron la expresión de la voluntad real de que prosperase el proceso de transición política.

Sin embargo, sólo el tiempo dirá si el nuevo consenso político (las clases urbanas y liberales, los nuevos empresarios surgidos de las relaciones con Europa y del proceso de deslocalización industrial, los sectores de izquierdas y universitarios, la oficialidad joven y algunos altos mandos del ejército y los islamistas moderados) en torno a la corona y a la modernización política que impulsa el Gobierno es capaz de imponerse al antiguo poder del Makhzen (la mayor parte de los altos mandos del ejército, el entorno real de la época de Hasan II y los notables locales, vértice de una compleja pirámide de cliente-

lismo político). Todo el esfuerzo real y del gobierno podría no ser suficiente si, al mismo tiempo, no se consigue que disminuya la profunda polarización social y económica que alimenta la emigración y proporciona argumentos al islamismo radical en los barrios marginales de las ciudades y las regiones rurales más pobres.

No obstante, en los últimos años, el empuje inicial de la reforma política diseñada parece haber perdido Una parte de su fuerza.

Argelia

Argelia, un país sin tradición estatal y destrozado por una larga y cruenta guerra de liberación (población desplazada, huida de los *pieds noirs* y parálisis de las explotaciones agrarias e industriales más productivas), accedió a la independencia en julio de 1962. Después de un corto periodo de enfrentamientos entre civiles y militares, entre las unidades de las diferentes *wilayas (wilaya)* y entre partidarios y adversarios de Ben Bel·la (*Ibn Balla*) (el candidato a la presidencia del Frente de Liberación Nacional, FLN) y Ben Jedda (*Ibn Gidda*) (el candidato del Gobierno Provisional de la República de Argelia, GPRA), se llegó a un alto el fuego y Ben Bella fue investido presidente del Gobierno por la Asamblea Nacional el 29 de septiembre del mismo año. El 8 de septiembre de 1963, se aprobó en referéndum la Constitución, que instauraba un régimen de partido único. Dos días más tarde, Ben Bella fue elegido presidente de la República con casi seis millones de votos.

Ben Bella recibió, ciertamente, el apoyo mayoritario de un pueblo que quería olvidar los horrores de la guerra y construir un país moderno y desarrollado. Por desgracia, las dificultades serían muchas (lucha por el poder en el seno del FLN, suspensión de la Constitución en 1963, desempleo y falta de recursos –a excepción de los hidrocarburos–, problemas fronterizos con Marruecos en la Guerra de las Arenas del 1963), y el ejército no estaba dispuesto a renunciar a su poder inicial. Éste ha protagonizado la vida política de la Argelia independiente (dirigido por Houari Boumedienne (*Hamwari Abu Madyan*), resultó decisivo en la imposición de la candidatura de Ben Bella en 1962). En 1965, Boumedienne depuso a Ben Bella, ocupó la presidencia de la República y construyó un Estado al servicio de la elite militar y del partido único. La prepotencia militar llegó al extremo de gobernar sin Constitución desde 1963 hasta 1976.

El mandato de Houari Boumedienne se caracterizó por la instauración de un Estado árabe y socialista de partido único con un fuerte carácter presidencialista y evidentes carencias constitucionales. Las afinidades ideológicas con la URSS llevaron a la adopción de un modelo de industrialización similar al soviético, basado en las denominadas "industrias industrializantes" (industria pesada) y en la exportación de hidrocarburos, que

menospreciaban la inversión agraria y la producción de bienes de consumo. En la década de los setenta, este modelo permitió mejorar las condiciones de vida de la población (escolarización y sanidad pública y gratuita).

A la larga, sin embargo, los efectos perversos del modelo se dejaron sentir dramáticamente en el retroceso de la producción agraria y el consiguiente éxodo rural hacia las ciudades, que provocó fuertes desequilibrios en la distribución de la población. En lo que concierne al sector industrial, carcomido por la burocratización y desvirtuado por los "milagros estadísticos", se constataron las dificultades estructurales de las grandes empresas nacionales y la imposibilidad de superar la monoespecialización en hidrocarburos. Al mismo tiempo, las insuficiencias institucionales, la preponderancia del ejército y del partido único y las carencias democráticas quedaban bastante patentes en la Constitución de 1976.

Cuadro 9

Constitución de 1976 (extracto)

- Argelia es una República Democrática y Popular, una e indivisible (art. 1)
- El islam es la religión del Estado (art. 2).
- El árabe es la lengua nacional y oficial (art. 3).
- La opción irreversible del pueblo [...] es el socialismo, única vía capaz de concluir la independencia nacional (art. 10).
- La socialización de los medios de producción constituye la base fundamental del socialismo, y la propiedad del Estado representa la forma más elevada de la propiedad social (art. 13).
- La Revolución cultural, la Revolución agraria, la Revolución Industrial, el equilibrio regional y las formas socialistas de gestión constituyen los ejes fundamentales de edificación del socialismo (art. 18).
- El Estado organiza la producción y determina el reparto del producto nacional (art. 29).
- El Ejército Nacional Popular, heredero del Ejército de Liberación Nacional y escudo de la revolución, tiene por misión permanente salvaguardar la independencia y la soberanía nacionales. Es el encargado de asegurar la defensa de la unidad y de la integridad territorial del país [...]. El Ejército Nacional Popular, instrumento de la revolución, participa en el desarrollo del país y en la construcción del socialismo (art. 82).

- El sistema institucional argelino reposa sobre el principio del partido único (art. 94).
- El Frente de Liberación Nacional es el partido único del país (art. 95).
- Las funciones determinantes de responsabilidad en el ámbito del Estado son para los miembros de la dirección del partido (art. 102).
- La dirección de la función ejecutiva es asumida por el Presidente de la República, jefe del Estado (arte. 104).
- El Presidente de la República es elegido por sufragio universal, directo y secreto [pero] es propuesto por el Frente de Liberación Nacional (arte. 104).
- La función legislativa es ejercida por una asamblea única, denominada Asamblea Popular Nacional (art. 126).
- Los miembros de la Asamblea Popular Nacional son elegidos por sufragio universal, directo y secreto a proposición de la dirección del partido (art. 128).

Fuente: Front de Libération Nationale, *Constitution 1976* (1976).

Todos estos factores motivaron una evolución dirigista del país, formalmente socialista y progresista, pero opresora y populista en la práctica.

> "Al comienzo de la década de los setenta, gran parte de la izquierda europea veía Argelia como el espejo de las virtudes revolucionarias y progresistas. Un país que había sufrido una larga y cruenta guerra de liberación; que había luchado contra el subdesarrollo y que, con la adopción del socialismo, conseguía ganancias crecientes en escolarización y educación, sanidad y nivel de vida, y que, bajo el liderazgo de Boumedienne, se había convertido en guía del Movimiento de Países No Alineados y en santuario de todos los movimientos revolucionarios y nacionalistas de izquierdas de todo el mundo (incluidos los *Black Panthers*, IRA, ETA y el MPAIAC de Antonio Cubillo).
>
> Estas certezas escondían, sin embargo, otras que nadie quería percibir y, por eso, no se mencionaba la violencia del régimen; ni el papel del ejército; ni la defenestración de Ben Bella; ni el papel reservado al ejército en la Constitución de 1976, ¡la primera que se redactaba después de la suspensión de 1963!; ni la falta de libertades y los excesos del partido único; ni la utilización partidista y reaccionaria que se hacía del islam con el fin de legitimar un régimen que, en 1974, era tildado de herético por la principal figura religiosa del país, el jeque Abdelatif Soltani. Y, sin embargo, la exclusión política, ideológica, cultural y religiosa y la política económica, ineficaz y socialmente injusta, favorecieron la corrupción entre las elites de la Administración del estado, del FNL, y del ejército y el descontento de una gran parte de la población que se sentía al margen de los beneficios de la "modernidad"." (Segura, 1998b, pág. 4).

A la muerte de Boumedienne (1978), Chadli Bendjedid (*Gūdalī ibn Gūdīd*) heredó un país estropeado por la ineficacia de la Administración y de las grandes unidades productivas y por la prepotencia de una cúpula dirigente que había puesto el Estado y los recursos del país a su servicio exclusivo. Excepto las exportaciones de hidrocarburos, hacía años que los milagros estadísticos mostraban un bienestar que sólo alcanzaba el entorno

del régimen y unas débiles clases medias, mientras que la gran mayoría de la población sufría las consecuencias de la precarización y el progresivo deterioro del nivel de vida.

En este contexto, y con el trasfondo de la crisis del comunismo en la Europa del Este, Bendjedid impulsó una tímida reforma política y económica que acabaría resultando insuficiente para hacer frente a los problemas del país. En el aspecto político, liberó a Ben Bella (sin admitir la oposición política) y reconoció la herencia bereber rechazando la ortodoxia económica marxista. En el aspecto económico, se adoptó un Plan Quinquenal (1980-1984) con el objetivo de reestructurar las grandes sociedades nacionales para reconvertirlas en unidades más pequeñas y fáciles de gestionar, priorizó los equipamientos sociales y reformó el sector agrícola.

A lo largo de la década de los ochenta, el fuerte crecimiento demográfico (el reaccionario Código de Familia aprobado en 1984 no fue precisamente un freno) y la emigración rural a las ciudades en busca de un trabajo inexistente hicieron insostenible la situación. Por si esto fuera poco, a partir de 1986, la caída de los precios del petróleo y los efectos de la entrada de España y Portugal en la CEE repercutieron negativamente sobre la economía argelina. Además, en un contexto viciado por la omnipresencia de los funcionarios del Estado y del ejército, la reforma de Bendjedid favoreció sobre todo la especulación y el contrabando, pero no consiguió la deseada recuperación económica. El presidente se encontró solo, puesto que determinados sectores del ejército y del partido único consideraban la reforma como una traición a la "revolución de Boumedienne", y la gran mayoría de la población la consideraba insuficiente.

En octubre de 1988, la grave crisis social derivó muy pronto en disturbios. Los dirigentes sindicales y del partido único no pudieron controlar el movimiento que habían emprendido, que fue finalmente capitalizado por los islamistas. La brutal intervención del ejército puso fin a los disturbios a un precio muy elevado: entre quinientos y seiscientos muertos. Estos disturbios serían el primer gran pulso entre el ejército y la burocracia del Estado, que veían cuestionados sus privilegios y prácticas más usuales (corrupción, redes ilegales de distribución, contrabando, etc.), y una mayoría de población desencantada y desesperada. El crecimiento demográfico y la caída de los precios del petróleo perjudicaban a la economía, y el recurso a la deuda exterior no consiguió cambiar la situación y garantizar los servicios públicos y gratuitos (educación, sanidad, etc.), que daban legitimidad al régimen. De forma paralela, la región de la Cabilia conocía agitaciones y alborotos desde el comienzo de la década, ocasionados por el malestar que provocaba la arabización de la enseñanza y de la vida cotidiana. La caída del comunismo en la Europa del Este dejó al Estado argelino sin referentes ideológicos y sin aliados económicos, y el radicalismo religioso, después de una primera y negativa experiencia violenta (grupo de Buyali), se am-

paró de las mezquitas, que se convirtieron en ágora de la disidencia política y en refugio de los desheredados.

A partir de 1988, los acontecimientos se precipitaron: reelección de Bendjedid como presidente (diciembre de 1988); aprobación en referéndum de la nueva Constitución (febrero de 1989), que incluye el derecho a la creación "de asociaciones de carácter político"; y formación (marzo de 1989) y legalización (septiembre de 1989) del Frente Islámico de Salvación (FIS). En junio de 1990 tuvieron lugar las primeras elecciones municipales democráticas, y el FIS alcanzó una victoria abrumadora, que fue aprovechada para pedir elecciones legislativas mediante un segundo pulso al poder: huelga general y manifestaciones (mayo-junio de 1991) en todas las ciudades de más de 100.000 habitantes. 'Abbasī Madanī y 'Alī Abu□-Hagg□ (los principales dirigentes del FIS) fueron encarcelados y acusados de "conspiración armada contra la seguridad del Estado ", pero el nuevo primer ministro, Sid Ahmad Guzali, se comprometió a convocar elecciones legislativas antes de acabar el año.

El 26 de diciembre de 1991 tuvo lugar la primera vuelta de las elecciones legislativas, en la cual la abstención y los votos en blanco y nulos serían notablemente elevados. El sistema mayoritario daba, en la práctica, pocas opciones a los grupos que eran minoritarios, y el elector argelino se negó a escoger entre el FLN y el FIS. Al primero, se le responsabilizaba de la situación de desastre económico, social y político que vivía el país; el segundo no respondía a las expectativas de un electorado republicano que no creía que un partido confesional pudiera aportar ninguna solución a sus aspiraciones políticas.

El Frente Islámico de Salvación (FIS) ganó la primera vuelta de las elecciones y, a pesar de haber perdido más de un millón de votos con respecto a las elecciones municipales de 1990, casi tenía asegurada la mayoría absoluta en la segunda vuelta (188 escaños de un total de 430). En segundo lugar, se situó el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), que obtuvo veinticinco escaños. La opción socialista y bereber defendida por el partido de Hocine Aït Ahmed (*Husayn 'Id Ahmad*) (líder histórico del FLN, que abandonó para fundar el FFS en 1963) consiguió el voto de la Cabilia y de determinados barrios bereberes de Argel. En tercer lugar, se situó el FLN, con sólo dieciséis escaños.

Tabla 15

Partidos	Elecciones municipales (a)			Elecciones legislativas (b)		
	Total de votos	Porcentaje de votos	Porcentaje del censo	Total de votos	Porcentaje de votos	Porcentaje del censo
FIS	4.331.472	54,25	33,73	3.260.222	47,27	24 ,54
FLN	2.245.798	28,13	17,49	1.612.947	23,38	12,17

Partidos	Elecciones municipales [a]			Elecciones legislativas [b]		
	Total de votos	Porcentaje de votos	Porcentaje del censo	Total de votos	Porcentaje de votos	Porcentaje del censo
FFS	–	–	–	510.661	7,40	3,85
Independientes	931.278	11,66	7,25	309.264	4,43	2,33
ACD	166.104	2,08	1,29	200.267	2,90	1,51
Hamás	–	–	–	368.697	5,35	2,78
MNI	–	–	–	150.093	2,18	1,13
MDA	–	–	–	135.882	1,97	1,02
Otros partidos	310.136	3,88	2,41	349.686	5,06	2,65
Votos en blanco o nulos	**381.972**	**4,56**	**2,97**	**924.906**	**11,81**	**6,97**
Total de votos	**8.366.760**	**100**	**65,15**	**7.822.625**	**100**	**59**
Abstenciones	**4.475.009**	**–**	**34,85**	**5.435.929**	**–**	**41**
Censo electoral total	**12.841.759**	**–**	**100**	**13.258.554**	**–**	**100**

Fuente: L. Addi (1994, pág. 176).

[a] El FFS y otros partidos no quisieron participar en las elecciones municipales de junio de 1990.

[b] En las elecciones legislativas de diciembre de 1991, 49 partidos de los 56 legalizados presentaron candidatos. En la tabla se recogen los resultados de los más importantes: FIS (Frente Islámico de Salvación), FFS (Frente de Fuerzas Socialistas), FLN (Frente de Liberación Nacional, ex partido único), ACD (Agrupación para la Cultura y la Democracia), Hamás (organización islamista moderada), MNI (Movimiento de la Nahda Islámica) y MDA (Movimiento Democrático Argelino).

La noche del 11 al 12 de enero de 1992, Chadli Bendjedid anunció su dimisión y el ejército asumió el poder una vez más. La dimisión forzada de Bendjedid impidió la celebración de la segunda vuelta electoral y se nombró un Alto Comité de Estado presidido desde enero de 1994 por Liamín Zerual (*al-Yamīn Zirwal*), que ilegalizó el FIS y persiguió, eliminó y encarceló a millares de militantes. La interrupción del proceso electoral y la ilegalización del FIS desembocó en una escalada de terrorismo y represión. Era el inicio de un conflicto civil que se ha cobrado millares de víctimas. La violencia adoptó diferentes formas: en primer lugar, los atentados terroristas (aeropuerto de Argel, agosto de 1992); después, los atentados selectivos contra miembros destacados del mundo de la cultura, de la política y de los medios de comunicación; al final de 1993, los asesinatos de extranjeros; finalmente, desde 1995, las masacres de población civil alcanzaron cotas de horror imposibles de describir. Entre 1992 y 1999, la política argelina se debatió entre tres ejes que parecían irreconciliables.

En primer lugar, el intento del sector más liberal del ejército –representado por Liamín Zerual– de formalizar una nueva legalidad democrática con la exclusión del FIS y sus diri-

gentes: en noviembre de 1995, presidenciales; en noviembre de 1996, reforma constitucional; en junio de 1997, elecciones legislativas con la participación de la oposición; en octubre de 1997, elecciones municipales y departamentales. El resultado consistióen un sistema formalmente democrático con importantes limitaciones, de una gran opacidad informativa e incapaz de poner fin a la violencia que sacudía al país; un gobierno de coalición con el FLN y los islamistas moderados del Movimiento de la Sociedad por la Paz (MSP, ex Hamás) y las sospechas crecientes de complicidad o pasividad del ejército en las masacres que asolaban al país.

En segundo lugar, el sector del ejército partidario de erradicar a los islamistas del FIS por la vía militar, que se identificaba con el jefe del Estado Mayor del ejército y número dos del régimen, el general Mohamed Lamari (*Muḥammad al-'Amarī*), cerraba, en octubre de 1997, un acuerdo con el Ejército Islámico de Salvación (EIS), el brazo armado del FIS, que desbarataba el intento de Zerual de establecer un acuerdo con los líderes políticos del FIS. La paz de los militares (si conseguían vencer al Grupo Islámico Armado –GIA–, los miembros del EIS serían incorporados a las Fuerzas Armadas y participarían de los beneficios de los hidrocarburos) y el establecimiento de un régimen militar-islamista se imponían a una paz civil dentro del marco del Estado de derecho y democrático.

En tercer lugar, se situarían los esfuerzos de un sector del FLN y de la oposición (FIS y FFS) para encontrar una salida negociada a la crisis y reemprender el proceso de transición política interrumpido en 1992. Las diferentes iniciativas de este sector (Plataforma de Roma, en enero de 1995; Llamamiento por la paz, en noviembre de 1996; Declaración en favor de la paz y la reconciliación, en julio de 1998) no fueron nunca escuchadas por Zerual y, a veces, su presentación coincidió con violentas e injustificadas acciones represivas del poder (en enero de 1995, el motín en la prisión de Serkaǧi acabó con un baño de sangre: 100 muertos). Finalmente, la guerrilla islamista, especialmente el GIA, a la que se responsabilizaba del 80% de las acciones terroristas, pretendía, inicialmente, instaurar un Estado islámico, pero después entró en un proceso de fragmentación y sectarización que conducía, inevitablemente, a una violencia ciega, indiscriminada e injustificable, y que hizo de la guerra una forma de vida.

Las limitaciones del escenario diseñado por estos tres ejes eran evidentes, y su resultado más trágico fue la imposibilidad de erradicar la violencia. Tampoco se daba ninguna solución a la reivindicación de una identidad bereber. En la Cabilia, la ley de arabización de la enseñanza de 1998 y la desafortunada iniciativa gubernamental de crear comités de autodefensa para combatir las acciones del GIA alimentaron irresponsablemente las acciones violentas.

Algunos analistas creen que la guerra civil, en forma de violencia de baja intensidad, puede prolongarse indefinidamente porque ninguno de los contendientes tiene posibi-

lidades de obtener una victoria lo suficientemente clara. Por una parte, las organizaciones militares-islamistas, a menudo mutuamente enfrentadas, que han hecho de la suya particular *gihad* una forma de vida y de obtención de recursos y que, de forma alternativa e itinerante, controlan algunos barrios y zonas del país. Por la otra, el sector duro del ejército que, con la liberalización de los hidrocarburos y las acciones brutales e indiscriminadas de la guerrilla islamista, ha obtenido los recursos materiales e ideológicos para justificar su negativa a dialogar con el FIS.

Por último, la guerra se ha convertido en un mecanismo de promoción social y de acumulación mucho más interesante que el contrabando de la época de las reformas de Bendjedid: incremento de efectivos del ejército y la policía, pero, también, de las organizaciones armadas islamistas; aparición de unidades paramilitares y de servicios de seguridad y de protección; tráfico de armamento; grandes negocios derivados de la liberalización económica necesaria para mantener la guerra... "Hoy todos los combatientes son prisioneros de su propia guerra, ya que, por una parte y por la otra, las exacciones cometidas hacen temer represalias en caso de derrota" (Martínez, 1998, pág. 373).

Al fin y al cabo, Argelia sigue exportando hidrocarburos por un valor de doce mil setecientos millones de dólares (el 95% del valor total de las exportaciones). La UE recibe el 67% de las exportaciones argelinas, y EE.UU., el 17%. Éstos son también los principales proveedores de Argelia, y de la UE y de los EE.UU. proceden el 64 y el 9% de las importaciones. La estabilización de la guerra ha permitido mejorar los indicadores económicos y, a pesar de la elevada tasa de desempleo (en torno al 30%), la inflación parece en recesión (de 1996 a 1997 bajó del 19 al 10%) y la deuda exterior (33.000 millones de dólares), controlada.

La liberalización económica ofrece buenas posibilidades a los inversores extranjeros (la inversión española figura actualmente entre las más importantes) y la privatización de las grandes empresas públicas mejorará todavía las perspectivas y generará nuevos beneficios a costa de abocar al desempleo a nuevos contingentes de población. El proceso de acumulación que se está dando en Argelia en el tránsito, brutal y acelerado, de una economía planificada a una de mercado, contribuye a alimentar la dinámica de enfrentamientos.

Sin embargo, a pesar de la retirada de seis de los siete candidatos, las elecciones de abril de 1999 abrieron una puerta a la esperanza. Por una parte, el ejército se encontraba claramente dividido por primera vez en siete años, la tregua de octubre de 1997 parecía haber dado paso a unos niveles de "violencia tolerable", y las matanzas de hace unos años estaban en recesión. Por otro lado, las primeras disposiciones del nuevo presidente, Abdelaziz Bouteflika (*'Abd al-'Azīz Abu Ṭaflīka*), antiguo ministro de Asuntos Extranjeros de Boumedienne, apuntaron a una aproximación al FIS (ley del perdón, posible amnistía y propuesta de legalización).

El conflicto del Sáhara Occidental y la Unión del Magreb Árabe

La colonización distribuyó en Administraciones diferentes a las tribus que configuraban el pueblo de los grandes nómadas saharianos, las cuales se encuentran hoy integradas (y no necesariamente de forma conflictiva) en varios estados: Marruecos, Argelia, Mauritania y Mali. Sin embargo, una parte de este pueblo de grandes nómadas permaneció bajo el dominio colonial español hasta mucho más tarde que los saharianos de los países vecinos. De la misma manera que los "otros saharianos" se convirtieron (con gusto o por la fuerza de los hechos consumados) en "argelinos", "marroquíes" o "mauritanos", los saharianos del Sáhara Occidental se hicieron "saharauis" en la década de los sesenta y los primeros años de la década de los setenta, en lucha contra el colonialismo español.

En efecto, una década después de que una acción conjunta de los ejércitos español y francés (operaciones Écouvillon y Teide) pusiera fin a la Guerra de Ifni-Sáhara de 1957-1958, el nacionalismo saharaui hacía acto de presencia por medio del movimiento organizado por Mohamed Bachir Uld Sidi Brahim *(Muḥammad Basīr Uld Sīdī Ibrahīm)* ("Bassiri"), la Organización Avanzada para la Liberación del Sáhara (OALS). La Guerra de Ifni-Sáhara demostró cómo las tribus saharauis del norte apoyaron a las partidas más radicales del Ejército de Liberación Nacional marroquí en su intento de eliminar los últimos vestigios coloniales en el Magreb occidental.

El joven nacionalismo saharaui forjó su identidad en la lucha contra el colonialismo, a la vez que reclamaba la celebración del referéndum de autodeterminación previsto en la Resolución 1514 de las Naciones Unidas y también la aplicación en el Sáhara Occidental del principio de intangibilidad de las fronteras heredadas del colonialismo, según el acuerdo adoptado por la Organización de la Unidad Africana en 1964. En este camino chocó muy pronto con las pretensiones del mucho más antiguo y estructurado nacionalismo marroquí, que hacía del irredentismo territorial y del "Gran Marruecos" de `Al·lal al-Fassi una cuestión de Estado.

En 1970, la ONU instó a España a celebrar el referéndum de autodeterminación del Sáhara. El 17 de junio, una manifestación organizada por la OALS en El Aaiún pidió la aplicación de la Resolución de la ONU, que se concretaba en tres medidas de adopción inmediata: autonomía interna, acuerdo sobre la fecha de celebración del referéndum y retirada de las tropas españolas. El Tercio de la Legión disolvió con dureza la manifestación, especialmente en el barrio musulmán de Hatarrambla. En la represión desapareció Bassiri, de quien nunca se volvió a saber nada (murió, sin duda, durante los interrogatorios). Tres años más tarde, el dirigente nacionalista el-Uali Mustafá Sayed (*al-Walī Muṣṭafá Sayid*) creó, junto con otros grupos nacionalistas que actuaban en el Sur de Marruecos, el Frente Polisario (Frente Popu-

lar para la Liberación de Saquia el-Hamra y Río de Oro) que, poco después, llevó a cabo las primeras acciones armadas contra el ejército colonial español.

A mediados de los años setenta, los acontecimientos se precipitaron. En diciembre de 1974, Marruecos solicitó un veredicto al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya sobre la condición del territorio antes de la colonización. En 1975, España pidió a la ONU que una comisión visitara el territorio. Al mismo tiempo, favoreció la creación de un partido neocolonial, el Partido de la Unidad Nacional Saharaui (PUNS). En el mes de mayo de aquel mismo año, la comisión llegó al Sáhara y comprobó la poca incidencia del PUNS y el apoyo que la población daba al Frente Polisario. Más adelante, en octubre, se conoció la sentencia del Tribunal de La Haya que, a pesar de señalar que el territorio no era *terra nullis* ('tierra de nadie') antes de la colonización y que mantenía determinados vínculos con Marruecos y Mauritania, concluyó que de estas relaciones no se derivaban derechos de estos países sobre la colonia española y recomendó la celebración del referéndum de autodeterminación con el fin de dictaminar el futuro. Eran los prolegómenos del conflicto del Sáhara.

> "[Los saharianos eran] los antepasados no sólo de los moros de la actual Mauritania y de los saharauis de la RASD, sino también de las comunidades hasanófonas de los confines marroquíes y argelinos y de todo el noroeste de Mali hasta Tombuctú [y configuraban] una verdadera formación social sahariana precapitalista, muy diferenciada de todos los grupos sociales vecinos." (Chassey, en Baduel, 1984, págs. 199-212).

El conflicto tiene sus orígenes en la tardía e inacabada descolonización española y en la habilidad del rey Hasan II, que aprovechó la agonía del dictador para presionar a un Gobierno que entonces estaba dividido: el presidente, Carlos Arias, y los ministros de Presidencia y del Movimiento, Antonio Carro y José Solís, eran partidarios de entregar el Sáhara a Marruecos; el ministro de Asuntos Extranjeros, Pedro Cortina Mauri, y los mandos del ejército colonial propugnaban la independencia. En noviembre de 1975, se asistió a una escenificación mediática con el fin de justificar el cambio radical de la posición española que, hasta los Acuerdos de Madrid (14 de noviembre), defendió la celebración de un referéndum de autodeterminación. El 2 de noviembre, el príncipe Juan Carlos, jefe de Estado en funciones, viajó a El Aaiún para alentar a las tropas e insistió en el hecho de que "*España cumplirá sus compromisos... [y protegerá] los legítimos derechos de la población civil saharaui*", mientras tanto, Manuel de Prado y Colón de Carvajal, amigo personal del príncipe, viajaba a Washington para entrevistarse con Henry Kissinger, Secretario de Estado de los EE.UU., y también para tratar de hacer lo imposible para detener la Marcha Verde a cambio de establecer negociaciones con Marruecos. El día 3, millares de marroquíes salieron de Tarfaya y el ejército español retrocedió doce kilómetros al Sur de la frontera para situarse detrás de una zona que estaba minada. El día 6, la Marcha Verde atravesó la frontera y llegó a la zona de minas, a la

vez que Antonio Carro se entrevistaba con Hasan II en la ciudad de Marraquesh. El día 9, los marroquíes se retiraron y tres días después empezaron las negociaciones que culminaron el día 14 con la cesión de la administración del Sáhara Occidental a Marruecos y a Mauritania.

Cuadro 10

Acuerdos tripartitos de Madrid (12-14 de noviembre de 1975)

La declaración de Madrid (Acuerdos tripartitos) consta sólo de seis puntos:

1) España se ratifica en su resolución, reiteradamente manifestada ante la ONU, de descolonizar el territorio del Sáhara Occidental, con lo que se pone fin a las responsabilidades y poderes que tiene sobre este territorio como potencia administradora.
2) De conformidad con la anterior determinación y de acuerdo con las negociaciones propugnadas por la ONU con las partes afectadas, España procederá inmediatamente a instituir una administración temporal en el territorio en la cual participarán Marruecos y Mauritania, en colaboración con la Yema'a, y a la cual se transmitirán las responsabilidades y los poderes a que se refiere el párrafo anterior. En consecuencia, se acuerda designar a dos gobernadores adjuntos, a propuesta de Marruecos y Mauritania, a fin de que auxilien al gobernador general del territorio en sus funciones. El fin de la presencia española en el territorio se llevará a efecto definitivamente antes del 28 de febrero de 1976.
3) Será respetada la opinión de la población saharaui, expresada por medio de la Yema'a.
4) Los tres países informan al secretario general de la ONU de lo que se ha establecido en el presente documento como resultado de las negociaciones celebradas de conformidad con el artículo 33 de la Carta de la ONU.
5) Los tres países que han intervenido declaran haber llegado a las anteriores conclusiones con el mejor espíritu de comprensión, hermandad y respeto a los principios de la Carta de la ONU, y como mejor contribución al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.
6) Este documento entrará en vigor el mismo día en que se publique en el BOE la Ley de descolonización del Sáhara, que autoriza al gobierno español a adquirir los compromisos que condicionadamente se contienen en este documento.

Fuente: F. Villar (1982, págs. 346-351).

La retirada de España dio lugar a uno de los conflictos de soberanía más largos. Por una parte, se situaba el nacionalismo saharaui, surgido del desencanto de la guerra de Ifni-Sáhara y de la cesión de la cuenca del Draa a Marruecos (1958), alimentado por la dura respuesta española a las propuestas autonomistas de junio de 1970 y consolidado con las acciones del Frente Polisario desde 1973. Por la otra, el irredentismo territorial marroquí y Hasan II hicieron de la marroquinidad del Sáhara un elemento de cohesión en torno a la Corona a raíz de los atentados de 1971 y 1972. Sin embargo, también era un conflicto de guerra fría y de lucha por la hegemonía en el Magreb entre Marruecos y Argelia. Sólo una vez finalizada la guerra fría y desactivada la lucha por la hegemonía en Magreb, fue posible adoptar el Plan de paz de las Naciones Unidas (1988).

Cuadro 11

Cronología del conflicto del Sáhara (1975-1988)

1975

14 de noviembre. Firma de los Acuerdos tripartitos de Madrid.

27 de noviembre. Las tropas de Marruecos ocupan Smara. Al día siguiente, la Yema'a, reunida en Guelta Zemmur, cede la representación al Frente Polisario.

11 de diciembre. El ejército marroquí entra en El Aaiún.

19 de diciembre. El ejército mauritano ocupa la Güera.

1976

Enero. Violentos enfrentamientos entre unidades de los ejércitos de Marruecos y Argelia en la zona de Amgala. Crece la tensión entre los dos países.

26 de febrero. Después de noventa y dos años de presencia colonial, las últimas tropas españolas abandonan el Sáhara Occidental.

27 de febrero. El Frente Polisario proclama la creación de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). Empieza la guerra del Sáhara.

6 de marzo. Argelia reconoce la RASD, lo que supone la ruptura de relaciones diplomáticas con Marruecos y Mauritania.

Mayo. El Polisario ataca El Aaiún, Bucraa, Uadán, Chinguetti, etc.

8-9 de junio. Una columna del Frente Polisario ataca Nuakchot. En la acción pierde la vida el-Uali, líder carismático del Polisario.

1978

Febrero. Combates en El Aaiún y Bir Lahlou.

10 de julio. Un golpe de Estado destituye a Uld Daddah, presidente de Mauritania. El nuevo presidente, Ould Haidal·la, había nacido en el Sáhara Occidental, era miembro de la pequeña tribu saharaui de los Arosien, aliada de los Erguibat, y simpatizante de la causa saharaui. El Frente Polisario decide, unilateralmente, cesar las operaciones militares contra Mauritania.

1979

1 de enero. El Frente Polisario empieza la ofensiva Houari Boumedienne: ataques generalizados a las posiciones marroquíes; acciones militares en aguas jurisdiccionales del Sáhara Occidental; operaciones en el Sur de Marruecos, que llegan hasta Tan Tan.

21 de julio. La decimosexta cumbre del OUA pide el alto el fuego y la celebración del referéndum.

5 de agosto. Mauritania renuncia al Sur del Sáhara Occidental. Marruecos ocupa rápidamente los enclaves más importantes y el Frente Polisario pasa a controlar el resto.

6 de octubre. Batalla de Smara.

1980

Marzo. Victoria del Polisario en la primera batalla de Yebel Uarksis (Sur de Marruecos). Entre 1979 y 1981, el ejército de la RASD consigue las victorias más importantes. Lo forman entre 10.000 y 12.000 hombres (algunas fuentes hablan de 20.000 efectivos) y dispone de armas modernas, entre las cuales destacan los "órganos de Stalin", y un parque automovilístico que le permite desplazarse con rapidez. Aconsejado por asesores militares israelíes y de EE.UU., el general Ahmed Dlimi, comandante de la zona Sur y máximo responsable marroquí en la guerra del Sáhara, inicia la construcción de un muro de contención entre Uarksis y Smara (300 km), que se acaba en marzo de 1981. El conflicto entra en una nueva fase de guerra estática que limita las acciones del Polisario y favorece a Marruecos.

1981

Enero-febrero. Ofensivas del Polisario contra las bases marroquíes protegidas por el muro.

Marzo. Primera batalla de Guelta Zemmur.

Agosto. Nuevos ataques del Polisario a las localidades del Sur de Marruecos. 13-15 de octubre. Segunda batalla de Guelta Zemmur.

1982

Acuerdo de cooperación entre EE.UU. y Marruecos: la ayuda militar a Marruecos pasa de los 30 millones de dólares de 1981 a los 100 millones de dólares de 1983.

1983

Diciembre. Empieza la construcción del segundo muro destinado a proteger el denominado "triángulo vital" en El Aaiún / Smara / Bucraa. La construcción se acaba en febrero de 1984.

1984

11 de junio. Nuevo acuerdo del OUA para poner fin al conflicto.

Noviembre. La admisión de la RASD como miembro de pleno derecho del OUA provoca la salida de Marruecos de la organización.

1988

Agosto. Marruecos y el Frente Polisario aceptan el Plan de paz de las Naciones Unidas que prevé un alto el fuego y la celebración de un referéndum en el que la población del Sáhara Occidental tiene que optar por la independencia o por la integración en Marruecos.

El principal obstáculo para la consolidación de un espacio económico magrebí común fue el conflicto del Sáhara Occidental, que Marruecos consideraba una cuestión bilateral con Argelia. Así pues, este proyecto era inconcebible sin el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos principales países de la región, interrumpidas desde 1976. La mediación del rey Fahd y la distensión entre Washington y Moscú apuntaban en la misma dirección. En mayo de 1988 se restablecieron las relaciones diplomáticas entre ambos países y, en agosto del mismo año, Marruecos y el Frente Polisario aceptaron el Plan de paz de la ONU, el cual, implícitamente, suponía que Rabat reconocía como interlocutor al Frente Polisario y que Argel admitía que la independencia podía no ser la única vía de solución del conflicto. En enero de 1989, Hasan II recibió una delegación de alto nivel del Frente Polisario en Marraquesh y, finalmente, los cinco países del Magreb constituyeron la Unión del Magreb Árabe (UMA) en febrero de 1989.

De este modo, el conflicto se redujo a la condición de conflicto de soberanía, en el cual el tiempo y la relación de fuerzas internacionales jugaban siempre a favor de una resolución compatible con los intereses marroquíes. La ampliación de los criterios de saharauidad, que

abrían la puerta a una inflación abusiva de la base censal, constituyó una inestimable ayuda de Javier Pérez de Cuéllar días antes de finalizar su mandato como secretario general de la ONU.

En efecto, el 6 de septiembre de 1991 entraba en vigor la tregua que, según el Plan de paz de las Naciones Unidas, debía preceder a la celebración del referéndum previsto, entonces, para enero de 1992. Previamente, tenían que elaborarse las listas de los votantes de acuerdo con un proceso de identificación que debía llevar a cabo la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO), según la base del censo español de 1974 (73.497 habitantes) y las solicitudes presentadas. Finalmente, el informe de Pérez de Cuéllar de diciembre de 1991 amplió los criterios de saharauidad que permitían participar en el referéndum de autodeterminación.

Cuadro 12

Criterios de identificación para participar en el referéndum del Sáhara Occidental

1) La población que figura en el censo español de 1974, previa identificación y confirmación mediante pruebas orales y documentales.
2) Personas que en 1974 residían en el Sáhara Occidental pero que, por distintos motivos, no pudieron ser censados y, por consiguiente, no figuran en el censo español de 1974.
3) Ascendientes (padres, madres) o descendientes (hijos) de personas que figuran en el censo español de 1974.
4) Hijos nacidos en el Sáhara Occidental de personas nacidas en el Sáhara Occidental pero que no figuran en el censo español de 1974.
5) Personas miembros de tribus reseñadas en el censo español de 1974 que, pese a no estar censadas, puedan demostrar que habían residido en el territorio 6 años seguidos o 12 alternos antes de 1974.

Fuente: Organización de las Naciones Unidas, *Informe S/232999* (1991).
Nota: Con independencia de lo que se ha señalado para el primer criterio de identificación, siempre que sea necesario se pedirán pruebas orales y documentales que deberán ser verificadas y confirmadas.

El establecimiento de las tropas y los funcionarios de la MINURSO y el inicio del proceso de identificación (agosto de 1994) no podían desbloquear una situación encallada por el elevado número de solicitudes presentadas (según Rabat, saharauis que residían al sur de Marruecos) y por el desacuerdo del Polisario al considerar como tribus saharauis a cuatro grupos tribales del censo español de 1974. Desde el alto el fuego, Rabat siempre

ha desarrollado una política obstruccionista destinada a retrasar la celebración del referéndum y a forzar la mediación de EE.UU., lo cual consiguió finalmente en 1997.

La firma de los acuerdos de Houston (verano de 1997) y la aceptación de la identificación de las 65.000 solicitudes controvertidas permitieron completar (al final de 1999) el proceso de identificación. En total, la MINURSO había procedido a la identificación de 198.469 solicitudes (incluidas las de los grupos tribales controvertidos), que dieron como resultado un censo de 86.386 personas que cumplían las condiciones para participar en el referéndum. Esta cifra no fue aceptada por Marruecos, y la presentación de unos 130.000 recursos hace pensar que la fecha del referéndum puede aplazarse de nuevo indefinidamente, porque el problema de la base censal no es técnico sino político: una base censal próxima al censo español de 1974 da muchas posibilidades a la opción independentista; una base censal muy superior al censo español de 1974 da muchas a la opción de integración en Marruecos.

En este contexto de paralización total del Plan de Paz (del Plan de Arreglo, según la terminología de las Naciones Unidas), James Baker y el secretario general de aquel organismo, Kofi Annan, propusieron, en junio de 2001, un Acuerdo Marco que establecía una autonomía transitoria de cinco años, bajo soberanía marroquí, y posteriormente la celebración de un referéndum en el que participarían todos los residentes en la antigua colonia española. Lógicamente, el Frente Polisario y Argelia se negaron a aceptar el Acuerdo Marco por considerar que suponía, pura y simplemente, la entrega a Marruecos del Sáhara Occidental o, si se prefiere, una versión mejorada de la "tercera vía" marroquí (el rey Mohamed VI es partidario de dotar de una amplia autonomía al Sáhara Occidental dentro del Reino de Marruecos). Ante la imposibilidad de aplicar el Plan de Arreglo, al que se opone Marruecos, y el Acuerdo Marco, al que se oponen el Frente Polisario y Argelia, Kofi Annan propuso, en febrero de 2002, una "cuarta vía" que suponía volver a los principios de los Acuerdos tripartitos de Madrid de 1975 y dividir la antigua colonia española entre Marruecos (que obtendría la capital y la zona norte, donde se encuentran los yacimientos de fosfatos y los principales recursos) y el Frente Polisario, que se quedaría con la zona Sur o de Río de Oro (la cuestión fundamental es si Dakhla –la antigua Villa Cisneros– se incluye o no en la zona cedida al Frente Polisario).

Los otros países del Magreb

Libia

El primer país del Magreb en acceder a la independencia fue Libia (1951), bajo la forma de una monarquía federal gobernada por Muḥammad Idrīs. Muy pronto, sin embar-

go, el descubrimiento de petróleo (1959) y la difícil situación política del país (aliado de los occidentales y de Burguiba y al mismo tiempo enemistado con Nasser, que hacía que llegaran armas a Argelia a través de Libia) provocaron profundos cambios sociales y políticos. Las rentas del petróleo posibilitaron la importación de bienes de equipo y de productos de lujo y de consumo y favorecieron la corrupción, el nepotismo y la malversación de los recursos; mientras tanto, la mayor parte de la población vivía sumida en la pobreza y abandonaba las actividades agrícolas y ganaderas tradicionales para dirigirse a las ciudades. Finalmente, la actitud prooccidental durante la guerra de los Seis Días provocó un Golpe de Estado de inspiración nasserista en septiembre de 1969.

El nuevo régimen, liderado por Muammar al-Gaddafi, nacionalizó el sector de los hidrocarburos y las compañías extranjeras, decretó la arabización del país y exigió la evacuación de las bases militares de EE.UU. y de Gran Bretaña. Implantó también un sistema de partido único (la Unión Socialista Árabe) de carácter revolucionario y socialista, que se manifestó a favor de la unidad árabe y de la expansión de los principios del islam y en contra del imperialismo, del racismo y del sionismo. Además, impulsó el Movimiento de Países No Alineados y la lucha contra el subdesarrollo social y económico.

A partir del alza de los precios del petróleo (1973), las exportaciones de crudo y gas natural (cerca del 94% del total) permitieron mejorar notablemente el nivel de vida, que alcanzaba los 13.000 dólares de PIB per cápita en 1980. Las rentas del petróleo generaron, no obstante, una actitud rentista y no participativa entre la población libia, la cual tendía a dejar las tareas productivas en manos de los inmigrantes.[43] Parece que los intentos de Gaddafi para vencer esta actitud, la campaña para la revolución cultural y la construcción del socialismo (1973) y la adopción del nombre oficial de Estado de las Masas Árabes de Libia Popular y Socialista (1977) no tuvieron demasiado éxito.

A pesar de la opacidad informativa que caracterizaba el régimen de Gaddafi, parece que éste tuvo que hacer frente a varios intentos de Golpe de Estado ("complot de julio" de 1975) y a una creciente oposición interior de todo tipo (estudiantes, islamistas, oficiales del ejército, etc.). En política exterior, el líder libio utilizó una retórica revolucionaria radical que le comportó más problemas que beneficios (bombardeo de Trípoli y Bengasi por parte de la aviación de EE.UU. en abril de 1986).

Después de la ruptura de la Unión con Marruecos (1984) y del apoyo de Libia a Teherán en la guerra contra Irak, el régimen de Gaddafi inició una tímida liberalización política (1988) que puso fin a la larga y fracasada intervención militar en el Chad (1969-1987). Sin embargo, la caída de los precios del petróleo y el embargo decretado en 1992 por el Consejo

43. Los inmigrantes representaban el 30% de la población activa en 1974 y el 45% en 1985. La distribución por nacionalidades era la siguiente: egipcios (39%), tunecinos (14%), turcos (8%), marroquíes (6%), jordanopalestinos, sirios y europeos occidentales (5%), sudaneses y paquistaníes (4%), hindúes (3%), mauritanos (2%) y otras etnias (6%).

de Seguridad de la ONU –el cual, presionado por EE.UU. y Gran Bretaña, acusaba a los servicios secretos libios de haber participado en los atentados contra los aviones de la PANAM (1988, 270 muertos) y de la UTA (1989, 170 muertos)–, obstaculizaron la apertura política y dificultaron las relaciones internacionales de Libia. En la actualidad, el régimen de Gaddafi parece que conoce crecientes problemas internos en forma de crisis económica, de ascenso de las corrientes islamistas (reiterados disturbios en Bengasi) y de complots militares, los cuales no han ocasionado fisuras importantes en el Gobierno libio.

Túnez

En Túnez, la independencia (1956) supuso la abolición de la monarquía y la proclamación de la república. El primer presidente fue Burguiba, quien se hizo con la dirección del Neo Destur después de eliminar a la rama youssefista (el mismo Salah Ben Youssef era asesinado en Frankfurt en 1961). Burguiba impuso un régimen presidencialista (formalmente multipartidista, pero en la práctica de partido único), prooccidental y con rasgos legislativos poco frecuentes en el mundo árabe, notablemente en el aspecto familiar (permisividad parcial del aborto, prohibición de la poligamia, legalización del divorcio, control de la natalidad). Con todo, el régimen fue poco respetuoso para con la tradición árabe y musulmana (fiesta semanal el domingo, dominio del francés en la enseñanza, débil observancia de los preceptos religiosos), lo que generó tensiones y favoreció el ascenso de los grupos islamistas.

La primera etapa (1956-1970) constituyó la afirmación de la soberanía (creación del Ejército y de la Banca y la moneda nacionales, nacionalización de los ferrocarriles) y de las reformas políticas (Constitución de 1959) y sociales destinadas a obtener el desarrollo económico. En 1961, la política económica liberal fue sustituida por un rígido "socialismo de cooperativas", que procedió a nacionalizar las tierras en manos de los extranjeros y pretendió reformar las estructuras con el fin de conseguir la descolonización económica y el autodesarrollo, sin renunciar, sin embargo, a la participación de capital extranjero (creación de empresas mixtas). La burocratización y la resistencia de los campesinos a integrarse en las cooperativas provocaron que la experiencia fracasara a pesar de la ayuda norteamericana y francesa.

La segunda etapa (1970-1980) se inició con un cambio programático que llevó del "socialismo de cooperativas" al "liberalismo salvaje" del primer ministro Hedi Nuira (*Hadī Nuwīra*), el cual favoreció la emergencia de una nueva burguesía y el enriquecimiento global del país a cambio de una creciente polarización social y territorial. Al mismo tiempo, la liberalización provocó fisuras en el férreo control político, y la hegemonía del Neo Destur comenzó a ser contestada por determinados sectores de la Unión General de Trabajadores

Tunecinos (UGTT) y un desarrollado movimiento islamista duramente reprimido por el ejército (revuelta de 1978).

La última etapa (1980-1987) representó la continuidad de las contradicciones surgidas en la anterior. La combinación de una creciente liberalización política (el Movimiento de la Tendencia Islámica fue excluido) con la aplicación sin concesiones de los "tres pilares" de la "doctrina del FMI" (apertura de fronteras, contracción de la demanda interior y privatización) provocó una creciente contestación social, que desembocó en la "revuelta del pan o del alcuzcuz" de 1984. Dicha revuelta fue nuevamente reprimida con dureza por el ejército comandado por Ben Alí (*Ibn 'Alī*).

Entre 1956 y 1987, Túnez conoció un importante crecimiento económico, en el cual la agricultura se modernizó, el desarrollo industrial condujo a la diversificación (siderurgia, mecánica, química y refinado, textil, conservera), el turismo se convirtió en una importante fuente de divisas, y el petróleo y el gas natural también aportaron su pequeña contribución. En cambio, el balance politicocultural del mandato de Burguiba es decepcionante. El régimen presidencialista de carácter totalitario originó una grave falta de estructuración social e institucional y se obsesionó en perseguir al movimiento islamista y a su líder principal, Rachid Gannuchi (*Rasīd Ġannūšī*).

En febrero de 1987, un supuesto complot de inspiración iraní provocó centenares de detenciones de militantes del Movimiento de la Tendencia Islámica (MTI), entre los cuales se encontraba Gannuchi, y de miembros del ejército. Burguiba pretendía una represión ejemplar que incluía varias sentencias de muerte, pero Ben Alí, convencido de que eso llevaría al país a la guerra civil, decretó la incapacidad mental de Burguiba y asumió la presidencia.

El nuevo presidente propuso un pacto nacional a todas las fuerzas políticas, incluido el MTI, que fue firmado en 1988 por los principales partidos de la oposición. Sin embargo, las promesas de reformas constitucionales, amnistía, multipartidismo y democracia fueron un breve espejismo que se rompió con la negativa de legalizar a los islamistas (1989). Las elecciones de 1989, en las cuales el Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD, el antiguo Neo Destur) volvió a hacerse con todos los escaños y Ben Alí (único candidato) con la presidencia, confirmaron el escaso vuelo del proyecto reformista.

Desde entonces Túnez, que se beneficia de las inversiones y del turismo europeo y de una relativa buena salud económica a causa de una demografía comparativamente más equilibrada que la de otros países del Magreb, intenta conseguir la homologación política de un régimen que conserva fuertes tentaciones totalitarias (Amnistía Internacional ha denunciado reiteradamente la fuerte represión del movimiento islamista). En 1994, Ben Alí, de nuevo candidato único al ser rechazada la candidatura de Moucef Mar-

zuki (*Musif Marzuqi*) (ex presidente de la Liga Tunecina de Derechos Humanos), obtuvo la reelección y el RCD consiguió una abrumadora mayoría.

> "Paralizado por el temor de que el multipartidismo real abriera las puertas al islamismo, el régimen de Ben Alí parece incapaz de superar la contradicción entre una evolución económica positiva y una liberalización política insuficiente; pero, no obstante, disfruta de la confianza de los dirigentes europeos. Así, en la visita oficial que hizo a Túnez en octubre de 1995, el presidente francés Jacques Chirac saludaba "el éxito de la experiencia tunecina" que combina, dijo, "modernización, democratización y paz social". Al mismo tiempo, Muhammad Moada, líder del Movimiento de los Demócratas Socialistas (MDS), el principal partido de la oposición no islamista, era arrestado por haber enviado un memorándum al presidente donde criticaba el talante absolutista del régimen. Poco después, era acusado de connivencia con una potencia extranjera (Libia) y condenado a once años de prisión. La represión continúa siendo la planta más cultivada en el jardín secreto de Ben Alí." (Segura, 1997, págs. 205-206).

En octubre de 1999, se celebraron elecciones presidenciales y legislativas. Como era de esperar, Ben Alí renovó sin problemas por tercera y, en principio, última vez el mandato presidencial (oficialmente obtuvo el 99,4% de los votos), mientras que el RCD conseguía una abrumadora mayoría (oficialmente obtuvo el 91,5% de los votos) y se hacia con 148 de los 182 escaños del Parlamento; el resto quedó en manos de la oposición oficial.

Mauritania

Mauritania, el país más pobre del Magreb y uno de los más pobres del mundo árabe, es una enorme faja de desierto surcada al Sur por el río Senegal y a duras penas habitada por dos millones de personas. Es un sueño colonial que reúne, en una unidad difícil y conflictiva, a los antiguos nómadas araboberebereres de las regiones occidentales del Sáhara, a los "moros" (cerca de la mitad de la población), a las sociedades sedentarias negroafricanas de la orilla norte del Senegal (la tercera parte) y a los *haratine*, descendientes de los esclavos negros que fueron islamizados y asimilados culturalmente por las comunidades moras.

Desde la independencia (1960), se instauró un régimen de partido único (Partido del Pueblo de Mauritania) bajo la presidencia de Moktal Ould Daddah (*Muqtal Uld Daddah*). Con la intención de hacer frente a los problemas de la construcción del Estado, se fijó la capital (inexistente en época colonial) en la pequeña aldea de Nuakchot y se intentó definir la adscripción cultural y lingüística del nuevo país (los negroafricanos siempre han reclamado la cooficialidad del francés y ven con desconfianza la adscripción magrebí de Mauritania, porque contribuye a reforzar la hegemonía araboberebereber).

A partir de la nacionalización de las minas de hierro en 1974 (antes en manos extranjeras, sobre todo francesas) posibilitó una cierta diversificación de la economía. Pese a todo, la ganadería constituye todavía hoy el principal recurso económico del país, a pesar del fuerte retroceso que sufrió con la sequía de la década de los setenta, la cual también forzó

a la sedentarización de la población (un 85% era nómada en 1965; en 1989 sólo lo era el 17%). En la tabla siguiente podemos observar las consecuencias de la sequía en el número de cabezas de ganado (en millones de animales) de la cabaña ganadera mauritana:

Tabla 16

Especie animal	1959	1968	1973	1991
Bovinos	1,1	2,5	1,1	1,4
Ovinos y caprinos	8,0	6,7	5,8	8,8
Camélidos	0,5	0,7	0,7	1,0

Fuente: P. Bonte (1994, pág. 84).

La firma de los Acuerdos tripartitos de Madrid (1975) fue un grave error del presidente Daddah, porque implicaba a Mauritania en una guerra para la cual no estaba preparada, y avivaba los enfrentamientos entre los araboberebereres, simpatizantes de la causa saharaui, y los negroafricanos, los cuales temían una anexión territorial (el antiguo Río de Oro) que reforzara la hegemonía araboberebereber y escorara definitivamente el país hacia el Magreb. Además, las ofensivas del Frente Polisario, que atacó en varias ocasiones el ferrocarril minero y la misma capital, dañaron la pobre economía del país.

En este contexto, tuvo lugar el Golpe de Estado de julio de 1978 que puso fin a la participación mauritana en la guerra del Sáhara (1979) y nombró presidente a Haidalla (*Hayd 'Allah*), nacido en la ex colonia española y simpatizante de la causa saharaui. El mandato de Haidal·la (1979-1984) finalizó con un nuevo Golpe de Estado militar provocado por el distanciamiento creciente entre el presidente y el Comité Militar de Salvación Nacional y, sobre todo, por el reconocimiento (1984) de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), decisión que suscitaba el peligro de un enfrentamiento directo con Marruecos.

Desde 1984, la vida política de Mauritania ha dejado de estar condicionada por el conflicto del Sáhara Occidental y ha pasado a debatirse en las dificultades inherentes a una apertura democrática desde un régimen de partido único. Por lo que respecta a la política interior, la dualidad racial y la coexistencia étnica son todavía frágiles y las revueltas sacuden periódicamente al país (1966, 1968, 1986, 1989 y 1990) a pesar del factor de cohesión religioso.

> "En 1989, un nuevo conflicto interétnico estallaba en las dos orillas del río Senegal a raíz de una disputa entre campesinos soninkés senegaleses y pastores mauritanos. El conflicto, aparentemente intrascendente, derivó rápidamente en verdaderos pogroms contra la población negra en Mauritania y contra la población "mora" en Senegal. Los dos países estuvieron muy cerca del conflicto armado. Seguramente, los dos problemas más importantes, que decidirán sin duda el futuro de este país, son la cuestión tribal y la cuestión racial." (Segura, 1997b, pág. 176).

El nuevo presidente, Sid Ahmed Taya (*Sīdī Aḥmad Ta'a)*, también ha hecho esfuerzos formales para instaurar un régimen civil. En 1991 se aprobó en referéndum una nueva constitución que, nominalmente, abría el paso a un sistema multipartidista. Desde entonces se han celebrado elecciones municipales y presidenciales (1992 y 1997), en las cuales Taya ha renovado la presidencia, y legislativas (1992 y 1996), con victoria de su partido (Partido Republicano Democrático y Social) y denuncias de fraude electoral por parte de la oposición.

En todo caso, la cuestión tribal y la cuestión racial todavía condicionan fuertemente la vida política de un país que ha conocido una mejora de la producción agraria y ganadera en los últimos años y que, a pesar de los disturbios (1992, 1995), ha seguido las recomendaciones neoliberales del FMI. Además, ha rehecho las relaciones con los países del Golfo (rotas a partir del apoyo de Nuakchot a Saddam Hussein en la Guerra del Golfo), se ha aproximado a la UE y ha establecido relaciones oficiales con Israel en octubre de 1999.

Conclusiones

La proclamación del Estado de Israel (1948) dio origen al conflicto araboisraelí, que ha conocido cuatro guerras (1948-1949, 1956, 1967 y 1973) y tres intervenciones militares de Israel en Líbano (1972, 1978 y 1982), y que también ha dado lugar al problema de los refugiados palestinos y de los territorios ocupados. En 1978, la firma de los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel abrió perspectivas de solución al conflicto, sobre todo después de que la dirección de la OLP renunciara a la lucha armada y aceptara las Resoluciones 181 y 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La Intifada (1987) dio protagonismo a los dirigentes de los territorios ocupados y preludió la necesidad de encontrar una salida negociada al conflicto.

La Conferencia de Madrid (octubre de 1991) emprendió este proceso en Oriente Próximo sobre la base de paz a cambio de territorios. La victoria de los laboristas en Israel abrió paso a las negociaciones secretas de Oslo y a la firma en Washington (septiembre de 1993) del acuerdo entre el gobierno de Israel y la OLP completado con el denominado Acuerdo de Oslo II (septiembre de 1995), que regulaba el régimen de autonomía. Un año antes, Jordania firmaba la paz con Israel (octubre de 1994). La victoria electoral de Arafat (enero de 1996) superó la oposición de los violentos (de la Yihad Islámica, de Hamás y de Hezbolá), pero el asesinato de Rabin (noviembre de 1995) favoreció la victoria del Likud (mayo de 1996), un golpe muy duro para el proceso de paz. Las sucesivas crisis paralizaron el proceso hasta la cumbre de Wye Plantation (octubre de 1998). No obstante, el triunfo laborista (mayo de 1999) auguró un cambio en la política israelí y reactivó

el proceso de paz. Este volvió a paralizarse con la llegda de Ariel Sharon al poder (febrero de 2001). Desde entonces israelíes y palestinos están enfrentados en una guerra abierta y no declarada.

Después de un largo periodo de injerencia y de inestabilidad política, el partido Baas llegó al poder en Irak en 1968 de la mano de Ahmad Hasan al-Bakr y de Saddam Hussein. Durante diez años, el binomio Bakr-Hussein dotó de estabilidad política a Irak, que se aproximó a Occidente sin renunciar a la alianza con la URSS. En 1978, Saddam Hussein aprovechó un supuesto complot inspirado por Damasco para deshacerse de sus oponentes políticos en el Gobierno y en el partido. En desacuerdo, Bakr dimitió y Saddam Hussein impuso un régimen de terror y de poder personal absoluto, a la vez que empujaba al país hacia dos guerras que destrozaron su economía: la guerra contra Irán (1980-1988) y la Guerra del Golfo (1990-1991).

En lo que concierne a Siria, la llegada al poder de Hafiz al-Assad dotó al país de una Constitución socialista y de un pragmatismo en política exterior que, sin duda, favorecieron su evolución después de la pérdida de la referencia comunista. Por otro lado, la tutela que ejerce sobre el Líbano satisface parcialmente las aspiraciones de reconstrucción de la Gran Siria. El Líbano, pequeño país de minorías étnicas y religiosas, encontró en el acuerdo de paz de Saif (1989), en la nueva Constitución y en la tutela de Damasco, la salida provisional a quince años de guerra civil y de injerencias de los países vecinos. Hussein de Jordania, por otra parte, consiguió cohesionar un país destinado a desaparecer a causa de las tensiones regionales, instaurar un sistema parlamentario único entre los países árabes de la región y firmar la paz con Israel. Tras la muerte de Hussein en febrero de 1999, su hijo Abdulah II mantiene una política de modernización política y económica.

El wahhabismo, el sistema tribal, el petróleo y la presencia británica son los elementos que han configurado la evolución de los regímenes políticos de los países de la península arábiga. En Arabia Saudí, la dinastía de los Sa'ud ha garantizado la continuidad dinástica y la custodia de los principales lugares sagrados del islam (Medina y la Meca) desde las conquistas de 'Abd al-'Azīz III ibn Sa'ud y la proclamación del reino (1932). Los reinados de Sa'ud (1953-1964) y, sobre todo, de Faysal (1964-1975) y de Haled (1975-1982) se beneficiaron de las crecientes rentas del petróleo, que escondían el malestar social y político y la discriminación de los inmigrantes árabes. La llegada al poder del rey Fahd coincidió con la baja de los precios del petróleo y, en los últimos años, las dificultades económicas han abierto la puerta a la protesta política y a las acciones violentas, sobre todo a partir de la presencia en el país de los soldados de la coalición internacional durante la Guerra del Golfo. La crisis abierta por los sucesos del 11 de septiembre de 2001 han desvelado la grave crisis social, institucional y política que arrastra Arabia Saudí.

La unificación de los dos Yemen (1990) simbolizó la culminación de un largo y difícil proceso protagonizado por guerras civiles y por golpes de estado. En Kuwait, la independencia (1961) consolidó el dominio de los al-Sabah, y los recursos petroleros, como Qatar, Omán y la UEA, han permitido diversificar la economía y garantizar un buen nivel de servicios sociales a la población de estos países. La modernización económica de estas zonas, sin embargo, no ha ido acompañada de una modernización política, y la ausencia de las garantías democráticas mínimas constituye la norma. La inmigración (árabe y musulmana) representa la mitad o más de la población de estos países y alimenta el malestar social, dadas las condiciones de marginación de los inmigrantes.

Ni la monarquía, ni el Golpe de Estado de los Oficiales Libres (1952), ni el ascenso al poder de Nasir y el arabismo pudieron impedir que Egipto sufriera sucesivas derrotas ante Israel (1948-1949, 1956 y 1967); Sadat optó por una aproximación a EE.UU. y por el reconocimiento de Israel (Acuerdos de Camp David, 1978) después de una nueva derrota en 1973. A partir de 1981, Hosni Mubarak continuó el proceso de liberalización económica y política iniciado por Sadat, a pesar de la creciente contestación social y la violencia del islamismo radical. En los últimos años, se ha producido una aproximación a los Hermanos Musulmanes con el objetivo de aislar a los grupos islamistas más violentos.

La independencia de Sudán (1956) dio paso a una agitada vida política condicionada por la oposición entre el Norte (musulmán) y el Sur (cristiano y animista), que ha originado una larga y cruenta guerra civil. Los regímenes civiles de 1965-1969 y de 1985-1989 han sido sólo un breve paréntesis entre las dictaduras militares de Ibrahim Abboud (1958-1964) y Yafar al-Numeyri (1969-1985). En 1989, se impuso un régimen militar islámico controlado por el general Omar Hamed Beshir y liderado ideológicamente por Hasan al-Turabi, del Frente Nacional Islámico (antiguos Hermanos Musulmanes), apartado del poder en mayo de 2000.

La reacción nacionalista de Mustafa Kemal puso las bases de la Turquía moderna basándose en la unidad nacional y la secularización de la sociedad turca con el fin de superar los problemas sociales y económicos. Después de la Segunda Guerra Mundial, Turquía optó por una alineación prooccidental (miembro de la OTAN desde 1951), lo que no impidió los contenciosos con la vecina Grecia (especialmente por la cuestión de Chipre). El ejército, que se considera depositario del legado de Kemal, no ha dudado en protagonizar varios Golpes de Estado (1960, 1971 y 1980) cada vez que ha creído amenazado este legado, y todavía hoy la política turca se encuentra muy mediatizada por el papel de las fuerzas armadas. Los kurdos forman un pueblo desdichado y dividido que, a pesar de las promesas, no ha conseguido construir el Estado kurdo de Kurdistán y ha sido víctima (1995, 1997 y 1998) de los ataques del ejército turco y de la crueldad de Saddam Hussein (1988).

Después de la Segunda Guerra Mundial, el sha Reza Pahlavi instauró en Irán un régimen despótico al servicio de los intereses de sus aliados occidentales. La preconizada

"revolución desde el trono" no llegó nunca, y la miseria y la corrupción favorecieron el discurso radical de la oposición y del clero siíta. La revolución de 1979 modificó las alianzas regionales a medida que la figura carismática de Jomeinī convertía Irán en un Estado islámico. Después de la muerte de Jomeinī (1989), el presidente Rafsandjani inició una tímida apertura política y económica con el fin de romper el aislamiento internacional de Irán y conseguir una aproximación a Occidente y a los países árabes moderados. En los últimos años, el pulso entre los sectores inmovilistas y los reformistas de Jatamī parecía anunciar la voluntad de cambio del pueblo iraní. Con todo, la inclusión de Irán en el denominado "Eje del Mal", después del 11 de septiembre de 2001, ha vuelto a dar alas a los poderes más conservadores. En el vecino Afganistán, la desafortunada intervención soviética (1979-1989) fue seguida por una larga guerra civil que provocó la desintegración del estado y la instauración en Kabul del intransigente régimen islámico de los taliban. La intervención militar de EE.UU. que siguió a los aentados del 11 de septiembre de 2001 acabó con dicho régimen en pocos meses. Sin embargo, los ecos de las alianzas perversas establecidas durante la Guerra Fría todavía no se han apagado y las organizaciones extremistas islámicas se tornaron, entre finales de los noventa y principios del siglo XXI, contra sus promotores. En la actualidad, el campo de acción de organizaciones como Al-Qaeda o la Jamaa Islamiya se extiende a cualquier lugar del mundo donde puedan golpear a sus supuestos enemigos y así podemos seguir su rastro en Bosnia, en Chechenia, en Egipto, en Uzbekistán, en Pakistán, en Yemen, en Somalia, en Cachemira, en Filipinas, en Europa o en EE.UU.

Marruecos, el único país del Magreb con una tradición estatal anterior a la colonización, se decantó a favor de la implantación de una monarquía absolutista. Así, la corrupción y la miseria en que vivía el país alimentaron los atentados contra Hasan II (1970 y 1971) e impulsaron un cambio de orientación política: la reivindicación del Sáhara se reveló como el elemento capaz de articular el consenso en torno a la Corona. Sin embargo, la aceptación del Plan de paz de la ONU (1988) y las dificultades económicas y sucesorias provocaron un proceso de transición política que debía integrar a la oposición y que culminó con la formación de un Gobierno (en marzo de 1998) presidido por un primer ministro socialista. Muhammad VI, sucesor de Hasan II, reiteró la voluntad de democratización del país.

La evolución de la Argelia independiente se ha visto condicionada por la preponderancia del ejército, el cual impuso un régimen árabe y socialista de partido único (Frente de Liberación Nacional) bajo el mando de Houari Boumedienne. Se adoptó el modelo soviético, basado en el desarrollo de la industria pesada y las exportaciones de hidrocarburos. A la muerte de Boumedienne (1978), Chadli Bendjedid heredó un país con una economía muy deteriorada y con una situación sociopolítica crítica, y sus reformas resultaron insuficientes. Los disturbios de octubre de 1988 abrieron la puerta a la protesta islamista, que

ganó la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1991. Una nueva intervención del ejército (Golpe de Estado encubierto de 1992) impidió la celebración de la segunda vuelta electoral y desencadenó una crisis armada de difícil salida que ya se ha cobrado millares de víctimas. Las elecciones de 1999 dieron la presidencia a Abdelaziz Bouteflika, que inició una aproximación al FIS.

La tardía y mal resuelta descolonización del Sáhara Occidental dio origen a un conflicto que, durante más de dos décadas, ha enturbiado las relaciones intermagrebíes. La triple condición de conflicto de soberanía, de hegemonía y de guerra fría dificultó su resolución. Sin embargo, en las postrimerías de la década de los ochenta, la desactivación del sistema de bloques y la necesidad de articular un espacio magrebí (concretado en la UMA, 1989), y también la voluntad de Bendjedid de mejorar las relaciones con Marruecos, motivaron la adopción del Plan de paz de las Naciones Unidas (1988) y del alto el fuego (1991). Las maniobras obstruccionistas de Marruecos han impedido hasta el día de hoy la realización del referéndum de autodeterminación, en que la población de la ex colonia española debería decidir entre la independencia o la integración en Marruecos. No obstante, la ampliación de los criterios de saharauidad (1991), los Acuerdos de Houston (1997), el Acuerdo Marco de junio de 2001 y el paso del tiempo hacen prever un resultado favorable a Marruecos o no del todo favorable al Frente Polisario.

El Golpe de Estado de 1969 puso fin a la monarquía prooccidental libia y dio paso a un régimen socialista y musulmán no exento de contestación. Las rentas del petróleo favorecieron la inmigración y el bienestar, pero la intervención en Chad (1969-1987) y la retórica revolucionaria de Gaddafi han llevado al país a una difícil situación internacional (embargo de la ONU en 1992). En Túnez, Burguiba construyó un régimen presidencialista que Ben Alí, en el poder desde 1987, no ha conseguido democratizar. El país económica y demográficamente más equilibrado del Magreb es incapaz de alcanzar un multipartidismo real por miedo al islamismo. Desde la independencia (1960), el país más pobre del Magreb, Mauritania, ha vivido condicionado por la falta de recursos, por los enfrentamientos interétnicos y por el conflicto del Sáhara, que ya ha causado dos Golpes de Estado (1978 y 1984).

Bibliografía

Abdelkhah, F. (1998). *Être moderne en Iran*. París: Khartala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain (Recherches Internationales).
Addi, L. (1994). *L'Algérie et la démocratie. Pouvoir et crise du politique dans l'Algérie contemporaine*. París: La Découverte.
Ageron, C.R. (1983). *Histoire de l'Algérie contemporain*e. París: Presses Universitaires de France.
Agnouche, A. (1987). *Histoire politique du Maroc*. Casablanca: Afrique-Orient.
Ahnaf, M. al-; Botiveau, B.; Fregost, B. (1991). *L'Algérie par sus islamistes*. París: Khartala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Akhtar, R.S. (2000). *Media, religion and politics in Pakistan*. Karachi: Oxford University Press.
Ait-Chaalal, A.; Roosens, C.; Kahder, B.; Wilde, T. de (1996). *Conflits et processus de paix au Proche-Orient*. Louvain-la-Neuve (Bèlgica): Academia Bruylant.
Alcorà, L' (2001). Traducció de l'àrab al català... per Míkel de Epalza. Barcelona: Proa.
Ali, M. (1995). *The Iraqi Invasion of Kuwait. Saddam Hussein, his State & International Power Politic*s. Londres: Tauris.
Allal, M. et al. (1997). *Penseurs maghrébins contemporains*. Casablanca: Éditions EDDIF-M.Y.B. Retnani Editeur.
Álvarez, I. (1999). *El proceso de paz de Oriente Medio. Historia de un desencuentro*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, Ministerio de Asuntos Extranjeros.
Álvarez, I. (2001). *El miedo a la paz. De laguerra de los seis días a la segunda Intifada*. Madrid (Los Libros de la Catarata).
Andrae, T. (1994). *Mahoma*. Madrid: Alianza Editorial (edición original, 1930.)
Antaki, I. (1989). *La cultura de los árabe*s. México: Siglo XXI.
Aracil, R.; Oliver, J.; Segura, A. (1998). *El mundo actual*. Barcelona: Publicaciones de la Universidad de Barcelona.
Aubarell, G. (ed.) (1999). *Las políticas mediterráneas. Nuevos escenarios de cooperación*. Barcelona: Icaria Antrazyt-ICM.
Ayache, G. (1981). *Les origines de la Guerre du Rif*. París, Rabat: Publications de la Sorbonne-Société Marocaine des Editeurs Réunis.
Ayeb, H. (2001). *Agua y poder. Geopolítica de los recursos hidráulicos en Oriente Próximo*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
Bachelier, E. (1992). *L'Afghanistan en guerre, la fin du grand jeu soviétique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
Baduel, P.R. (1984). *Enjeux sahariens*. París: Centre de Recherches et d'Études sur les Sociétés Mediterranéennes-Centre National de la Recherche Scientifique.
Balañà, P. (1993). *Els musulmans a Catalunya (713-1153). Assaig de síntesi*. Sabadell: Ausa (Orientalia Barcinonensia, 12).
Balañà, P. (2002). *L'Islam a Catalunya (segles VII-XII)*. (2.ª ed. revisada, corregida y actualizada) Barcelona: Rafael Dalmau, Editor (Nissaga, 13).
Balta, P. (dir.) (1989). *Le conflict Irak-Iran (1979-1989*). París: La Documentation Française.
Balta, P. (dir.) (1991). *Islam. Civilisation et sociétés*. París: Éditions du Rocher (trad. al español: *Islam. Civilización y sociedades*. Madrid: Siglo XXI, 1994).
Balta, P. (1994). *El Gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*. Madrid: Siglo XXI.
Balta, P. (1996). *El Islam*. Barcelona: Salvat (edición original, 1993).
Baram, A. (1991). *Culture, History and Ideology in the Formation of the Ba'thist Iraq (1968-1989)*. Londres: MacMillan.
Baron, X. (2000). *Les palestiniens : genèse d'une nation*. París : Éditions du Seuil.
Barret, D.B. (1982). *World Christian Enciclopedia. A Comparative Study of Churches and Religions in the World A.D. (1900-2000)*. Oxford: Oxford University Press.
Bastenier, M.A. (1999). *La guerra de siempre. Pasado, presente y futuro del conflicto árabe-israelí*. Barcelona: Ediciones Península.
Bausani, A. (1988). *El Islam en su cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
Beau, N.; Tuquoi, J.P. (1999). *Notre ami Ben Ali. L'envers du "miracle tunisien"*. París: Éditions La Découverte.

Bedjauoi, Y.; Aroua, A.; Aït Larbi, M. (1999). *An Inquiry into the Algerian Massacres*. Ginebra: Ediciones Hoggar.
Belvade, C. (1989). *La Mauritanie*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Ben-Ami, S. (1999). *Israel entre la guerra y la paz*. Barcelona: Ediciones B.
Bergen, P. L. (2001): *Guerra Santa, S. A. La red terrorista de Osama Bin Laden*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
Berramdane, A. (1992). *Le Sahara Occidental, enjeu maghrébin*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Bessis, J. (1986). *La Lybie contemporaine*. París: L'Harmattan.
Blin, L. (dir.) (1993). *L'Économie égyptienne. Libération et insertion dans le marché mondial*. París: L'Harmattan.
Bocco, R. (dir.) (2000). *Le Royaume hachémite de Jordanie. Identités sociales, politiques de développement et construction étatique en Jordanie (1946-1998)*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Bonamusa, F. (1998). *Pueblos y naciones en los Balcanes. Siglos XIX-XX*. Madrid: Editorial Síntesis (Historia Universal Contemporánea, 9).
Bonnefant, P. (dir.) (1996). *La Péninsule Arabique aujourd'hui* (2 vols.). París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Bonte, P. (1994). "L'évolution de la société rurale mauritanienne ". En: VV.AA. *Mauritanie. Un tournant démocratique?* París: Karthala / Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain (Politique Africaine, 55).
Borràs, A.; Mernissi S. (eds.) (1998). *L'Islam jurídic i Europa*. Barcelona: Institut Català de la Mediterrània d'Estudis i de Cooperació.
Bouaziz, M. (1997). *Aux origines de la Koutla democratique*. Casablanca: Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Université Hassan II Aïn-Chock de Casablanca.
Boustani, R.; Fargues, P. (1991). *Atlas du monde arabe. Géopolitique et société*. París: Bordas.
Bozarslan, H. (1997). *La question kurde. États et minorités au Moyen-Orient*. París: Presses de Sciences-Politiques.
Bramon, D. (2000). *De quan érem o no musulmans. Textos del 713 al 1010 (Continuació de l'obra de J.M. Millàs i Vallicrosa)*. Vic: Eumo (Jaume Caresmar, 13).
Bramon, D. (2002). *Obertura a l'Islam*. Barcelona: Cruïlla.
Brumberg, D. (2001). *Reinventing Khomeini: the struggle for reform in Iran*. Chicago: The University of Chicago Press.
Burgat, F.; Laronde, A. (1996). *La Libye*. París: Presses Universitaires de France.
Cahen, C. (1989). *El Islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del imperio otomano*. Madrid: Siglo XXI.
Callies, B. (1999). *Le Maghreb en mutations. Entre tradition et modernité*. París: Maisonneuve et Larose.
Canestrari, C.; Colajanni, L.; Pazienti, M. (1983). *La colonizzazione del territorio. Il modello francese. L'Algeria tra il 1830 e il 1962*. Milán: Franco Angeli Editore.
Carapico, S. (1998). *Civil Society in Yemen. The Political Economy of Activism in Modern Arabia*. Cambridge: Cambridge University Press.
Caro, J. (1990). *Estudios saharianos*. Barcelona: Júcar (edición original, 1955).
Cave, A. (2001). *Dios, oro y petróleo. La historia de Aramco y los reyes saudíes*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
Chalmeta, P. (1994). *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*. Madrid: Mapfre.
Chelhod, J. (dir.) (1997). *Arabie du Sud* (3 vols.). París: Maisonneuve et Larose.
Chevillard, N. (1995). *Algèrie. L'après guerre civile*. París: Nord Sur Export Conseil / Copies Conformes.
Cinca, D.; Castells, M. (trad.) (1996). *Les mil i una nits*. Barcelona: Proa.
Copeaux, É. (1997). *Espaces et temps de la nation turque*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Corán, El (1987). Versión de J. Cortés, J. (3.ª ed.). Barcelona: Herder.
Cordesman, A.H. (1997). *Bahrain, Oman, Qatar and the UAE: Challenges of Security*. Boulder: Westview Press.
Corm, G. (1993). *Le Moyen Orient*. París: Flammarion.
Corm, G. (2001). *Le Proche-Orient éclaté (1956-1991)*. (reed. actualizada). París: Gallimard (Folio histoire, 93).

Corriente, F. (1999). *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*. Madrid: Gredos (Biblioteca Románica Hispánica. V. Diccionarios, 22).
Coulson, N.J. (1998). *Historia del derecho islámico*. Barcelona: Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, 10).
Cruz, M. (1992). *El Islam de al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social*. Madrid: Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe.
Cubertafond, B. (1997). *Le système politique marocain*. París: L'Harmattan.
Cucó, A. (1997). *Els confins d'Europa*. Catarroja: Afers (El Món de les Nacions, 2).
Da Lage, O. (1996). *Géopolitique de l'Arabie saoudite*. Bruselas: Complexe.
Daure-Serfaty, C. (1993). *La Mauritanie*. París: L'Harmattan.
Delcambre, A.M. (1990). *L'Islam*. París: La Découverte.
Delcambre, A.M. (1999). *Mahoma, la voz de Alá*. Barcelona: Ediciones B (Biblioteca de Bolsillo Claves) (edición original, 1990).
Dieckhoff, A. (1996). *Israéliens et palestiniens, l'épreuve de la paix*. París: Aubier.
Diego, J.R. (1988). *Historia del Sáhara español*. Madrid: Kaydeda.
Diego, J.R. (1991). *Guerra en el Sáhara*. Madrid: Istmo.
Digart, J.P. (1988). *Histoire de la Turquie*. París: Presses Universitaires de France.
Digart, J.P.; Hourcade, B.; Richard, Y. (1996). *L'Iran au XXe siècle*. París: Fayard.
Djaziri, M. (1996). *État et société en Libye*. París: L'Harmattan.
Duclos, L.J. (1999). *La Jordanie*. París: Presses Universitaires de France.
Duret, A. (1995). *Oriente Medio, crisis y desafíos*. Barcelona: Salvat.
Elias, J.J. (1999). *Islam*. London: Routledge.
Encel, F. (1999). *Le Moyen-Orient entre guerre et paix, géopolitique du Golan*. París: Flammarion.
Encyclopédie de l'Islam (2.ª ed.). Leide: Brill (en curso de publicación).
Enderlin, C. (1997). *Paix ou guerres. Les secrets des négotiations israélo-arabes (1917-1997)*. París: Stock.
Eveno, P.; Planchais, J. (1989). *La guerre d'Algérie*. París: La Découverte / Le Monde.
Fandy, M. (1999). *Saudi Arabia and the Politics of Dissent*. Londres: MacMillan.
Flory, M. et al. (1991). *Les régimes politiques arabes* (2ª ed.). París: Presses Universitaires de France.
Foulquier, J.M. (1995). *Arabie Saoudite, la dictature protégée*. París: Albin Michel.
Fraser, T.G. (1995). *The Arab-Israeli Conflict*. Londres: MacMillan.
Frison, P. (1993). *L'Afghanistan post-communiste*. París: La Documentation Française.
Froberville, M. (1996). *Sahara Occidental. La confiance perdue*. París: L'Harmattan.
Gallissot, R. (1964). *L'économie de l'Afrique du Nord*. París: Presses Universitaires de France.
Gallois, P.M. (1996). *Le sang du pétrole. Irak, essai de géopolitique*. Lausana: L'Age d'Homme.
Ganiage, J. (1994). *Histoire contemporaine du Maghreb. De 1830 à nos jours*. París: Fayard.
Gaudefroy-Demombynes, M. (1990). *Mahoma*. Madrid: Akal (edición original, 1957).
Gellner, E. (1986). *La sociedad musulmana*. México: Fondo de Cultura Económica.
Ghalioun, B. (1999). *Islam y política. Las tradiciones de la modernidad*. Barcelona: Edicions Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, 11).
Ghanem, A. (2001). *The Palestinian regime: a "partial denocracy"*. Brighton: Sussex Academic Press.
Goumeziane, S. (1994). *Le mal algérien. Économie politique d'une transition inachevée (1962-1994)*. París: Fayard.
Greilsamer, I. (1998). *La nouvelle histoire d'Israël, essai sur une identité nationale*. París: Gallimard.
Gresh, A.; Vidal, D. (1996). *Les cent portes du Proche-Orient*. París: L'Atelier.
Gresh, A.; Rekacewicz, P. (2000). "Les cartes des négociations israélo-arabes". *Le Monde Diplomatique* (febrero, págs. 16-17). París.
Griffin, M. (2001): *El movimiento talibán en Afganistán. Cosecha de tempestades*. Madrid (Los libros de la Catarata).
Grunebaum, G.E. von (comp.) (1981). *El Islam. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días* (2 vols.). Madrid: Siglo XXI.
Haghighat, C. (dir.) (1992). *Histoire de la crise du Golfe*. Bruselas: Complexe.
Hallaq, W.B. (2001). *Authority, continuity and change in Islamic law*. Cambridge: Cambridge University Press.
Hazelton, F. (dir.) (1994). *Irak since the Gulf War*. Londres: Zed.
Heikal, M. (1982). *Otoño de furia. El asesinato de Sadat*. Barcelona: Argos-Vergara.

Hernando, M.; López, B. (1996). *Sistemas políticos del Magreb actual*. Madrid: Mapfre.
Hopwood, D. (1991). *Egypt, 1945-1990*. Londres: Routledge.
Horrie, C.; Chippindale, P. (1990). *¿Qué es el Islam?* Madrid: Alianza Editorial.
Hourani, A. (1992). *Historia de los pueblos árabes*. Barcelona: Ariel.
Ibn Haldûn (1978). *Discours sur l'Histoire universelle* (3 vols.). París: Sindbad.
Impagliazzo, M.; Giro, M. (1999). *Algèria segrestada. Entre exèrcit i fonamentalisme, història d'una pau difícil*. Barcelona: Icaria (Antrazyt, 137).
Ishow, H. (1989). *Le Koweït. Évolution politique, économique, sociale*. París: L'Harmattan.
Israël et Palestine, un destin partagé (1897-1997) (1997). París: Le Monde (L'Histoire au Jour le Jour).
Jacquard, R. (2001). *En nombre de Osama Ben Laden*. Barcelona: Salvat.
Jamal, S. (2002). *Palestina. Ocupación y resistencia*. Barcelona: Flor del Viento.
Julien, C.A. (1978). *Le Maroc face aux imperialismes*. París: Jeune Afrique.
Kassir, S. (1994). *La Guerre du Liban. De la dissension nationale au conflit régional*. París: Khartala / Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Kennedy, H. (2001), *The armies of the caliphs : military and society in the early Islamic state*. London: Routledge.
Kepel, G. (1995). *Al oeste de Alá*. Barcelona: Paidós.
Kepel, G. (2000). *Jihad, expansion et declin de l'islamisme*. París: Gallimard. (trad. al español: *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Península, 2001).
Khader, B. (1999). *Los hijos de Agenor. Europa y Palestina, desde las cruzadas hasta el siglo XXI*. Barcelona: Edicions Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, Serie Ibn Jaldún).
Khosrokhavar, F.; Roy, O. (1999). *Iran. Comment sortir d'une révolution religieuse*. París: Seuil.
Khosrokhavar, F.; Roy, O. (2000). *Irán, de la revolución a la reforma*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
Kian, A. (1998). *Secularization of Iran: a doomed failure?: the new middle class and the making of modern Iran*. Leuven: Peeters.
Kienle, E. (dir.) (1996). *Contemporany Siria*. Londres: Tauris.
Kiwan, F. (dir.) (1994). *Le Liban aujourd'hui*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Konopnicki, M.; Petermann, S. (1995). *Le processus de paix au Moyen-Orient*. París: Presses Universitaires de France.
Kutschera, C. (1997). *Le défi kurde ou le rêve fou de l'indépendance*. París: Bayard Éditions.
Lacoste, C. e Y. (dir.) (1991). *L'État du Maghreb*. París: La Découverte.
Lacoste, C. e Y. (dir.) (1995). *Mahgreb. Peuples et civilisations*. París: La Découverte (Les Dossiers de l'État du Monde).
Lacouture, J. (1985). *1962. Algérie, la guerre est finie*. Bruselas: Complexe.
Laroui, A. (1984). *El Islam árabe y sus problemas*. Barcelona: Ediciones Península.
Laurent, E. (1993). *Hasan II. La mémoire d'un roi*. París: Plon.
Lavergne, M. (ed.) (1993). *Le Soudan contemporain*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Lavergne, M. (ed.) (1996). *La Jordanie*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Le Gac, D. (1991). *La Syrie du général Assad*. Bruselas: Complexe.
Lemarchand, P. (dir.) (1994). *Atlas géopolitique du Moyen-Orient et du monde arabe*. Bruselas: Complexe.
Leveau, R. (1985) *Le Fellah marocain défenseur du trône* (2ª ed. revisada y aumentada). París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
Lewis, B. (1990). *El lenguaje político del Islam*. Madrid: Taurus.
Lewis, B. (1995). *El mundo del Islam. Gente, cultura, fe*. Barcelona: Destino.
Lewis, B. (1996). *Los árabes en la historia*. Barcelona: Edhasa (edición original, 1951).
López, B. (1989). *Política y movimientos sociales en el Magreb*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
López, B. (1997). *El mundo árabo-islámico contemporáneo. Una historia política*. Madrid: Síntesis.
López, B. (2000). *Marruecos político. Cuarenta años de procesos electorales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
López, B. (2000). *Marruecos en trance*. Madrid: Política Exterior-Biblioteca Nueva.
Luizard, P.G. (1991). *La formation de l'Irak contemporain*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Maaluf, A. (2000). *Les croades vistes pels àrabs*. Barcelona: Ediciones de 1984 (Mirmanda, 4, edición castellana, 1989).

Madariaga, M.R. (1999). *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Ciudad Autónoma de Melilla: Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro Asociado de Melilla (La Biblioteca de Melilla).
Maíllo, F. (1999). *Vocabulario de historia árabe e islámica*. Madrid: Akal (Akal Universitaria, Serie Historia Medieval, 1996).
Maley, W. (dir.) (1998). *Fundamentalism Reborn? Afghanistan and the Taliban*. Londres: Hurst & Company.
Mantran, R. (1982). *La expansión musulmana (s. VII-XI)*. Barcelona: Labor.
Mantran, R. (1989). *Histoire de l'Empire Ottoman*. París: Fayard.
Mantran, R.; Hourcade, B.; Richard, Y. (1996). *L'Iran au XXe siècle*. París: Fayard.
Manzano Moreno, E. (1992). *Historia de las sociedades musulmanas*. Madrid: Síntesis.
Manzano Rodríguez, M.A.; Zanón, J. (1995). *Nuevo conversor de fechas islamocristianas*. Alicante: Universidad de Alicante.
Marsden, P. (2002). *Los talibanes. Guerra y religión en Afganistán*. Barcelona: Grijalbo.
Martin, F. (1993). *Histoire de la Tunisie contemporaine*. París: L'Harmattan.
Martín Muñoz, G. (1992). *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo (1922-1990)*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional-Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe.
Martín Muñoz, G.; Valle-Simón, B.; López Plaza, M.Á. (1996). *El Islam y el mundo árabe. Guía didáctica para profesores y formadores*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.
Martín Muñoz, G. (1999). *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona: Edicions Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, 12).
Martín Muñoz, G. (ed.) (1999). *Islam Modernism and the West*. Nueva York: I.B. Tauris.
Martínez, L. (1998). *La guerre civile en Algéri*e. París, Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Martínez Carreras, J.U. (1991). *El mundo árabe e Israel. El Próximo Oriente en el siglo XX*. Madrid: Istmo.
Martínez Carreras, J.U. (2001). *El conflicto del Próximo Oriente*. Madrid: Arco-Libros S.L.
Martínez Montávez, P. (1985). *El Islam*. Barcelona: Salvat.
Martínez Montávez, P. (1995). *Pensando en la historia de los árabes*. Madrid: Cantarabia.
Martos, J. (1999). *Introducción al mundo jurídico de la España musulmana*. Madrid: Ediciones G Martín.
Masters. B. (2001). *Christians and Jews in the Ottoman Arab world: the roots of sectarianism*. Cambridge: Cambridge University Press (Cambridge studies in islamic civilization).
Mayer, H.E. (2001). *Historia de las cruzadas*. Madrid: Istmo (Fundamentos, 197).
Mcdermott, A. (1988). *Egypt from Nasser to Mubarak*. Londres: Croom Helm.
Menéndez, E. (1997). *Islam y democracia en el mundo que viene*. Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (Los Libros de la Catarata).
Merad, A. (1988). *El islam contemporáneo*. México: Fondo de Cultura Económica.
Mermier, F.; Leveau, R.; Steinbach, U. (dir.) (1999). *Le Yémen contemporain*. París: Karthala.
Miège, J.L. (1986). *Le Maroc* (7.ªed.). París: Presses Universitaires de France.
Miquel, P. (1993). *La guerre d'Algérie*. París: Fayard.
Mohsen-Finan, K. (1997). *Sahara Occidental. Les enjeux d'un conflit régional*. París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Morales, J. (2001). *El islam*. Madrid : Rialp (Libros de bolsillo Rialp, 168).
Morales, V. (1976). *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid: Siglo XXI.
Morales, V. (1986). *España y el Norte de África. El Protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
Musallam, A. (1995). *The Iraqi Invasion of Kuwait. Saddam Hussein, his State & International Power Politics*. Londres: I.B. Tauris.
Nodinot, J.F. (1992). *Vingt-et-un états pour une nation arabe?* París: Maison-neuve et Larose.
Nogué, J.; Villanova, J.L. (eds.) (2000). *España en Marruecos*. Lérida: Editorial Milenio.
Ovendale, R. (1992). *The Middle East since 1914*. Nueva York: Longman.
Pando, J. (1999). *Historia secreta de Annual* (3.ª ed.). Madrid: Temas de Hoy (Historia).
Pareja, F.M. (1952). *Islamología* (2 vols.). Madrid: Razón y Fe.
Parejo, M.A. (1999). *Las élites políticas marroquíes: los parlamentarios (1977-1993)*. Madrid: Ediciones Mundo Árabe e Islam, Política Árabe Contemporánea, Agencia Española de Cooperación Internacional.
Peres, S. (1999). *Que salga el sol*. Barcelona, Seix Barral.
Pérez, C.; Ruiz, C. (eds.) (1995). *El Magreb. Coordenadas socioculturales*. Granada: Universidad de Granada.
Perrault, G. (1991). *Nuestro amigo el rey*. Barcelona: Plaza & Janes / Cambio 16.
Perthes, V. (1995). *The Political Economy of Syria under Assad*. Londres: Tauris.

Picard, C. (1997). *La mer et les musulmans d'Occident au Moyen Age (VIIIe-XIIIe siècle)*. París: Presses Universitaires de France (Islamiques).
Pipes, D. (1987). *El Islam*. Madrid: Espasa-Calpe.
Planhol, X. de (1993). *Les nations du Prophète. Manuel géographique de politique musulmane*. París: Fayard.
Pope, H. y N. (1997). *Turkey Unveiled. Atatürk and after*. Londres: John Murray.
Popovic, A.; Veinstein, G. (1997). *Las sendas de Allah. Las cofradías musulmanas desde sus orígenes hasta la actualidad*. Barcelona: Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, Serie Ibn Jaldún, 10).
Rashid, A. (2001). *Los talibán. El Islam, el petróleo y el nuevo "Gran Juego" en Asia central*. Barcelona: Península.
Rashid, A. (2002). *Yihad. El auge del islamismo en Asia central*. Barcelona: Península.
Renon, A. (1996). *Géopolitique de la Jordanie*. Bruselas: Complexe.
Richard, Y. (1996). *El islam shií*. Barcelona: Bellaterra (Biblioteca del Islam Contemporáneo, 2, 1991).
Rivet, D. (1990). *Lyautey et l'institution du Protectorat français au Maroc (1912-1925)*. París: L'Harmattan.
Rivlin, P. (2001). *Economic policy and performance in the Arab world*. Boulder (Colorado): Lynne Rienner.
Rodinson, M. (1981). *Los árabes*. Madrid: Siglo XXI.
Rodinson, M. (1986). *La fascinación del Islam*. Madrid: Júcar.
Rondot, P. (1995). *L'Irak*. París: Presses Universitaires de France.
Roque, M.À. (ed.) (1994). *Les cultures del Magreb*. Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis (Estudis i Simposis).
Rotman, P.; Tavernier, B. (1992). *La guerre sans nom. Les appelés d'Algérie 54-62*. París: Seuil.
Rouadjia, A. (1990). *Les frères et la mosquée*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Rouadjia, A. (1994). *Grandeur et décadence de l'État algérien*. París: Karthala-Centre d'Études et de Recherches sur le Moyen-Orient Contemporain.
Roura, J. (1999). *El complot dels intransigents*. Barcelona: Edicions La Magrana.
Roy, O. (1996). *Genealogía del islamismo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
Roy, O. (1998). *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*. Madrid: Ediciones Sequitur.
Roy, O. (2002). *L'Asie centrale contemporaine* (2ª edición). París: Presses Universitaires de France.
Said, E.W. (1995). *Gaza y Jérico, Pax Americana*. Tafalla: Txalaparta.
Said, E. W. (2001). *Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
Salas Larrazabal, R. (1992). *El Protectorado de España en Marruecos*. Madrid: Mapfre (El Magreb).
Santoni, E. (1994). *El islam*. Madrid: Acento.
Santucci, J.C. (dir.) (1992). *Le Maroc actuel. Une modernisation au miroir de la tradition?* París: Centre National de la Recherche Scientifique.
Sarkis, J. (1994). *Histoire de la guerre du Liban*. París: Presses Universitaires de France.
Segura, A. (1994). *El Magreb. Del colonialismo al islamismo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
Segura, A. (1996). *Las dificultades del Plan de Paz para el Sáhara Occidental (1988-1995)*. Bilbao: Bakeaz (Cuadernos Bakeaz, 16).
Segura, A. (1997a). "El conflicto del Sáhara Occidental". *Meridiano Ceri* (núm. 15, págs. 13-16). Madrid.
Segura, A. (1997b). *El món àrab actual*. Barcelona: Eumo / Universidad de Gerona (Biblioteca Universitària, Història, 5).
Segura, A. (1998a). "De la Setmana Tràgica a la descolonització del Sàhara». En: VV.AA., *L'Islam i Catalunya* (vol. I, págs. 325-335). Barcelona: Museu d'Història de Catalunya (Generalitat de Catalunya)-Lunwerg.
Segura, A. (1998b). "El parany d'Algèria". *DCIDOB* (núm. 66, págs. 4-5). Barcelona.
Segura, A. (2000). *El Sáhara en la dinámica política magrebí y las dificultades del Plan de Paz (1995-2000)*. Bilbao, Bakeaz (Cuadernos Bakeaz, n. 38).
Segura, A. (2001). *Más allá del islam. Política y conflictos actuales en el mundo musulmán* (2ª edición). Madrid: Alianza (El libro de bolsillo: Historia, H 4198).
Sender, R. J. (2001). *Imán*. Comentado por Lorenzo Silva. Barcelona: Destino (Clásicos Contemporáneos Comentados, 31).
Shamali, A. Al & Denton, J. (eds.) (2000). *Arab business: the globalisation imperative*. London: Kogan Page.
Sidahmed, A.S. (1996). *Politics and Islam in Contemporany Sudan*. Londres: St. Martin's Press.
Souaïdia, H. (2001). *La guerra bruta*. Lleida: Pagès editors.
Stern, B. (comp.) (1993). *Guerre du Golfe. Le dossier d'une crise internationale (1990-1992)*. París: La Documentation Française.

Stora, B. (1991a). *Histoire de l'Algérie coloniale (1830-1962)*. París: La Découverte.
Stora, B. (1991b). *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*. París: La Découverte.
Stora, B. (1994). *Histoire de l'Algérie depuis l'indépendance*. París: La Découverte.
Stora, B.; Ellyas, A. (1999). *Les cent portes du Maghreb, l'Algèrie, le Maroc, la Tunisie, tres voies singulières pour allier Islam et modernité*. París: Éditions de L'Atelier.
Thomas, G. (2000). *Mossad*. Barcelona, Editorial Vergara, 2000.
Thual, F. (1997). *Abrégé géopolitique du Golfe*. París: Ellipses.
Toumi, M. (1989). *La Tunisie de Bourguiba à Ben Ali*. París: Presses Universitaires de France.
Tuquoi, J.-P. (2002). *El último rey*. Barcelona: Galaxia-Gutemberg.
Valenzuela, J.; Masegosa, A. (1996). *La última frontera. Marruecos, el vecino inquietante*. Madrid: Temas de Hoy.
Vaner, S. (1992). *Modernisation autoritaire en Turquie et en Iran*. París: L'Harmattan.
Vaner, S.; Akagül, D.; Kaleagasi, B. (1995). *La Turquie en mouvement*. Bruselas: Complexe.
Vernet, J. (1992). *Mahoma*. Madrid: Espasa.
Vernet, J. (1999). *Lo que Europa debe al Islam de España*. Barcelona: Acantilado.
Vernet, J. (2001). *Los orígenes del islam*. Barcelona: Acantilado.
Viguera, M.J. (1992). *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes. Al-Andalus del s. XI al s. XII*. Madrid: Mapfre.
Viladrich, M. (1996). *Història de l'Islam. Història política de les societats islàmiques des de la fundació del califat fins a la caiguda dels abbàssides* (vol. I). Barcelona: Universidad de Barcelona (Textos Docents, 68).
Vilanova, P. (1999). *Jerusalén*. Barcelona, Icaria-CIDOB edicions.
Villar, F. (1982). *El proceso de autodeterminación del Sáhara*. Valencia: Fernando Torres.
VV.AA. (1976). *Abd el-Krim et la république du Rif*. París: Maspero.
VV.AA. (1984). *The Cambridge Atlas of the Middle East and North Africa*. Cambridge: Cambridge University Press.
VV.AA. (1991). *Les régimes politiques arabes*. París: Presses Universitaires de France (Thémis Science Politique).
VV.AA. (1994). *L'Islam d'avui, de demà i de sempre*. Barcelona: Enciclopèdia Catalana.
VV.AA. (1996). *Conflits et processus de paix au Proche-Orient*. Louvain-la-Neuve: Academia Bruylant.
VV.AA. (1998). *L'Islam i Catalunya* (2 vols.). Barcelona: Museu d'Història de Catalunya (Generalitat de Catalunya)-Lunwerg.
Weber, E. (1993). *L'Islam sunnite traditionnel*. Turnhout: Brepols.
Woodward, P. (dir.) (1991). *Sudan after Nimeiri*. Londres: Routledge.
Woolman, D.S. (1971). *Abd el-Krim y la Guerra del Rif*. Barcelona: Oikos-tau.
Yavari-d'Hellencourt, N. (dir.) (1998), *Les Femmes en Iran, pressions socials et stratégies identitaires*. París: L'Harmattan.
Yous, N. (2001). *La muerte en Bentalha. Guerra y manipulación política en Argelia*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
Zeghal, M. (1997), *Guardianes del Islam. Los intelectuales tradicionales y el reto de la modernidad*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
Zorgbide, C. (1991). *Géopolitique et histoire du Golfe*. París: Presses Universitaires de France.